JOHN L. TONE

LA GUERRILLA ESPAÑOLA Y LA DERROTA DE NAPOLEÓN



HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Alianza Editorial

HISTORIA Y GEOGRAFÍA
ENSAYO

EL LIBRO UNIVERSITARIO

JOHN L. TONE

LA GUERRILLA ESPAÑOLA Y LA DERROTA DE NAPOLEÓN

Versión de
Jesús Izquierdo Martín

Alianza Editorial

Parte de esta obra ha sido adaptada y traducida de *The Fatal Knot: the Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain*, de John Lawrence Tone. © 1995 The University of North Carolina Press, publicada por cortesía del editor.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegida por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© John L. Tone 1999
© de la trad.: Jesús Izquierdo Martín, 1999
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-7946-1
Depósito Legal: M. 16.480-1999
Fotocomposición e impresión EFCA, S. A.
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

ÍNDICE

En memoria de mi amigo Bernard Paul Bellon

AGRADECIMIENTOS

Conseguí los datos que sirvieron como base para este estudio durante varios y prolongados viajes a España y Francia con fines de investigación. Mi primera incursión en los archivos españoles, en 1983, fue posible por el apoyo de la Institution for Latin American and Iberian Studies de la Universidad de Columbia. Después el programa Fulbrigh me concedió una beca de investigación, que me permitió, durante los años 1984-1985, completar una parte sustancial de mi trabajo en los archivos de Madrid y Navarra. Las subvenciones de la National Endowment for the Humanities y de la American Philosophical Society, en 1990, hicieron posible que pudiera trabajar en los archivos militares franceses en Vincennes. Sin la generosa ayuda financiera de las cuatro entidades esta obra no hubiera sido posible.

Mi interés por la historia contemporánea de España y las guerrillas españolas se inició por efecto de las lecciones de Edward Malefakis en la Universidad de Columbia. A partir de entonces, el profesor Malefakis se ha convertido en mi mayor apoyo, contribuyendo con su ayuda a esta obra desde sus orígenes. También he contraído una gran deuda con Robert Paxton e Isser Woloch por sus valiosas lecturas críticas y su apoyo. En España, Miguel

Artola me dio el mejor de los consejos cuando me insistió en centrar mi trabajo en los archivos notariales de Navarra, que finalmente han producido los materiales más valiosos de este libro.

No puedo olvidar el apoyo y amistad de mis colegas del Georgia Institute of Technology y la ayuda de mis amigos en el Atlanta Seminar on the Comparative History of Labor, Industrialization, Technology and Society. La estimulación intelectual constante que me proporcionaron fue irremplazable. Desearía también dar las gracias a Renato Barahona, Owen Connelly y Michael Fellman por lo que aportaron con sus lecturas del manuscrito.

Finalmente deseo también dar las gracias a mi mujer, Andrea Tone, cuyo amor ha hecho posible todo lo demás.

CAPÍTULO 1

EL MITO DE LA GUERRILLA

1. *Introducción*

El 5 de febrero de 1812, el ejército guerrillero de Francisco Espoz y Mina inmovilizó en las montañas del este de Navarra a la mejor fuerza contrainsurgente de Napoleón, los «Infernales» del general Soulier. Los 4.000 hombres de Mina, la fuerza guerrillera más colosal de España, atacaron a los 2.000 soldados de Soulier cerca de la ciudad de Sangüesa. Dos años antes, Mina habría dudado, incluso con una ventaja numérica de dos a uno, en hacer frente a los veteranos franceses: sin embargo, en 1812 las tropas de asalto de Soulier habían perdido su capacidad disuasoria. Los navarros ya estaban tan acostumbrados a entablar batalla contra fuerzas enemigas superiores que cuando llegaba la oportunidad de enfrentarse a un número igual o inferior era, según se jactaba Mina, como llevar a sus hombres de fiesta [1]. Sus soldados atacaron con desenfreno, destruyendo un tercio de la columna de Soulier y haciendo retroceder al resto hacia el valle del Ebro.

[1] Francisco Espoz y Mina, *Memorias del General don Francisco Espoz y Mina*, vol. 1, p. 30.

Soulier reconoció el sentido de su derrota en el informe donde escribió:

> Mi columna ha perdido más de 600 plazas y no se halla en estado de poderse batir con los insurgentes de Navarra. Confieso a V. E., en honor de la verdad, que los Brigantes de este Reino merecen el nombre de soldados aguerridos y pueden competir con los primeros de nuestros ejércitos.

El mariscal Bessières, al mando de las tropas napoleónicas del norte, estaba de acuerdo. Tras observar cómo Mina había conseguido controlar Navarra y el Alto Aragón en 1811, Bessières admitió que la División de Navarra se había fortalecido de tal modo que incluso las mejores tropas del emperador tenían problemas para hacerles frente. La solución, tal y como la veía Bessières, estaba en abandonar toda Navarra —y quizás España entera[2].

En los cuatro años transcurridos desde la ocupación napoleónica de España, gran parte del país había caído en manos de guerrilleros como Mina, quienes parecían hacerse cada vez más poderosos a medida que las fuerzas de ocupación se debilitaban. Ésta era la desmoralizadora realidad a la que se enfrentaban hombres como Soulier y Bessières, los cuales habían creído fácil la conquista de España. En la primavera de 1808, las tropas francesas habían ocupado muchas de las ciudades y fortalezas más importantes del país casi sin efectuar un solo disparo y habían aplastado sin dificultades la rebelión del Dos de Mayo en Madrid. Los Borbones, con su ejército en desbandada, se vieron obligados a abdicar, y Napoleón entregó España a su hermano

[2] Existe un informe de esta batalla en «El Resumen del segundo regimiento», Archivo General de Navarra (en adelante AGN), Sección Guerra, legajo 21, carpeta 20. La magnitud de la derrota se confirma en el informe del general Cafarelli del 5 de febrero de 1812, Archives de l'Armee de Terre (en adelante AAT), C8, 378, y en el efectuado por el general Soulier que fue capturado por los insurgentes y reproducido en Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares de la División de Navarra*, vol. 2, pp. 37-38. Véase también Hermilio Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 168, 367-369.

mayor, José. Los españoles, sin embargo, mostraron más resistencia que su gobierno y su ejército. Con su capital ocupada, la familia real depuesta y gran parte de su elite gobernante cooptada por el régimen bonapartista, los españoles formaron un gobierno revolucionario, reclutaron un nuevo ejército e iniciaron la guerra de liberación contra Francia. Los ingleses se aprovecharon de la resistencia española para emplazar una fuerza expedicionaria en Portugal y durante los siguientes seis años, las fuerzas inglesas, portuguesas y españolas batallaron contra Francia en la península Ibérica mientras que la mayor parte de Europa se postraba ante Napoleón. Como más tarde observaría el mismo emperador, fue la larga y costosa guerra de España la que le llevó a su propia perdición [3].

Napoleón sacrificó 300.000 hombres en la península Ibérica. Para Francia, sin embargo, la carga de tener que mantener una gran cantidad de tropas en la Península durante seis años fue tan perjudicial como el número de bajas. Desde 1810 a 1812 Napoleón desplegó 400.000 hombres en España y Portugal, y durante 1812 mantuvo en territorio hispano un ejército de casi 250.000. Por el contrario, las tropas inglesas de Wellington nunca llegaron a sobrepasar los 60.000, mientras que las fuerzas españolas y portuguesas, aunque numerosas, estuvieron mal dirigidas y no constituyeron una amenaza real después de 1809. Entonces ¿cómo pudieron evitar su destrucción las tropas aliadas a manos del ejército napoleónico? La respuesta a esta incógnita está en el hecho de que los aliados nunca llegaron a enfrentarse al grueso del ejército napoleónico. La mayor parte del tiempo, las tropas francesas no combatieron contra Wellington ni contra el ejército regular español. Antes bien, estuvieron asignadas en funciones de ocupación de una España formalmente pacificada, donde in-

[3] Napoleón confesó en Santa Elena que «Esta desafortunada guerra [de España] me ha perdido; ha dividido mis fuerzas, multiplicado mis esfuerzos, atacado mi moralidad... Todas las circunstancias de mis desastres están ligadas a este nudo fatal». Emmanuel Las Cases, *Mémorial de Sainte-Hélène*, vol. 1, pp. 609-610.

ırgentes como Mina amenazaron al régimen francés en sus ıismas raíces[4].

Las guerrillas españolas obligaron a Napoleón a destinar a ientos de soldados franceses en labores de ocupación, eliminan-o así la superioridad numérica que el emperador tuvo sobre los liados. En el verano de 1811, por ejemplo, los franceses emplea-on 70.000 soldados en proteger las líneas de comunicación de la ona de actividad guerrillera entre Madrid y la frontera con 'rancia. Muchos de los hombres desviados hacia estas tareas pro-edían de las tropas que habían sido destinadas al mariscal Mas-éna en uno de los momentos más críticos de la guerra. Masséna erdió Portugal por carecer de soldados, mientras sus refuerzos se edicaban a perseguir sin ningún éxito a las guerrillas en Nava-ra, Aragón y otras provincias septentrionales. No deben perder-e de vista las consecuencias derivadas de la distribución militar rancesa en fortalezas, funciones de incautación, deberes de es-olta y en unidades de contrainsurgencia en vez de emplear sus ıerzas en hacer frente a las concentraciones aliadas. Fueron las uerrillas, en simbiosis con los ejércitos regulares aliados, las que estruyeron el régimen napoleónico en España[5].

Se pueden comparar las 300.000 bajas francesas en la Península con las cerca de 00.000 ocurridas en Rusia. Casi un tercio de las víctimas francesas en España y Por-ıgal fue resultado de batallas libradas contra los ingleses, el resto contra ejércitos es-añoles y, sobre todo, contra la guerrilla. Según el mariscal Masséna, en 1811 había ıás de 406.348 soldados franceses en España, y Francia mantenía este nivel desde ıediados de la década de 1810. Se enfrentaron a casi 40.000 soldados ingleses, ayu-ıdos por unos 23.000 portugueses. Incluso tras la retirada de tropas por parte de 'apoleón a fin de invadir Rusia, éste todavía mantenía 260.000 hombres en España. obre el número de soldados y muertos, véase D. J. Goodspeed, *The British Cam-igns in the Peninsula*, y David Gates, *The Spanish Ulcer: A History of the Peninsular 'ar*, apéndice 2; y la correspondencia de Masséna que se custodia en el Archivo His-irico Nacional (AHN), Sección Estado, legajo 3003.

No resulta difícil citar otros ejemplos en los que las guerrillas alejaron a las fuerzas ancesas del «principal teatro» de operaciones. Wellington contaba con 119.000 ombres en Vitoria cuando se enfrentó a los 68.551 franceses que estaban bajo el ıando de José. Sin embargo, había otros 60.000 soldados galos más a las órdenes del ıariscal Suchet en el este y en guarniciones en Vizcaya, Navarra, Aragón y Cataluña. ates, *The Spanish Ulcer*, pp. 138-44, 518-19, 521-22; José María Toreno, *Historia el levantamiento, guerra, y revolución de España*, vol. 2, p. 190; Charles Oman, *The*

Se ha sostenido que fue España la inventora de la guerra guerrillas. El vocablo guerrilla, que antes de 1808 describía es ramuzas habituales efectuadas por destacamentos y unidades exploración del ejército regular, quedó modificado en la gue contra Francia para entrar, durante el siglo XX, en el léxico mi tar con su significado ya familiar: una guerra irregular de civi contra fuerzas de ocupación de un poder extranjero o de un ré men impopular. A mediados de 1809 era evidente que ni el ej cito español ni el angloportugués podían expulsar a los frances Los patriotas españoles habían aprendido, por tanto, a acep las consecuencias de tener una población militarizada y se adl rieron al nuevo tipo de guerra. El editorial de un diario anima a los jóvenes a alistarse en las guerrillas: «Desde hoy les habéis mostrar un nuevo vigor marcial, ayudado de un nuevo siste de guerra desconocido de la táctica moderna. A estos guerre en grande es menester hacerles la petite-guerre, guerrillas y m guerrillas...»[6].

Las guerrillas provocaron el caos en las comunicaciones fra cesas y llevaron a cabo otras tareas de valor, tanto para las fuer regulares inglesas como para las españolas. Los partisanos limp ron los campos de espías y simpatizantes franceses y generar un constante flujo de información para los aliados[7]. Las gue llas contribuyeron asimismo a la guerra psicológica, ya que franceses se vieron obligados a mantenerse en constante aler mientras que los ejércitos aliados podían tomarse un descanso la seguridad de un campesinado vigilante. La guerra de guerril fue para Francia una prolongada y desmoralizadora pesadilla. las regiones insurgentes, donde cada campesino era un guerril ro en potencia, no había períodos específicos para la campaña

History of the Peninsular War, vol. 3, p. 484; Don Alexander, *Rod of Iron: Fre Counterinsurgency Policy in Aragon during the Peninsular War*, pp. 220-21.

[6] *La centinela de la patria*, núm. 2, 3 de julio de 1810 en AHN, Estado, legajo 30

[7] Correspondencia del general Cartaojal, AHN, Estado, legajo 42, núm. 2. ejemplo, el servicio de inteligencia guerrillero cambió el curso del sitio de Ciu Rodrigo, 1812. Véase Salvador Llopis, *Un héroe inédito: páginas nuevas de los sitio Ciudad Rodrigo y de la Guerra de la Independencia*, 1963.

refugio seguro ni treguas ni descanso. Este terror constante convirtió la guerra española en una empresa única de desgaste para los ejércitos de Napoleón y terminó con su efectividad en los campos de batalla. En la guerra de guerrillas, las tropas de ocupación se desmoralizaban con rapidez al tiempo que el ánimo descendía notoriamente entre los soldados franceses de España. Además, los nuevos reemplazos carecían del entrenamiento y la experiencia suficientes para igualarlos a las endurecidas fuerzas insurgentes. A medida que la lucha en España se eternizaba, los franceses se enfrentaban a un movimiento guerrillero cada vez más enaltecido, forjado durante años de combate e infundido por la confianza que daba el entrenamiento casi diario de las pequeñas victorias. En 1811 las mejores fuerzas guerrilleras podían enfrentarse a un número similar de soldados franceses y derrotarlos en el campo de batalla. Probablemente sean exageradas las estimaciones generales que poseemos sobre las bajas francesas provocadas por los insurgentes; sin embargo, parece evidente que las guerrillas causaron a los franceses «más daño que los ejércitos regulares»[8].

No obstante, el éxito de la guerra de guerrillas no sólo es mesurable por el número de batallas ganadas o por los efectos derivados del espionaje y del terror. La guerra de guerrillas tiene que ver, sobre todo, con el control de los frutos producidos por la economía agraria. En España, las guerrillas negaron al enemigo una relación pacífica y sistemática con la mayor parte del agro, convirtiendo la recaudación de impuestos en una labor esporádica y costosa y, en algunas áreas, realmente imposible. Para vivir sobre el terreno, como requerían la estrategia de Napoleón y las crecientes dificultades económicas de Francia, las tropas imperiales debían dispersarse, lo que las hacía no sólo vulnerables a cualquier ataque de la guerrilla, sino también inútiles para hacer la guerra regular contra las concentraciones alia-

[8] Sébastien Blaze, *Mémoire d'un aide-major sous le Premier Empire*, p. iv. Un oficial francés estimó que las guerrillas habían dado muerte a 180.000 galos, si bien esta cifra resulta, con toda probabilidad, demasiado elevada. Auguste Julien Bigarré, *Mémoires du général Bigarré, aide de camp du roi Joseph, 1775-1813*, p. 278.

das. Para enfrentarse a las guerrillas o para luchar contra los ejércitos aliados, los franceses se veían obligados a reunificar sus tropas, lo que rompía sus contactos con la economía agraria. De este modo, Napoleón no consiguió en la guerra contra España los mismos rendimientos obtenidos en otras partes de Europa. La debilidad de la descapitalizada economía francesa hizo que sus ingresos dependieran de la fuerza extraeconómica, lo que la convirtió en una adicta a la conquista. Sin embargo, la guerra de guerrillas alteró el equilibrio militar que permitía que la metrópolis imperial se saciase del resto de Europa y convirtió la ocupación de España en una carga permanente para Francia.

A pesar de la contribución de las guerrillas a la derrota de Napoleón, ha sido escasa la investigación dedicada a analizar la identidad de los guerrilleros y sus motivos para emprender la lucha. Es más, en Gran Bretaña, Francia e incluso España, los historiadores han ignorado a los guerrilleros o se han contentado sólo con presentarlos como caricaturas heroicas o infames de gente de carne y hueso. El resto de este capítulo intentará explicar las causas de esta carencia.

2. *Un país de guerrillas*

Agustina de Aragón fascinó a sus contemporáneos, a los que su historia les resultaba muy cercana. El 2 de julio de 1808, los franceses estaban a punto de invadir Zaragoza, abandonada unas semanas antes por su comandante militar, José Palafox. Tras matar a todos los soldados que servían la batería del Portillo, los franceses asaltaron la posición. En aquel momento, Agustina se interpuso entre ellos y la victoria tomando una antorcha de la mano de uno de los soldados muertos con la que disparó un cañón de 10 kilos contra las sorprendidas tropas francesas. Otros ciudadanos armados se precipitaron hacia la brecha y, finalmente, Zaragoza consiguió resistir. Agustina se convirtió en oficial de artillería del ejército español y adquirió gran celebridad en Euro-

ı. Sin embargo, la fascinación mostrada hacia Agustina por la ꞉neración de la guerra fue más allá de la simple curiosidad por existencia real de aquella «mujer varonil». Hombres de Estado, ɔmo el zar Alejandro, y nacionalistas románticos, como lord yron y Friedrich Schlegel, vieron en Agustina y en la defensa de aragoza un signo de que algo nuevo estaba sucediendo en el ıundo: el surgimiento de un nacionalismo poderoso y orgánico ıpaz de movilizar a hombres, mujeres y niños contra Napoón[9].

Esta visión de España como nación unida en armas surgió de ıs líderes políticos revolucionarios, hombres que, como el cone Toreno, escribieron sobre la resistencia: «A porfía las mujeres los niños, los mozos y los ancianos, arrebatados de fuego paio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneaıente por pronta, noble y tremenda venganza»[10]. Los hombres ue habían conseguido dominar la España no ocupada en 1808 ırecían de los derechos legales para gobernarla, por lo que se ieron obligados a adoptar el lenguaje de la Ilustración y a con꞉bir su poder como derivado de la voluntad popular. La Junta ;entral comparaba con orgullo el ardor nacional de los españo꞉s con la conducta egoísta de otros pueblos europeos, y afirmaba ue «sólo un insensato puede desconocer en este movimiento tan niversal y magnánimo la voluntad de una Nación entera». Para ɔs revolucionarios, Agustina parecía una Marianne* de carne y ueso, y España la primera nación en armas que había superado

Sobre Zaragoza, véase Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios que pusieron Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Byron escribió sobre gustina en su poema épico, *Childe Harold*, Londres, 1812-18. Sobre la influencia : la guerra de España en Schlegel, el príncipe Juan y otros nacionalistas alemanes, ase Walter Consuelo Langsam, *The Napoleonic Wars and German Nationalism in ustria*, pp. 51, 70-71, 114, y F. Gunther Eyck, *Loyal Rebels: Andreas Hofer and the yrolean Uprising of 1809*, pp. 57, 101. En relación a la admiración de Alejandro haı los españoles, véase Carlos Ibáñez Ibero, *Episodios de la Guerra de la Independenı*, p. 31.

Toreno, *Historia del levantamiento*, vol. 1, p. 186.

En Francia, Marianne fue la imagen femenina de la nación construida colectivaente durante la Revolución *(N. del T.)*.

históricamente y derrotado militarmente a la ficticia nación s gida de la Revolución de 1789[11].

Los líderes políticos españoles parecían estar de acuerdo que casi toda la nación se había levantado para expulsar a Na león, y consideraban que la guerra de guerrillas era la expres más elevada de un unánime nacionalismo, de un impulso i tintivo de combatir a los franceses. Los liberales consideral que la resistencia era una batalla que se libraba no sólo con Francia, sino también contra toda forma de gobierno arbitrari en favor de los ideales liberales que encarnaba la Constitución 1812. Consideraban que los acontecimientos de 1808-1814 bían sido un eslabón más de la cadena de revoluciones atlánti que habían recorrido Holanda y Francia, partiendo de Amé del Norte, para llegar a España y retornar finalmente a Sudar rica, una vez cruzado el océano Atlántico[12]. Por el contrario, conservadores afirmaron que la nación había combatido en nombre de Dios, el rey y la patria contra todo lo que había s revolucionario, particularmente si había procedido de Franci

[11] La proclama citada procede del AHN, Estado, legajo 13, núm. 1. La retórica cionalista fue especialmente estridente durante los meses de optimismo, entre jul diciembre de 1808. Otra afirmaba: «¿Te parece que ser español es, como ser fran italiano, holandés, bárbaro, polaco, wesfaliano, saxón? Más breve: ¿ser un esclavo collón, una bestia?». AHN, Estado, legajo 13, sin numerar. Manuel Quintana, p y editor del periódico liberal, *El semanario patriótico*, investigó el mismo cont entre la «nación» española y otros Estados europeos: «Si la Francia estuviera re por leyes —escribía— no estaría atormentando a Europa: si las Naciones, a qui ha asaltado en su delirio, hubiesen sido verdaderamente Naciones, la hubiesen f mente contenido: embistió en España con un gobierno estragado y corrompido, devoró». *El seminario patriótico*, núm. 9, 27 de octubre de 1808.

[12] El 19 de noviembre de 1808, la Junta Central felicitó a los españoles por h terminado, junto con la ocupación francesa, con «la arbitrariedad mortífera que i riormente os consumía. Bastante ha durado en España, por desgracia nuestra, el perio de una voluntad siempre caprichosa y las más veces injusta ... tiempo es y que empiece a mandar la voz sola de la ley fundada en la utilidad general». AHN tado, legajo 13, núm. 3. Otra proclama del 28 de octubre de 1809 afirmaba: una combinación de sucesos tan singular como feliz, la Providencia ha querido, en esta crisis terrible no pudieseis dar un paso hacia la independencia, sin darle bién hacia la libertad», AHN, Estado, legajo 12, núm. 11.

[13] Consúltense las proclamas y sermones impresos, en donde hay uno que in compara a Fernando VII con Moisés, en AHN, Estado, legajo 13. Este nacionali

Esta percepción nacionalista y conservadora de la guerra fue hegemónica en el siglo XIX tanto en España como fuera de ella, donde recibió el apoyo de Karl von Clausewitz y Henri de Jomini, los dos escritores más influyentes sobre temas militares de la era [14]. Los intelectuales decimonónicos, obsesionados con el problema del carácter español, añadieron a la tríada usual de motivos (Dios, rey y patria) la supuesta naturaleza conservadora, individualista y belicosa del pueblo español. Por ejemplo, Enrique Rodríguez-Solís creía que los españoles eran propensos, por naturaleza, a la guerra, y José Gómez de Arteche, el mejor historiador sobre temas militares de la guerra, pensaba que sus compa-

xenófobo puede apreciarse en la obra de Antonio Capmany, quien alentó a los españoles para que repudiaran todo lo que «apestando a francés» y retornaran a la lengua, religión, costumbres y vestimentas de los viejos tiempos. Antonio Capmany y de Montpalau, *Centinela contra los franceses*, p. 18. El milagrero Diego de Cádiz, que denominaba a los franceses «hijos de Lucifer», consideraba que la guerra era una cruzada contra demonios galos, tales como la democracia. Diego de Cádiz, *El soldado católico en la guerra de religión*, pp. 6-7. Este odio contra Francia no sólo fue una respuesta a la Revolución, a Napoleón o al demoníaco gobierno de «luces» profrancés de Godoy, como se ha sugerido sobre todo en la obra famosa de Richard Herr, «Good, Evil, and Spain's Rising against Napoleon», en Richard Herr y Harold T. Parker, eds., *Ideas in History: Essays Presented to Louis Gottschalk*, 1965, pp. 157-81. Por el contrario, un siglo de penetración cultural francesa había dado lugar a una reacción antigala en la mayoría de los Estados europeos, incluso antes de 1789. Por ejemplo, el creciente uso de la lengua francesa en Alemania en la década de 1770 inspiró el famoso dicho de Johann Herder «escupir sobre ese verde limo del Siena», mientras que la expansión de las usanzas francesas creó en Austria una moda inclinada por los vestidos tiroleses. Conor Cruise O'Brien, «Nationalism and the French Revolution», en Geoffrey Best (ed.), *The Permanent Revolution: The French Revolution and Its Legacy, 1789-1989*, pp. 17-48. La xenofobia española estaba, por lo tanto, encauzada con firmeza en la corriente europea.

[14] Sobre los románticos españoles y la guerra, véase José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, vol. 4, caps. 4-7. Incluso en Inglaterra, donde lo normal fue que cualquier crédito concedido a España para la liberación de la Península se diese de mala gana, la «guerra del pueblo» encontró su defensa literaria en el poema de Robert Southey, *History of the Peninsular War*, 1823. Jomini, quien detestaba la guerra moderna, escribió: «Como militar que prefiere la guerra leal y caballeresca antes que el asesinato organizado, confieso que, si pudiera escoger, yo preferiría el buen tiempo en que los guardias franceses e ingleses se invitaban cortésmente a hacer fuego primero, como tuvo lugar en Fontenoi, que la época espantosa en que los curas, las mujeres y los niños organizaban sobre todo el suelo de España el asesinato de soldados aislados». Henri Jomini, *Précis de l'art de la guerre*, p. 83.

triotas se habían levantado unánimes en defensa de la religión y del rey por su inherente conservadurismo y destreza para la guerra, desarrollada en el largo conflicto contra los musulmanes [15]. Ángel Ganivet expresó ideas similares en su popular *Idearium español*. Empleando la alquimia nacionalista según la cual las propiedades efímeras se transformaban en cualidades atemporales e innatas, Ganivet explicó que los españoles eran, por su temperamento, los mejores guerreros, pero los peores soldados. La mentalidad del español se ajustaba a la guerra anárquica e individualizada, pero jamás a la organización. El individualismo del pueblo español, según Ganivet, procedía de la situación peninsular de Iberia y de la misma tierra española. Así pues, la litología había creado a la guerrilla y explicaba el éxito del pueblo español en su guerra contra Napoleón [16].

Los investigadores del siglo XX han destacado también los motivos conservadores y religiosos de la resistencia y su enraizamiento en el «carácter nacional» de España [17]. Francisco Solano

[15] Enrique Rodríguez-Solís, en una obra más útil para la historia del período en que se redactó que para la guerra misma, escribió: «Al nacer el español nació el guerrillero.» *Los guerrilleros de 1808, historia popular de la guerra de la independencia*, vol. 2, p. 27; José Gómez de Arteche y Moro, *La Guerra de la Independencia*, vol. 1, pp. 9-12, 20. Véase también el artículo de Gómez de Arteche «Juan Martín el Empecinado,» en *La España del siglo XIX*. En el mismo volumen, el marqués de San Román teorizó que el «guerrillerismo» innato de los españoles rezumaba de la tierra. Otro historiador consideraba que fue el sol vigoroso el que había engendrado al belicoso pueblo español. Manuel Pardo de Andrade, *Los guerrilleros gallegos de 1809*, p. 55.
[16] Ángel Ganivet, *Idearium español*. La idea de que el soldado español, debido a sus arraigadas cualidades tribales, era mejor en el combate guerrillero que en la guerra regular se hizo tan popular que Manuel Azaña tuvo que defender durante la Guerra Civil el desmantelamiento del ejército regular en favor de la creación de grupos guerrilleros que, siguiendo el consejo de Ganivet, se podrían esconder en las montañas antes que enfrentarse en combate abierto con las tropas franquistas. Manuel Azaña, «Discurso en el ayuntamiento de Valencia», *Los españoles en guerra*, pp. 35-36. El ímpetu de los españoles en la guerra de guerrillas no se extendió a la guerra de España en Cuba, donde las guerrillas cubanas demostraron su efectividad contra las tropas regulares españolas. Sin embargo, los mitos nacionalistas no tienen que ser consistentes para ser efectivos. Debe destacarse que la identificación con la raza, la tierra, el clima y con otras fuerzas naturales para explicar el «carácter nacional» fue generalizada durante el siglo XIX.
[17] José María Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 108, describió las guerri-

Costa pensaba que el «guerrillerismo» era una parte integral, si bien desafortunada, de la psicología española. Miguel Artola ha sostenido que la mayoría del pueblo español apoyó sin distinción el absolutismo, y Antonio Ramos Oliveira escribió que «la nación española se levantó *en masa* contra el invasor» y «derramó su sangre a raudales por el rey, la religión y la nación» [18]. Obras muy recientes siguen todavía en esta tradición. Por ejemplo, una historiadora española describió la guerra en 1992 como «una sublevación de carácter nacionalista» y España como el primer país en emprender «una guerra nacional» contra Napoleón [19].

Este discurso conservador sobre la guerra y sobre los motivos del pueblo que combatió en ella ha dado lugar a una poderosa, y a veces sin sentido, polémica contra las instituciones y valores liberales [20]. Los conservadores han sostenido que el liberalismo es una importación exótica que no se ajusta al carácter español, y han utilizado como apoyatura el levantamiento instintivo de la «nación» en 1808 en defensa de Dios, el rey y la patria. Como

llas navarras como «bandas, indisciplinadas y celtibéricas», doble representación equívoca de los hombres de Mina, dado que ni eran indisciplinados ni especialmente «celtíberos».

[18] Francisco Solano Costa, *El guerrillero y su transcendencia*; Miguel Artola, *Los afrancesados*, p. 61; Antonio Ramos Oliveira, *Politics, Economics, and Men of Modern Spain*, pp. 21-25. Otras afirmaciones ya clásicas sobre la guerra nacional, unánime y conservadora pueden consultarse en José María Jover Zamora, «La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación (1808-1814)», en *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*.

[19] María Cruz Figueroa Lalinde, *La Guerra de la Independencia en Galicia*, pp. 36, 159. Esta retórica nacionalista no se limita sólo a los historiadores españoles. Un historiador norteamericano sobre temas militares ha declarado recientemente que la guerra española representó una «toma de armas generalizada de la nación», caracterizando además la resistencia de «omnipresente» y motivada por el amor al rey y la iglesia. Anthony James Joes, *Guerrilla Conflict before The Cold War*, p. 93.

[20] Han sido pocas las excepciones a la línea general expuesta aquí. Juan Mercader Riba destacó que el alcance de la resistencia se debía más a motivos personales que a problemas tan grandiosos como el nacionalismo. Asimismo puso de manifiesto el grado alcanzado por la colaboración o neutralidad de los españoles. Juan Mercader Riba, *José Bonaparte, Rey de España*, p. 6. Véase también su *Barcelona durante la ocupación francesa*. Otra excepción reciente es el libro de Charles Esdaile, *The Wars of Napoleon*, donde el autor sostiene que ningún Estado europeo debería ser considerado como una nación en armas.

sostendré, esta interpretación de la resistencia no corresponde a la naturaleza de las guerrillas (por no mencionar a la de los españoles en general). En términos historiográficos, esta malinterpretación ha tenido consecuencias todavía más desafortunadas al obviar la necesidad de investigar en detalle la guerra de guerrillas. Al considerar que virtualmente todos se alzaron en defensa del viejo régimen, los especialistas se han visto poco incentivados para preguntarse sobre detalles tales como quién y por qué se combatió. El resultado ha sido que, por regla general, la historia de la guerra sólo describe a grandes rasgos las guerrillas, lo que acaba configurando un cuadro inadecuado, y a menudo demasiado atractivo, de los insurgentes. Lo que hace que estos resultados historiográficos sean todavía peores es que los investigadores ingleses y franceses tampoco se hayan enfrentado al problema de la resistencia española, si bien su fracaso obedece a razones bien diferentes.

3. *Bandidos y desertores*

En el Reino Unido nunca ha existido gran interés por los insurgentes españoles. La razón es simple. Los combatientes británicos opinaban que eran ellos, y no los españoles, los que eran dignos de los laureles de la victoria en España. Y tenían motivos para opinar así. Las tropas españolas que lucharon con Wellington a menudo lo hicieron mal, mientras que los británicos guardaron poca relación o tuvieron escaso conocimiento de los verdaderos centros de resistencia guerrillera en el norte de España. Las partidas guerrilleras con las que se encontraron en España occidental eran pequeñas, con frecuencia no más grandes que las bandas de desertores y bandidos cuyo valor militar era marginal[21].

[21] Charles Esdaile ha sostenido que las partidas estaban compuestas principalmente por desertores y bandidos, y que perjudicaron a la causa aliada al detraer poco a poco personal del ejército español y al indisponer a los civiles. Esdaile, «Spanish Guerrillas: Heroes or Villains?». Esta línea de razonamiento, que repite la misma idea de los oficiales del ejército regular español de aquel período que envidiaban y temían a las gue-

En las mentes de los combatientes británicos era incuestionable que eran ellos, antes que los guerrilleros, los que tenían reservado el honor de la liberación de España. Según George Gleig, los guerrilleros que vio en los Pirineos occidentales en 1813 «eran de apariencia vil y poco caballerosa», un defecto básico para los niveles medios de un oficial inglés, «y parecían tener poca o ninguna autoridad sobre sus hombres». Los soldados españoles que Gleig se encontró «estaban llenos de fanfarronería y no perdían ocasión en demostrársela, con aires absurdos, como si su valor hubiera liberado España y destronado a Napoleón» [22]. De la misma forma, los primeros historiadores anglófonos de la guerra no dudaron de que habían sido los británicos los que habían ganado la guerra. William Napier, por ejemplo, escribió que las guerrillas, que él relacionó con las «lívidas manchas y erupciones» que aparecieron en el cuerpo de España cuando su fuerza vital se hubo agotado, resultaban inútiles cuando se las aislaba de los ejércitos británicos [23]. En la cosmología de los observadores británicos, sólo Wellington tenía la fuerza necesaria para hacer caer la estrella de Napoleón. Compartir con los campesinos españoles parte de la hazaña resultaba impensable [24].

Desafortunadamente, esta vieja polémica continúa ejerciendo su influencia sobre los especialistas que trabajan sobre la Guerra de Independencia, especialmente sobre los que se dedi-

rrillas, es errónea. Los ejércitos de España no se hundieron porque sus hombres desertasen en favor de las guerrillas; si sus hombres desertaban a las guerrillas era debido al colapso de los ejércitos españoles. Un gran número de aquellos soldados sólo eran desertores en el sentido de que ansiaban victorias y sobrevivir, y no derrotas y muerte. En cualquier caso, la guerrilla realmente importante, tal y como la de Juan Martín y Mina, sólo contaba con un escaso número de los denominados desertores.

[22] George Robert Gleig, *The Subaltern*, p. 369.

[23] William Napier, *History of the War in the Peninsula and in the South of France*, vol. 1, p. iv; vol. 2, pp. 127-29, 331, 349; vol. 3, p. 269.

[24] Charles Oman, cuyo trabajo recientemente reimpreso sigue siendo la historia militar más común en lengua inglesa, no ignoraba completamente las acciones de los ejércitos regulares españoles y de las guerrillas; sin embargo, pensaba que el combate fuera del teatro de operaciones de Wellington «nunca ejerció mucha influencia» en el resultado de la guerra. Oman, *The History of the Peninsular War*, vol. 2, p. 1; vol. 3, p. 461.

can a la historia militar. En este sentido, algunos estudios recientes de la guerra escritos en inglés han explicado la derrota francesa en España como resultado de la ausencia de Napoleón en persona y del genio de Wellington, sin tener en consideración el impacto del ejército regular español y de las guerrillas [25]. La principal literatura inglesa no tiene interés por preguntarse sobre quiénes eran los guerrilleros y qué era lo que los inspiraba. En el mejor de los casos, parece que fueron bandidos sociales y en el peor, meros criminales, aunque de todas formas resulte en gran medida irrelevante para el resultado de la guerra.

4. *La mayoría fanática*

La comprensión francesa de la guerra española sufrió su propia deformación. Si al principio los propagandistas galos minusvaloraron a los guerrilleros, considerándolos meros bandidos, los combatientes franceses no tardaron mucho tiempo en darse cuenta de la seriedad de la insurgencia [26]. No obstante, por razones políticas y psicológicas, los oficiales y soldados franceses no percibían a las guerrillas como lo que realmente eran, sino como lo que necesitaban que fueran. Al igual que el discurso genocida republicano sobre la Vendée, creían ver guerrilleros detrás de cada arbusto y consideraban enemigos a las mujeres y niños españoles. Evidentemente, esta interpretación de las guerrillas hun-

[25] Todavía puede encontrarse el viejo argumento según el cual la salvación de España no procedió de las guerrillas, sino de Wellington. Véase, por ejemplo, Esdaile, *The Wars of Napoleon*, p. 139. Esdaile sostiene el mismo argumento en otras dos obras *The Spanish Army in the Peninsular War*, pp. 125, 141-43, 163, y *The Duke of Wellington and the Command of the Spanish Army*, pp. 117-118. Las guerrillas siempre funcionaron mejor en simbiosis con tropas regulares, y es claro que, sin Wellington (y sin el ejército regular español), las guerrillas no hubieran podido ser tan efectivas. Aunque esta afirmación ya no suscite controversias, lo contrario es igualmente cierto: sin las guerrillas, Wellington probablemente habría fracasado.

[26] Véanse los comentarios de la propaganda francesa en Albert Jean Rocca, *Memoirs of the War of the French in Spain*, pp. 194-95.

día sus raíces en la resistencia generalizada, si bien fue construida para justificar la utilización sistemática del terror contra ciudadanos de todas las edades y sexos [27]. El mariscal Soult, por ejemplo, creía estar luchando contra «la nación entera: todos los habitantes, hombres, mujeres, niños, ancianos y sacerdotes, estaban en armas, las aldeas abandonadas, los desfiles custodiados» [28]. Y uno de los oficiales a las órdenes de Soult coincidía con él y pensaba que la solución debía pasar por «una guerra de exterminio» [29].

Para explicar la hostilidad generalizada que los franceses imaginaban en España, se adscribieron ciertos caracteres a toda la población: los españoles eran fanáticos dirigidos por curas, un pueblo inferior demasiado ignorante para comprender que José Bonaparte era mejor para España que el absolutismo borbónico. Esto explica la obsesión francesa por el lugar que la religión y el clero ocuparon durante la guerra. Y que algunos llegasen tan lejos como para creer que la resistencia estaba dirigida por curas y monjes [30]. El papel que la Iglesia tuvo es complejo y será considerado más tarde. Por ahora, merece la pena destacar que los franceses tuvieron motivos suficientes para exagerar la función del clero con fines propagandísticos. El anticlericalismo violento fue uno de los legados más enérgicos que la Revolución dejó al imperio. Considerar a España como una nación de fanáticos religiosos era una buena estrategia para desacreditar la resistencia española, elaborada por aquellos que retornaban a sus hogares en Francia. Por consiguiente, los in-

[27] Raynald Secher, *Le Genocide Franco-Français: la Vendée Vengée.*

[28] Jean Nicolas Soult, *Mémoires du Maréchal Soult. Espagne et Portugal*, p. 68.

[29] Louis Florimand Fantin des Odoards, *Journal du Général Fantin des Odoards; étapes d'un officier de la grande armée, 1800-1830*, p. 211.

[30] Como ejemplo puede consultarse el «Résumé des Opérations» del general Duhesme desde junio a diciembre de 1808, cuando fue repelido de Gerona por insurgentes de los que pensaba estaban a las órdenes de monjes. AAT, C8, 7. Las impresiones de Duhesme no se sostienen contra lo que hoy sabemos sobre la resistencia mostrada en Gerona por parte de sus habitantes. Por ejemplo, Pedro Espraeckmans, *Diario del sitio de Gerona en el año de 1809 por el séptimo cuerpo del exército francés.* El mariscal Jourdan escribió en los mismos términos sobre los monjes de Zaragoza, los cuales con «un crucifijo en la mano y un puñal en la otra marchaban a la cabeza de las tropas...». Jean-Baptiste Jourdan, *Mémoires Militaires du Maréchal Jourdan*, p. 57.

formes relativos a España y escritos por toda una generación de militares se concibieron merced a una dosis continuada de anticlericalismo que constantemente exageró el papel del clero español [31].

La clerofobia de los oficiales imperiales y su tendencia a ver enemigos armados por doquier, incluidos niños y mujeres, llegó a consolidarse en la historiografía. Maximilien Foy se lamentaba de que la influencia clerical había hecho imposible que los españoles se convencieran de que la conquista por «un pueblo más civilizado» era por su propio bien [32]. Georges Desdevises du Dezert pensaba que España se había levantado al unísono y que el clero había sido «el alma de la defensa nacional» [33]. Existen incluso trabajos muy recientes que adoptan esta perspectiva. Jean Thiry escribió un libro extrañamente bonapartista en el que calificaba al imperio de modernizador al tiempo que tildaba a la resistencia española de antimoderna. Georges Roux repitió la vieja afirmación según la cual el clero español fue la perdición de Francia, a la vez que la famosa historia que escribió Jean-René Aymes trataba el levantamiento español como una guerra aparentemente unánime y dirigida por monjes en defensa de la reli-

[31] Sobre este aspecto son interesantes las reflexiones de Las Cases, *Mémorial de Sainte-Hélène*, vol. 2, pp. 774, 777, 779. La propaganda francesa no fue siempre consistente. En este sentido, los franceses describieron a veces a las guerrillas no como una fanática mayoría española, sino como un grupo de criminales seducidos por el oro británico. Así por ejemplo, el Senado francés explicó a los parisienses en las páginas del *Moniteur* que «el oro corruptor de los Ingleses ... ha logrado el triunfo vergonzoso de envolver a la España en la guerra civil...». Reimpreso en *El semanario patriótico*, núm. 7, 13 de octubre de 1810.

[32] Foy concluía con generosidad, «A las naciones no se les puede hacer el bien pese a ellas». Maximilien Sébastien Foy, *Histoire de la guerre de la péninsule*, vol. 4, p. 25. El tema de la carencia de civilización en España fue especialmente popular en los autores franceses. Sobre las guerrillas, uno escribió: «Fue el desenfreno de la pasión, el olvido de las leyes de la humanidad, el desconocimiento de las reglas de la disciplina militar, el desprecio de la autoridad, la satisfacción desenfrenada del amor propio. Las costumbres, el clima, el fanatismo inspiraron procedimientos de resistencia sin misericordia...». Charles Alexandre Geoffroy de Grandmaison, *L'Espagne et Napoleon*, vol. 3, p. 215.

[33] Georges Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 78, vol. 3, p. 215.

gión [34]. Y sólo unos años antes, Jean-Louis Reynaud recapitulaba sobre esta percepción francesa de la resistencia como «la insurrección de todo un pueblo, una verdadera cruzada», denominando a los españoles «un pueblo de doce millones de almas, fanatizado por su clero» [35]. De este modo, los historiadores franceses situaron de pleno a la resistencia española en la leyenda negra de ferocidad, inferioridad y resistencia hispanas frente a modernidad. Resulta paradójico que esta visión no sea más que la cara opuesta de la interpretación española nacionalista de la guerra, salvo que, donde los franceses veían fanatismo e ignorancia, los españoles percibían piedad y lealtad a Fernando VII. Ambas interpretaciones se construyeron sobre la ahora insostenible proposición de que, para bien o para mal, el imperio encarnaba modernización y liberalismo. En todo caso, la Francia napoleónica representó el fracaso económico y la reacción política, y actualmente son muchos los que piensan que la historia del período republicano y del imperial fue la antesala del totalitarismo del siglo XX [36].

[34] Jean Thiry, *La Guerre D'Espagne*; Georges Roux, *Napoléon et le Guêpier Espagnole*; Jean-René Aymes, *La Guerre d'Independence Espagnole, 1808-1814*. Aymes adoptó en esencia la visión española tradicional de la guerra como cruzada en favor de Dios, el rey y la patria; sin embargo, como otros autores franceses, destacó inevitablemente «el preminente papel jugado, junto a los obispos y los curas, por los monjes». Ibíd., p. 39.
[35] Jean-Louis Reynaud, *Contre-Guerilla En Espagne (1808-1814). Suchet pacifie l'Aragon*, pp. 31-32. Al adoptar la fórmula tradicional española, Reynaud escribió (p. vi): «Cuando en el mes de mayo de 1808, el pueblo español entero se subleva para defender a su rey, su religión y su tierra, los franceses están estupefactos».
[36] Sobre la regresión económica y política del imperio véase Louis Bergeron, *L'episode napoléonien. Aspects intérieurs, 1799-1815*. Incluso la fusión llevada a cabo por el Imperio de todo el pueblo francés en una sola nación (a veces considerado como su mejor consecuencia) tiene más de retórica que de realidad. Véase Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France*. Ahora es claro que, de hecho, el nacionalismo patriótico sirvió pobremente al Estado francés, especialmente cuando llegaba el momento de recaudar impuestos y reclutar tropas. Véase Isser Woloch, *The New Regime: Transformations of the French Civic Order, 1789-1820*, pp. 380-426. Entre los trabajos recientes que discuten la relación entre la Ilustración, la revolución y el imperio con el totalitarismo se incluyen Carol Blum, *Rousseau and the Republic of Virtue*; Desmond Seward, *Napoleon and Hitler*; Jean Tulard y Patrick Buisson, eds., *Vendée: Le Livre de la mémoire (1793-1993)*; y Alain Gérard et Thierry Heckmann (eds.), *La Vendée dans l'Histoire*.

5. *¿Quiénes eran los guerrilleros?*

Así pues, la historia de la resistencia española frente a Napoleón ha sido deformada por todo un conjunto de mitos. El primero de ellos hace referencia a que la guerra de guerrillas fue un esfuerzo unánime y nacional. Si bien es verdad que hubo pequeñas partidas de guerrillas que operaron en toda España durante cierta parte de la guerra, los núcleos básicos del territorio guerrillero se pueden describir de forma más precisa. Las principales fuerzas insurgentes operaron en el norte de España, desde Cataluña occidental y el Bajo Aragón, pasando por Guadalajara, Soria, Navarra, La Rioja, las Provincias Vascas, partes de Castilla la Vieja, Asturias, León y Galicia. Fue en estas regiones donde el famoso Empecinado se ganó su apelativo y en donde el cura guerrillero Merino se hizo famoso por su brutalidad. En el centro de esta franja de territorio insurgente, Navarra, bajo Francisco Espoz y Mina, reclutó el mayor y más efectivo ejército guerrillero de España. Mediante el análisis del movimiento encabezado por Mina, explicaré por qué la guerra de guerrillas efectiva fue en gran medida específica del norte de España, mientras que la mayoría del país soportó la ocupación sin resistirla activamente.

Este trabajo se centra en Navarra, aunque su propósito no es escribir una historia local. La guerra de guerrillas, como sostendrá este estudio, es por su misma naturaleza un tema intensamente local, por lo que las fuentes documentales de esta historia son también locales. Cualquier estudio global que ignore esto interpretará erróneamente la insurgencia. Esta obra, por tanto, presentará un detallado estudio de la guerra en Navarra, aunque al mismo tiempo tratará Navarra como caso de estudio de un fenómeno mucho más amplio. Adoptaré un perspectiva comparativa, contrastando la resistencia de Navarra y la de algunos otros lugares del norte de España con la muy diferente experiencia de la guerra en la mayoría de la España central y meridional. En un capítulo final compararé la guerra española con otros tres casos de insurgencia que le son aproximadamente contemporáneos: la Vendée, Calabria y El Tirol. A través de estas lentes comparati-

vas, trataré de discernir cuáles fueron las causas de que algunas regiones de España (y Europa) diesen lugar a insurgencias efectivas, mientras que otras no resistieron o no pudieron resistir a París.

Navarra generó el movimiento guerrillero más perfecto de España. Mina consiguió el monopolio virtual de la fuerza militar en Navarra y el Bajo Aragón, estableció un sistema de tribunales, se hizo con las operaciones aduaneras de las fronteras, y extrajo contribuciones de la población. Durante algún tiempo, por tanto, un ejército guerrillero conducido por un campesino señoreó la región. No obstante, incluso en Navarra la guerra de guerrillas ni fue unánime ni generalizada. Por el contrario, fue una clase social particular, emplazada en el peculiar medio rural de la mitad norte de Navarra la que generó una resistencia guerrillera efectiva, mientras que muchos navarros, especialmente los del valle del Ebro, permanecieron inactivos o colaboraron con los franceses. Así, incluso en Navarra, el análisis comparativo demostrará que la mayoría del pueblo no se alzó para unirse a la resistencia.

El segundo mito sobre la guerra es que los españoles lucharon por Dios, el rey y la patria. Sostendré que tales lealtades no describen las motivaciones de los guerrilleros. La gente de las pacíficas áreas del sur de España se reafirmaban en su amor por su nación, su fe y la familia real tanto como la de Navarra, Galicia y Guadalajara, y, sin embargo, no produjeron poderosos movimientos guerrilleros, mientras que las tres provincias nombradas sí lo hicieron. El hecho es que el ímpetu guerrillero no surgió de un patriotismo o piedad superiores, y mucho menos de la tierra, el clima, el sol o de la historia militar de la Reconquista. Los españoles no tuvieron el monopolio sobre «guerrillerismo», tal y como algunos comentaristas decimonónicos creyeron, y nadie en España o en otros lugares había nacido para la guerrilla. Por el contrario, la guerra de guerrillas se produjo en gran medida merced a la naturaleza de la sociedad rural de ciertas partes del norte de España. La estructura social, económica y política representaron un papel determinante en la dedicación colectiva a la guerra

contra Francia y en la capacidad colectiva para hacer la guerra. La dispersión de la población, la economía campesina no articulada y la tradición de un fuerte gobierno local fueron algunos de los factores que contribuyeron al éxito de las guerrillas en la España septentrional. Para comprender la función de estos factores en la estimulación de la resistencia, este trabajo examinará en detalle la economía y la sociedad de Navarra, y demostrará que algunos de estos mismos componentes que ayudaron a las guerrillas de Navarra estuvieron también presentes en la Vendée, Calabria y El Tirol. También contradiré la noción según la cual los guerrilleros fueron bandidos, desertores, sacerdotes y monjes. Esto no quiere decir que traficantes, bandidos y sacerdotes, como individuos, no se unieran a la resistencia, porque sabemos que sí lo hicieron. También conocemos que miles de desertores se unieron a las formaciones guerrilleras tras la derrota de los ejércitos regulares españoles en 1809. Sin embargo, el grueso de cada uno de los ejércitos guerrilleros que tuvieron éxito en España estuvo siempre constituido por campesinos con tierra, cuyo objetivo —sostendré— fue defender su propiedad de las tropas francesas. No se debe creer que este combate fue una simple defensa de los viejos modos frente a las incursiones de un régimen modernizador. En cierto sentido podemos considerar el conflicto guerrillero como una defensa colectiva de las libertades y derechos locales que estaban siendo destruidos por lo que se denominaba impulsos centralizadores «modernos» procedentes de París. En otro sentido, sin embargo, los guerrilleros realmente estaban combatiendo por su propia supervivencia y la de sus familias, una lucha en la que cuestiones más amplias, como la de la conciencia colectiva, fueron en ocasiones secundarias.

El último de los mitos sobre el movimiento guerrillero sostiene que fue una fuerza tan poderosa, sustentada por el nacionalismo español y por otros recursos objetivos, que Francia no tuvo ninguna posibilidad de pacificar España. Los informes militares son, sin embargo, claros: el movimiento guerrillero no fue una fuerza arrolladora. Los ejércitos guerrilleros pasaron por algunas fases de desintegración y reconstrucción, y sus logros se debieron

en gran parte a la suerte de la batalla, a la política y a la personalidad, así como a la particular coyuntura estratégica de la guerra. De este modo, mientras que la estructura demográfica, social y política fueron condiciones para el éxito de la guerra de guerrillas y contribuyeron a crear algunas formas de conciencia colectiva, no determinaron por ello la victoria militar. Por esta razón resulta insuficiente una historia social «longue durée» de la guerra de guerrillas. Solo a través de la consulta de los registros cronológicos, de la historia de los «simples eventos», podremos comprender la naturaleza de las guerrillas y su contribución a la derrota de Napoleón. Este trabajo es por ello tanto historia social como narrativa. Llevando a cabo esta aproximación, y combinando el estudio detallado de la guerra de guerrillas en Navarra con un análisis comparativo de otras insurgencias, espero responder a las preguntas: ¿quiénes fueron los guerrilleros españoles? ¿Por qué combatieron? ¿Por qué tuvieron éxito?

CAPÍTULO 2

INVASIÓN Y REVOLUCIÓN DE 1808

1. *La ciudadela*

En la mañana del 9 de febrero de 1808, el general D'Armagnac, al mando de 2.000 soldados franceses de infantería, entraba en Pamplona por la puerta norte de la ciudad, conocida irónicamente como el Portal de Francia [1]. Dos días antes los franceses habían atravesado la frontera española por Roncesvalles. Los más de seis metros de nieve que cubrían el paso montañoso habían obligado a D'Armagnac a continuar su avance sin su artillería y comenzaba a temer por la supervivencia de su pequeño ejército ahora que se encontraban en Pamplona. D'Armagnac tenía motivos para alarmase. Oficialmente, Francia continuaba siendo aliada de España, y si Madrid aceptaba la presencia de las tropas francesas en territorio español era porque la consideraba un instrumento seguro contra su común enemigo, Inglaterra. Sin embargo, muchos españoles habían empezado a desconfiar de las intenciones de Napoleón, y en Pamplona la multitud encendida abarrotó las

[1] La siguiente reconstrucción de los hechos de Pamplona se basa en documentos y correspondencia de AAT, C8, 4, 5.

calles, arengada por oradores que sostenían que los franceses debían ser expulsados de Navarra. El 10 de febrero, un asesino acuchilló hasta la muerte a un soldado francés en plena calle. D'Armagnac escribió a París que Pamplona estaba contra él y que «sólo faltaría una chispa para incendiar Navarra». La hostilidad de los navarros estaba plenamente justificada ya que D'Armagnac tenía órdenes secretas de Napoleón para tomar la ciudadela.

Desde la incorporación de Navarra a la monarquía española en 1512, Pamplona había sido uno de los puntos clave de la defensa hispana contra los ataques procedentes del norte. En 1571, Felipe II había ordenado la construcción de una fortaleza en la ciudad cuyas dimensiones estaban en consonancia con su vasto imperio. La terminación de la ciudadela llevó más de un siglo e incorporaba los mejores elementos de lo que llegaría a denominarse sistema Vauban. Casi tan larga como la misma ciudad vieja, la ciudadela ofrecía al atacante una fachada inexpugnable de fosos, murallas, torres, parapetos y glacis. Se suponía que la fortaleza podía mantener durante meses de asedio incluso una pequeña guarnición. Sin embargo, como demostraron los acontecimientos, el pueblo de Pamplona había trabajado en vano al construir y conservar esta impresionante fortaleza. La ciudadela, que nunca tuvo ocasión de demostrar su capacidad de resistencia frente a un asedio real, sucumbió en 1808 ante una simple escaramuza en la que no se efectuó ni un solo disparo.

Un día después de su llegada, D'Armagnac pidió permiso al virrey de Navarra, el marqués de Vallesantoro, para entrar en la ciudadela con 400 hombres a fin de reforzar la guarnición española. Una vez en su interior, los franceses podían acabar fácilmente con los 300 soldados de la guarnición, muchos de los cuales eran inválidos e inexpertos. Vallesantoro lo sabía, por lo que con toda prudencia negó la entrada a sus «aliados» franceses hasta que no recibiera órdenes precisas de Madrid. D'Armagnac se afincó en una casa que había justo fuera de la principal entrada a la ciudadela, un lugar que, a la larga, probaría serle de gran utilidad, y allí, comenzó a recapacitar sobre el peligro de aquella situación. D'Armagnac, en medio de una población poco amistosa, no tenía artillería y contaba con pocos hom-

bres y escasa munición. Sin acceso a la ciudadela, sus hombres estaban peligrosamente expuestos. En esta situación no podía esperar al permiso de entrada en la ciudadela, por lo que planeó un subterfugio para tomar la fortaleza que hubiera ruborizado al mismo Odiseo.

Los franceses habían acordado enviar a la puerta de la ciudadela una partida desarmada de requisición cada cuatro días, donde había un molino harinero y una panadería lo suficientemente grandes para satisfacer las necesidades de las tropas francesas. Esto fue lo que dio a D'Armagnac la oportunidad que precisaba. En la mañana del 16 de febrero, sesenta hombres, con armas escondidas bajo sus capotes, se acercaron a la fortaleza para recoger el pan. Aquella noche una fuerte nevada había blanqueado toda la ciudad. Algunos de los miembros de la partida, mientras esperaban fuera del fuerte, disimularon estar disfrutando con la nieve recién caída y comenzaron a hacer que jugaban a pelearse con bolas de nieve. Los guardas españoles, entretenidos con el juego, no se percataron de que algunos franceses se habían situado sobre el puente levadizo que se encontraba bajado. Rápidamente, entraron por la puerta y desarmaron a la guardia española. Durante la noche, D'Armagnac introdujo en su casa y en secreto a 100 granaderos más. Estos hombres tomaron rápidamente la ciudadela, asaltaron la armería con sus 10.000 rifles y concluyeron así la primera acción hostil de la guerra española. La fortaleza más importante de la España centro-septentrional había caído en manos de un puñado de soldados franceses armados con bolas de nieve.

Pocas horas más tarde, D'Armagnac ordenó fijar el siguiente anuncio por las calles: «Habitantes de Pamplona: en la pequeña mudanza de las cosas no veáis la traición y la perfidia que receláis, sino una conducta fiel, dictada por la necesidad y seguridad de mis tropas. Napoleón, mi amo, que ha firmado la alianza más estrecha con España, saldrá garante de mi palabra». Al mismo tiempo, con el cinismo de los comunicados imperiales, aseguró al gobierno municipal y a la Diputación que debían considerar su toma de Pamplona como una muestra de amistad [2].

[2] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 5.

La reacción inicial en Pamplona y otros lugares ante esta traición fue hostil, y en algunas provincias se habló de la necesidad de un levantamiento generalizado. En las calles de Valladolid fue asesinado un soldado francés a manos de ciudadanos armados una vez que llegaron las malas noticias de Pamplona, y dos franceses sufrieron heridas en los combates que siguieron. En Pamplona la muchedumbre, irritada y dirigida por estudiantes, ocupó las calles. Al principio D'Armagnac consiguió disolverla con sus tropas, pero pronto los campesinos venidos del campo se sumaron a ella. D'Armagnac tuvo entonces que retirarse a la ciudadela, dejando la calle en manos de sus enemigos. Finalmente, el 18 de febrero, el Consejo de Castilla envío instrucciones a Vallesantoro para que mantuviera a los franceses fuera de la ciudadela. Madrid fue todavía más allá, y envió en secreto un agente especial cuya tarea consistía en preparar Pamplona para el levantamiento. Por supuesto, aquellos esfuerzos, como todos lo que se tomaron por parte del gobierno español en aquella primavera, fueron demasiado limitados y tardíos. La ciudadela ya estaba en manos francesas y D'Armagnac podía felicitarse por haber actuado en el momento más crítico.

La celebración del general fue, sin embargo, apresurada, ya que pronto se vio representando el papel de Remiro de Orco para el César Borgia de Napoleón. Los métodos engañosos que había utilizado para ocupar la ciudadela convirtieron D'Armagnac en víctima de una total aversión en toda Navarra, además de haberle dejado mal sabor de boca. Expresando un sentir que se acabaría convirtiendo en común expresión de los oficiales franceses en la España ocupada, D'Armagnac escribió que prefería el estado de «guerra abierta» a la hipócrita situación en la que se encontraba. Como consecuencia de haber expresado su disgusto por lo que consideraba su «vil» misión en Navarra, D'Armagnac se hizo prescindible. Dado que el general continuaba persistiendo en escribir informes desalentadores sobre la situación de Pamplona y en pedir más tropas, el emperador acabó reemplazándolo por el general D'Agoult. Napoleón calificó a D'Armagnac de comandante inexperto que había actuado en

contra de sus órdenes, mientras se extendían por Navarra los rumores de que el emperador iba a rectificar la situación.

Sin embargo, pronto se hizo evidente que D'Armagnac tan sólo era uno de los comandantes a los que se les había ordenado tomar fortalezas españolas. El 28 de febrero, el general Duhesme ocupaba Barcelona y la fortaleza de Montjuich. El 5 de marzo, el general Thouvenot se instalaba en San Sebastián. Alrededor del día 18 del mismo mes, una vez que los franceses hubieron controlado Figueras, algunas de las fortalezas españolas más importantes del norte ya se habían rendido sin ocasionar baja alguna a los franceses. Es más, el gobierno de Madrid fue demasiado dócil como para oponerse mínimamente a esta forma de traición. El 16 de marzo, el rey Carlos IV proclamaba que los ejércitos de su gran aliado Napoleón habían ocupado las plazas fuertes de España con objeto de proteger al país de Inglaterra, y pedía a las autoridades locales que mantuvieran a toda costa la tranquilidad. En Pamplona se procuró que el desafecto inicial del pueblo se disipase, y las multitudes encendidas que en un principio se habían acordonado alrededor de la plaza mayor se dispersaron en desorden.

2. *Una familia rota*

La facilidad con la que los franceses ocuparon las fortalezas clave del norte de España debe entenderse en un contexto de casi un siglo de relaciones franco-hispanas. Tras la paz de Utrecht en 1713, España había caído bajo la influencia de Francia, y los Borbones españoles mantenían un «pacto de familia» con sus primos de París. La Revolución Francesa sirvió, paradójicamente, para aumentar la dependencia de España con respecto a Francia. Evidentemente, al principio, el rey español Carlos IV pretendió, junto con media Europa, destruir a los regicidas de París, lo que lo llevó a introducir a España en la Primera Coalición de 1793. Las fuerzas españolas entraron en territorio francés por ambos extremos de los Pirineos, si bien su éxito fue temporal. En 1794

los ejércitos de la Convención hacían retroceder a los españoles, especialmente en el frente occidental, donde algunos habitantes de Guipúzcoa y Navarra recibieron como libertadoras a las tropas revolucionarias[3].

Con las tropas francesas ocupando el Norte hasta Bilbao y el Ebro, y con conspiraciones separatistas y republicanas emergiendo en las regiones vascas e incluso en Madrid, el gobierno español no tuvo otra elección que asegurar la paz a cualquier precio. A favor de España negoció Manuel Godoy, cuyo poder procedía de su influencia sobre el débil rey, Carlos, y su reina, María Luisa. Por el tratado de Basel, firmado el 22 de julio de 1795, España volvió al terreno francés, y un año más tarde, los dos países establecían una alianza formal en San Ildefonso. Los tratados hicieron ganar a Godoy el título de «Príncipe de la Paz» y confirmaron su posición como valido y gobernante virtual de España para los próximos doce años. Tras 1795, el futuro político de Godoy y el futuro del país se unieron al destino de Francia con más firmeza que nunca.

En el polarizado clima internacional de la época, la amistad con Francia significaba la guerra segura con Inglaterra, aunque esta probabilidad no fuera nada impopular en España. Inglaterra era el enemigo tradicional, la moderna Cartago, que amenazaba los intereses españoles por todo el globo y que ocupaba territorio español en Gibraltar. Sin embargo, la guerra con Inglaterra iba a ser mucho más costosa de lo que nadie podía esperar. La marina inglesa aisló España de América, especialmente a partir de 1805, tras la destrucción de la flota española en Trafalgar, lo que puso en marcha la descolonización de sus posesiones ultramarinas. La pérdida de ingresos procedentes de los barcos que transportaban plata y de los impuestos aduaneros asfixiaba las finanzas gubernamentales, y el declive del comercio neutralizaba el crecimiento económico del siglo XVIII, mientras que las regiones más avanzadas de España iban siendo aisladas de los mercados ultramarinos

[3] Rodrigo Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra con la administración central*, p. 211.

y de las materias primas[4]. Por supuesto, los españoles eran conscientes de que los malos tiempos habían invadido el país. Algunos consideraban que el principal problema era la alianza con Francia y la guerra con Inglaterra; otros habían formado una camarilla en favor de los ingleses que giraba alrededor del heredero Borbón, Fernando, y de su mujer napolitana, María Antonia, quien detestaba a los franceses. Sin embargo, a pesar de la fuerza arrolladora de Napoleón, el gobierno español no tenía otra elección que la de mantener su amistad con Francia.

El emperador exigió un elevado precio a sus amigos: un embargo sobre el comercio con Inglaterra y la aportación de hombres y dinero al esfuerzo militar imperial. La contribución española a esta alianza, o Sistema Continental, fue onerosa. La Armada y, posteriormente, una fuerza de 15.000 hombres fueron puestos a disposición de Francia. Tras el desastre de Trafalgar, incluso el sumiso Godoy comenzó a sentirse irritado por los costes que ocasionaba la alianza con Francia. En 1806, Francia inició lo que la mayoría de los observadores habían anticipado como una muy difícil campaña contra Prusia, y Godoy empezó a manifestar públicamente la idea de una ruptura con Napoleón. Sin embargo, el emperador despachó a los prusianos rápidamente, tras derrotarlos en Jena, incluso cuando siendo consciente de una posible retirada de España. Godoy trató de recomponer sus relaciones con el emperador, pero el daño ya estaba hecho. Francia descubrió así lo que significaba tener un aliado de poca confianza. En cualquier caso, la pasión por la gloria mostrada por Napoleón, su dependencia de la victoria militar para mantener su poder político y la adicción económica de Francia a la conquista siempre hicieron que la independencia de la España borbónica fuera precaria. En 1807, una vez que Napoleón hubo puesto fuera de combate a Rusia en Friedlan, llegó el momento para el ajuste de cuentas a

[4] Como muestra indicativa de la profundidad de la crisis, la población de Barcelona, la ciudad española más vinculada a la economía internacional, perdió cerca del 12 por ciento de sus efectivos entre 1798 y 1808. Mercader Riba, *Barcelona durante la ocupación francesa*, pp. 43-46.

Godoy y a España. En los protocolos secretos adjuntos al Tratado de Tilsit, los rusos acordaron que Napoleón se quedase con España, Portugal y Gibraltar a cambio de Turquía [5].

Napoleón necesitaba algún pretexto para situar sus tropas en territorio de sus aliados españoles, y lo encontró en la cuestión portuguesa. Portugal era uno de los últimos aliados de Inglaterra en Europa occidental y la única pieza que continuaba siendo ajena al Sistema Continental de Napoleón. Si Francia conseguía tomar Lisboa, Inglaterra quedaría aislada del Continente y la hegemonía de Francia definitivamente sellada. Dado el dominio marítimo de Inglaterra, el único modo de situar a las tropas francesas en Portugal era llevarlas por tierra conduciéndolas a través de España. Napoleón consiguió que este proyecto recibiera la temerosa aprobación del gobierno español por el Tratado de Fontainebleau, firmado el 27 de octubre de 1807 [6]. En pocos meses, 30.000 soldados franceses expulsaban de Lisboa a la familia real lusitana, junto a los ingleses. A pesar de todo, las divisiones imperiales continuaron fluyendo a través de los Pirineos. En febrero de 1808 había 100.000 soldados franceses en la Península, la mayoría establecida en España por razones de «seguridad» contra un posible ataque inglés. Para Napoleón resultó irresistible utilizar aquellas tropas para ocupar puntos estratégicos en el interior de España. Éste era el trasfondo que había en la toma de la ciudadela de Pamplona y otras fortalezas españolas en la primavera de 1808.

Napoleón esperaba que la conquista de España fuera asunto de unas pocas marchas de sus soldados, poco menos que «un pa-

[5] Presle, «Mémoire Historique», AAT, MR, 1777. Napoleón reveló sus intenciones hacia España en una carta a su hermano, José, cuando éste fue rey de Nápoles: «Hermano mío, no sé si ha impuesto el código napoleónico en su reino. Lo deseo para que se convierta en derecho civil de sus estados desde el próximo primero de enero. Alemania lo ha adoptado; y España lo hará temprano». Napoleón Bonaparte, *The Confidential Correspondence of Napoleon Bonaparte with His Brother Joseph*. Carta del 31 de octubre de 1807.

[6] Napoleón se aseguró la firma de Godoy en el tratado prometiéndole un feudo personal en Portugal. Los detalles del tratado fueron publicados por Pedro Cevallos, *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España y los medios que el Emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla.*

seo militar»[7]. Napoleón tenía al gobierno español en el bolsillo y, aunque los ejércitos españoles mostraran alguna resistencia, nunca podrían mantener sus posiciones en el campo de batalla. Sin embargo, a finales de marzo los acontecimientos de España tomaron una dirección imprevista. La pasividad del rey y Godoy ante agresiones tales como la sufrida en Pamplona fortaleció la velada desafección hacia el gobierno. Desde hacía tiempo se rumoreaba que Godoy se había metido en la cama de la reina y que incluso había interferido la descendencia regia. A esto se sumó la impopularidad de Godoy, y aumentó la antipatía del príncipe Fernando hacia él. La debilidad de Carlos y Godoy exasperó finalmente a la facción agrupada en torno a Fernando. El 18 de marzo, la multitud, dirigida por miembros de la camarilla de Fernando y apoyada por la guardia real, daba un golpe palaciego incruento en Aranjuez, a donde el gobierno se había retirado a fin de escapar al control francés. La muchedumbre invadió la residencia real y obligó a Carlos a echar a Godoy y a abdicar en favor de Fernando. Por toda España, el pueblo lo celebró arrancando de las paredes los retratos públicos de Godoy. El nuevo sujeto de adhesión de la muchedumbre, Fernando «el deseado», fue proclamado rey en el fragor de esperanzas milenaristas[8].

La revolución de marzo sorprendió a Napoleón y le hizo sentir temor por el futuro de su empresa en España. El «pueblo» había mostrado estar más alerta que el gobierno o el ejército. De repente, los caminos se hicieron inseguros, por lo que se ordenó a los soldados franceses que actuaran como si se encontrasen en territorio hostil. Alrededor de los Pirineos occidentales parecía como si ya se hubiera declarado la guerra[9].

[7] J. J. E. Roy, *Les Français en Espagne*, p. 6.

[8] Juan Antonio Llorente (pseud. Juan Nellerto), *Memoria para la historia de la revolución española*, pp. 16-20.

[9] El general Bessières, que comandaba los Cuerpos de los Pirineos Occidentales, sufrió tantas pérdidas entre sus hombres rezagados tras el 20 de marzo que se vio obligado a prohibirles que tratasen de unirse a sus unidades por sus propios medios. Por el contrario, debían esperar en Irún hasta que se formaran destacamentos lo suficientemente grandes para atravesar las montañas de Vizcaya y Navarra. Orden del 10 de abril de 1808, AAT, C8, 5.

Lo irónico de Aranjuez fue, empero, que se elevó al trono a un príncipe no menos sumiso a Napoleón que lo que habían sido Godoy y Carlos. A lo largo del año anterior, Fernando intentó granjearse la amistad de Napoleón, y redobló estos esfuerzos una vez que hubo llegado al poder, a pesar de la oposición de un gran número de sus seguidores, a quienes les hubiera gustado verlo dirigir la política exterior de España de una manera más independiente. De este modo, cuando Napoléon convocó a Fernando en Bayona con objeto de asistir a una conferencia a principios de abril, el joven rey decidió hacer el viaje en contra de las advertencias de sus consejeros. El 10 de abril, Fernando salió de Madrid, nombrando una junta para que gobernara en su ausencia. A su llegada a Bayona el día 20 del mismo mes, fue arrestado, al tiempo que se le comunicó que el emperador tenía la intención de tomar posesión de España.

Durante las dos semanas siguientes, Napoleón se dedicó a presionar a Fernando con objeto de conseguir su abdicación. El 30 de abril, arregló una cita entre padre e hijo en la que Carlos, siguiendo las directrices de un escrito preparado desde París, exigió a su hijo el abandono del trono. María Luisa ejerció todavía más presión, si bien Fernando rehusó apartarse del trono. Días más tarde, impelido por la peligrosa dirección que tomaban los acontecimientos de Madrid, Napoleón pidió personalmente la abdicación de Fernando, aunque una vez más, recibió la negación del joven rey. Entonces y según los testigos, la «petición» del emperador adquirió un tono más directo. «Príncipe —le dijo a Fernando—, hay que optar entre la cesión o la muerte». El 5 de mayo, Fernando se inclinaba por la abdicación, y el emperador entregaba España a su hermano, José Bonaparte [10].

[10] La descripción de los sucesos de Bayona se basa en una carta de Fernando a su hermano Antonio de 28 de abril de 1808, AAT, C8, 5; Pedro Cevallos, *Exposición*, p. 30; y Juan Escoiquiz, *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje del Rey Fernando VII a Bayona en el mes de abril de 1808, dada al público de España y de Europa*, p. 58.

3. *El Dos de Mayo*

Al tiempo que en Bayona se representaba este drama familiar, los acontecimientos de España dejaban obsoletos, una vez más, los planes de Napoleón. La revuelta de Aranjuez había alentado las esperanzas de un cambio aplazado durante mucho tiempo, y, por consiguiente, los españoles se volvieron más agresivos y menos proclives a aceptar los insultos de las tropas francesas emplazadas en el país. En Madrid tuvo lugar una oleada de violencia callejera entre los soldados franceses y los españoles que amenazó con degenerar en una guerra abierta [11]. En la noche del 25 de marzo, soldados españoles dieron muerte a un militar francés e hirieron a otros dos cuando éstos intentaron impedirles el paso a un burdel situado en la escabrosa calle de San Antonio. A principios de abril, un soldado francés que se negó a descubrirse ante una procesión religiosa fue golpeado con severidad por los devotos. La escalada de violencia aumentó cuando a finales de abril llegaron a Madrid los rumores del arresto de Fernando en Bayona. El día 26 de dicho mes, tres soldados franceses asesinaron y robaron a un civil, mientras que al atardecer uno de los ayudantes de Murat dio muerte a otro madrileño en una reyerta callejera. Al día siguiente, un mercader apuñaló e hirió gravemente a un militar, y durante esa mañana siete soldados franceses que asistían a un espectáculo sufrieron la agresión de los dueños del local. Tres de ellos cayeron gravemente heridos. En resumen, según los informes del general Grouchy, entre marzo y abril las tropas francesas que guarnecían Madrid sufrieron 23 bajas.

[11] Para los acontecimientos de Madrid he utilizado principalmente las siguientes fuentes: los informes y correspondencia de Murat y Grouchy, AAT, C8, 5, 6, y 381; Juan Pérez de Guzmán, *El 2 de Mayo de 1808*; Cayetano Alcázar, «El Madrid del Dos de Mayo», en *Itinerarios de Madrid*; Carlos E. Corona, «Precedentes ideológicos de la Guerra de la Independencia», en *II Congreso histórico internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 1, pp. 5-24; y Jesusmaría Alía y Plana, «El primer lunes de Mayo de 1808 en Madrid», en *Madrid, el 2 de Mayo de 1808, viaje a un día en la historia de España*, pp. 105-38.

A finales de abril, la situación era extrema. La violencia había provocado que Joachim Murat, comandante supremo de Napoleón en España, movilizase sus tropas. El 30 de abril, Murat, ignorando las objeciones de la junta gobernante, ordenó que los últimos herederos de los Borbones fueran embarcados hacia Bayona. Aquel día y el siguiente, el pueblo se echó a las calles, concentrándose en torno al palacio real, en espera de alguna señal. Algunos pidieron a los miembros de la Junta que distribuyesen armas, pero éstos se negaron. Aún en el momento más decisivo de la crisis, los partidarios de Fernando consideraron detestable entregar las armas a la multitud. Por el contrario, ordenaron que las tropas españolas se retiraran a sus barracones a fin de evitar que se uniesen a las manifestaciones e hicieron circular una proclama que exigía la disolución de las alborotadas asambleas reunidas en la Puerta de Sol y otros lugares públicos. Sin embargo, esta orden no tuvo efecto y en la mañana del 2 de mayo las multitudes que tomaban las calles eran más numerosas que nunca.

El levantamiento del Dos de Mayo comenzó a las nueve de la mañana. Un pequeño grupo de partidarios de Fernando se encargó de pregonar que los franceses estaban a punto de llevarse a los últimos miembros de la familia real. La muchedumbre concentrada en el palacio real detuvo el carruaje que intentaba transportar a Francisco de Paula a Francia. Al grito de «muerte a los franceses», fue creciendo el número de personas que buscaban víctimas por las calles. Aunque en los primeros momentos cayeron muertos algunos soldados franceses, Murat contratacó con una fuerza aplastante. El pueblo de Madrid combatió con las armas de que disponía —cuchillos, tijeras, leznas, piedras y algunas armas de fuego—; sin embargo, la metralla y la caballería francesas se encargaron de limpiar las calles con rapidez. Mientras tanto, caía en manos francesas la bolsa de resistencia formada por los regulares españoles del parque de artillería de Monteleón. A media tarde la revuelta había terminado.

El alzamiento del Dos de Mayo estaba condenado a fracasar desde su mismo comienzo. Madrid tenía una población de 176.000 habitantes, mientras que las tropas españolas de la capi-

tal sólo contaban con 3.000. Los franceses tenían en la ciudad y sus alrededores 36.000 soldados. Es muy posible que los franceses hubieran deseado el levantamiento desde un principio, aunque sólo fuera para demostrar que podían aplastarlo [12]. Sin embargo, la rebelión del Dos de Mayo sobrepasó con mucho las expectativas francesas y dio lugar a que ambos bandos sufrieran grandes pérdidas. Según Grouchy, entre 400 y 500 madrileños murieron en el combate. Entre ellos, 80 civiles fueron ejecutados por los franceses durante la noche del 2 de mayo y la mañana del día 3 [13]. También los franceses sufrieron bajas. Un testigo presencial francés sostuvo que las pérdidas alcanzaron a los 500 hombres, aunque esta cifra sea probablemente demasiado elevada [14]. Grouchy sólo informó de 150 bajas, 14 de ellas definitivas. Además, un tercio de los heridos había caído por efecto del lanzamiento de tejas y piedras. La mayoría de los muertos y de las bajas más graves tuvieron lugar durante el asalto al parque de artillería español, mientras que las reyertas multitudinarias no causaron grandes estragos. Por ejemplo, el legendario horror de derramar agua hirviendo sobre las tropas francesas aparentemente sólo produjo leves quemaduras [15].

[12] Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 1, pp. 322-35.

[13] Según una reciente estimación, tras el levantamiento fueron ejecutados ochenta civiles y un soldado. Alía y Plana, «El primer lunes de Mayo», p. 135. Murat sostuvo que había ejecutado a cien civiles. Murat a Dupont, 3 de mayo de 1808, AHN, Estado, legajo 13, núm. 4. Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre el número total de españoles caídos. Pérez Guzmán identifica 409 muertos, mientras que Alcázar piensa que el número debió estar en torno a los 500. Ninguna de las estimaciones incluye los 1.000 campesinos que los franceses afirmaron matar después. Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 1, p. 356, considera que el número final de españoles asesinados podría estar alrededor de los 1.200.

[14] J. J. E. Roy, *Les Français en Espagne*, p. 62. Las estimaciones españolas sobre el número de bajas francesas están infladas. Las cifras que con más frecuencia se citan son 1.600 franceses muertos y alrededor de 500 heridos. Un informe impreso en Valencia en 1808 sostenía que las pérdidas del conflicto, que el autor comparaba con el de los «hebreos contra los fenicios», habían sido de 5.000 hombres para los franceses y sólo de 30 para los españoles. Estas cifras, que incluso los lectores debieron percatarse de su ridiculez, sirven, no obstante, para demostrar el celo religioso de la retórica patriótica. «Suplemento al diario de Valencia», 6 de junio de 1808, BN, manuscrito núm. 18683/23.

[15] Grouchy, «Etat des Officiers et Soldats Tués ou Blessés», AAT, C8, 6.

Aunque el levantamiento fue un fracaso militar, también fue un punto de inflexión política. La resistencia española había conseguido a sus primeros mártires, entre ellos algunas mujeres. Los primeros relatos e ilustraciones del Dos de Mayo nos muestran que la mayor heroína y mártir fue una mujer trabajadora llamada Manuela Malasaña. Las tropas francesas dispararon sobre la legendaria Manuela cuando combatía en el parque de artillería de Monteleón, punto focal del Dos de Mayo. Manuela Malasaña llegó a encarnar el heroísmo y sirvió como símbolo del sentir nacional que supuestamente unía hombres, mujeres y niños de todas las clases [16]. Sin embargo, la realidad fue muy diferente para Manuela. La joven, de quince años, probablemente no tomó parte en el levantamiento, si bien tuvo la mala fortuna de residir cerca del parque de artillería de Monteleón. Manuela fue sorprendida por las tropas francesas el 2 de mayo cuando volvía de su trabajo como bordadora, trabajo que requería el uso de unas tijeras, que ella llevaba sujetas al cinturón. Los franceses disparaban contra cualquier civil que llevase algo parecido a un arma, por lo que fue la mala suerte de Manuela lo que hizo que recibiese los disparos de las tropas francesas. Si la imagen de Manuela Malasaña fue la de una mártir heroica, en realidad fue una víctima fortuita de los excesos franceses. La suya fue una muerte sin sentido, aunque los patriotas españoles construyeron con ella una leyenda significativa. Como sucede a menudo, la leyenda consiguió más peso que la realidad, y la resistencia de Madrid y de Manuela se convirtieron en símbolo de que toda España se oponía a Napoleón [17].

[16] Véase Joaquín Ezquerra del Bayo, *Guerra de la Independencia, Retratos*; y Pérez Guzmán, *El Dos de Mayo*, pp. 380, 383, 405-407.

[17] Jesús María Alía y Plana, «El primer lunes de Mayo de 1808 en Madrid». La contradicción entre la leyenda de Manuela y la triste realidad de su asesinato es emblemática de la tensión entre la imagen popular de la mujer combatiente y la realidad de sus vidas en la guerra contra Francia. Ciertamente, algunas mujeres tomaron parte en la resistencia del Dos de Mayo. Tres mujeres estuvieron entre los cinco individuos que hicieron estallar el levantamiento frente al palacio real. Las mujeres también tomaron parte en la lucha entablada en torno a la Puerta de Toledo, a las afueras de Madrid. De los 409 individuos muertos y contabilizados por los franceses, 57 eran

Fueron las noticias de los sucesos del Dos de Mayo las que persuadieron al emperador de que debía dejar de lado su amabilidad y obligar a que Fernando abdicase. La demostración de poder por parte de Francia en el Dos de Mayo convenció a la Junta de Fernando, al Consejo de Castilla y al gobierno municipal de Madrid de que debían aceptar a José como su nuevo rey y participar en la pacificación de Madrid [18]. En mayo, Napoleón maduró sus planes para la formación de una asamblea constitucional en Bayona que debía abrirse el 15 de junio. Se enviaron invitaciones a casi 150 notables españoles de los cuales noventa llegaron a jurar fidelidad a José y a discutir y ratificar un estatuto constitucional esbozado de antemano por los franceses. Hacía mucho tiempo que se esperaba la aprobación de una gran parte de las provisiones del estatuto, tales como la abolición de la tortura y la supresión de la Inquisición, por lo que encontraron muy poca oposición. Otras, como las referentes a las autonomías regionales, prometían trastornar la más sagrada de las tradiciones españolas. En materias como éstas, los diputados no quisieron actuar como simples ceros a la izquierda. Algunos advirtieron a José y a Napoleón de que, a menos que se prestara atención a ciertas demandas, se enfrentarían a una fuerte resistencia. Aquéllas incluían la preservación de la Iglesia y sus propiedades, garantías, la integridad territorial de España, la protección de los privilegios nobiliarios y regionales, y la bajada de los impuestos. Los representantes españoles lograron modificar efectivamente algunos de los aspectos más revolucionarios del documento, ampliando los 68 artículos originales a 146, con añadidos que aseguraban la posición de la Iglesia, la naturaleza estatal de las Cortes nacionales y la protección de los intereses nobiliarios y regionales [19].

mujeres. Y, desde luego, hubo mujeres combatiendo en Zaragoza, Gerona y otros lugares. Sin embargo, la realidad de la resistencia femenina fue exagerada por motivos propagandísticos.

[18] Miguel José Azanza y Gonzalo O'Fárrill, *Memoria de Miguel José de Azanza y Gonzalo O'Fárrill sobre los hechos que justifican su conducta política, desde marzo de 1808 hasta abril de 1814*, vol. 2, p. 173.

[19] El artículo 144 de la constitución de Bayona preservaba los fueros de Álava, Gui-

El estatuto final fue probablemente un compromiso adecuado cuyas provisiones podían haber conformado la base de una transición española desde la monarquía absoluta al gobierno constitucional. Sin embargo, la debilidad de la constitución de Bayona reside en la naturaleza de su origen, poderosamente simbolizado para los españoles en la presencia más que evidente de la infantería francesa en la ceremonia de ratificación [20]. El hecho de que el estatuto fuese impuesto a la nación por un poder extranjero que operaba a través de un órgano extraordinario y no representativo condenó desde el principio el trabajo consumado en Bayona. Bayona no constituía el escenario para una nueva era de gobierno constitucional. Por el contrario, ponía en evidencia los fines a los que servía la retórica imperial de modernización, progreso y gobierno racional: una tapadera para la dominación francesa de España.

4. *La revolución urbana de 1808*

En cualquier caso, el estatuto de Bayona resultaba irrelevante para la rebelión generalizada que barría España a finales de mayo y principios de junio de 1808. La abdicación de Fernando, que vino pisándole los talones a las noticias del Dos de Mayo de Madrid, generó una extensa revuelta urbana contra el dominio francés. En ciudades de todo el país, la multitud, manipulada por los partidarios de Fernando, exigió a sus oficiales municipales que dimitieran o se adhirieran a su proclamación de guerra contra Francia. Los gobiernos provinciales que se mostraron demasiado pasivos para oponerse a Napoleón fueron apartados del poder y reemplazados por juntas revolucionarias. En otras áreas, las antiguas elites fueron cooptadas para la revolución e incluso algunas

púzcoa, Navarra y Vizcaya, pero prometía, ominosamente, alinearlos con «los intereses de la Nación» una vez reunidas las primeras Cortes españolas. Pierre Conard, *La constitución de Bayonne*; Juan Priego López, *La Guerra de la Independencia*, vol. 2, pp. 140-53.

[20] HN, Estado, legajo 28, núm. 34.

la lideraron. Éste fue el caso de Asturias, una de las primeras provincias en levantarse contra Francia.

Álvaro Flórez Estrada, uno de los líderes de la generación de 1808 que estuvo presente en el Dos de Mayo, volvió a la capital provincial, Oviedo, el 9 de mayo con su testimonio sobre el levantamiento. Las noticias de la abdicación de Bayona llegaron poco después. En Oviedo, presionado por una multitud alborotada por elementos de la nobleza y la burguesía local que tenían reputación de liberales y anglófobos, Flórez Estrada y sus amigos declararon el 23 de mayo rey a Fernando, nombraron un junta de resistencia y establecieron relaciones con Inglaterra. De este modo, en Asturias, los líderes locales absorbieron el impulso revolucionario y lo encauzaron por un sendero bien ordenado [21].

En Valencia las noticias sobre la abdicación de Fernando llegaron pronto, el 23 de mayo, y dieron lugar a la formación ese mismo día de una junta revolucionaria. Sin embargo, el proceso valenciano fue mucho más violento que el de Asturias. El día 23 de mayo, la multitud, compuesta por miles de personas, marchó por las calles llevando escarapelas rojas y portando banderas con la imagen pintada de la Virgen María, en una mezcla de símbolos revolucionarios y religiosos que revela la doble naturaleza de la Revolución de 1808. Aunque la manifestación comenzó de forma pacífica, fue adquiriendo, sin embargo, tintes cada vez más violentos una vez que los líderes civiles, que temían más a la muchedumbre trabajadora que a los mismos franceses, se negaron a declarar a Fernando rey. En respuesta, una coalición popular, dirigida por un canónigo enloquecido llamado Baltasar Calvo, derribó el antiguo gobierno, lo que provocó que el orden público degenerase rápidamente. Según un testigo, «toda la nobleza» cayó bajo la sospecha de traición por «la apatía y egoísmo» con la que al principio respondieron a la crisis. El resultado fue una carnicería de más de 300 personas sospechosas de colaboración y franceses que casi acabó con la resistencia. Sin embargo, finalmente, los valencianos lograron movilizarse para la guerra.

[21] Justiniano García Prado, *Historia del alzamiento, guerra, y revolución de Asturias.*

Se transformó a los gremios en milicias, se movilizó al clero regular y secular, y se concedió amnistía a todo desertor, contrabandista y convicto que accediese a alistarse[22].

También en Cádiz la multitud tomó el poder cuando el marqués del Socorro, capitán general de Cádiz, vaciló en declarar rey a Fernando. Los exasperados rebeldes tomaron el parque de artillería y la armería, asaltaron la casa del marqués, y lo arrastraron hasta el centro de la ciudad, donde lo ejecutaron. Situaron la artillería en las casas de los pudientes, en la Calle de la Caleta, y si no llega a ser por la intervención de los monjes capuchinos, quienes consiguieron calmar los ánimos, la violencia podía haberse radicalizado. Por entonces, sin embargo, los rebeldes habían establecido en la ciudad una nueva junta y habían declarado la guerra a Francia. Durante los siguientes seis años, el pueblo de Cádiz fue uno de los principales actores de la defensa de su ciudad[23].

Zaragoza había sido durante mucho tiempo un bastión de apoyo a favor de Fernando, de manera que cuando llegaron las noticias de su agravio en Bayona, la ciudad se levantó en cólera. Zaragoza estaba dominada por un sentimiento milenarista. El 17 de mayo, un milagro en la catedral de Zaragoza sacudía la ciudad. En la misa del mediodía había aparecido una corona —algunos dijeron que procedente de una nube que estaba encima de la catedral, otros rodeada de palmas sobre el altar— con una inscripción inverosímil: «Dios se declara por Fernando». El clero sacó provecho del milagro con objeto de incitar al pueblo a la insurrección. Proclamó que el milagro era un signo de que la Virgen del Pilar de Zaragoza concedería su protección a los patriotas. Cualquier soldado que resultase herido en la lucha contra los franceses tendría cien años de socorro en el purgatorio. Aquel

[22] Juan Rico, *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, p. 97. Rico informó que la muchedumbre había asesinado a 330 personas por sus orígenes franceses o por sus simpatías profrancesas. Véase también Priego López, *Guerra de la Independencia*, vol. 2, p. 42. Algunos de los detalles se confirman en los informes de los espías franceses, AAT, C8, 6.

[23] Ambrosio de Valencina, *Los capuchinos de Andalucía en la Guerra de la Independencia*, pp. 38-76. Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 2, pp. 11-12.

que cayera muerto renacería en el paraíso tres días más tarde. Se dijo que Murat había sido arrestado en Madrid y se extendieron los rumores de que Fernando había regresado disfrazado para dirigir la guerra santa contra Francia. El día del juicio final estaba en apariencia a punto de comenzar[24].

El 24 de mayo se hizo pública en Zaragoza la abdicación de Fernando. Los estudiantes y el clero llamaron al levantamiento y la multitud con escarapelas, conducida por un cirujano local, tomó la residencia del gobernador militar y se apoderó del castillo de la Aljafería, que contenía un enorme arsenal de 25.000 fusiles y 80 piezas de artillería. El día 26, la multitud armada llegó hasta la casa donde José Palafox y Melcí se había refugiado, y lo condujeron a Zaragoza convertido en su líder. Palafox fue puesto al mando de una junta de gobierno compuesta por miembros del antiguo ayuntamiento, militares y clero. La junta adoptó la escarapela roja, eliminó su simbolismo revolucionario e identificó al nuevo gobierno con la insurrección. En los días siguientes un gran número de oficiales y soldados retirados, así como de nuevos reclutas acudió a Zaragoza. Palafox desarmó al pueblo, puso fin a las manifestaciones populares al declarar la ley marcial e impuso un férreo control sobre la ciudad. El 29 de mayo, 4.500 soldados realizaron su entrenamiento en los alrededores de la ciudad y en los primeros días de junio se unieron a esta fuerza otros miles más.

Entre el 24 de mayo y principios de junio, las juntas tomaron el control en Cartagena, Badajoz, Sevilla, Córdoba, León, Mallorca, Granada y La Coruña, ciudades que estaban entre los núcleos más poblados de España. A mediados de junio, cada provincia se gobernaba por su propia junta revolucionaria, y a finales de verano enviaron representantes a la Junta Central que operaba para toda España. La movilización contra Francia incor-

[24] Para los acontecimientos de Zaragoza me he basado en noticias y cartas AAT, C8, 6 y 7; Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios*; José Palafox, *Autobiografía*; una narración diferente sobre el milagro del 17 de mayo en Mariano de Pano y Ruata, *La Condesa de Bureta*, pp. 109-110.

poró nuevos hombres al gobierno. Entre ellos, los liberales concibieron la idea de que el pueblo español, gracias a la resistencia, había recuperado su soberanía primitiva. Las juntas fueron las primeras autoridades elegidas popularmente en España, e incorporaron nuevos ideales y programas a la agenda política, de la que ya nunca serían completamente borrados, incluso en los momentos más oscuros de reacción durante los siglos XIX y XX. Las juntas dieron nacimiento al gobierno liberal y constitucional y trataron de construir un concepto moderno de nacionalismo en España[25].

El clima revolucionario sacó a la luz los mejores y peores instintos del pueblo. España había sido preparada para una explosión xenófoba tras un siglo de dominación cultural y política francesa, y 1808 resonó con el clamor de las más odiosas diatribas contra Francia. La Junta Central, utilizando una retórica racista que pretendía movilizar al pueblo español, afirmaba que los franceses sólo eran medio-hombres. Todo español tenía el derecho y el deber de perseguir y destruir a aquellas «criaturas» de las que se decía eran «nocivo[as] a la especie humana»[26]. Esta propaganda dio resultados. Cualquiera que apoyara a José, cualquiera que se hubiera vestido o hubiera actuado como un francés, se convirtió en víctima de la cólera popular. A pesar de todo, es probable que la retórica violenta sea inseparable de la movilización popular que ayudó a provocar Bailén y Zaragoza. La revolución de 1808 fue uno de los puntos más altos y más bajos del nacionalismo español.

Se debe evitar, empero, que el ideal de la unidad nacional enmascare la realidad de la guerra civil. Incluso en junio de 1808, la quiebra del viejo orden provocó conflictos de clase y conflictos regionales que corrieron parejos al conflicto con Francia. En un principio, los patriotas revolucionarios de cada una de las provincias, antes de poder movilizar al pueblo para la resistencia, tu-

[25] La mejor síntesis de estos acontecimientos sigue siendo la de Toreno, *Historia del levantamiento*, vol. 1, pp. 56-81.
[26] AHN, Estado, legajo 13.

vieron que tratar con los colaboracionistas y los «chaqueteros» procedentes de las elites locales. La lucha de clases del verano de 1808, evidente en lugares como Valencia y Cádiz, y menos obvia en el caso de Asturias, precedió y fue condición de los diferentes grados de unidad posteriormente alcanzados. Cuando no se lograba captar a los notables locales para la causa popular, o se los ignoraba o se los reemplazaba. La colaboración y la pasividad de muchas elites españolas dieron oportunidad para que apareciesen numerosos incidentes de violencia popular. El conde de Águila, el conde de Torre del Fresno y el marqués de Perales estuvieron entre algunos de los principales notables que perdieron sus vidas en la revolución popular. Y los generales Borja, Trujillo, Saavedra, San Juan y el coronel Cevallos estuvieron entre los oficiales del ejército que murieron en manos de sus compatriotas. La revolución arrebató la vida de los capitanes generales de Cartagena y Cádiz, los gobernadores de Tortosa y Castellón de la Plana y de los intendentes de Cuenca y Salamanca. Los oficiales municipales fueron sacrificados en Cuenca, Reinosa, Jaén, La Carolina, Talavera de la Reina y muchos otros lugares. El capitán general de Galicia, Antonio Filanguieri, tras negarse a sacrificar su vida en la lucha contra Francia, murió a manos de sus propias tropas[27].

En ocasiones, la rebelión contra Francia y sus simpatizantes se desbordaba y adquiría la forma de una hostilidad generalizada contra toda forma de gobierno, toda la nobleza, cualquier elite, incluso contra aquellos que constituían el corazón del impulso revolucionario. El periódico gaditano, *El Robespierre español*, expresó el resentimiento de clase que sentían muchas personas del movimiento patriótico. Los editores escribieron que todo español que luchara a favor de los franceses debía ser capturado, quemado vivo, esparcidas sus cenizas, y confiscados sus bienes. La alta nobleza, sólo por ser simpatizante de los franceses, debía sufrir la misma suerte. Se debía perdonar a los nobles que mostrasen neutralidad, si bien sus propiedades tenían que

[27] Rico, *Memorias históricas*, p. 82; Llorente, *Memoria*, p. 122.

ser confiscadas, e incluso a los nobles que lucharan junto a los patriotas se les debían expropiar tres cuartas partes de sus tierras [28]. De hecho, la revolución popular fue a veces más allá de los ideales de Dios, rey y patria por los que supuestamente estaban luchando los españoles. En Murcia, por ejemplo, la multitud de clase trabajadora amenazó con acabar para siempre con el dominio de la elite, por lo que la Junta tuvo que aplastar realmente la revolución, imponiendo la pena de muerte a una buena parte de los delincuentes, incluyendo a uno que había insultado a los monjes, curas, oficiales municipales y a otros líderes municipales [29].

La necesidad de legislar para proteger al clero de la violencia revolucionaria debería ponernos en guardia contra una identificación demasiado simplista de la resistencia con la Iglesia. Incluso en Galicia, donde en 1809 se produjo uno de los movimientos guerrilleros más extensos de España, los eclesiásticos no fueron especialmente activos en la resistencia, salvo notables excepciones [30]. En algunos lugares el clero tuvo la función de líder en la movilización del pueblo. Ya se ha hecho alusión a la actividad que tuvieron los clérigos en Valencia. El 31 de mayo, la multitud arrebató en Logroño el poder al alcalde y cedió la ciudad al arzobispado. Cuando Logroño cayó una semana más tarde, casi todo el clero regular estaba armado, según la información de D'Agoult, y el general predijo que Francia tendría que hacer algo respecto a los «canaille froqués» de España. Los curas del País Vasco hicieron circular misivas en las que se exigía la guerra contra Francia, y en Madrid, tras el Dos de Mayo, los clérigos comenzaron a hacer propaganda entre los soldados españoles y portugueses adscritos a los ejércitos imperiales, animándolos a que desertasen o vendieran sus armas, aparentemente con cierta fortuna. Por otro lado, el obispo de Pamplona colaboró de buena

[28] *El Robespierre español*, núm. 1, 30 de marzo de 1811.

[29] AHN, Estado, legajo 42, núm. 140.

[30] El general Joaquín Blake a la Junta de Galicia, 28 de julio de 1808, AHN, Estado, legajo 42, núm. 23. Véase también Manuel Pardo de Andrade, *Los guerrilleros gallegos de 1809*, pp. 80-81.

gana con los franceses, como hicieron otros muchos. Incluso el obispo de Calahorra, que había sido aclamado líder de la insurrección en Logroño, en realidad se había visto forzado a aceptar esta posición una vez que la multitud lo obligó a salir de su escondite[31]. En Cádiz, los capuchinos apoyaron la revolución, más bien porque desmovilizaron a la muchedumbre y no porque se unieran a ella. Al final, la mayoría de la jerarquía eclesiástica española se puso del lado del régimen bonapartista, ya fuera por necesidad, ya por preferencia, aunque la intensidad de su colaboración varió enormemente según las diferentes provincias[32]. Por tanto, es evidente que el papel de la Iglesia y la religión en la revolución de 1808 fue complejo y debe ser tratado con gran cuidado. Y lo mismo ocurre, como veremos, con el papel representado por el clero en la guerra de guerrillas.

El conflicto de clases no fue el único obstáculo en el camino hacia la unidad nacional. Otro rasgo de los levantamientos urbanos de 1808 fue el dominio del patriotismo local sobre el nacionalismo, un precursor del federalismo que afectará a España durante toda la era moderna. En los primeros días de la insurrección, las juntas de Asturias, Valencia y Sevilla se declararon soberanas. La junta de Sevilla rechazó *in extremis* una propuesta para invadir y subyugar Granada, ciudad que se había negado a reconocer la superioridad de los sevillanos. En la provincia de Murcia, las juntas de Lorca, Cartagena y Mazarrón simplemente ignoraron las ordenes procedentes de la Junta de Murcia, eliminando efectiva y temporalmente el gobierno conjunto provincial. En el norte, Puigcerdá llegó a enfrentarse en la práctica con Urgel en un conflicto relacionado con qué junta debía tener precedencia. Las juntas locales no sólo entablaron disputas entre sí, sino también se enfrentaron con los comandantes militares y los representantes de la Junta Central. De este modo, la unidad nacional que los patriotas vieron en toda España nunca llegó a

[31] Estos detalles sobre el clero español proceden de la correspondencia francesa de junio de 1808 en AAT, C8, 7.
[32] Hans Juretschke, *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, p. 174.

existir realmente, incluso en los embriagadores días de junio de 1808[33].

Con todo, el particularismo que amenazaba con disolver la unidad patriótica en 1808 fue también, y paradójicamente, una de las grandes fuerzas de la resistencia. Durante siglos, ni Habsburgos ni Borbones habían conseguido aplicar por completo en España el programa absolutista. La resistencia al control central constituía una honorable tradición que tomó formas diversas y complejas, desde los movimientos partidarios de una total independencia provincial o regional, al atesoramiento por parte de los campesinos que guardaban sus ahorros en los huecos de paredes o en habitaciones falsas, fuera de la vista de los recaudadores de impuestos, o al contrabando y bandolerismo endémico en las regiones montañosas y fronterizas del país. Al pueblo español, especialmente en algunas provincias de la periferia, se le había permitido una libertad y autonomía sorprendentes para los observadores franceses habituados al despotismo de su país y acostumbrados a creer que España era un país que se encontraba bajo el yugo del absolutismo. Las tropas de Napoleón comparaban sus experiencias en España con las de otros países ocupados en el norte de Europa[34]. Los alemanes y austríacos, condicionados por el militarismo y la centralización, se habían mostrado incapaces para o reticentes a actuar sin el permiso de sus superiores. Para conseguir una paz favorable, hubiera bastado con ganar alguna batalla importante contra los príncipes alemanes y contra Prusia y Austria. Incluso la tan cacareada movilización del pueblo alemán de 1813 fue, en el mejor de los casos, parcial y anémica. En España, sin embargo, Madrid nunca logró controlar con éxito las bases provinciales y municipales de poder y liderato. Esta dispersión de la autoridad daba a los españoles la capacidad necesaria

[33] Pedro María de Urries, marqués de Ayerbe, *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la guerra de la independencia*, pp. 101-02; hay correspondencia relativa a estos problemas en el AHN, Estado, legajo 28, nos. 15, 23, 35; legajo 42, nos. 97, 102; legajo 81, «A.» Véase asimismo Priego López, *Guerra de la Independencia*, vol. 3, p. 15.

[34] Rocca, *Memoirs*, p. 3.

para producir resistencia desde docenas de centros separados en un torbellino de levantamientos que dejaron aislados efectivamente a los franceses en unas cuantas capitales de importancia y en campamentos militares.

Así, a pesar de la amenaza de disolución federalista y de la violencia de clase, las juntas revolucionarias sobrevivieron, prosperaron y, en el otoño de 1808, constituyeron un gobierno nacional unificado en la Junta Central. En la Junta Central participaron algunas de las mentes más lúcidas y algunos de los mayores líderes de España. Y hombres como Blanco White, Cienfuegos, Martínez de la Rosa y Quintana plasmaron su visión radical de la sociedad española en los planes y pronunciamientos del gobierno revolucionario. «La Providencia» había dado la oportunidad de que la nación recobrase las libertades perdidas con los Habsburgos en el siglo XVI. No obstante, los liberales de 1808 querían ir más allá de la simple recuperación de su anterior dignidad. España conseguiría un nuevo grado de libertad al tiempo que combatía por su independencia, y se convertiría en «la envidia y admiración del mundo». En esta nueva España, las leyes se basarían en el consentimiento de los gobernados, el pueblo sería libre de publicar y adorar a quienes deseara y se eliminarían las estructuras de la sociedad feudal. A la parálisis del Estado arbitrario, que había corroído al país desde su interior, debía imponerse un gobierno basado en «la utilidad general» de la mayoría[35]. En los próximos seis años, los liberales convirtieron estos ideales en legislación, primero dentro de la Junta Central y, tras 1810, en las Cortes de Cádiz que dieron lugar a la constitución de 1812, la más elevada expresión política de la Ilustración española. En el verano de 1808, sin embargo, la necesidad más crucial era la movilización contra Bonaparte.

Las tropas francesas en España se vieron expuestas a un peligro inmediato tras los levantamientos de las provincias. En junio, campesinos armados comenzaron a patrullar por los caminos y a vigilar las entradas a las ciudades incluso en las regiones

[35] AHN, Estado, legajo 13, núms. 3, 11.

ocupadas por los soldados franceses. Había terminado la etapa en la que cualquier oficial francés o cualquier carro sin escolta podía viajar libremente por el país. El espíritu de resistencia volvió incluso a Madrid, que parecía acobardada tras la derrota del 2 de mayo. Una vez más, los madrileños se congregaron en las plazas públicas, si bien ahora luciendo la escarapela roja de la revolución [36].

Zaragoza representó un problema particular para los franceses. El general Lefebvre-Desnöettes puso sitio a la ciudad el 15 de junio con casi 6.000 hombres, pensando que caería rápidamente. En efecto, las fortificaciones de la ciudad parecían pobres. Incluso Palafox y algunas de sus tropas regulares habían huido de Zaragoza creyendo que no podría ser defendida. Sin embargo, la revolución de la capital aragonesa había producido un poderoso y único consenso revolucionario. De hecho, la cercanía de la amenaza francesa y el astuto gobierno de Palafox habían evitado desde el principio los antagonismos de clase e interregionales que caracterizaron la formación de juntas en otros lugares. En Zaragoza el mito patriótico de la unanimidad estuvo a punto de verse realizado. Tras las pobres murallas y trincheras, y apoyados por unos pocos soldados regulares, los zaragozanos se prometieron a sí mismos defender su ciudad hasta la última gota de sangre. La acción de Agustina en la puerta del Portillo el 2 de julio fue sólo un episodio más en un asedio lleno de momentos heroicos que culminó con la amarga defensa frente al gran asalto lanzado por 15.000 soldados franceses el 4 de agosto. Tras la paralización de este enorme esfuerzo, los franceses parecieron perder fuelle, y con la llegada a mediados de agosto de fuerzas españolas de reemplazo, los franceses se vieron obligados a levantar el asedio [37].

[36] La situación fue descrita por Grouchy, AAT, C8, 381. Véase también Roy, *Les Française en Espagne*, p. 79. Para reunir una multitud que apoyase la entrada triunfal de José en la ciudad el 19 de julio, los franceses tuvieron que pagar a una banda de vagabundos y atiborrarlos de licor. Rocca, *Memoirs*, p. 47.

[37] Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios*, op. cit. Charles Oman, *A History of the Peninsular War*, op. cit., vol. 1, pp. 140-162.

La mayor amenaza contra los franceses procedió sin duda de la reorganización de las fuerzas regulares españolas. Durante mayo y junio, las juntas comenzaron a reunir un ejército con las unidades borbónicas que quedaban y con nuevos reclutas. La Junta de Cádiz capturó un escuadrón francés en el puerto con un importante arsenal que incluía 442 cañones, 830 toneladas de pólvora, 1.429 fusiles, 100.000 balas, 1.000 espadas y cerca de 4.000 prisioneros[38]. Las Juntas de Sevilla y Granada reclutaron en junio un numeroso, si bien inexperto, ejército de reclutas que más tarde fue reforzado con veteranos. No se puede asegurar el grado de peligrosidad que tenían estos ejércitos para los franceses. Evidentemente, el general Dupont, confiado en la invasión de Andalucía, no se percató del peligro que suponía conducir 20.000 soldados por Sierra Morena y el valle del Guadalquivir. A finales de junio, Dupont escribió desde Córdoba negándose a creer en las historias sobre los ejércitos insurgentes de Sevilla y Granada[39]. El 19 de julio, Dupont se dio cuenta del alcance de su error cuando se topó en Bailén con 35.000 soldados andaluces. Tras una serie de maniobras inconexas bajo un calor insoportable, los franceses se encontraron en una posición insostenible, y los españoles consiguieron hacer prisionera a toda la fuerza tras haber combatido con menos de la mitad de soldados.

La victoria española de Bailén demostró ser de enorme importancia. Era la primera vez que el ejército imperial era derrotado. Bailén, incluso aunque fuera de chiripa, terminó con el áurea de invencibilidad que había llegado a rodear a las tropas imperiales. Los partidarios de Napoleón en España vacilaron, y algunos descubrieron de repente su patriotismo. Las noticias de la batalla provocaron un éxodo desde Madrid, dado que la gente salió en desbandada para unirse a la insurrección. El 24 de julio, el Consejo Real informó a José de que consideraba letra muerta el Estatuto de Bayona[40]. Después de Bailén, los cada vez más numero-

[38] Valencina, *Los capuchinos de Andalucía*, p. 52.
[39] Dupont a Belliard, 7 de junio de 1808, AAT, C8, 7.
[40] Informe de situación de Grouchy de 24 de julio de 1808, AAT, C8, 381; y AHN, Estado, legajo 28, núm. 34.

sos ejércitos españoles comenzaron a dirigirse hacia el norte para amenazar Madrid, y comenzó a ponerse en evidencia la peligrosa situación de las fuerzas francesas en la Península. En Sintra el ejército lisboeta de Junot, de más de 25.000 soldados, negoció los términos de su rendición y fue evacuado, por cortesía de la armada británica, hacia los puertos franceses del Atlántico. Mientras tanto, los 9.000 hombres del ejército de Moncey, empantanados en las planicies valencianas, que habían sido inundadas para proteger la ciudad, abandonaban su misión en el sureste. Valencia no caería hasta 1812. El 30 de julio, José evacuaba Madrid, ganándose el apodo de «El rey de las once noches», mientras que las tropas francesas, oficiales del gobierno y «colaboracionistas» atestaban los caminos hacia el norte, retirándose hacia posiciones situadas tras el río Ebro y volviéndose a concentrar en las Provincias Vascas, Navarra y Cataluña.

CAPÍTULO 3

EL CORSO TERRESTRE

1. Derrota y colaboración

En noviembre de 1808, Napoleón entraba en España con sus veteranas tropas, y poco después borraba la vergüenza de Bailén. En pocos días los franceses tomaron Vizcaya y entraron en Burgos el 11 de noviembre, dispersando al Ejército de la Izquierda de Joaquín Blake. A finales de noviembre, los franceses volvieron a capturar Tudela y expulsaron del valle del Ebro al Ejército del Centro al mando de Castaños, al tiempo que Palafox se vio obligado a entrar en Zaragoza, sometida a otro asedio. El 3 de diciembre, Napoleón entró en Madrid. La temprana derrota de los ejércitos españoles puso en peligro la fuerza expedicionaria de 34.000 ingleses, la cual fue compelida a efectuar una épica retirada a través de la nieve que cubría las montañas de Galicia a fin de escapar del cerco tendido por el general Soult. En la mañana del 18 de enero fueron evacuados los últimos restos del ejército británico, con lo que hasta 1812 las fuerzas británicas se mantuvieron durante la mayor parte del tiempo acantonadas en Portugal. Poco después de la evacuación, una parte del ejército español fue liquidada

en la batalla de Uclés. Toda resistencia militar comenzó a resultar útil [1].

La «guerra unánime nacional», más un mito que una realidad, fue liquidada desde el momento que Napoleón contratacó y destruyó a los ejércitos españoles. De repente el patriotismo se convirtió en un mal negocio, y aquellos españoles que se habían unido a la resistencia tras Bailén descubrieron cómo acomodarse en el nuevo régimen. En enero las ciudades de Galicia se rindieron sin rechistar a las armas francesas, al tiempo que sus líderes civiles y religiosos caían en desgracia por facilitar la entrada a los galos [2]. En febrero caía Zaragoza, y durante el curso del año siguiente gran parte de Aragón se sometía a la ocupación francesa. La gente, que había huido de sus hogares para salvarse de los franceses, comenzó a considerar que su «ocupación firme y regular» podría convertirse en una etapa de prosperidad para Aragón. Los alcaldes y corregidores dieron su «abierto apoyo» a la administración del mariscal Suchet, el cual consiguió formar seis compañías españolas y algunas milicias urbanas para contribuir a la causa francesa[3]. El 4 de abril de 1809, Joaquín Blake escribía abatido desde Tarragona a la Junta Central:

> Cada día son más críticas las circunstancias del Reyno de Aragón por [...] las ventajas que los enemigos sacan de la timidez de éstos y de la infamia de muchos que, viendo lejos de sí la fuerza armada y las personas que representan la legítima autoridad, persuaden a los

[1] En su retirada, los ingleses sembraron de desolación Galicia, por lo que los británicos que quedaron rezagados sufrieron las consecuencias. Muchos fueron linchados por los enfurecidos campesinos que demostraron saber cómo protegerse tanto de los aliados como del enemigo. Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, carta del 7 de enero; Martínez Salazar, *De la Guerra de la Independencia en Galicia*, p. 122; Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 1, pp. 513-602, 646-648.

[2] AHN, Estado, legajo 42, núm. 194.

[3] Louis Gabriel Suchet, *Memoirs of the War in Spain from 1808 to 1814*, 2 vols., Londres, 1829, vol. 1, pp. 68, 76, 82, 156-157, 331. El mariscal Jean Lannes, tras ocupar Zaragoza el 20 de febrero de 1809, escribió a Napoléon: «Es sorprendente, Señor, como la captura de Zaragoza ha calmado el país. Todos los oficiales de la ciudad han acudido procedentes de toda la provincia para someterse». Alexander, *Rod of Iron*, p. 4.

> mismos Pueblos a que obedezcan y rindan vasallage al común enemigo de nuestra Nación. Así es que muchos de ellos han abierto las Puertas al enemigo, le han recibido con aplauso, le han facilitado todos los auxilios a pesar de las órdenes reiteradas de V. M.[4].

En Fuentes y Huesca, el comandante de la guarnición, Marc Desbouefs, incluso se había hecho popular. Desbouefs se dedicaba a jugar «à la manille avec les bourgeois et les prêtres, et à la balle avec les paysans». Los pobres lo llamaban «su padre» y los niños le «gritaban con alegría» al verlo. Por tanto, los franceses estaban muy cerca de la pacificación de Aragón en 1809 y 1810[5].

En efecto, en 1810 la mayoría de España había pasado a colaborar con un régimen que parecía cada vez más estable. En gran parte de Cataluña, a pesar de la impresionante resistencia de Gerona y de los logros de las guerrillas en 1808, la mayoría de la gente se había adaptado al nuevo gobierno en 1810[6]. En agosto de 1809, el general Blake advirtió a la Junta Central de que ésta no prestaba atención a las quejas de los catalanes «que solos, o no se hubieran presentado al enemigo o le hubieran vuelto la cara, viéndole más cerca»[7]. Los franceses consiguieron reclutar con éxito catalanes para el combate en formaciones contraguerrilleras. A los «caras girats» catalanes siempre los situaban en los puestos de vanguardia para aprovecharse de su buena reputación por su entrega despiadada en la batalla, un reputación sin duda alentada por el temor de que en caso de captura, serían asesina-

[4] Blake estaba particularmente disgustado con la ciudad de Jaca, cuyos líderes afrancesados se rindieron a los galos el 22 de marzo, según Blake, sin disparar un solo tiro. AHN, Estado, legajo 42, núm. 118.

[5] Marc Desboeufs, *Souvenirs du Capitaine Desboeufs, les étapes d'un soldat de l'empire*, pp. 165-66.

[6] Sobre la colaboración de Cataluña, véase Mercader Rica, *Barcelona durante la ocupación francesa*, pp. 190, 219. En agosto de 1809 fracasó un complot para reconquistar la ciudad de Barcelona cuando algunos de los conspiradores que se encontraban en el interior de la ciudad decidieron en el último momento que estarían mejor bajo el dominio francés. Carta de Pedro Berenguer a Blake, AHN, Estado, legajo 42, núm. 63.

[7] Carta de Blake de 1 de agosto de 1809, AHN, Estado, legajo 42, núm. 57.

dos por los guerrilleros. Los catalanes combatían generalmente con más destreza que las mejores tropas francesas y se les conocía como «los carniceros del ejército francés» [8]. Los territorios que continuaron resistiendo, como Lérida, sufrieron el terror de Suchet hasta que se rindieron [9]. Así pues, la idea según la cual la guerra constituyó «el primer acto de españolismo colectivo de los catalanes» resulta una manifiesta simplificación del proceso real de resistencia y acomodación de Cataluña [10].

En la España meridional, la situación era todavía más desesperada. Córdoba, Sevilla, Granada, todas ciudades de Andalucía, una tras otra, declararon su lealtad a José en enero y febrero de 1810. La cálida acogida otorgada al nuevo rey en el sur llamó incluso la atención de los franceses, hecho que hizo que un oficial francés escribiese: «La posterioridad rehusará creer que el hermano de Napoleón haya sido en 1810 ídolo de los pueblos de Andalucía y de Granada, y no obstante es la exacta verdad» [11]. José era un «turista coronado» en un «paseo botánico» [12]. Escribió al mariscal Suchet sorprendido de que «todas las ciudades me han dado toda clase de pruebas de afecto como yo jamás las tuve [...] todavía más que en el Reino de Nápoles» [13]. Es más, en Andalu-

[8] Ayuda de campo I., *Souvenirs de la Guerre d'Espagne par un adjutant de chausseurs*, p. 108. Véase también Isidro Clopas Batlle, *El invicto Conde del Llobregat y los hombres de Cataluña en la Guerra de la Independencia*, p. 49.

[9] Por alguna razón, Suchet se ganó la fama de general humanitario. Tras tomar Lérida, el 13 de abril de 1810, sometió a la ciudad a un saqueo generalizado y dos docenas de habitantes fueron fusilados. Durante los siguientes cuatro años, 204 sujetos fueron ejecutados en Lérida. Rafael Gras y de Esteva, «Notas sobre la dominación francesa en Lérida», en *II Congreso de la Guerra de la Independencia y su época*, pp. 51-60, 90.

[10] La cita es de Soldevilla, *Historia de España*, vol. 6, p. 109, y aparece en Luciano de la Calzada Rodríguez, «La Ideología política de la Guerra de la Independencia», en *La Guerra de la Independencia español y los sitios de Zaragoza*, p. 285.

[11] Bigarré, *Mémoires*, pp. 270-73. Bigarré narra la siguiente historia sobre la visita de José a Granada. «Una de las mujeres más hermosas de esta ciudad, que pertenecía a una de las mejores familias del reino, llevó el delirio de su entusiasmo por su nuevo rey hasta suplicarle por escrito concederle el insigne favor de visitarla en el lecho.» Bigarré no dice cómo respondió José a esta proposición.

[12] Geoffroy de Grandmaison, *L'Espagne et Napoleón*, vol. 2, pp. 197-205.

[13] AHN, Estado, legajo 3003, núm. 2.

cía y en la Mancha, José consiguió organizar milicias urbanas por donde quiera que pasaba y reclutó ocho regimientos de infantería [14]. En 1811 las milicias urbanas del sur se enfrentaron a los pocos guerrilleros que se encontraban en activo sin contar con ninguna ayuda de los franceses [15]. Por su parte, en 1811 los últimos patriotas se quejaban en La Mancha: «Nosotros tenemos el enemigo a los umbrales de nuestra casa, y creemos demasiado sacrificio el cerrar la puerta para que no entre a violarla» [16]. En Valencia, la multitud derribó la estatua de Fernando VII y rindió la ciudad en enero de 1812, después de lo cual desapareció la resistencia en la región [17].

Finalmente, dos millones de españoles juraron lealtad a José Bonaparte, incluyendo a la mayoría de la jerarquía eclesiástica y a muchos de los grandes de España, pero también a individuos que en 1808 habían apoyado la causa antifrancesa [18]. Además de

[14] Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 8, pp. 41-65, 89; vol. 10, pp. 69-71. Debe destacarse que la lealtad de estos regimientos fue siempre sospechosa. En 1809 un regimiento de León desertó en masa con todas sus armas y pertrechos. Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, carta del 21 de febrero de 1809. El temor a la deserción afectó incluso al «Regimiento José Bonaparte», fuerza de elite que se suponía iba a ser enviada a Francia en 1810 para que llevase a cabo una acción posterior en el norte de Europa. El proyecto fue abandonado porque José temió que el envío de este regimiento por Navarra pudiera convertirse en un regalo de personal y equipamiento para Mina. Carta del 28 de mayo de 1810 de Juan Kindelán a Gonzalo O'Fárril. AHN, Estado, legajo 3003.

[15] *Gaceta de Sevilla*, 3 de diciembre de 1811.

[16] *Gaceta de la Mancha*, núm. 1, 13 de abril de 1811.

[17] Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 2, pp. 264-66. La historia de la rendición de Valencia fue tan «dolorosa» para Gómez de Arteche —quien sólo aceptaba considerar la guerra como un esfuerzo unánime y patriótico— que comunicó a sus lectores que no podía continuar. En la corta visita de José a Valencia, durante la breve ocupación británica de Madrid en 1812, los franceses se quedaron «atónitos al comprobar que era posible seguir adelante sin escoltas, atravesar caminos y el país y recibir correos desde Francia, sin temor a las bandas y guerrillas, que infestaban las comunicaciones en todo los demás lugares». Suchet, *Memoirs*, vol. 2, pp. 268-69.

[18] Artola, *Los afrancesados*, p. 55; Juretschke, *Los afrancesados*, p. 174. Merece la pena volver a repetir que, a pesar del mito según el cual el clero fue «alma» de la resistencia, la mayoría de sus miembros en la España ocupada colaboró. Por ejemplo, cuando José entró en Córdoba en 1810, fue recibido con 37 cañones, por 11 sacerdotes y 7 miembros del gobierno de la ciudad, quienes le juraron lealtad. *Gaceta de Madrid*,

estos colaboracionistas, otros miles permanecieron, cuando menos, neutrales. El desesperado llamamiento de la Junta Central y la regencia en 1810 y 1811, implorando al pueblo que resistiese a los franceses como había hecho antaño, constituye un testimonio elocuente de la colaboración y la neutralidad [19]. *El semanario patriótico* se quejaba asimismo de la «resistencia que notamos en la mayor parte de los pueblos para la extracción de la juventud», y condenaba el «tibio egoísmo» que había sustituido al «enardecimiento patriótico que nos hizo vencedores en las llanuras de Bailén» [20]. El más radical, *El Robespierre español*, declaraba que el número de los «españoles envilecidos» que trabajaba en favor de la sumisión de España al imperio había crecido tanto que únicamente las medidas más agresivas de terror podrían salvar al país [21]. No sólo era difícil reclutar soldados, sino que la deserción de los ejércitos españoles había alcanzado proporciones alarmantes [22].

Es imposible, por tanto, sostener que en España se hubiera hecho una guerra unánime y nacional contra Napoleón. Por el contrario, debemos reconocer, con Mercader Riba, que «la masa del pueblo español, aunque esto no se reconozca comúnmente, aceptó [...] esta dominación de un rey extraño y de una administración incomprendida» [23]. Esto era especialmente cierto en

1 de febrero de 1810. La campaña efectuada en 1809 y 1810 para que todos los oficiales del gobierno se reconfirmasen en sus puestos tras prestar juramento de lealtad tuvo un gran éxito, aunque en Navarra, como mal augurio, no fue así. *Gaceta de Madrid*, 20 de agosto de 1809.

[19] AHN, Estado, legajo 13, núms. 8, 16, 17.

[20] *El semanario patriótico*, 11 de abril de 1811, núm. 53. El número del 9 de mayo de 1811 utilizaba un lenguaje similar: «Los alistamientos se eludían con sobornos y otros medios indecorosos como en los tiempos anteriores, y no se hacía frente al enemigo con el denuedo que al principio de la revolución. Notábase además en muchos pueblos una fría indiferencia ó abandono quando se trataba de resistir a los franceses; los padres de familia no presentaban ya espontáneamente sus hijos para sacrificarlos en el ara de la patria; y en fin el descontento era general quando el enemigo invadió las Andalucías».

[21] *El Robespierre español* se editó desde marzo a agosto de 1811, momento en el que fue suprimido por su extremo radicalismo. La cita es del segundo número, fechado el 3 de abril de 1811.

[22] *El semanario patriótico*, 27 de marzo de 1811.

[23] Mercader Rica, *José Bonaparte*, p. 6.

las grandes ciudades y sobre todo en las provincias del sur y del centro, concretamente tras los desastres militares de 1808-1809. Lo que no significa, empero, que en España se hubiera terminado con la resistencia. Simplemente, la resitúa en el campo y la reconsidera como guerra de guerrillas. En 1808 la guerra se había organizado en ciudades cuyas juntas revolucionarias habían formado ejércitos regulares para combatir al francés. Una vez derrotados estos ejércitos y ocupadas las ciudades, cayó sobre las guerrillas, especialmente en el norte de España, todo el peso de la resistencia.

2. *Galicia*

En 1809 Galicia se convirtió en el asentamiento de la primera insurgencia guerrillera generalizada de España[24]. En el verano de 1808, los levantamientos populares en Galicia pusieron el poder en manos de una junta, la cual había conseguido reunir a miles de soldados. El 14 de julio de 1808, éstos sufrieron una derrota en Medina de Río Seco y formaron parte de la desastrosa campaña de otoño e invierno de 1808-1809. De esta forma, cuando en enero de 1809 el mariscal Soult invadió Galicia, descubrió una provincia en apariencia exhausta y derrotada. Soult halló muchos colaboradores en lugares como La Coruña, El Ferrol, Santiago de Compostela y Vigo. En efecto, en las ciudades gallegas, la mayoría de los nobles, clérigos y propietarios, ya fuera en abierta traición, como en El Ferrol, ya por cobardía, como en Vigo y Tuy, recibió con los brazos abiertos a los franceses.

En las zonas rurales, sin embargo, la resistencia cobró nueva vida. Desde febrero a junio de 1809, casi 56.000 campesinos combatieron en una clásica campaña guerrillera contra un ejérci-

[24] Los acontecimientos de la campaña gallega de 1809 se basan principalmente en Pardo de Andrade, *Los guerrilleros gallegos de 1809*; Martínez Salazar, *De la Guerra de la Independencia en Galicia*; Ramón de Artaza Malvarez, *Reconquista de Santiago en 1809*; Oman, *The History of the Peninsular War*, vol. 2; y María Figueroa Lalinde, *La Guerra de la Independencia en Galicia*.

to francés de 40.000 soldados a las órdenes del mariscal Soult y una fuerza adicional de 18.000 al mando del mariscal Ney. Cuando los franceses se aproximaban a las villas, los campesinos escapaban con su ganado y bienes, retornando a sus hogares sólo cuando se habían marchado. Los oficiales franceses compararon su paso por Galicia con «el progreso de un barco en alta mar: corta las olas; sin embargo, estas se sitúan justo detrás, y en unos instantes todo el trazo de su paso ha desaparecido» [25]. Las guerrillas fueron tan efectivas que, cuando Soult dejó Galicia para invadir Portugal, sólo contaba con 22.000 soldados armados frente a la fuerza originaria de 40.000. La mayoría de sus bajas había perecido, enfermado o había sido destinada a ayudar a Ney a mantenerse en Galicia. En consecuencia, la fuerza de Soult resultó inadecuada para la invasión de Portugal. En mayo, una pequeña fuerza aliada, al mando del futuro duque de Wellington, obligó a Soult a salir de Oporto. Entretanto, Soult no había dejado suficientes hombres con Ney para pacificar Galicia [26]. Ayudado por unos pocos miles de soldados regulares a las órdenes de La Romana, los gallegos recuperaron Vigo en marzo, Tuy en abril, Santiago en mayo y La Coruña y El Ferrol tras derrotar a Ney en la batalla de Puente San Payo a principios de junio. Cuando en el verano de 1809 los franceses abandonaron para siempre Galicia, sólo conservaban la mitad de sus fuerzas originarias de 60.0000 hombres que habían entrado en la provincia desde enero [27]. Una vez más, las principales fuentes inglesas identifican a Wellington como el héroe de Galicia. Según Charles Oman fueron las operaciones anglolusitanas del norte de Portugal las que obligaron a los franceses a retirarse de Galicia [28]. La verdad resulta bastante más matizable, y pone de manifiesto el poder de las fuerzas regulares e irregulares trabajando en sim-

[25] Goodspeed, *The British Campaigns*, p. 72.

[26] Además de las fuentes ya citadas, véase Priego López, *La Guerra de la Independencia*, vol. 4, p. 136; y Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. VI, pp. 92-102.

[27] Gabriel Lovett, *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, vol. 1, p. 41.

[28] Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 2, p. 404-405.

biosis. Los gallegos realmente tuvieron suerte de que Wellington expulsara de Portugal a los 23.000 soldados de Soult. No obstante, Wellington también se benefició del hecho de que Soult hubiera dejado 37.000 hombres en Galicia, ya estuvieran enfermos, muertos u ocupados en combatir a los insurgentes.

Galicia abrió los ojos de algunos comandantes franceses ante las dificultades de su situación en España. El mariscal Soult dejó un testimonio elocuente, si bien paranoico, sobre lo que había combatido en Galicia. «Esta provincia está en continua fermentación», escribió Soult. La resistencia de los civiles promete «hacer la guerra de este país muy carnicera, infinitamente desagradable y de unos resultados muy remotos». Sería necesario un prolongado conflicto, informaba Soult a José, antes de que se pudiera conseguir en Galicia algo de valor [29]. Los acontecimientos de Galicia también enseñaron a los líderes españoles a respetar la efectividad de la guerra de guerrillas. En concierto con los regulares de Wellington y La Romana, los guerrilleros habían ayudado a liberar Galicia y Portugal. El gobierno hispano aprendió que, a pesar de la colaboración, la pérdida de los centros urbanos y la destrucción de sus ejércitos, todavía podía defenderse la España rural. Mediante la estrategia de la guerra de guerrillas, era posible diseminar a las fuerzas francesas de tal modo que fueran vulnerables al ataque e incapaces de concentrarse para hacer frente a las fuerzas regulares aliadas [30].

El ejemplo de la resistencia de Galicia, citado con frecuencia como muestra de una guerra casi unánime contra Napoleón, advierte nuevamente contra la percepción según la cual la guerra española fue nacional o nacionalista. Galicia se movilizó como resultado de una combinación de factores, la mayoría de ellos

[29] Esta traducción de la carta de Soult del 25 de junio de 1809 apareció en *El semanario patriótico* el 27 de julio de 1809. La versión francesa fue publicada en Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 2, pp. 642-43. Quizá fuera la desilusión de Soult en Galicia la que más tarde le convertiría en un depredador aventurero de Andalucía, en donde se dedicó a vaciar iglesias y residencias de sus riquezas y obras de arte en cuanto podía organizar su transporte a Francia.
[30] *El semanario patriótico*, 27 de julio de 1809.

poco relacionada con el apoyo al rey y la patria, y todavía menos con Dios. Durante el invierno de 1808-1809, la región había sufrido el continuo trasiego de los ejércitos españoles, ingleses y franceses. Durante la retirada de las tropas españolas al mando del general Blake en diciembre, Galicia fue saqueada de tal modo que el ejército español tuvo que comenzar a fusilar a sus propios soldados acusados de deserción y de crímenes contra la población [31]. Siguiendo los talones de los españoles, venían las tropas inglesas del general Moore, cuyo comportamiento fue incluso peor, acometiendo pillajes sin ninguna compasión en el transcurso de su precipitada retirada hacia la costa y su evacuación [32]. Cuando los franceses entraron en Galicia, la provincia ya había sido devastada y su pueblo indispuesto. Esto obligó a los franceses en enero de 1809 a requisar por la fuerza alimentos y abastos en detrimento del campesinado resentido. Tras el trato dado por las tropas regulares españolas e inglesas, resulta difícil imaginar a los campesinos gallegos uniéndose a las bandas guerrilleras por lealtad a la causa española o aliada; tampoco es probable que la colaboración de la mayoría del clero gallego, desde el arzobispo de Santiago hacia abajo, inspirase la unión piadosa a la resistencia; no obstante es fácil imaginar a los campesinos convertidos en partisanos cuyo fin era detener la depredación francesa de los últimos alimentos que les quedaban.

De hecho, no necesitamos imaginar nada ya que no existe ningún misterio en explicar por qué se formó la primera partida

[31] La correspondencia relativa al ejército de Blake en Galicia se encuentra en AHN, Estado, legajo 42, nos. 155-160. El general La Romana pensaba que «la deserción escandalosa» había sido provocada por la cobardía de los oficiales de Blake; sin embargo, la falta de calzado, comida y paga que siguió a la derrota fue, con más seguridad, la que provocó los problemas.

[32] El general La Romana escribía el 18 de enero: «Es criminalísima su conducta [de Moore], nos ha perdido el Reyno de Galicia; ha infundido el desaliento, el terror, y el desgusto en el exército [...]. Nos ha privado de todos los medios de subsistir, por donde han pasado sus tropas, permitiéndolas la total desolación del país». Martínez Salazar, *De la Guerra de la Independencia en Galicia*, p. 122. Napoleón escribió a José que había escuchado que los «graneros de todas las villas de Galicia estaban llenos de ingleses, ahorcados por los campesinos en venganza por su terrible depredación». Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, carta del 9 de enero de 1809.

guerrillera. El 9 de febrero, cerca de Tuy, Marcelino Troncoso y Sotomayor, cura de Couto, reunió una banda de hombres que constituyó el núcleo del ejército más importante de Galicia, la poderosa División del Miño. Troncoso no movilizó a sus compatriotas con llamamientos al nacionalismo o la piedad, aunque fuera sacerdote. Más bien se unió a ellos con objeto de combatir a los franceses para detener una nueva contribución anunciada por el mariscal Soult. Éste había ordenado que las ciudades de Crecente y Alveos lo abastecieran de caballos, pienso y alimentos para 20.000 raciones. Las ciudades cumplieron, pero Troncoso embargó las raciones antes de que pudieran ser repartidas y ordenó la pena de muerte para los residentes jóvenes que no se unieran a sus fuerzas. Ese mismo día su nueva partida de dispuestos voluntarios dio muerte a quince soldados franceses y capturó a otros 51. Durante los dos meses siguientes Troncoso emprendió una clásica campaña guerrillera: aisló del campo al enemigo, hizo que la recaudación fiscal fuese irregular, obligó a Soult y Ney a enviar partidas de requisición con objeto de alimentar a sus tropas a las que tendió emboscadas, y con las armas y alimentos capturados incrementó el número de seguidores. A finales de febrero, Troncoso fue nombrado general de la División del Miño, la cual contaba con 8.000 hombres, alcanzando a finales de marzo los 16.000.

Lo acontecido tras la retirada de Galicia por parte de los franceses nos da alguna pista sobre los motivos por los que los gallegos combatieron. En vez de perseguir a Ney y Soult por León y Castilla, los gallegos permanecieron en su tierra [33]. Lo cierto es que en Galicia nunca existió ninguna preocupación por liberar España. El objetivo de la junta y de los soldados gallegos siempre se limitó a despejar su provincia de soldados franceses. Ésta es la razón por la que hasta el final de la guerra fracasó estrepitosa-

[33] Ya en 1808 se habían producido ciertas dificultades para utilizar fuerzas gallegas fuera de Galicia, lo que seguiría siendo problemático durante toda la guerra. La correspondencia sobre este asunto puede encontrarse en AHN, Estado, legajo 28, número 23, legajo 42, núm. 102.

mente cualquier intento de mantener las unidades gallegas intactas y de reunir nuevos reclutas, una vez que Francia hubo abandonado la provincia. Galicia, que había demostrado ser un sumidero de tropas francesas en la primavera de 1809, no representaría casi ningún papel durante el resto de la guerra.

En enero de 1810, cuando se comenzó a temer por una nueva invasión francesa de Galicia, la Junta reclutó 20.000 hombres, pero una vez que hubo pasado la amenaza, esta fuerza fue disuelta y no se pudo utilizar fuera de la provincia, donde se precisaba perentoriamente. Es más, no sólo desertaron estos reclutas, sino que cientos de miles de jóvenes abandonaron Galicia hacia Oporto y Lisboa a fin de escapar a su alistamiento en el ejército español. El cónsul español en Oporto intentó apelar al patriotismo de aquellos apátridas, invocando al rey, a la patria y a la religión. Por el lenguaje que utilizó, empero, no había lugar a dudas de que comprendía bien los límites del patriotismo de sus conciudadanos: la defensa,

> ... del rey, de la Patria, y de la Religión, llama imperiosamente a todos los naturales de Galicia, que se hallen en estado de tomar las armas, para que concurran con sus Paysanos a arrojar los crueles Invasores de su Patria (en caso que sea nuevamente invadida), y defender hasta los últimos esfuerzos sus hogares, y familias...[34].

La clave para comprender esta apelación «patriótica» está en la frase «en caso que sea nuevamente invadida», que sólo podía aplicarse a Galicia, no a España, dado que la mayor parte de España ya estaba ocupada. Ciertamente, el cónsul español comprendía que la «patria» que podría inducir a los gallegos a luchar era Galicia, no España. En efecto, cuando se supo que Galicia estaba a salvo de la amenaza francesa y que se iban a enviar a los reclutas a Cádiz y no a Galicia, se hizo imposible todo esfuerzo de reclutamiento en Portugal. La Junta de Galicia se vio obligada a despachar un agente, José Benito Munin, para que reuniese a

[34] Figueroa Lalinde, *La Guerra de la Independencia en Galicia*, p. 136.

los voluntarios expatriados, si bien tan sólo pudo reclutar 150 hombres, a pesar de pagarles generosamente por su patriotismo. Todavía peor, de los 150 hombres que aceptaron el soborno de Munin, 100 desertaron antes de alcanzar la frontera portuguesa. Munin no dudaba de que sus dificultades para reclutar se debían a que los potenciales reclutas sabían de buena mano que no iban a ser destinados a Galicia y no deseaban luchar en otros lugares de España.

La historia de la guerra de guerrillas en Galicia muestra que debemos ser más precavidos con las interpretaciones simplistas que hacen de la resistencia en España un símbolo del nacionalismo hispánico, o un signo de lealtad a Fernando y a la Iglesia católica. Aunque estas lealtades no estuvieron ausentes de Galicia, no fueron suficientes para hacer que los jóvenes pusieran en peligro sus vidas. A principios del siglo XIX, la nación todavía era rudimentaria, distante, desconocida y rechazada. De la misma forma, la Iglesia y el rey eran menos apreciados y «deseados» de lo que la retórica patriótica hacía creer a algunos. Los gallegos lucharon contra la ocupación francesa en la primavera de 1809 porque no tenían otra elección si pretendían continuar sobreviviendo. Cuando apareció la posibilidad de elegir, los campesinos gallegos prefirieron quedarse en sus hogares. Un comportamiento que se repetiría en otros lugares de España.

3. *La Junta y las guerrillas*

El éxito de la campaña gallega convenció al gobierno español de aceptar la guerra de guerrillas como medio de salvación. En el verano y otoño de 1808, mientras España todavía contaba con ejércitos aparentemente fuertes para presentar batalla, la Junta Central se había opuesto a la formación de partidas guerrilleras [35]. Lo que la Junta temía era que la existencia de guerrillas alentara

[35] Los líderes políticos y militares de España mantuvieron siempre un fuerte perjuicio contra las guerrillas. Cada cierto tiempo, cuando el gobierno se sentía lo sufi-

la deserción de las unidades regulares. Sin embargo, tras una serie de derrotas entre noviembre de 1808 y enero de 1809, parecía claro que España no podía mantener un ejército que hiciera frente a los franceses. Las emboscadas a los franceses rezagados y a los pequeños destacamentos, el aislamiento de las guarniciones enemigas y el desmantelamiento de las requisiciones y recaudaciones fiscales de los franceses se presentaron como las estrategias más efectivas de resistencia en la mayor parte de España. Esta pérdida de confianza en las estrategias y tácticas basadas en el ejército regular se incrementó tras la mediocre actuación del ejército español en la afortunada campaña de Talavera y tras su derrota en la terrible batalla de Ocaña el 19 de noviembre. Rendida Gerona el día 10 de diciembre, la guerra de guerrillas parecía el único medio de resistencia, en especial en el fuertemente ocupado norte de España[36].

Por consiguiente, la Junta Central promulgó una serie de decretos otorgando existencia legal a las guerrillas. El 28 de diciembre de 1808, la Junta aprobó su primer «Reglamento de Partidas» que fijaba los procedimientos necesarios para la organización de partidas guerrilleras en toda España. El 1 de enero de 1809, la Junta aprobó un «Manifiesto de la Nación Española a la Europa» que justificaba la movilización de civiles. El manifiesto describía los actos de indescriptible salvajismo perpetrados por las tropas francesas contra los españoles. Sus soldados habían profanado los hogares españoles «con la violación de las madres y de las hijas, que tenían que sufrir todos los excesos de su brutalidad a vista de sus padres y esposos despedazados: los niños eran clavados a las bayonetas y llevados en triunfo como trofeos militares». Habían saqueando conventos y monasterios, y los habían convertido en cuarteles y prostíbulos, mientras que la violación de monjas y el asesinato de monjes se habían convertido en una rutina. Los

cientemente fuerte desde el punto de vista militar, volvía a adoptar esta actitud negativa. AHN, Estado, legajo 13, núm. 4.

[36] Las fuerzas españolas en Ocaña comenzaron la campaña con casi 60.000 hombres; sin embargo, tres semanas más tarde sólo pudieron reunir 24.000. Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 3, pp. 95, 530-31.

franceses eran «monstruos feroces, no hombres, contra los cuales todos los medios de venganza, todos los caminos de exterminio, por horribles, y sin exemplo que se los suponga, están autorizados...»[37].

Esta violenta retórica no era simple exageración. La increíble brutalidad francesa en España, capturada por Goya en las imágenes espectrales de los «Desastres de la Guerra», no tenía muchos precedentes y obligó al pueblo a redefinir sus ideas sobre la guerra. La infame declaración del mariscal Soult del 9 de mayo de 1810, que definía toda resistencia al dominio francés como bandidaje y condenaba a todos los prisioneros españoles a la pena de muerte, simplemente codificó las prácticas francesas que habían tenido lugar desde el principio[38]. Incluso en Medina de Río Seco en julio de 1808, los franceses asesinaron fríamente a sus prisioneros españoles y, en medio del saqueo generalizado, tuvieron tiempo para pasar a cuchillo a todos los monjes franciscanos de la ciudad[39].

Esta sed de sangre comenzaba al más alto nivel. El 10 de enero de 1809, Napoléon aconsejaba a José que «ahorcase a unos pocos» madrileños. Al día siguiente escribió a su hermano otra carta todavía más sedienta de sangre, donde le pedía que «ahorcase una docena de personas en Madrid». Finalmente, el 12 de enero, con increíble sangre fría, ordenó a su hermano llevar a cabo un asesinato en masa:

> Debes colgar en Madrid a una veintena de los peores caracteres. Para mañana tengo la intención de ahorcar aquí a siete que se han destacado por sus excesos. Han sido secretamente denunciados a mí por gente respetable a quienes su existencia molesta y quienes recobrarán sus espíritus cuando aquéllos desaparezcan. Si Madrid no se libera de al menos 100 de estos revoltosos, no podrás hacer nada.

[37] AHN, Estado, legajo 13, núm. 1.
[38] Toreno, *Historia del levantamiento*, vol. 3, pp. 265-66.
[39] Thiry, *La Guerre d'Espagne*, p. 224.

Napoléon escribía a su hermano desde Uclés, donde estaba a punto de acabar con el Ejército del Centro español. Cuando ganó la batalla el 13 de enero y la ciudad se rindió, su ansia de sangre no se apaciguó con siete asesinatos: Napoleón ordeno matar a 69 notables[40].

En respuesta a las atrocidades francesas y a la derrota militar, la Junta Central ordenó el 17 de abril de 1809 la formación de «el corso terrestre», autorizando a que todos los habitantes se armasen y se uniesen a bandas guerrilleras. En aquel año se formaron numerosas partidas guerrilleras con soldados regulares dispersos que huían de los despojos y ruinas de batallas como la de Ocaña. Algunos estaban dirigidos por oficiales procedentes de los ejércitos españoles derrotados. Así, a finales de 1809, en la zona sudoccidental de Zaragoza, tres oficiales, José Joaquín Durán, Ramón Gayán y Pedro Villacampa, estaban al mando de 3.000 a 4.000 hombres, muchos de los cuales eran desertores procedentes de formaciones regulares[41]. Julián Sánchez, que dirigía una partida guerrillera en León, había comenzado su carrera como sargento de caballería luchando por Salamanca con el general Del Parque[42]. Con todo, la mayoría de las unidades formadas a partir de regulares dispersos fue reintegrada en el Ejército Español en 1810[43].

A largo plazo fueron más prometedoras las partidas guerrilleras formadas por campesinos voluntarios o por los nuevos reclutas incorporados a las milicias provinciales formadas por las juntas. En algunos casos, los oficiales regulares encabezaron estas fuerzas. El general Juan Díaz Porlier fue autorizado por el general La Romana para operar con dos regimientos en Asturias. No obstante, ésta fue una típica formación guerrillera muy vinculada a Asturias. En efecto, la Junta de Oviedo le prohibió, en al me-

40 Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 2, p. 12.
41 Alexander, *Rod of Iron*, pp. 28-31.
42 «Expedientes personales de los generales», AHN, Estado, legajo 42, núm. 152.
43 AHN, Estado, legajo 42, núm. 220. Gómez de Arteche, *La Guerra de la Independencia*, vol. 1, pp. 7-8.

nos una ocasión, utilizar a los reclutas asturianos fuera de la provincia y cuando intentó hacerlo se encontró frente a la oposición y a la deserción [44]. Así pues, el modelo de patriotismo local observado en Galicia se repitió en Asturias.

El localismo es, de hecho, un rasgo de la guerra de guerrillas. El principal propósito de la guerrilla es limitar los contactos del enemigo con el campo. Para conseguirlo, las guerrillas atacan a las partidas de requisición del enemigo, a sus recaudadores de impuestos, sus sistemas de abastecimiento y a las columnas ligeras enviadas en incursiones punitivas. Asimismo disciplinan a los colaboradores, que generalmente son más frecuentes en las áreas urbanas. Al golpear a estos objetivos militares y a estos «traidores» urbanos, los campesinos guerrilleros protegen a sus familias y a sus propiedades, lo que Mao denominó el «mar conveniente» en el que las guerrillas operan y consiguen su sustento. Esta estrategia, junto a las tácticas de emboscada y retirada, requiere unidades guerrilleras que permanezcan cerca de sus hogares, de forma que puedan mezclarse con la población civil entre batalla y batalla, adquirir alimentos que compensen la falta de intendencia, y dedicarse a la agricultura. Cuando las fuerzas guerrilleras tratan de operar como si fueran unidades regulares al servicio de una idea estratégica nacional, los resultados suelen ser desastrosos. Ésta es la razón por la que la guerra de guerrillas nunca es una guerra nacional, a pesar de que la propaganda afirme siempre lo contrario.

A veces el localismo degeneraba en simple bandidaje. En el período que va desde mediados de 1809 a 1810, el problema de bandidaje fue especialmente grave. Uno de los más infames corsarios de 1809, don Antonio Temprano, monje de la orden de los Mercedarios Calzados, rechazaba abiertamente motivos más elevados. A menudo evitaba a los soldados franceses y, por el contrario, prefería aterrorizar y saquear villas alrededor de Madrid, diciendo a sus hombres que España había entrado en «la época de hacer lo que uno quiere». La trayectoria de Temprano

[44] «Partidas mandadas por guerrilleros», AHN, Estado, legajo 41, E.

no fue una excepción aislada. Otros, como Saornil en Zamora o Piloti cerca de Madrid, acabaron también por degenerar en meros criminales [45]. Asimismo es cierto que en la mayor parte de España las partidas guerrilleras todavía no habían aparecido o tenían una incidencia muy limitada. No obstante, en el norte de España algunos de los guerrilleros, tras 1809, juntaron fuerzas efectivas, si bien pequeñas. Longa en el País Vasco, Cuevillas en La Rioja, Merino en Burgos, Julián Sánchez en León y muchos otros, juntos hicieron que la ocupación del norte de España fuera para los franceses una constante pesadilla. Uno de los guerrilleros más efectivos fue Juan Martín, el Empecinado, que alcanzó sus mejores éxitos en Guadalajara.

4. *El Empecinado*

Juan Martín comenzó su carrera como guerrillero antes incluso del 2 de mayo de 1808, cuando se dedicaba a atacar convoyes de correos y a rezagados [46]. Aunque la información sobre sus primeras actividades sea dudosa, parece que operó con una pequeña banda de doce hombres a caballo —un número quizás más simbólico que real— por la región de Aranda de Duero, a poca distancia de su hogar en la provincia de Valladolid. El 10 de junio, Martín participó con su caballería en la batalla de Cabezón, cuyo desastroso resultado lo convenció de volver a su estrategia más efectiva y beneficiosa de golpear y huir, para trasladarse posteriormente a tierras segovianas. Durante el siguiente año, Martín comenzó a relacionarse con la Junta Central y consiguió el grado de capitán de caballería, con lo que empezó a operar menos

[45] «Partidas mandadas por eclesiásticos», AHN, Estado, legajo 41, C.

[46] Para la información sobre Juan Martín he contado con la reciente biografía realizada por Andrés Cassinello Pérez, *Juan Martín, «El Empecinado», o el amor a la libertad.* Aunque el autor carezca, en mi opinión, del escepticismo apropiado para tratar el patriotismo de su protagonista, su trabajo es excelente, la mejor biografía de todos los guerrilleros. Véase también Gómez de Arteche, «Juan Martín, el Empecinado».

como un guerrillero y más como ayuda de campo de los ejércitos españoles regulares que combatían sin éxito en el oeste de España.

Una vez más, la experiencia de la derrota obligó a Juan Martín a reconstruir su carrera como guerrillero, esta vez en Guadalajara. En el otoño de 1809, Martín tenía 300 hombres a caballo y 200 de infantería. La incorporación de infantería a su fuerza es un indicador de la transición hacia una formación más propiamente guerrillera. Los mejores ejércitos guerrilleros de la historia, que dependen de campesinos armados, consisten siempre y principalmente en una infantería vinculada a su territorio doméstico. A medida que la fuerza de Martín crecía durante 1810, declinaba el porcentaje de desertores y de caballería, mientras que el de infantería, procedente del campesinado de Guadalajara, se incrementaba. Apoyado por la Junta de Guadalajara, Juan Martín inició una típica campaña guerrillera, atacando los convoyes de correos y avituallamiento, y protegiendo las comunidades rurales de las partidas de requisición francesas y de las columnas ligeras. En el verano de 1810, el Batallón de Tiradores de Sigüenza, comandado por Martín, oscilaba entre los 2.000 y 3.000 hombres.

El éxito de Juan Martín llamó una vez más la atención del gobierno. La regencia lo nombró brigadier y, de nuevo, El Empecinado cayó en la tentación de actuar como si sus hombres fueran tropas regulares. En noviembre de 1810, tras indisponerse con sus hombres por haberles pedido que permanecieran movilizados y que se comportasen con la disciplina propia de una unidad del ejército regular, el Batallón de Tiradores de Sigüenza desertó. Así comenzó una serie de terribles desastres para Juan Martín, todos por una misma causa: la tensión entre el localismo inherente a una guerra de guerrillas efectiva y el deseo de Juan Martín de actuar de acuerdo al horizonte estratégico más ambicioso del gobierno español y de los mandos militares.

A principios de 1811, el mariscal Suchet avanzó sobre Valencia y el capitán general de esta ciudad pergeñó un plan de defensa. Pidió al Empecinado, el cual había rehecho sus fuerzas en Guadalajara, que atacase a Suchet por la retaguardia. Desafortunadamente, no fue capaz de actuar con efectividad lejos de su

base doméstica debido a la resistencia de sus hombres y a la Junta de Guadalajara, quienes no le permitirían llevar a «sus» reclutas a la lucha en Valencia. Los desencuentros de noviembre de 1810 resurgieron y comenzaron a minar la moral. Lo peor estaba todavía por llegar. En junio Juan Martín recibió una vez más la orden de atacar a Suchet en Valencia. En esta ocasión la orden vino de su superior a la cabeza del Segundo Ejército, y Juan Martín decidió cumplirla. Sin embargo, la Junta de Guadalajara se mostró inflexible en su negativa de que Martín extrajera tropas de la provincia y, para ello, fomentó un motín con objeto de asegurarse que no lo haría. La rebelión acabó con la total disolución del ejército de Juan Martín, que había llegado a contar con 4.000 hombres[47].

La lección que puede extraerse de aquí es que los voluntarios de Guadalajara sólo fueron leales a su misión de proteger Guadalajara, y no a Juan Martín, ni a España y ni, evidentemente, a la estrategia nacional ideada por el comandante del Segundo Ejército. Como consecuencia, los franceses capturaron a cientos de tropas desorganizadas, mientras que los 400 soldados de caballería que permanecieron con el Empecinado no demostraron ser muy buenos para las operaciones regulares. Los fracasos de 1811 acabaron con la independencia de Juan Martín como líder guerrillero, y su mando fue totalmente integrado en el Segundo Ejército. Por fortuna, Guadalajara consiguió mantener su importancia estratégica en 1812 y Juan Martín siguió disfrutando del éxito mientras operó en Guadalajara, especialmente en los momentos en que la situación requería tácticas guerrilleras. No obstante, cuando intentaba combatir fuera de la provincia, sus hombres desertaban. Sus intentos por reclutar hombres en Aragón y otras provincias tuvieron resultados similares. En el momento que alejaba demasiado a sus reclutas de sus hogares, éstos volvían

[47] *El semanario patriótico* del 1 de agosto de 1811 identificó (equívocamente) «el maldito espíritu de provincialismo o sea de federalismo» como la raíz del problema de Juan Martín. De hecho, fue el localismo lo que permitió a España derrotar a Napoleón. Las dificultades de Juan Martín surgieron de su intento de utilizar las fuerzas guerrilleras como si éstas fueran regulares.

a desertar [48]. En realidad, resulta tremendamente irónico que el hombre que, sin lugar a dudas, fue uno de los mejores combatientes de la guerrilla española, no alcanzase a comprender cuán superficial era el patriotismo de sus soldados ni cuán limitadas eran las opciones estratégicas de una campaña guerrillera. En los últimos años de la guerra, como parte del ejército regular, Juan Martín abandonó la estrategia guerrillera de proteger las cosechas en favor de una estrategia militar más tradicional, aunque en esto tuvo menos éxito que como guerrillero.

¿Qué es lo que nos indican los acontecimientos de Galicia, Asturias, Guadalajara y otras partes sobre la naturaleza de la guerra en España? Primero, sabemos que la mayoría de España colaboró, especialmente desde Madrid hacia el sur. La resistencia se hizo imposible en la mayoría de las ciudades que los franceses habían ocupado a principios de 1810. Por otro lado, tras la destrucción de los ejércitos españoles, las guerrillas comenzaron a combatir el control francés del norte de España con una estrategia y unas tácticas inventadas para la ocasión. A primera vista, la evidencia no parece apoyar la idea de que los partisanos luchasen por Dios, por la patria y el rey. Por el contrario, el patriotismo local e incluso los factores personales son los que parecen haber motivado la resistencia. Merino, por ejemplo, se hizo guerrillero porque los franceses lo humillaron al utilizarlo como caballo de carga para portar un conjunto de instrumentos musicales. Julián Sánchez formó una guerrilla cerca de Salamanca tras el asesinato de su familia en manos francesas. Incluso Juan Martín, considerado por algunos como un verdadero patriota, pudo haber empezado su carrera tras la agresión sexual de su novia perpetrada por los franceses [49]. Parece también que muchas de las partidas formadas en 1809 se nutrieron de desertores, sobre todo a caba-

[48] Cassinello Pérez, *Juan Martín*, p. 179.

[49] «Partidas mandadas por eclesiásticos», AHN, Estado, legajo 41, C; «Partidas mandadas por guerrilleros», AHN, Estado, legajo 41, E; Eduardo Ontañon, *El cura Merino*; Fernando Solano Costa, «La resistencia popular en la guerra de la independencia: el guerrillero», en *La Guerra de la Independencia Español y los Sitios de Zaragoza*, pp. 387-423; Gómez de Arteche, «Juan Martín el Empecinado».

llo, y que principalmente realizaron operaciones que tomaron prestadas, aunque no siempre, de la estrategia de la guerra de guerrillas. La mayoría de estas unidades fueron reintegradas en el ejército tras 1810, mientras que otras simplemente desaparecieron. Otros movimientos guerrilleros provinciales, empero, conservaron su independencia y crecieron. El más importante de ellos surgió en Navarra.

CAPÍTULO 4

EL FRACASO DE LA REVOLUCIÓN EN NAVARRA

1. Zaragoza y Navarra

En el verano de la revolución de 1808, Navarra era una de las provincias más pacíficas de toda España. Pamplona fue incapaz de generar una revuelta como la del Dos de Mayo en Madrid o un movimiento revolucionario como el de Valencia. La burguesía conservadora, la nobleza residente y el rico clero de la pequeña capital vicerreal impidieron la persistencia de cualquier desorden espontáneo [1]. Además, la presencia de cerca de 2.400 soldados franceses y de sus tropas auxiliares españolas atrincheradas en la ciudadela desalentó cualquier resistencia [2]. Finalmente, la colaboración de los oficiales del gobierno de Pamplona impidió que la rebelión de Navarra tuviera una dirección centralizada. En 1808 el virrey y la Diputación seguían las directi-

[1] Capitán De Choisy, informe de 2 de abril de 1808, AAT, C8, 3.

[2] El 8 de mayo de 1808 el comandante francés, el general D'Agoult, escribió que el estupor generalizado reinaba en la ciudad. AAT, C8, 6. Los informes sobre la situación del general desde abril en adelante atestiguan la persistente tranquilidad de la capital, a excepción del breve período de desórdenes ocasionados por las fiestas de San Fermín. AAT, C8, 381.

vas francesas con un entusiasmo innecesario, actuando como nexo entre el poder de ocupación y el pueblo, y apelando a la cooperación con Francia para conseguir la «regeneración» de la nación[3].

Fuera de la capital hubo algunos indicios de resistencia. La ciudad de Estella, en particular, fue escenario de un temprano levantamiento contra los franceses[4]. El 25 de abril llegaron a Estella noticias sobre las dificultades de Fernando en Bayona, mientras que, al mismo tiempo, comenzó a circular el rumor de que los franceses estaban alistando jóvenes navarros. La multitud se echó a la calle portando la escarapela roja; sin embargo, como en otros lugares, fueron las noticias sobre la abdicación de Fernando las que precipitaron la rebelión abierta. El 1 de junio, la muchedumbre obligó al ayuntamiento de la ciudad a disolverse, y dos días más tarde el nuevo concejo, purgado ahora de «colaboracionistas», hizo circular una proclama por la región circundante apelando al pueblo para que acudiese en defensa de Estella. El virrey de Pamplona envió alguaciles para arrestar a los líderes rebeldes, si bien fueron puestos en fuga tras una breve escaramuza en la que uno de ellos cayó muerto.

Mientras tanto, la petición de apoyo de Estella a sus vecinos encontraba poca respuesta. En Viana, una junta especial de sacerdotes y otros líderes neutralizó las demandas populares en favor de la distribución de armas. Los oficiales municipales de Corella escribieron una carta a la Diputación que reflejaba no

[3] Decreto de la Diputación del 31 de mayo de 1808, AAT, C8, 7. Los oficiales del gobierno coincidían con Miguel Azanza, navarro y principal colaborador de José Bonaparte, en que los borbones debían ser reemplazados por una monarquía bonapartista, de la cual se esperaba una España rejuvenecida. AGN, Guerra, legajo 15, car. 5. Los diputados y el virrey estuvieron presentes en Irún durante la entrada triunfal en España de José el 9 de julio, y fueron de los primeros entre los muchos oficiales españoles que prestaron juramento de lealtad en presencia del nuevo rey.

[4] Para la siguiente discusión sobre los acontecimientos de Estella y la respuesta dada por otros municipios a sus disturbios he utilizado la «Relación histórica de los sucesos más notables ocurridos en Estella durante la Guerra de la Independencia», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21; y la voluminosa correspondencia de AGN, Guerra, legajos 14 y 15.

sólo el grado de propagación del impulso revolucionario, sino también la forma en que éste podía ser detenido si las elites municipales permanecían unidas. La ciudad advirtió a Pamplona que

> ... se alteró algún tanto la quietud y sosiego público por parte del bajo Pueblo de esta Ciudad; exemplos de otros Pueblos vecinos y el pasar por esta jurisdicción muchos sugetos con escarapelas encarnadas, juntamente con la voz difundida entre Gentes sin educación, de que las Tropas Francesas se llebaban consigo la Juventud de los Pueblos, fueron al parecer la causa del alboroto e inquietud que se dejó ver en ésta.

Durante la primera semana de junio un intento de derribar el gobierno municipal resultó abortado por parte de un grupo de «sugetos de luces» que incluía curas y clero regular, «de quienes me valí para el efecto, se esmeraron con el mayor ardor y celo infatigable en coadyubar mis ideas, y cooperaron con tal eficacia, que vi con la mayor complacencia restablecidos el sosiego y quietud pública...». Ciertos aspectos destacan en esta misiva «colaboracionista»: la importancia de la imaginería revolucionaria —escarapelas encarnadas; la identificación entre revolución e ignorancia y entre orden e ilustración; las funciones del rumor en el desencadenamiento de la sedición, especialmente ante el temor al alistamiento por los franceses; y la actividad del clero de Corella para paralizar la revolución municipal, lo que ilustra, una vez más, el ambiguo papel de la Iglesia en la resistencia española. Este mismo proceso tuvo lugar en algunas otras ciudades de Navarra, especialmente en la Ribera, donde los oficiales tomaron medidas activas para impedir la movilización propuesta por Estella e informaron con orgullo de los hechos a Pamplona.

El fracaso de la revolución en el resto de Navarra condenó al aislamiento y al colapso todos los esfuerzos de Estella. Finalmente, Estella reclutó tres compañías de hombres, armados con cayados de pastor, viejas espadas y algunas rústicas armas de fuego. Se levantaron barricadas en las calles y todo estaba preparado para

la respuesta francesa. Sin embargo, por sí misma Estella no era un objetivo militar de importancia y los franceses pasaron por alto la ciudad. De este modo, no hubo revolución de 1808 en Navarra, por lo que el liderato rebelde efectivo tuvo que proceder inicialmente de fuera de la provincia, especialmente de la cercana Zaragoza.

En Zaragoza, José Palafox y su junta revolucionaria habían tomado el control de la ciudad y habían comenzado a prepararla para un ataque francés. Desde Pamplona, los franceses enviaron una fuerza de casi 4.000 hombres al mando del general Lefebvre-Desnöettes con objeto de hacer frente a los rebeldes zaragozanos. Para llegar a Zaragoza, los franceses tenían que pasar por Tudela, la segunda ciudad de Navarra, situada en la ribera del río Ebro, a más de 24 kilómetros al norte de la frontera con Aragón. Palafox esperaba detener el avance francés en Tudela, por lo que el 31 de mayo se ofreció a mandar hombres y armas a dicha ciudad. En un principio el gobierno municipal rechazó la oferta, ya que éste no tenía ningún interés de sacrificarse por el bien de Zaragoza [5]. Sin embargo, había en Tudela quienes deseaban combatir y cuando los detalles de la oferta de Palafox se filtraron al público el 2 de junio, la multitud se congregó en las calles exigiendo que el ayuntamiento presentara combate. La muchedumbre, reforzada con 200 jóvenes procedentes de la revolucionaria Estella, obligó a los oficiales de la ciudad a retirarse a casa de un notable local, José Yanguas y Miranda. Allí se reunió una junta especial de líderes de la comunidad. El 3 de junio, esta junta se rindió aparentemente a los revolucionarios y prometió aceptar la ayuda de Palafox e intentar bloquear el paso del Ebro.

La ciudad tenía exactamente tres días para preparar un plan de batalla; sin embargo, la junta actuó muy lentamente, por lo

[5] La siguiente historia de Tudela se ha reconstruido a partir de la «Relación de las ocurrencias en la ciudad de Tudela durante la Guerra de la Independencia», AGN, Guerra, legajo 19, car. 38; «La defensa de la Ciudad de Tudela», AGN, Guerra, legajo 19, car. 32; materiales del AGN, Guerra, legajo 15, carpetas 6, 9, 15; las cartas e informes del general Lefebvre-Desnöettes, AAT, C8, 7; y Gonzalo Forcada Torres, *Tudela durante la Guerra de la Independencia.*

que Tudela fue abandonada sin apenas defensa. El 6 de junio los campesinos avistaron una columna francesa a unos pocos kilómetros. Era la fuerza de Lefebvre-Desnöettes que acababa de aniquilar a los rebeldes en Logroño el 4 de junio. En el último momento 2.000 reclutas llegaron desde Zaragoza, y se unieron, tras de las barricadas levantadas con precipitación, al millar de jóvenes mal armados procedentes de Tudela y de su campo circundante. Justo antes de la batalla, la junta trató de pedir la paz, si bien sus esfuerzos se vieron arruinados por la acción de los zaragozanos, que abrieron fuego el 8 de junio. Una vez iniciada la batalla, los franceses barrieron a los españoles y pronto obligaron a la ciudad a rendirse. Lefebvre informó de que sólo dos soldados franceses habían muerto mientras que unos pocos habían caído heridos. Los españoles sufrieron 24 bajas y la mayoría de los defensores escapó a Zaragoza. La junta de Tudela se pasó rápidamente a los franceses y la calma quedó reestablecida.

Las condiciones de la resistencia y de la rendición de Tudela ponen de manifiesto el desarrollo incompleto en el que se encontraban las fuerzas revolucionarias. Según el gobernador de Aragón, los tuledanos «yacían en la indolencia» durante la crisis y sus líderes estaban «envilecidos por la intriga». De hecho, los patriotas de Tudela, a diferencia de los de Zaragoza, habían fracasado completamente en sus intentos de derribar o cooptar el gobierno existente, lo que condenó al fracaso todos los esfuerzos en favor de la movilización. Líderes indecisos como Yanguas mantuvieron el poder efectivo en Tudela y jamás intentaron ofrecer resistencia. Como en Madrid durante el 1 de mayo, la Junta se negó distribuir armas. Los quinientos fusiles que habían llegado desde Zaragoza justo antes del ataque francés nunca fueron repartidos. De este modo, los franceses se enfrentaron a un oponente pobremente armado que, a excepción de las tropas zaragozanas, no había recibido ninguna instrucción. El 8 de junio los tudelanos se dispersaron sin más y los oficiales municipales quedaron libres para hacer lo que habían deseado durante días: entregar la ciudad a

los franceses. Tudela fue recompensada con el saqueo generalizado [6].

Tras la caída de Tudela, la insurrección de Navarra, tal como estaba organizada, se desplomó. Durante esta primera fase de la guerra, existieron ciertas razones que explican la falta de iniciativa y de éxito de los rebeldes navarros. La primera fue la importancia estratégica de la provincia. La seguridad de todas las operaciones francesas en la península dependía de la dominación de Navarra, dado que los franceses utilizaban los pasos de los Pirineos occidentales para reaprovisionar y reforzar sus ejércitos en Portugal y en la mayoría de España. Por tanto, los franceses elaboraron planes especiales para evitar la resistencia consiguiendo afincarse con firmeza en la región [7]. Esto era fácil de llevar a cabo en 1808, cuando el problema aún estaba relacionado con revoluciones urbanas aisladas, como en Logroño y Tudela. Así, hasta mediados de 1809 y hasta el surgimiento de las primeras guerrillas importantes en el campo, Navarra se mantuvo relativamente tranquila y los soldados franceses se consideraron afortunados de ser destinados en Navarra, ya que a algunos les recordaba sus experiencias en la fácilmente pacificada Renania [8].

[6] En una carta a la Diputación, Félix Bergado, administrador de los fondos urbanos, intentó exculparse a sí mismo y a sus conciudadanos de la colaboración. Sin embargo, sacó a la luz más información de la que hubiera querido al explicar que el ruinoso saqueo de Tudela había sido en respuesta a los actos de «cien bárbaros» que habían decidido resistirse neciamente a los deseos del gobierno municipal. Éstos eran responsables, según Bergado, del saqueo de Tudela. Bergado infravaloró el número de «bárbaros» de su ciudad, si bien dejó escapar la verdad: las elites tudelanas nunca habían pretendido oponerse a los franceses. AGN, Guerra, Leg. 15, car. 16. Una orden mandada por Napoleón el 11 de junio permite vislumbrar cómo los franceses también sacrificaron la verdad. Según Napoleón, Lefebvre-Desnöettes sólo había sufrido dos heridos en Tudela, mientras que de los 12.000 (!) insurgentes que habían disparado, 1.000 (!) habían caído muertos. AAT, C8, 7.

[7] El general Berthier explicó a Savary que si los navarros se sublevaban como los asturianos y valencianos, las tropas francesas que todavía permanecían en Madrid y Burgos se verían condenadas a la aniquilación. Lo que significaba que debía hacerse un enorme esfuerzo para detener cualquier levantamiento antes de que éste pudiera propagarse. Bonaparte, *Confidential Correspondence*, carta del 3 de agosto de 1808.

[8] Alexander, *Rod of Iron*, p. 36.

El segundo factor que operó contra los navarros fue, curiosamente, la victoria española en Bailén y la consiguiente retirada francesa al norte del Ebro. Desde agosto a noviembre, mientras que la mayor parte de España quedaba liberada, Navarra y las Provincias Vascas se convirtieron, durante el invierno de 1808-1809, en el teatro de operaciones de Napoleón para la reconquista de la Península. En la segunda mitad de 1808, por tanto, los franceses situaron 100.000 soldados en Navarra, lo que hizo imposible toda resistencia.

Finalmente, el gobierno de Pamplona demostró ser un participante entusiasta en la supresión de la rebelión. En otras provincias se había combatido primero con las elites locales, cooptándolas en las nuevas estructuras de poder o expulsándolas totalmente del gobierno antes de que se impusieran las juntas revolucionarias. En Navarra este conflicto civil se resolvió en favor de los antiguos «godoístas» y de los partidarios del régimen francés, como ocurrió en Corella y Tudela, debido a la presencia de tropas francesas y a la afortunada acción de los afrancesados. Por consiguiente, en Navarra no se desarrolló ningún liderato alternativo hasta mediados de 1809, mientras los ejércitos guerrilleros aprendían a actuar con autoridad propia. Sin embargo, en el ínterin la iniciativa de resistir a Francia tuvo que proceder de fuera de Navarra, especialmente de Zaragoza.

Tras la caída de Tudela, Zaragoza era el único centro importante de resistencia en la España centro-occidental. Desde mediados de junio a mediados de agosto, las tropas francesas pusieron a la ciudad bajo asedio. Los zaragozanos reconocían que la clave para levantar el sitio estaba en Navarra. Las fuerzas enviadas contra Zaragoza entraban en España a través de las ciudades navarras de Irún y Roncesvalles y se abastecían en las ricas tierras cerealistas de Navarra antes de descender por el valle del río Ebro. Para interferir estas líneas de avituallamiento, la Junta de Aragón trató de organizar la resistencia guerrillera de Navarra.

En los montes de Roncal y Valcarlos ya había habido indicios de levantamientos desencadenados por el incremento de las requisiciones francesas. Operando en los Pirineos occidentales y en

la frontera aragonesa alrededor de Sangüesa se encontraba media docena de bandas armadas, dirigidas por hombres con motes pintorescos como Pesoduro y el Malcarado [9]. No obstante, ninguna de las partidas navarras era todavía lo suficientemente poderosa como para llevar a cabo operaciones que sobrepasasen acciones de ataque y huida contra franceses rezagados y contra pequeños convoyes, por lo que la Junta de Aragón decidió enviar a Navarra a sus propios agentes con el fin de intentar proporcionar mejores líderes a los rebeldes.

2. *Eguaguirre*

La junta aragonesa envió en julio a Andrés Eguaguirre y a Luis Gil con la misión de organizar a los voluntarios navarros para que mantuviesen ocupados a los soldados franceses que efectuaban el sitio de Zaragoza [10]. Gil encabezó una pequeña operación en Ujué, cerca de Sangüesa. Ujué, una remota aldea situada sobre las secas planicies de Navarra occidental, era especialmente apropiada para los propósitos de Gil. El lugar se había convertido en un centro inesperado de rebelión después de que un grupo de campesinos de Ujué hubiera robado a un oficial francés y a su mujer cerca de Tafalla. La descripción posterior efectuada por el oficial implicado sobre la tosquedad de la gente de montaña y la de su lengua no dejaba lugar a dudas de que había sido abordado por habitantes de Ujué. El 17 de julio una columna francesa llegó para castigar a la villa. Sin embargo, la población local había escapado hacia las montañas desiertas que rodeaban la villa. Allí sólo permanecía su cura, Casimiro Javier de Miguel, el cual hizo uso de su conocimiento de la lengua francesa para evitarse el castigo y para persuadir a los franceses de que no incendiaran la vi-

[9] A principios de junio el cura de Valcarlos, Andrés Galduroz, dirigía una partida en las remotas montañas de la frontera francesa. Ésta parece haber sido la primera guerrilla de Navarra. Olóriz, *Navarra en la Guerra*, p. 19.
[10] AGN, Guerra, legajo 15, car. 20.

lla. Sin embargo, no pudo proteger a otros cinco individuos, demasiado ancianos o enfermos para escapar. Las tropas francesas, irritadas ante la desolación con la que se les había recibido en Ujué, pasaron por la espada a cuatro de ellos mientras que el restante cayó herido.

La aldea fue despojada de todo lo que tuviera utilidad para un ejército. Siguiendo una práctica que otras villas aplicarían cuando se enfrentaban a la proximidad de fuerzas francesas, el pueblo de Ujué había sacado de sus casas todo el ganado y todos los alimentos. Incluso llegaron a derramar por las calles todas las reservas de agua de sus casas, lo que hizo de la villa, situada en lo alto de una colina en medio de una región árida y montañosa, un lugar inhabitable a largo plazo. En consecuencia, los franceses no pudieron quedarse, ni hacer siquiera un descanso. Si hubieran podido prever el activo papel que la aldea y Miguel iban a tener más tarde en la guerra de guerrillas, seguramente habrían incendiado Ujué y arrestado a su sacerdote.

De este modo, cuando Gil entró en escena, Ujué ya estaba movilizada. Gil envió a los hombres de Ujué a Carcastillo, a escasa distancia hacia el sur de la planicie sobre la que se situaba la villa. Allí debían ser asignados a unidades de un ejército de voluntarios que se estaba reuniendo a partir de las villas de toda la región de Sangüesa. La banda de campesinos armados y conducidos por el regidor de Ujué entró a su debido tiempo en Carcastillo. Sin embargo, una vez que esta fuerza fue agrupada, Gil se dio cuenta de que contaba con demasiada gente en comparación con sus recursos y de que estaba demasiado mal instruida para emprender una acción regular contra los franceses. Gil era incapaz de diseñar o dirigir una campaña guerrillera. Por el contrario, envió de regreso a sus villas a los voluntarios, en grupos acompañados por un soldado regular al que se le encargó dar entrenamiento a los campesinos. Los efectos de la decisión tomada por Gil nunca han recibido los elogios que merece. Al librar a los campesinos sin instrucción de la muerte segura de una batalla regular con las tropas francesas y al proporcionarles entrenamiento, Gil contribuyó a crear una reserva de personal para Mina,

quien más tarde reclutaría sobradamente en la región de Ujué-Sangüesa.

El segundo oficial enviado a Navarra, Andrés Eguaguirre, intentó poner en práctica un proyecto más ambicioso que el de Gil. A pesar de la falta de experiencia militar de Eguaguirre, el general Palafox le había concedido el rango de coronel con autoridad para organizar un ejército en la Navarra ocupada. En julio, Eguaguirre se dirigió a Estella, área que consideraba adecuada para comenzar a reclutar hombres para sus Escopeteros Voluntarios Móviles de Navarra. Estella había sido la ciudad más entusiasta de la revolución abortada en mayo y junio. Muchos estelleses habían combatido en Tudela y habían regresado a sus hogares con armas y afición por la lucha. En un principio Eguaguirre consiguió algún éxito, hasta el punto de comandar un ejército de casi 800 hombres. Ahora bien, tras semanas de estéril rebelión Estella atrajo finalmente la respuesta francesa. Eguaguirre contuvo el primer asalto francés, pero en el transcurso de la acción, se retiró a las montañas del noroeste de Estella con objeto de evitar un segundo y más serio ataque de los franceses. Durante los siguientes dos meses, el ejército de Eguaguirre operó en el accidentado territorio del noroeste de Estella, estableciendo su centro de mando en la remota ermita de Santiago de Lóquiz. Estella continuó abasteciendo en secreto esta fuerza que, de otra manera, habría perecido de hambre en las montañas de Allín, hasta que el 9 de septiembre salió de su escondite[11].

A pesar del período inicial de fluido reclutamiento en los Escopeteros Móviles, la unidad de Eguaguirre se desintegró con prontitud. Eguaguirre fue demasiado débil para enfrentarse a los franceses y respondió a sus ataques ocultándose en montañas demasiado estériles para sustentar a sus tropas. Todavía no se había descubierto la fórmula que permitiría a las fuerzas irregulares dispersarse y ocultarse en sus propios hogares cuando se enfrentaban a franceses superiores en número, y reagruparse tan rápidamente como la situación lo permitía. Eguaguirre no pudo enviar

[11] AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.

a sus hombres a sus casas porque no tenía confianza en que regresaran. Sus hombres llegaron a detestar a Eguaguirre casi tanto como odiaban a los franceses.

Si Eguaguirre se había creado enemigos entre los navarros fue porque confió en la fuerza para obtener abastos de las villas y en el terror para alistar hombres en su ejército. El uso de la violencia y el terror contra aquellos civiles que muestran preferencia por el enemigo o que permanecen neutrales es un ingrediente necesario de la guerra de guerrillas. Sin embargo, esta violencia debe combinarse con una habilidad manifiesta para derrotar a las fuerzas enemigas, para defender al amigo y para proteger a las villas de las tropas y recaudadores de impuestos del poder de ocupación. No obstante, si los Escopeteros Móviles sólo a duras penas podían protegerse a sí mismos, mucho menos a la población civil. Por consiguiente, la mayoría de los navarros se negó a ofrecer su apoyo a Eguaguirre, lo que él interpretó como una traición [12]. Finalmente, el terror se convirtió en el método preferido por Eguaguirre para poner en vigor su autoridad, un signo de la inminente disolución del movimiento. Algunas ciudades buscaron incluso la ayuda francesa contra los Escopeteros Móviles [13].

El 11 de julio, Eguaguirre intentó conseguir el apoyo de la ciudad de Tafalla para la causa patriótica. Tafalla no había mostrado ningún interés en resistirse a Francia, probablemente como consecuencia de su situación en la principal ruta norte-sur por

[12] Por ejemplo, cuando Eguaguirre llegó a Ujué (mucho después de que Gil actuase por allí), ordenó que en tres días todos los jóvenes solteros se presentasen para su alistamiento. Al no recibir respuesta, amenazó con fusilar a todo hombre potencialmente elegible para el alistamiento acusándolo de traidor. Afortunadamente, Eguaguirre no cumplió esta amenaza y sus órdenes fueron ignoradas en Ujué. AGN, Guerra, legajo 15, car. 34. Los campesinos de Echarri-Aranaz también ignoraron las amenazas, ocultando sus armas para utilizarlas más tarde. AGN, Guerra, legajo 15, car. 29.

[13] Por ejemplo, Puente la Reina pidió que se enviasen soldados franceses para proteger la ciudad de Eguaguirre. Las autoridades de Pamplona no pudieron remitir las fuerzas francesas, pero recomendaron a los oficiales del concejo que escondieran sus armas y abastos, y se preparasen a resistir por sus propios medios a los guerrilleros. AGN, Guerra, legajo 15, cars. 21, 23, 30, 39.

Navarra y de la consiguiente fuerte presencia de tropas francesas [14]. Eguaguirre se reunió con los oficiales municipales de Tafalla en una ermita situada a las afueras de la ciudad y se encontró con que la ciudad no quería ofrecerle ninguna ayuda. Eguaguirre expresó su disgusto con «la simplicidad y ninguna energía» mostrada por Tafalla y la amenazó con que «lo que exijo en el día por medio de la política, puedo conseguirlo al regreso de unos cuantos días por el de la fuerza». La ciudad de Leiza llegó todavía más lejos y delató a los Escopeteros Móviles a las fuerzas francesas que se encontraban en las cercanías. Eguaguirre se olió la traición y, antes de que sus tropas pudieran ser expulsadas, salió disparado de la ciudad. Eguaguirre prometió a sus líderes que regresaría y que Leiza «habría de ser incendiada dentro de poco tiempo, quitando cabezas a muchos de sus individuos». Por fortuna para Leiza, los días del coronel como comandante de Navarra estaban contados [15].

Con escaso poder en Navarra, Eguaguirre volvió al robo y a la extorsión para satisfacer sus necesidades, convirtiéndose al final en lo que los franceses afirmaban de cada guerrillero, un bandido. Sin embargo, incluso el latrocinio demostró ser insuficiente para satisfacer las demandas de Eguaguirre, y durante toda su existencia, los Escopeteros Móviles estuvieron pobremente vestidos, mal alimentados y mal pagados. El coronel pronto se enfrentó a una generalizada insubordinación y deserción. Intentó conservar el control sobre sus reclutas mediante rituales de humillación pública, obligando a los voluntarios a arrodillarse y jurar mientras los fusiles apuntaban a sus cabezas. Evidentemente, estos métodos demostraron ser improductivos. A finales de septiembre sus fuerzas se habían reducido a tan sólo 280 individuos. El primer experimento desfavorable de la guerra de guerrillas en

[14] Montoro Sagasti, *La propiedad privada*. El autor señala la debilidad de Olite para enfrentarse a la ocupación francesa como resultado de un gobierno municipal no representativo e impopular. Según la narración de los hechos escrita en Ujué, que probablemente exagera los hechos, la población urbana de Tafalla y Olite fueron entusiastas «colaboracionistas». AGN, Guerra, legajo 21, car. 22.

[15] AGN, Guerra, legajo 15, cars. 15, 19, 48.

Navarra llegó a su fin en octubre, cuando los Escopeteros Móviles fueron atrapados y derrotados en Sangüesa. Tras la batalla, los que consiguieron sobrevivir escaparon por la frontera aragonesa, donde algunos se incorporaron a las unidades del ejército regular español que por entonces avanzaban sobre la región.

3. *La Diputación y la resistencia*

Una de las consecuencias de la batalla de Bailén, que situó a los ejércitos españoles en Aragón y en el sur de Navarra, fue que permitió a los miembros de la Diputación navarra, por entonces descontentos con el dominio francés, la huida tras las líneas españolas establecidas al norte de Tudela. Poco después de llegar a Tudela, los diputados redescubrieron su patriotismo. En octubre y noviembre la Diputación proclamó un retorno a «la época feliz» en la que «los valientes y generosos Navarros» podían hablar «el idioma del honor». Los atropellos de los franceses contra la religión y el rey exigían venganza, mientras que la constitución de Navarra y «la autoridad venerable de su antiguo Fuero» requerían que se armase a todos los hombres disponibles [16].

La Diputación llegó incluso a barajar la idea de formar su propio ejército de voluntarios, proyectando cuatro batallones de 1.200 hombres cada uno. Los oficiales municipales de la Navarra meridional liberada formaron listas de hombres elegibles para realizar funciones militares. No obstante, sólo se enviaron algo menos de 1.800, y algunos de los individuos que aparecían en las listas eran mutilados, personas desaparecidas u hombres ya enrolados con los aragoneses [17]. Al final la escasez de los hombres elegibles fue irrelevante. La Diputación no tenía recursos con los

[16] AGN, Guerra, legajo 15, car. 43, legajo 16, cars. 2, 36. Las arengas de la Diputación eran, quisieran o no los diputados, documentos revolucionarios: legalmente sólo las nuevas Cortes podían declarar la guerra, proclamar un monarca y aumentar los impuestos. Algunas de las proclamaciones y acciones legislativas (sobre el papel) de la Diputación desde mayo a julio pueden hallarse en AMC, legajo 85.

[17] AGN, Guerra, legajo 16, cars. 8, 12, 13.

que organizar ni siquiera a una parte de los mismos. Tres cuestiones hicieron que el proyecto de la Diputación fuera inviable. Primero, la mayoría de Navarra estaba todavía en manos francesas, y a mediados de octubre había en su territorio casi 100.000 soldados galos preparándose para la reconquista de España [18]. Segundo, la Navarra meridional liberada sufría el trasiego de unidades españolas cuyas requisiciones arbitrarias resultaban tan onerosas como las de los franceses. Tercero, tanto la Navarra ocupada como la liberada ya habían experimentado la devastación después de más de seis meses de guerra. Los habituales recursos dedicados a impuestos, préstamos y donaciones de una provincia antes acostumbrada a la exención contributiva se habían agotado. Finalmente, la Diputación recaudó 250.764 reales en forma de préstamos y 72.366 como donativos, menos del 4 por ciento del ingreso habitual obtenido por el gobierno en tarifas aduaneras antes de la guerra y evidentemente insuficientes para equipar un ejército. En cualquier caso, el «batallón» de voluntarios que reunieron los diputados en Tudela tan sólo estuvo formado por once hombres y seis capellanes [19].

El gobierno legítimo de Navarra, maculado tras meses de colaboración, estaba sin duda mal preparado para levantar la provincia. Los oficiales municipales, a excepción de los de Estella donde se había creado una nueva junta, temían más a los revolucionarios que a las reformas francesas y no eran capaces de liderar una rebelión. La agitación foránea procedente de Aragón, más que inspirar, distanciaba a los navarros. El potencial revolucionario de Navarra no recayó en ejércitos de voluntarios organizados por los aragoneses y por la Diputación, ni pudo hallarse en

[18] Informes sobre la situación de los ejércitos franceses en octubre de 1808, AAT, C8, 377.

[19] AGN, Guerra, legajo 15, car. 47, legajo 16, cars. 40-41; y AGN, Estadística, legajo 49, car. 34. Un indicio del aislamiento del gobierno fue que casi dos tercios de su limitado fondo de guerra procedió de sólo nueve individuos, residentes en Tudela y otras ciudades de la Ribera, y el resto de unas pocas instituciones religiosas de la región del Ebro, sobre todo del obispo de Tudela y de los monasterios de Fitero y de Tulebras.

Pamplona u otras ciudades navarras, donde reinaba el estupor tras la derrota de Tudela. El poder de Navarra estaba en sus villas, donde adquiriría un nuevo tipo de liderato y nuevas estrategias militares [20]. Todas éstas eran señales de advertencia de la conflagración que se avecinaba. Más allá del alcance de la Diputación, de los municipios o incluso de los franceses, en la Navarra rural se estaban tramando profundos disturbios, en tanto que el campesinado se estaba preparando para entrar en el escenario político y militar. A fin de comprender la naturaleza de la guerra de guerrillas en la que se hundió Navarra tras 1808, el próximo capítulo presentará un historia social de la provincia en vísperas de la guerra.

[20] Los franceses reconocieron que la única amenaza real de Navarra estaba en sus villas. Desde el principio, los campesinos navarros habían dado pequeños golpes contra los franceses rezagados, e incluso habían herido en una emboscada al sobrino de D'Agoult, por lo que los comandantes franceses estaban prevenidos de un levantamiento generalizado en el campo. Las armas de fuego habitualmente estuvieron presentes en la región, dado que la caza y el contrabando eran actividades económicas importantes, y que en 1808 aparecieron dos nuevas fuentes de armas. Los aragoneses facilitaron algunas. A su vez, se generó una corriente de nuevos mosquetones por Navarra, dado que, cuando los refuerzos portugueses transitaban por la provincia rumbo a sus destinos en Francia, pedían alojamiento a los campesinos navarros entregando sus armas a cambio. El general Verdier (en Vitoria) advirtió al príncipe de Neuchatel de un posible levantamiento rural en una carta el 8 de mayo de 1808. Véase la correspondencia en AAT, C8, 5.

CAPÍTULO 5

LAS BASES SOCIALES DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

1. *Un país guerrillero*

España es famosa por la variedad continental de sus climas, desde las frías y húmedas montañas de Cantabria y las gélidas mesetas de Castilla a los jardines de Levante y desiertos de Murcia. Navarra refleja estas enormes diferencias y las concentraba en su pequeño territorio, un hecho por el que la provincia se ha ganado el apelativo de «Pequeña España». El visitante actual de Navarra puede ir, en una hora de conducción, desde las verdes colinas y plúmbeos cielos del noroeste a las tierras doradas y secas bajo la alta bóveda azul del sur.

Con fines administrativos, la Navarra del Antiguo Régimen estaba dividida en cinco merindades: Pamplona y Sangüesa en el norte, Tudela y Olite en el sur, y Estella en medio de todas. No obstante, los geógrafos dividen normalmente Navarra en dos regiones, el norte o Montaña y el sur o Ribera. Los fundamentos de tal división son topográficos. Los Pirineos y las marcas orientales de la cadena montañosa vasco-cantábrica crean dos hemisferios distintos al norte y al sur de Navarra. La línea que va desde la sierra de Leyre en el este a través de las sierras de Izco, Alaiz,

Perdón, Andía, Urbasa y Santiago de Lóquiz, para terminar en la sierra de Codés en el oeste, define la frontera entre las «dos Navarras». Al norte de la línea Leyre-Codés la tierra tiene, en general, una altura superior a los 610 metros por encima del nivel del mar, y en algunas partes supera los 2.100 metros. Hacia el sur las montañas se allanan en un paisaje más suave de valles y llanuras.

La altura de la Montaña no la hace particularmente destacable; incluso Madrid está más alto. Sin embargo, Madrid descansa en el centro de una alta meseta, mientras que la Montaña de Navarra es tierra de espectaculares precipicios, barrancos, profundos valles y cañones encajonados con salidas ocultas. Este tipo de tierra, tan proclive a los requerimientos de la guerra partisana, fue el primero de los factores que hicieron del norte de Navarra, junto a zonas contiguas y similares de la España septentrional, una pesadilla para las tropas francesas. Las montañas proporcionaban un último refugio a los guerrilleros, quienes a menudo hallaban asilo temporal en altitudes que resultaban inaccesibles a la caballería francesa y a las unidades de artillería. De este modo, la geografía anuló en parte la superioridad tecnológica y organizativa de los franceses. Por el contrario, los franceses pudieron conservar con más facilidad el territorio abierto del sur de Navarra, que daba cierto margen de movimiento a la caballería y a la artillería. El general Reille, uno de los muchos comandantes franceses a los que se encomendó la infausta tarea de intentar contener la insurgencia navarra, destacó las dificultades ocasionadas por la topografía de la Montaña. Cualquier enlace con Pamplona, escribió, tenía que cruzar barrancos extremadamente difíciles que daban todo tipo de oportunidades a los «bandoleros» españoles y obligaban a los franceses desplazarse por el norte de Navarra y en largas formaciones [1]. Los franceses jamás se sintieron seguros en la Montaña, donde quedarse rezagado o estar destinado en destacamentos de avituallamiento podía conllevar una muerte indigna. En la Ribera, por otro lado, las tropas de ocupación podían res-

[1] Charles Honoré Reille al príncipe de Neuchatel, 12 de octubre de 1811. AAT, C8, 268.

pirar con mayor facilidad [2]. No obstante, la aspereza del terreno fue sólo el principio de las dificultades francesas en la Montaña. La región presentaba también una demografía, una economía, política, cultura y lengua particulares (la línea Leyre-Codés establecía el límite meridional del vasco) que la separaba de la Ribera y que otorgaba a la región razones y aptitudes especiales para la guerra de guerrillas.

Las diferencias entre la Montaña y la Ribera tienen un origen en parte climático y en parte histórico. La montañas de Navarra actúan como una barrera contra las brisas húmedas que soplan desde el mar Cantábrico. Contra este muro, el aire húmedo oceánico se desvanece, lo que hace que en el noroeste de Navarra, donde ciertas partes reciben 1.204,58 centímetros cúbicos de lluvia al año, tenga un clima marítimo. Al sur de la barrera montañosa, en la vertiente seca de los macizos cántabros, la Navarra meridional es una planicie seca que en algunos lugares sólo recibe 245,80 centímetros cúbicos de lluvia al año y que depende de la irrigación del río Ebro y sus afluentes. Pocas zonas de Europa poseen un contraste pluviométrico tan acentuado a tan escasa distancia.

La inmunidad a la sequía y la proximidad del mar han contribuido a preservar a la población de la Montaña de las crisis demográficas del siglo XVII, y en 1808 las merindades de Pamplona y Estella estaban entre las áreas rurales de España con mayor densidad de población. Por consiguiente, la Montaña estaba sobrepoblada en comparación con sus recursos fijos [3]. En el sistema

[2] Emmanuel Martin, *La Gendarmerie Française en Espagne, campagnes de 1807 à 1814*, p. 207.

[3] Según el censo de 1786, la merindad de Pamplona soportaba una densidad demográfica de 33 personas por kilómetro cuadrado, mientras que la de Estella era de 26 individuos. Las merindades de la Ribera, más vulnerables a la mortalidad y a la enfermedad, tenían una densidad de población de 18 personas por kilómetro cuadrado, un cifra similar a la media española. A menos que se especifiquen otros datos demográficos para Navarra, éstos proceden del censo de 1786-87 en AGN, Estadística, legajos 6, 16, 20, 25, 31 y 49, y el censo de 1795-96, AGN, Estadística, legajos 7-8, 16-17, 20, 25-28, 31, 49. El estancamiento demográfico que se impuso en este período da cuenta de la sobrepoblación. Además de los censos ya citados, véase AGN,

dominante de primogenitura y régimen hereditario rígidos, la sobrepoblación significaba que los hijos más jóvenes tenían que emigrar o conseguirse el sustento bajo la tutela del hermano mayor. Los jóvenes eran especialmente proclives a emigrar —a América, a Madrid y a las ciudades agrarias de la Ribera, donde había trabajo agrícola remunerado, disponible según las estaciones [4]. Sin embargo, el bloqueo inglés de España y sus colonias americanas tras 1796 había limitado las posibilidades de emigrar a América, y la contracción económica producida por el bloqueo hizo que además fuera más difícil el acceso al trabajo en Madrid y en la Ribera. Por tanto, lo que en 1808 los franceses encontraron en la Montaña fue una región accidentada, densamente poblada y llena de jóvenes sin perspectivas. De este modo, la disponibilidad de hombres para el ejército de guerrillas de Mina fue, en parte, resultado de la particular coyuntura económica y demográfica de la Montaña.

El clima también contribuyó a crear un tipo muy peculiar de agricultura y geografía humana en la Montaña favorable a la guerra de guerrillas. La húmeda tierra del norte de Navarra era ideal para las pequeñas explotaciones. En una pequeña parcela en la Montaña, el trabajo intensivo combinado con las lluvias copiosas podía compensar las deficiencias intrínsecas del terreno. Por tanto, la tendencia era favorable a las pequeñas propiedades de subsistencia que, a su vez, ayudaban a dispersar la población en el campo. En efecto, las ciudades —a excepción de Pamplona— eran estructuras históricamente aisladas de las áreas rurales y, por el contrario, la mayoría de la gente vivía en pequeños asentamientos y granjas aisladas. La Montaña tenía 700 poblaciones, casi tantas como toda Andalucía (753). La

Estadística, legajos 11, 20, 28, 31, 33 y 49 para los datos de 1637, 1646, 1810-11 y 1816-17; para 1678, véase Pedro Romero Solís, *La población española en los siglos XVIII y XIX*, p. 130.

[4] En 1787 y 1797, los registros muestran que este modelo de migración había generado un desequilibrio sexual entre la Montaña, con un excedente de mujeres, y la Ribera, sobrepoblada de hombres. Además de los censos, véase Ángel García Sanz, *La respuesta a los interrogatorios de población, agricultura e industria de 1802*, pp. 63-68.

media de personas por cada asentamiento en la Montaña era de 207, y cientos de aldeas tenían poblaciones de 15 individuos o menos.

En contraste, las pequeñas propiedades no eran muy apropiadas para la seca Ribera, donde los pequeños cultivadores tenían serias dificultades para sobrevivir incluso un solo año de sequía. La solución allí, como en la mayoría de España, fue una agricultura extensiva, la puesta en marcha de proyectos de irrigación y la aplicación de trabajo remunerado por cuadrillas, todo lo cual alentaba la concentración de la propiedad de la tierra[5]. En vísperas de la invasión napoleónica, los grandes señores poseían toda la tierra de la Ribera, mientras que miles de campesinos sin tierra trabajaban diariamente por un jornal. La historia había reforzado este régimen agrícola: la cuenca del Ebro había sido la frontera norte de la economía romana basada en el latifundio y el trabajo esclavo, un tipo de economía preservada por los sucesivos conquistadores musulmanes y cristianos. Al precisar de la concentración de trabajo y generar excedentes comercializables, la agricultura extensiva animaba el crecimiento de las ciudades. Las merindades de la Ribera estaban incluso más urbanizadas que los niveles contemporáneos. Por ejemplo, en la merindad de Tudela, 28.112 personas vivían sólo en 27 ciudades con una media de 1.041 en cada una de ellas. La ciudad de Tudela tenía una población de 7.295, Corella de 3.935 y Tafalla de 3.347 y otras 25 ciudades de la Ribera contaban con poblaciones entre los 1.000 y 3.000 habitantes.

Por el contrario, estos determinantes históricos habían pasado de largo por la Montaña, en donde se había desarrollado un sistema de propiedad de la tierra basado en pequeñas explotaciones de tamaño familiar. En la Montaña la gente vivía en caseríos, grandes casas, generalmente construidas en piedra, y diseñadas para albergar a una familia extensa, incluyendo animales y cose-

[5] En Corella, por ejemplo, junto a 283 hectáreas de viñas y olivos, había 920 de regadío y sólo 238 de secano en el año 1817. El resto de la tierra era demasiado árida para ser cultivada. AGN, Estadística, legajo 43, car. 7.

chas[6]. En los barrancos de Pamplona y Lumbier, corazón de la Montaña navarra y de la guerra de guerrillas, los caseríos tendían a agruparse en aldeas y pequeñas villas. Los caseríos eran estructuras impresionantes. Más que casas, parecían fortalezas, y para los soldados franceses los caseríos daban a la Montaña la apariencia de un campo cubierto de innumerables ciudadelas pequeñas[7]. De hecho, tanto para las guerrillas como para los franceses, podían tener o adoptar este uso.

La dispersión de la población en pequeñas villas y aldeas ofrecía a la Montaña destacadas posibilidades para la lucha[8]. Para fiscalizar esta población, los franceses tenían que enviar pequeños destacamentos a cada una de las villas, lo que los hacía vulnerables al ataque guerrillero. La solución eran enviar una gran fuerza, aunque ésta no resultara eficiente, dada la limitada cantidad de dinero y bienes que se podía recaudar en un pequeño municipio. De este modo, los franceses nunca lograron mantener su presencia en tierras de caserío, las cuales estaban muy bien adaptadas para la estrategia guerrillera. Por el otro lado, en la Ribera, donde la población estaba concentrada en un puñado de ciudades, la tarea era más fácil. Incluso las áreas de la Ribera que contribuyeron con voluntarios al ejército de Mina, no pudieron convertirse, debido a la misma naturaleza de su geografía humana, en sedes del conflicto armado guerrillero.

2. *Nobleza y cohesión*

Otra de las ventajas de la Montaña para la guerra consistía en la relativa ausencia de diferenciación social. Paradójicamente lo que avala esta afirmación es el gran número de nobles de la región. El

[6] Caro Baroja, *Vecindad, familia y técnica*, pp. 59-112, contiene una discusión sobre el caserío.

[7] Fantin des Odoards, *Journal*, p. 187.

[8] Uno de los comandantes franceses en Navarra, Charles Honoré Reille, reconoció que fue la densa y dispersa población de las montañas, y no las montañas mismas, la que dificultó el control de la Montaña. Reille al príncipe de Neuchatel de 12 de octubre de 1810. AAT, C8, 268.

censo de 1795-96 da cuenta de 19.010 nobles en Navarra, lo que equivalía al 7-8 por ciento de la población, una cifra alta para casi todos los promedios. La vasta mayoría de estos nobles vivía en la montaña. Por ejemplo, al oeste de Pamplona, en el valle de Larráun, el 80 por ciento de la población era noble; hacia el norte de la capital, en el valle de Baztán, la cifra se situaba en el 60 por ciento, y en los Pirineos de Sangüesa en casi el 30 por ciento. En la Ribera, por el contrario, sólo cerca del 1 por ciento de la población era noble por nacimiento [9].

Sin embargo, los bienes se deprecian cuando abundan en exceso, y en el norte de Navarra los miles de hidalgos, el nivel más bajo de la nobleza, difícilmente se distinguían de los comunes campesinos entre quienes vivían. Los hidalgos de la Montaña (y, por regla general, los del litoral septentrional de España) trabajaban como taberneros, zapateros remendones, herreros y carpinteros. Los extranjeros se daban inmediatamente cuenta de la falta de estratificación social asociada a la nobleza en la región, hecho que llevó a un observador francés a preguntarse si la institución tenía algún sentido en una región «donde una tropa de muleros son nobles, donde los domésticos, al adquirir esta condición, muestran los pergaminos de sus ancestros» [10].

Habría sido más productivo preguntarse sobre los propósitos a los que no sirvió la nobleza de la Montaña. Por ejemplo, no sirvió para crear una base de apoyo profrancés como hizo la nobleza de la Ribera y de la mayoría de España meridional situada geográficamente a partir de la demarcación Ebro-Duero. En estas regiones, los nobles interesaban especialmente al gobierno francés, el cual se los atrajo bajo las promesas de sofocar la revolución popular y de compartir los expolios de la guerra. En la Montaña esta táctica era imposible. El hidalgo del norte de Na-

[9] AGN, censo de 1796-97. Los nobles constituían el 5 por ciento de la población española. Más significativo que el número total de nobles, sin embargo, era su distribución en España. Siete provincias a lo largo del litoral septentrional, entre ellas Navarra, representaban el 84 por ciento de la nobleza. Las estadísticas para la totalidad de España proceden de los censos nacionales publicados de 1786-87 y 1796-97.

[10] Foy, *Histoire de la guerre*, vol. 2, pp. 278-279.

varra estaba más lejos del noble enriquecido de Madrid o de Sevilla que del campesino común. Probablemente, sus lealtades se articulaban mejor verticalmente con la comunidad local que horizontalmente con el estado noble. Éste era un hecho de enorme importancia. En momentos decisivos, el temor y aversión al pueblo solidarizaron a los nobles aragoneses y castellanos en contra del movimiento de resistencia y en favor del régimen impuesto desde arriba por los franceses. La naturaleza de la nobleza en la Montaña navarra —y en cierta medida en todo el norte de España— impidió este resultado.

Había otras razones para que el estatus noble fuera menos distinguible en la Montaña que en otros lugares. Es cierto que incluso el hidalgo más pobre gozaba de ciertos privilegios que lo separaban de los pecheros, como la exención de la prisión por impago de deudas y el acceso a ciertos cargos. Estos derechos no eran insignificantes. Sin embargo, las principales instituciones de las que los nobles obtenían su riqueza y poder, el señorío y el mayorazgo, eran raros en el norte de Navarra. El número de señoríos era elevado en España, donde sumaba casi el 50 por ciento de todos los municipios [11]. En Navarra, sin embargo, la propiedad cargada de derechos y rentas señoriales era muy extraña. Sólo 38 ciudades y 43 pueblos, que representaban el 10 por ciento de todos los asentamientos navarros, caían bajo jurisdicción señorial. Además, la mayoría de los señoríos eran extremadamente pequeños y a menudo no sobrepasaban uno o dos emplazamientos. De este modo, los señoríos sólo representaban el 10 por ciento de todas las villas, si bien menos del 1 por ciento de la población vivía bajo jurisdicción señorial [12].

[11] Cierto es que mientras las Cortes de Cádiz se preparaban para abolir el feudalismo en 1811, los señores laicos todavía controlaban más territorios que la Corona y la Iglesia juntas. Gonzalo Anes, *El Antiguo Régimen: los Borbones*, Madrid, 1975, p. 58. Existían muchos beneficios procedentes de la posesión de un señorío aparte de la recaudación de rentas, que incluían, a veces, el derecho de nombramiento de oficiales en las ciudades y villas dentro de su jurisdicción, el control de servicios esenciales y el monopolio de derechos forestales y de pesca.

[12] Por ejemplo, el señorío de Elio, estado del marqués de Vessolla, tenía poca importancia en el valle de Echauri. Elio ocupaba casi 27 hectáreas y mantenía a 15 perso-

El mayorazgo permitía a los nobles (tanto como a los pecheros enriquecidos) proteger sus propiedades del embargo, de la enajenación y de la división. Éstos podían tener diferentes dimensiones que iban desde los grandes estados de Andalucía a las pequeñas parcelas del País Vasco [13]. Como en el caso de los señoríos, la mayor parte de mayorazgos de Navarra así como los más extensos y valiosos se encontraba en la Ribera, mientras que en la Montaña tenían escasa entidad. Por ejemplo, una inspección realizada en 1802 puso de manifiesto la inexistencia de mayorazgos en el valle de Ergoyena, al noroeste de Pamplona. La villa de Echarri-Aranaz, también en el noroeste, sólo tenía «un vínculo muy antiguo y pobre», cuya localización, tamaño y valor exacto nadie parecía recordar [14].

Finalmente, los señores de la Montaña tendían a arrendar sus tierras a muy bajos precios. La razón para ello era simple. Dado el escaso desarrollo comercial de la Montaña, como consecuencia de la falta de mercados urbanos, y dado que el exceso de población tendía a emigrar de la región, el valor de la tierra permanecía estable y no había presión para aumentar las rentas. En efecto, a menudo los tenentes pagaban a sus señores sumas totalmente simbólicas, meros recuerdos de la antigua propiedad señorial, y las rentas normales de la región oscilaban entre el 2 y el 6 por ciento del valor medio de la cosecha [15]. Ésta fue una de las

nas. En comparación con las otras nueve villas del valle, que contaban con una población de 1.780 habitantes que cultivaban casi 2.436 hectáreas de propiedad privada, su tamaño es pequeño. Las tierras de señorío se arrendaban a bajos precios a cuatro campesinos que, a su vez, eran propietarios acomodados del valle. Pagaban una renta a Vessolla equivalente al 6 por ciento del valor de la cosecha media producida por la propiedad. Esta falta de rentas comerciales en una región cercana a Pamplona indica que la Montaña estuvo durante muchos años fuera de la revolución comercial de la agricultura. Sólo Vizcaya, donde no existieron señoríos, y en Guipúzcoa, donde el 4 por ciento de todos los asentamientos pertenecía a los señores, el peso del régimen señorial fue más leve. APN, Pamplona, Velaz.

[13] M. Artola, *Los orígenes de la España contemporánea*, pp. 61-64.

[14] García Sanz, *La respuesta*, pp. 76, 114.

[15] Las rentas también podían ser bajas en las tierras señoriales de la Ribera. El marqués de Santa Clara, el mayor propietario de Corella, renovó cincuenta arrendamientos en 1811 a precios originalmente fijados al menos hacía cien años, con un arren-

razones por las que la abolición bonapartista de los señoríos en 1809 fue recibida con poco entusiasmo en la Montaña [16]. En áreas de rentas bajas, las reformas agrarias francesas —inspiradas principalmente en la necesidad de conseguir dinero y no tanto en una preocupación real por la mejora económica—, más que ayudar, perjudicaron al pequeño rentista. La tierra vinculada embargada por el Estado y vendida en el mercado aumentó inevitablemente su precio. A su vez, los nuevos propietarios, para recuperar sus inversiones, probablemente incrementaron las rentas. Además, uno de los resultados de estas reformas fue que los nuevos propietarios a menudo decidieron explotar directa y comercialmente al menos una parte de sus tierras, lo que supuso la extracción del mercado rentista de una porción de la tierra cultivable y la génesis de una presión adicional para la subida de las rentas. Estas dinámicas no eran extrañas a las comunidades de cultivadores y eran motivo suficiente para oponerse a la reforma agraria, fuera ésta propuesta por los liberales españoles o por los amos franceses.

La situación en la Ribera era completamente diferente. En la ciudad de Tudela, 77 individuos, la mayoría de ellos nobles, controlaban toda la tierra en una población que tenía 7.572 habitantes. Directamente explotaban el 67 por ciento de la tierra cultivable, casi 2.960 hectáreas, y arrendaban las 1.200 restantes a 250 individuos. Casi el 11 por ciento de este total (472 hectáreas) estaba inmovilizado en 23 vínculos poseídos por 19 nobles [17]. En Corella 16 nobles poseían 178 hectáreas de mayoraz-

damiento que databa de 1636. APN, Tudela, Laquidáin. Lo mismo ocurría en toda Navarra. En Echauri el precio medio de la tierra cultivable cedida en arrendamiento oscilaba entre el 2 y el 6 por ciento del valor de la cosecha. APN, Pamplona, Velaz. Esto era cierto también para las otras provincias vascas. En Álava, por ejemplo, se decía que las rentas estaban en un promedio cercano al 2 por ciento de la renta anual extraída de la cosecha. Georges Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 261.

[16] Las rentas señoriales eran bajas en gran parte de la España rural, pero especialmente en el norte, incluso en Galicia donde los señoríos eran numerosos. Pardo de Andrade, *Los guerrilleros gallegos*, p. 40.

[17] García Sanz, *La respuesta*, pp. 76-77, 114.

go que sumaban el 12,5 por ciento de toda la tierra cultivable. Los 1.244,8 hectáreas restantes estaban divididas entre éstos y otros 49 propietarios, y la mayoría se explotaba directamente [18]. La propiedad urbana de la Ribera también se encontraba concentrada en unos pocos, generalmente nobles. En Corella la familia noble de Virto de Vera poseía el 11 por ciento y el marqués de Santa Clara el 5 por ciento de todos los inmuebles urbanos. La mayor parte de las casas restantes estaba en posesión de un único grupo de personas, muchas de ellas interrelacionadas, lo que obligaba a la vasta mayoría de la población a alquilarlas [19].

La debilidad del régimen señorial y la falta de correspondencia entre nobleza y riqueza en la Montaña limitaban la básica división social entre pecheros y nobles, tan característica del Antiguo Régimen en la Ribera y en la mayor parte de Europa. Pocos campesinos pagaban algún tipo de renta feudal; y aquellos que lo hacían, satisfacían rentas bajas; y en algunas áreas la mayoría de los campesinos era asimismo nobles. El privilegio noble fue explotado por Napoleón para dividir a los pueblos conquistados de Europa y le ayudó a consolidar el anillo de reinos satélites construido en torno a Francia [20]. Esta misma estrategia fue también efectiva en gran parte de España, incluyendo la Ribera de Navarra donde las elites temían más a la muchedumbre que a los franceses, por lo que era fácil inducirlos a la colaboración. Como ya se señaló en el capítulo antecedente, las divisiones sociales condenaron al fracaso la defensa de Tudela en junio de 1808, una

[18] «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3. Las dimensiones de las parcelas se calcularon sobre la base de los arrendamientos establecidos entre 1806 y 1816 en la ciudad de Corella. APN, Tudela, Guesca y Alfaro, Laquidáin, Resa.

[19] «Rolde de los propietarios», AMC, legajo 85, núm. 32. En la Montaña muchos de los inmuebles estaban habitados por sus propietarios, Por ejemplo, en la villa de Echauri más del 42 por ciento de los inmuebles se encontraba ocupado por sus propietarios y sólo diez individuos poseían más de una casa. APN, Pamplona, Velaz, carpeta fechada el 22 de marzo de 1810.

[20] En Nápoles, por ejemplo, el miedo y la aversión mutuos de la nobleza local y el pueblo fueron manipulados por José Bonaparte con objeto de asegurarse su dominio. Bigarré, *Mémoires*, pp. 201-06.

vez que la junta de la ciudad abandonó la resistencia tras el primer encuentro con las tropas enemigas. Los franceses continuaron explotando la división entre ricos y pobres en Tudela con el fin de asegurarse la pacificación de la ciudad durante la guerra. Mina recordó en sus memorias la poca ayuda recibida de Tudela. En efecto, se quejaba de que en toda Navarra la nobleza titulada, los propietarios de mayorazgos y otros individuos enriquecidos raramente habían acudido en su ayuda [21]. No obstante, en la Montaña, en donde los mayorazgos eran raros y en donde la mayoría de los nobles no se distinguía de los pecheros, Mina encontró muchos partidarios. Así, la naturaleza de la nobleza en la Montaña permitió desafiar a la ocupación francesa desde una posición de unidad y fuerza.

3. *La piedad y el clero*

Al igual que la nobleza, el clero era numeroso en Navarra, especialmente en la Montaña, si bien generaba menos divisiones sociales que en otros lugares de España. En 1786 había en Navarra 762 sacerdotes y otros 1.748 clérigos seculares, lo que suponía el 1,1 por ciento de la población, dos veces la media nacional. Había también 1.875 clérigos regulares, lo que equivalía al 0,82 por ciento de la población, un porcentaje cercano a la media española. De este modo, los eclesiásticos constituían el 2 por ciento de la población de Navarra, un 150 por ciento más que la media española [22].

A pesar del número de personas que mantenía, la Iglesia de Navarra recaudaba un diezmo más bajo y tenía menos propieda-

[21] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 9.

[22] En España había 16.675 curas (0,16 por ciento de la población), otros 39.489 clérigos seculares (0,38 por ciento) y 71.487 clérigos regulares (casi el 0,60 por ciento), cuya suma representa el 1,23 por ciento de la población. El censo de 1796-97 divide la partida encabezada como «otro clero secular» en 44 canónigos, 29 prebendarios, 950 beneficiarios, 63 clérigos ordenados por órdenes mayores y 242 por órdenes menores, 467 sacristanes y acólitos, 19 sirvientes y 69 ermitaños.

des proporcionalmente que la del resto de España [23]. Los diezmos produjeron 12,2 millones de reales de media anual entre 1803 y 1807, lo que equivale al 11 por ciento del producto agrario de Navarra. En toda España se ha estimado que casi la mitad de las cosechas adquiría forma de diezmo [24]. La Iglesia sólo poseía en Navarra derechos señoriales sobre tres ciudades y un pueblo. El clero regular tenía 54 kilómetros cuadrados de tierra y el secular 23, menos del 1 por ciento de la superficie de Navarra en comparación con el 8 por ciento de toda España [25]. Así pues, el clero de Navarra era más numeroso, más secular y más pobre que el clero nacional.

[23] La siguiente discusión sobre la propiedad de la Iglesia navarra se basa en AGN, Estadística, legajo 20, legajo 49, car. 19; «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3; Mutiloa Poza, *La desamortización eclesiástica*, pp. 124-27, 155-56, 263, 615-18; y García Sanz, *La respuesta*, pp. 74, 92, 115.

[24] Anes, *El antiguo régimen*, p. 65. La producción agrícola neta es la que queda tras restarle la simiente y otros costes de producción. En algunos sectores de la agricultura se recaudaba más de un diezmo. Los criadores de ganado lanar, por ejemplo, pagaban diezmos por los animales que sacrificaban, por la lana, la leche y el queso. Anes elaboró un cálculo que demuestra que los diezmos también habrían absorbido la mitad del producto neto obtenido en una plantación de trigo. Sólo una pequeña cantidad del diezmo, que en teoría se recaudaba por sacerdotes que actuaban como agentes fiscales locales de la Iglesia, permanecía realmente en manos de los clérigos. Del total de los 648 millones recaudados en 1797, las arcas reales se llevaron 24 millones en forma de excusado, una contribución hecha al gobierno que eximía a la Iglesia de otros impuestos. Dos tercios de lo que quedaba fue a parar a laicos que habían conseguido el derecho de recaudar diezmos, dejando a la Iglesia con cerca de 200 millones de reales. Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, pp. 48-55.

[25] A nivel nacional, un total de nueve grandes ciudades, 375 ciudades y 2.299 villas y aldeas eran señoríos eclesiásticos, el equivalente al 14 por ciento de todos los municipios españoles, una cifra elevada para los niveles medios de Europa en aquel momento y fuente de desazón para los reformistas de Madrid. Los monasterios controlaban 1.123 jurisdicciones y el clero secular 1.560. La mitad de las villas y ciudades de Galicia y La Mancha era de señoríos eclesiásticos. Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 55. Según Richard Herr, *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, p. 23, la Iglesia poseía entre el 15 y 20 por ciento de la tierra cultivable de Castilla. Casi una catorceava parte de toda la tierra cultivable de Cataluña y más de la mitad de la tierra de Galicia pertenecían a la Iglesia. Mercader Riba, *Barcelona durante la ocupación francesa*, p. 31. Estas propiedades generaban 565 millones de reales anuales de renta, el segundo concepto más importante de renta del presupuesto de la Iglesia tras los diezmos.

Las diferencias entre la Montaña y la Ribera son más pronunciadas que las existentes entre Navarra y el resto de España. En la Montaña los curas constituían un porcentaje relativamente elevado de población (el 0,5 por ciento); sin embargo, la presencia de clero regular era pequeña (el 0,3 por ciento). En la Ribera ocurría todo lo contrario: el número de sacerdotes era escaso (0,1 por ciento de la población), mientras que la presencia de monjes y monjas (el 1,3 por ciento) era manifiesta en todos los lugares. El clero regular era tan numeroso en la merindad de Tudela que casi igualaba el número de regulares del resto de Navarra, a excepción de la ciudad de Pamplona.

La Ribera también soportaba un gran proporción del «otro» clero secular (el 0,8 por ciento de la población) que, si bien incluía a algunos hombres y mujeres genuinamente piadosos, la gran mayoría estaba formada por cientos de personas que ejercían funciones poco discernibles a cambio de su exención fiscal y de otros beneficios. Este tipo de clero, muy extendido por España, actuaba como un parásito y sólo servía para suscitar la duda y el descrédito entre los siervos realmente devotos de la Iglesia. En la Montaña sólo el 0,4 por ciento de la población caía en esta categoría[26].

Estas cifras sobre la distribución del clero en Navarra tenían implicaciones para los modelos de piedad de la provincia. En la Montaña los sacramentos eran administrados por un gran número de sacerdotes. Lo que ocurría en la Ribera era simplemente que había muy pocos pastores para decir misa, lo que debió de dar lugar a que mucha gente careciese de las nociones básicas de la enseñanza cristiana, una situación que se repitió en otras partes de España y en otros países europeos, donde las iglesias no pudieron seguir el ritmo impuesto por las poblaciones urbanas en crecimiento. Al mismo tiempo, el clero regular y el «otro» clero secular, a quienes la imagi-

[26] Estas cifras excluyen a Pamplona, una ciudad que era, y todavía sigue siendo, un gran centro eclesiástico. En tiempos de la invasión francesa nueve monasterios y dos conventos albergaban a los 535 clérigos que residían en la capital. En 1808 la presencia de eclesiásticos en Pamplona no podía pasar inadvertida al visitante de Pamplona, donde constituían el 7 por ciento de la población y poseían 217 edificios.

nación popular representaba como una carga o un parásito de la sociedad, despertaban el anticlericalismo en la región. El llamamiento a las armas en defensa de la Iglesia, por tanto, tenía menos probabilidades de recibir respuesta en la Ribera que en la Montaña.

Además, la Iglesia, al igual que la nobleza navarra, poseía más tierra en la Ribera que en la Montaña. En Tudela, por ejemplo, el 4 por ciento de la tierra cultivable pertenecía a seis conventos de hombres y cuatro de mujeres, y casi el 20 por ciento de las posesiones urbanas estaba en manos del clero. En Corella el 10 por ciento de la tierra cultivable pertenecía a dos conventos de hombres y dos de mujeres. Entre los conventos y el cabildo catedralicio, el 10 por ciento de la propiedad urbana de Corella estaba asimismo en manos de la Iglesia [27]. No es sorprendente, por tanto, que la ciudad de Tudela apoyara el embargo de las propiedades conventuales con objeto de poner tierra en el mercado. Las reformas francesas, que prometían hacer justamente eso, difícilmente podían alentar la resistencia. Por contra, al menos algunos ribereños habían estado luchando durante mucho tiempo por la repartición de las tierras de la Iglesia.

Por el contrario, la Iglesia poseía proporcionalmente menos propiedad en la Montaña [28]. En la villa de Echarri-Aranaz, por ejemplo, sólo 0,2 hectáreas pertenecían a la Iglesia, y en el valle de Ergoyena el clero no tenía ni una sola hectárea. A veces las villas de la Montaña controlaban incluso parte de la renta del clero. El cura de Echauri aceptaba lo que se le daba de la renta de poco más de hectárea y media de tierra municipal, separada específicamente para sustentar a la parroquia [29]. Lo importante es que la mayoría del pueblo de la Montaña no tenía contacto con

[27] «Rolde de los propietarios», AMC, legajo 85, núm. 32.

[28] En pocas ciudades de la Montaña, como Estella, Pamplona y Sangüesa, el dominio del clero fue también dominante. No obstante, esta preponderancia no se extendió al campo, en donde residía la mayoría de la población.

[29] APN, Pamplona, Velaz, legajo 89, núms. 27-34. En la guerra con Francia, cuando las villas se vieron obligadas a echar mano de cualquier bien para satisfacer las exacciones francesas, Echauri vendió esta tierra y acordó pagar al sacerdote (contra su enérgica protesta) 50 reales al año en compensación, una forma de «constitución civil» del clero desde abajo.

clérigos que a su vez fueran sus señores territoriales, lo que hace más fácil imaginar que defendieran la Iglesia espiritual.

Tal y como ocurría con las propiedades pertenecientes a señores seculares, los eclesiásticos arrendaban tierra a los campesinos por pequeñísimas sumas, generalmente bajo censo enfitéutico. El censo permitía que los campesinos consiguiesen el usufructo de un pedazo de tierra, por el que satisfacían un precio de «compra» así como una suma anual, casi siempre pagadera en especie al vendedor. Las tierras a censo eran hereditarias y pasaban de generación en generación sin experimentar aumentos de renta. Por tanto, los campesinos que poseían tierras de la Iglesia pagaban rentas tan bajas que virtualmente eran copropietarios de ellas, en una posición casi tan envidiable como aquellos que poseían el derecho absoluto de propiedad [30]. Las promesas de redistribuir estas tierras en el mercado libre, lo que hubiera conducido inexorablemente a aumentar el valor y la renta de la tierra, atraían muy poco a los campesinos de la Montaña. Sin embargo, las tierras a censo rentaban más en la Ribera que en la Montaña. La presencia de mercados urbanos y la elevada calidad de la tierra irrigable de la ribera del Ebro habían hecho que el precio y la renta se elevasen poco a poco en la Ribera [31]. Y debido a que la

[30] Las rentas censuales se mantuvieron fijas o declinaron durante el período inmediatamente anterior a la Guerra de Independencia. Por ejemplo, el prior de Iarte renovó una cesión en 1789 al mismo precio de 1549. Según el promedio, las tierras censuales rentaban entre el 3 y el 10 por ciento de la cosecha anual. La mayoría de los señores eclesiásticos arrendaba una gran porción de sus dominios en forma de censos. El Convento de Nuestra Señora del Carmen, en Corella, cultivaba directamente poco más de 7 hectáreas, la mayoría de olivos y viñas para su propio abastecimiento de aceite y vino. Cedía casi ocho hectáreas y media a censo enfitéutico. AMC, legajo 81; APN, Tudela, Guesca y Alfaro, Laquidáin, Renault.

[31] El convento de Nuestra Señora del Carmen, de Corella, poseía 27 pedazos de tierra cultivable cuya renta se registró en 1809, año en el que los franceses disolvieron el convento. El precio medio de cada una de aquellas propiedades venía a representar el 12 por ciento de la cosecha, siendo el de la parcela más cara el 35 por ciento. «Inventario de los bienes del Convento», AMC, legajo 81. El cabildo catedralicio de Corella arrendó durante aquellos años sus tierras cultivables por un precio medio del 8 por ciento del promedio de las cosechas. APN, Tudela, Guesca y Alfaro. Toda esta tierra era de gran calidad, por lo que no era extraño que los franceses la considerasen un premio ante la escasez dineraria ocasionada por la ocupación y que, por tanto, pretendieran embargarla y venderla.

Iglesia recaudaba rentas más elevadas en la Ribera, especialmente en tierra de regadío, era más probable que la gente de la Ribera percibiese a la Iglesia como explotadora económica. Esto, a su vez, tendría efectos sobre la disposición de los campesinos a responder a las peticiones de la Iglesia en favor de una «cruzada» antifrancesa en defensa del catolicismo.

La Ribera sufrió de otra manera el enjambre del «otro» clero secular. Un gran número de aquellas personas no era realmente clero sino laicos enriquecidos que poseían tierra al amparo de obras pías y capellanías, categorías de propiedad eclesiástica que podían ser manejadas por laicos para vincular sus estados a la protección de la Iglesia y para eximir el producto de tales propiedades de la fiscalidad [32]. El monto de tierra cultivable que poseían las capellanías no era sustancial, entre casi el 1 por ciento de Tudela y el 3 por ciento de Corella; sin embargo, estos porcentajes a menudo incluían algunas de las mejores tierras [33]. Por consiguiente, los programas borbónicos para embargar y vender este tipo de propiedades fueron recibidos con entusiasmo por algunos ribereños y tuvieron allí un éxito clamoroso [34]. Cuando los franceses extendieron los programas nacionalizadores a otras formas de propiedad eclesiástica, fue muy fácil convencer a los anteriores compradores de obras pías y capellanías para que situasen su capital en otras tierras embarga-

32 «Ventas hechas en virtud de Reales Cedulas», APN, Tudela, Guesca y Alfaro. Las capellanías y las obras pías incluían una gran cantidad de propiedades urbanas y también de inversiones en obligaciones públicas.

33 El análisis de las propiedades de cinco grandes capellanías en Corella vendidas en 1807 revela una renta media de 14 por ciento sobre 54 propiedades. AMC, legajo 81. El monto total de obras pías y capellanías fue calculado según el inventario de su desmantelamiento efectuado entre 1806 y 1815 en APN, Tudela, Guesca y Alfaro, Renault, Laquidáin.

34 La cantidad de propiedades vendidas por el Estado entre 1805 y 1808 viene a estar cercana al 30 por ciento de todas las tierras de la Iglesia en Navarra, un cifra dos veces más elevada que la de Castilla. Mutiloa Poza, *La desamortización*, p. 263; Herr, *Rural Change and Royal Finances*, p. 128. En Corella, por ejemplo, más de 40 hectáreas de propiedad cultivable eclesiástica, además de numerosa viñas, casas y corrales, todas procedentes de obras pías y capellanías, fueron vendidas durante los tres años que precedieron a la invasión francesa.

das a la Iglesia [35]. No existe ningún estudio adecuado sobre el proceso de desmantelamiento de la Iglesia emprendido en Navarra en aquellos años. Lo que resulta evidente, sin embargo, es que este tipo de reforma agraria en Navarra, ya fuera desarrollada por Godoy, por Bonaparte o por Mendizábal, nunca provocó resistencia popular en la Ribera [36].

Las pruebas presentadas hasta aquí sobre la Iglesia en Navarra ponen de manifiesto varias razones por las que el pueblo de la Montaña habría estado dispuesto a combatir por su religión, al contrario que la población de la Ribera. La Montaña estaba bien atendida en asuntos religiosos, y los campesinos mantenían una intimidad con sus sacerdotes que llamó la atención de los observadores contemporáneos [37]. Los soldados franceses que atravesaban Navarra se sorprendían de ver a los sacerdotes «jugar al billar, fumar y beber aguardiente en un lugar público» [38]. La tosca piedad de la Montaña, donde los sacerdotes se mezclaban con naturalidad con sus feligreses, podía sorprender a los observadores franceses; sin embargo, era una muestra de la supervivencia de una sensibilidad religiosa todavía capaz de producir cohesión social.

Al mismo tiempo, la ausencia de órdenes regulares y del «otro» clero secular, así como la escasez de tierras eclesiásticas en la Montaña no habían dado lugar al tipo de sentimiento anticlerical que ya era evidente en la Ribera y en otras muchas zonas de España. El programa francés para disolver monasterios, abolir todo tipo de clero y embargar las propiedades de la Iglesia no habría sido comprendido en la Montaña, donde la mayoría de la población conocía la Iglesia a través de sus párrocos, quienes no

[35] Los embargos franceses fueron en realidad menores que los efectuados por Godoy. En Corella el gobierno francés embargó y vendió casi 57 hectáreas de tierra de la Iglesia, el equivalente al 4 por ciento de la tierra cultivable. AMC, legajo 81.

[36] Rafael Gómez Chaparro, *La desamortización civil en Navarra*, p. 11.

[37] En las merindades meridionales el clero regular seguía siendo incluso relativamente popular. A diferencia de la mayoría de los monjes de España, los de la Montaña tenían menos relaciones aristocráticas y representaban a los diferentes estratos sociales. Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, pp. 56-60.

[38] Blaze, *Mémoire*, p. 3.

eran más que «los primeros pobres de su parroquia»[39]. En esta situación, las reformas francesas sólo podían ser consideradas vandálicas y ofensivas a la piedad.

4. *Pequeños campesinos y resistencia*

Navarra poseía una rica economía agrícola, y el 68 por ciento de su población activa era campesina[40]. Entre las actividades no agrícolas, cerca del 17 por ciento eran artesanos, el 9 por ciento criados domésticos y el 6 por ciento restante se dividía entre militares y personal gubernativo (el 1 por ciento cada uno), doctores, letrados y otros profesionales (el 2 por ciento), comercio e industria (el 1 por ciento) y estudiantes (el 1 por ciento). Estos datos no se desviaban mucho de la pauta española. Sin embargo, lo que distinguía a la sociedad navarra era, una vez más, la tajante diferencia entre la Montaña y la Ribera en relación a la estructura social y ocupacional de la población.

La proporción de estudiantes, mercaderes, profesionales, criados reales y personal militar era muy baja en la merindad de Pamplona, algo más elevada en Sangüesa, Olite y Estella, y aproximada a la media nacional en Tudela. La debilidad de estas profesiones en la Montaña significaba que el clero, como fuente de información y liderazgo, tenía pocos rivales en sus comunidades. Por el contrario, la relativa fuerza de aquellos grupos en la Ribera alimentaba una de las bases naturales de la colaboración, ya que en toda España los sectores profesionales, incluyendo oficiales del ejército español, estuvieron entre los

[39] Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 46.

[40] Durante la invasión francesa, y teniendo en cuenta sus dimensiones, Navarra se situó en segundo lugar entre las 33 provincias españolas en volumen de producción de trigo. Era la primera en producción de vino y licores, con 1/4 de todo el licor o aguardiente producido en España. Era la decimotercera mayor productora de aceite vegetal y se situaba en el noveno lugar en el valor de su ganado. Los datos y comparación a nivel provincial con las cifras españolas se basan en el *Censo de frutos y manufacturas de España e islas adyacentes*. Los datos ocupacionales excluyen a nobles y clero, cuyas fuentes de ingreso eran también agrícolas en su mayor parte.

primeros en jurar fidelidad al gobierno francés. Como ya hemos visto, en Tudela hombres como el erudito y flexible Yanguas y Miranda hicieron rápidamente las paces con la ocupación, con la esperanza de cosechar recompensas políticas y económicas del régimen bonapartista[41].

El sector industrial de la economía era también mucho mayor en la Ribera que en la Montaña, aunque la industria no era precisamente floreciente en ninguna parte de Navarra[42]. Según las respuestas del censo de 1786, el 32 por ciento de la población activa de la merindad de Tudela era artesana, en comparación con el 19 por ciento de la merindad de Pamplona[43]. En la Montaña había incluso algunas villas bastante grandes en las que casi nadie parecía trabajar fuera de la agricultura. Por ejemplo, en Echarri-Aranaz, una población de 774 habitantes, tan sólo 14

[41] «Relación de las ocurrencias en la ciudad de Tudela». AGN, Guerra, legajo 19, car. 38.

[42] Navarra se situaba en el vigésimo lugar entre las 33 provincias en producción manufacturera. Por regla general, Navarra exportaba materias primas e importaba productos elaborados, especialmente de Francia, un síntoma de la subordinación cuasicolonial de la provincia a la economía francesa. Navarra vendía 733 toneladas de lana anuales a Francia por valor de dos millones de reales y cada año compraba a cambio ropa valorada en 10,8 millones. No obstante, la mayor parte de estos tejidos era a su vez reexportada a Castilla y Aragón, y los beneficios iban a los comerciantes y contrabandistas en detrimento de los manufactureros que podían haber empezado la transformación económica de la industria rural de Navarra. Entre las manufacturas navarras, el aguardiente representaba el 44 por ciento, los tejidos de lino el 25 y los de lana el 12 por ciento. La mayoría de esta producción se consumía en el interior de la provincia. Navarra tenía pequeñas reservas de mineral de hierro y la minería representaba el 15 por ciento de la producción industrial, aunque el mineral se exportaba a las provincias vascas y a Francia, y no se transformaba en metal acabado. Además de los censos y otras fuentes citadas, véase Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra*, p. 111.

[43] Estos datos fueron inflados considerablemente, dado que el censo no incluyó a los criados domésticos que representaban el 9 por ciento de la fuerza de trabajo total de Navarra. Esto significa que el número de población «total activa» era demasiado bajo, de manera que la proporción de todas las categorías ocupacionales está sobredimensionada. Lo significativo, sin embargo, es que Tudela tenía casi dos veces más población artesanal, en proporción a su población activa (menos los criados domésticos), que Pamplona. Así, por ejemplo, los manufactureros generaban 1.190 reales de ingresos por persona en Corella, un región típicamente ribereña, y sólo 95 reales en Echauri, población media de la Montaña.

personas trabajaban a tiempo completo en la industria [44]. Además, la industria estaba atrasada, especialmente en el norte de Navarra: los artesanos utilizaban técnicas anticuadas, las tiendas eran pequeñas, la productividad baja y Navarra no exportaba casi nada [45]. Los manufactureros eran normalmente artesanos que, como mucho, daban trabajo a un aprendiz y que producían para los pequeños mercados locales [46]. La organización artesanal tradicional estaba todavía menos incontestada en la Montaña. Ni la integración horizontal del *putting-out system* ni el desarrollo de las factorías habían tenido lugar en la región. En otras palabras, en la Montaña no había nada que se pareciera a una elite manufacturera, al proletariado industrial o incluso a la fuerza de trabajo protoindustrial.

Por el contrario, la mayoría de la población cultivaba la tierra, y la mayor parte de los campesinos tenía sus propias tierras. En toda Navarra, los labradores —campesinos que trabajaban sus propias tierras o las arrendaban— superaban el número de jornaleros en una proporción de tres a uno. Esto convertía a Navarra en una provincia insólita de por sí. En España había más jornaleros (el 53 por ciento) que labradores (el 48 por ciento). Si observamos con más detalle los datos sobre labradores en Navarra se

[44] Evidentemente, muchos campesinos que eran básicamente pequeños explotadores debieron encontrar trabajo adicional en la industria, aunque los datos del censo no lo reflejen. De hecho, en Echarri-Aranaz, una fuente muestra que las mujeres y los niños trabajaban en el cardado de la lana y en el cáñamo, y que los hombres, después de trabajar sus tierras, iban a ganar dinero extra en las cercanas minas de hierro. García Sanz, *La respuesta*, pp. 122, 136. Del mismo modo, en la villa de Echarri, el censo sólo revela la existencia de un maestro tejedor que no tuviera empleados; sin embargo, según demuestra un informe policial, éste daba trabajo por las noches a tres jóvenes (estos tres habían provocado un disturbio una noche tras el trabajo, de ahí que tengamos noticia de su existencia). APN, Pamplona, Velaz, legajo 88, no. 33. A pesar de todo, lo destacable es que la industria de la Montaña no proporcionaba trabajo a tiempo completo a ninguna población digna de consideración.

[45] Éstas eran las quejas que hacían los intereses comerciales de la Ribera. Rodrigo Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra con la administración central*, pp. 71-73.

[46] Una prueba de la naturaleza primitiva de la industria navarra es la preponderancia de los maestros artesanos sobre los aprendices y otros empleados en una ratio de dos a uno.

produce un hecho igualmente destacable: el 70 por ciento de los labradores poseía la tierra que trabajaban y sólo el 30 por ciento era arrendatario. Esta situación era contraria a nivel nacional, donde casi el 60 por ciento de los labradores arrendaba tierras y sólo el 40 por ciento era propietario[47].

Una vez más, el contraste entre la Montaña y la Ribera es todavía más sugerente. Por ejemplo, mientras que la proporción de campesinos con tierra respecto a los jornaleros (de tres a uno) era lo suficientemente notable a nivel provincial, en la Montaña la proporción se situaba en 9 a 1. En las merindades de Pamplona y Sangüesa sólo el siete por ciento de la población activa eran trabajadores sin tierra[48]. En muchas zonas no existían campesinos sin tierra. Aspiroz, una villa de 298 habitantes en 1786, tenía 298 propietarios campesinos, 205 de los cuales eran nobles (es de destacar que las mujeres y los niños fueron registrados como nobles y propietarios). En la villa de Echauri el 98 por ciento de la tierra cultivable era trabajada por sus propietarios. Aunque hubiera unas pocas propiedades en arrendamiento, éstas eran pequeñas parcelas a precios medios que oscilaban entre el 2 y el 6 por ciento del valor de las cosechas. Con tal facilidad para acceder a la tierra, los señores no conseguían cargar más a sus tenentes[49]. En Echauri no había jornaleros. Si se tiene en cuenta que la mayoría de los más de 14.000 nobles de la región pertenecía socialmente a la misma clase de propietarios campesinos, se entiende por qué la Montaña de Navarra fue la tierra *par excellence* del pequeño cultivador.

[47] La descomposición de labradores en propietarios y arrendatarios procede del AGN, censo de 1796-97. Sólo las áreas vecinas de Aragón tenían una preponderancia de propietarios sobre arrendatarios similar a la de Navarra. Y sólo las otras provincias vascas y Galicia tenían menor proporción de jornaleros, aunque contaban con un número mucho mayor de renteros.

[48] En Estella el porcentaje era del 17 por ciento, si bien esto se debe a que la parte meridional de Estella está situada en la Ribera.

[49] Por ejemplo, el conde de Guenduláin, residente en Puente la Reina, poseía en Echauri 6,8 hectáreas de tierra divididas en 21 parcelas que cedía por un precio medio del 2,5 por ciento del valor de la cosecha. APN, Pamplona, Velaz, legajos 88, 91.

Uno de los mecanismos que mantuvo bajos los precios de la tierra en la Montaña y contribuyó a apuntalar la estructura de propiedad fue un contrato conocido como la «carta de gracia». A través de la carta de gracia, los campesinos podían complementar sus posesiones ancestrales consiguiendo el usufructo de otras propiedades a cambio del pago de un único precio «de compra» [50]. Al propietario real de la parcela vendida en carta de gracia se le permitía recuperar su propiedad si reembolsaba al usufructuario el coste de la tierra más las mejoras. Sin embargo, esto ocurría con menos frecuencia de lo que podría esperarse [51]. Los propietarios tenían pocos incentivos para emplear su dinero en reconstituir sus haciendas a partir de las tierras previamente vendidas por carta de gracia. El estancamiento o declive de la población y la falta de mercados para los productos agrícolas hacían que la explotación comercial de la tierra no tuviese ningún atractivo en la Montaña. Y al haber tanta gente en posesión de derechos de propiedad, era difícil encontrar tenentes para los arrendamientos: la población no quería pagar rentas por cualquier tierra, sino por las mejores parcelas [52]. Los propietarios que tenían más tierra de la que podían arrendar se contentaban, por tanto, con obtener lo que podían con las ventas de carta de gracia, ya que al menos en teoría les permitían recuperar la propiedad en el futuro.

El contraste con la Ribera no podía ser más acentuado. Los jornaleros allí sobrepasaban con mucho a los campesinos que poseían o arrendaban tierras, en una proporción de 4 a 1 en la me-

[50] El precio medio en Echauri de la tierra vendida a carta de gracia era de 580 reales por cada 0,40 hectáreas durante el período de 1798-1818, el equivalente a ciento cuarenta y cinco días de salario de un carpintero. APN, Pamplona, Velaz.

[51] APN, Pamplona, Velaz. En Echauri, entre los años 1798 y 1818, las nuevas ventas a carta de gracia sobrepasaron en número a las recuperadas en un 36 por ciento. Las ventas puras sobrepasaron con mucho a ambas.

[52] APN, Pamplona, Velaz. El precio de la tierra vendida era normalmente un poco más bajo que el precio de la que se vendía por carta de gracia. Esto se explica por la situación y calidad, generalmente más pobres, de las parcelas puestas a la venta pura, al menos en Echauri. La gente evitaba deshacerse definitivamente de sus mejores y más ancestrales tierras.

rindad de Tudela, donde el 50 por ciento de la población activa estaba registrada como jornaleros. Había campesinos tenentes, pero era difícil acceder a la tierra y los precios eran relativamente altos, de forma que incluso los tenentes estaban obligados a trabajar como jornaleros para complementar sus ingresos. En Corella, donde sólo unas pocas familias controlaban casi toda la tierra, no existe ni un solo caso de campesino arrendatario que además no tuviera que trabajar, al menos temporalmente, como jornalero en una de las grandes haciendas [53].

Este modelo de propiedad de la tierra hizo que los franceses dominasen con facilidad la Ribera. Un puñado de familias poseía toda la tierra. Los franceses embargaron a estas familias para satisfacer sus impuestos y requisiciones, y les recompensaron con la propiedad de la Iglesia y con cierta cantidad de poder público. Mientras, el habitante medio de la Ribera no tenía nada. Los hombres trabajaban como asalariados, tanto en la industria como en la agricultura. Para esta gente resultaba irrelevante si los salarios los pagaba un patrón o señor proborbón o probonapartista. La mayoría de los hombres eran jornaleros, desempleados durante meses al año, obligados a vagabundear o a cubrir grandes distancias para encontrar trabajo en las estaciones agrícolas bajas [54]. Estos hombres eran en extremo vulnerables. ¿Qué les podía obligar a arriesgarlo todo para defender el viejo régimen contra los franceses? No era probable que la Iglesia infundiera a los ribereños el ánimo de morir por su causa y, aunque alguno hubiera querido enfrentarse a los franceses, ¿con qué medios podía hacerlo? La mayoría de los ribereños se enfrentó indefensa a la ocupación francesa y sólo las circunstancias más extraordinarias pudieron hacer entrar a esta gente en el movimiento guerrillero.

[53] «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3. El tamaño de la parcela se ha calculado sobre la base de los arrendamientos registrados entre 1806 y 1816 en la ciudad de Corella. APN, Tudela, Guesca y Alfaro, Laquidáin, Resa.

[54] «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3.

5. *Agricultura de subsistencia y guerra*

Una comparación más pormenorizada de la agricultura en la Montaña y la Ribera revela diferencias adicionales. Los ribereños tenían más contacto con los mercados regionales y tendían a especializarse en un menor número de productos comercializables, mientras que en la Montaña se producía una amplia gama de productos con objeto de garantizar el abastecimiento local de alimentos. El trigo era el principal producto en ambas regiones. En la merindad de Tudela, la cosecha de trigo representaba el 63 por ciento de toda la producción agraria, y la cebada el 28 por ciento. En la merindad de Pamplona, por el contrario, el trigo sólo representaba el 48 por ciento de toda la producción agraria. La Montaña producía asimismo menos centeno, cebada y avena, pero cultivaba ciertos cereales menores, piensos y legumbres cuya producción era casi desconocida en la Ribera. En la región de Pamplona, el maíz, que no se sembraba en absoluto en la merindad de Tudela, era casi tan importante como el trigo.

Entonces, como ahora, la mayoría del vino producido en Navarra venía de la Ribera, aunque, en ciertas zonas de Pamplona, de donde el vino se ha retirado en época contemporánea, también se producía una importante cantidad de vino y aguardiente. La Ribera era origen de casi todo el aceite de oliva de Navarra, si bien, incluso en la Montaña se producían pequeñas cantidades para consumo local. La importancia del castaño en la Montaña —en la merindad de Pamplona, el volumen de la producción de castaño era tan grande como cualquier otro cultivo a excepción del trigo, el maíz y las judías— pone de manifiesto la pervivencia de formas de silvicultura mucho tiempo después de su desaparición en la Ribera[55].

[55] Estos ejemplos demuestran la debilidad del mercado en Navarra. Si hubiera estado bien desarrollado, la ley de la ventaja comparativa habría hecho que la Montaña dejase de producir vino y aceite y comprase los vinos más baratos y de mayor calidad de la Ribera. De hecho, existen ciertos indicios que prueban que la producción de vino de la Ribera ejercía presión sobre los productores de la Montaña. Las comunidades de la Montaña fijaban el precio del vino y prohibían el consumo de caldos «foráneos»

La Montaña, al igual que producía una mayor variedad de cultivos que la Ribera, también criaba ganado con mayor diversidad y en mayor número. La mayoría de las familias tenía cerdos, la fuerte de carne más común, y cabras, que transformaban la basura y los pastos de los montes y comunales en leche, queso y nata. Había también una gran cantidad de ganado vacuno y bueyes, utilizados para la producción de leche, carne y para el trabajo. Por el contrario, los cerdos y las cabras eran raros en la Ribera, y los bueyes prácticamente desconocidos. En el valle de Echauri había un buey, un caballo, una cabra o un cerdo por cada 1,5 personas, en comparación con uno por cada trece habitantes de Corella. Las mayores cosechas de maíz y de castaños, utilizadas principalmente como piensos, eran un signo de la importancia del ganado en la Montaña.

El ganado ovejuno era importante tanto en la Ribera como en la Montaña [56]. Sin embargo, mientras que en la Ribera un número relativamente bajo de individuos poseía ovejas en grandes rebaños, en la Montaña numerosos campesinos tenían pequeños hatos de ganados. Por ejemplo, en Corella, cuatro nobles poseían casi la mitad de la totalidad de las ovejas de la ciudad, y 16 individuos tenían el 95 por ciento de las ovejas [57]. Por el contrario, los cuatro principales ganaderos de Echauri controlaban sólo un cuarto del total de ovejas, mientras que docenas de individuos estaban en posesión de pequeñas manadas [58].

A pesar de la orientación de los cultivos hacia la subsistencia en la Montaña, los peculiares factores sociales y técnicos de la región habían creado una agricultura eficiente. Los campesinos po-

de la Ribera hasta que no se hubiera gastado toda la producción local. Las leyes que ponían en vigor la «economía moral» no habrían sido necesarias si no hubiera existido la presión de los superiores vinos de la Ribera. Puede consultarse un ejemplo sobre esta práctica de fijación de precios en APN, Pamplona, Velaz, legajo 84, no. 31.

[56] Las áreas más importantes de producción lanera se encontraban en Sangüesa y Estella, si bien Pamplona producía el 20 por ciento de toda la lana de Navarra, y sólo la ciudad de Tudela contaba con casi 41.000 cabezas de ganado ovino, el 5 por ciento del total provincial.

[57] AMC, legajo 85, núm. 29.

[58] APN, Pamplona, Velaz, legajo 33, car. 6.

seían su tierra en pequeñas parcelas situadas en diferentes campos abiertos. Esto aseguraba a cada familia la oportunidad de plantar diversos tipos de cultivos en diferentes suelos y espacios, y prevenir que una persona monopolizase las mejores tierras o que se perdiese todo en un desastre extremadamente localizado (por ejemplo, por una invasión de ovejas). La división de la tierra era, en este sentido, un sistema juicioso y consagrado. Mientras que los reformadores agrícolas estaban intentando aumentar la productividad cercando la tierra e introduciendo nuevas técnicas, los campesinos de la Montaña, que conservaban una distribución de la tierra relativamente igualitaria y empleaban métodos anticuados, cultivaban con más eficacia que la mayor parte de Europa. La producción por semilla era, en las mejores tierras, de 1 : 8 o más elevada, siendo la de Echarri-Aranaz la que registraba la producción media de 1 : 6 [59]. En comparación, la producción media en Francia rondaba el 1 : 5, la de Alemania el 1 : 4 y la de la Rusia Blanca el 1 : 3 [60].

El clima suave y la lluvia adecuada, junto a la diversidad de cultivos en rotación y la abundancia de fertilizantes del ganado, eran responsables parciales de esta elevada productividad [61]. Estas ventajas estaban reforzadas por la organización social del trabajo. La extendida propiedad privada de las pequeñas comunidades había dado lugar a un esforzado campesinado, notable por su devoción a la tierra y al uso de formas laborales cooperativas [62]. Era

59 García Sanz, *La respuesta*, p. 97.

60 Jerome Blum, *The End of the Old Order in Rural Europe*, pp. 144-45.

61 Alexandre Joseph Louis Laborde, *Itineraire descriptif de l'Espagne et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*, vol. 2, p. 92. Este trabajo, cuya oportuna publicación en 1808 fue un tributo a la eficacia del imperialismo intelectual francés, es una lectura fascinante, análoga a «la mayor apropiación colectiva de un país por otro», la *Description de l'Égypte*, publicada en París entre 1809 y 1828. La cita procede de Edward Said, *Orientalism*, Nueva York, 1979, p. 84.

62 Algunos contemporáneos consideraban que los vascos eran el pueblo más trabajador de España. Jean François Bourgoing, *Nouveau voyage ou tableau de l'état actuel de cette monarchie*, vol. 3, pp. 218-19; Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, pp. xxx, 260; véase también Renato Barahona, *Vizcaya on the Eve of Carlism: Politics and Society, 1800-1833*, pp. 2-13.

esta ventaja social, por encima de todas las demás, la que ayudaba a producir las elevadas cosechas del norte de Navarra, y no la aplicación de capital o de avances tecnológicos. En efecto, los campesinos de la Montaña utilizaban el instrumento agrícola más antiguo de Europa, la laya neolítica, un tipo de pala, más que (o además de) el arado. Aunque ya en tiempos de los romanos la laya se consideraba como un atavismo, las ventajas que ofrecía a los pequeños campesinos para remojar el terreno aseguró la utilización de esta antigua técnica hasta bien entrado el siglo XX. Por una razón, la laya era barata. Cualquiera podía tener un juego de ellas. El acceso a los costosos arados y a los animales de tiro fue un factor que operó a favor de la estratificación de los campesinos europeos; sin embargo, en la Montaña la laya permitía que incluso los campesinos más pobres compitieran con sus vecinos más ricos, y esto reforzó la tendencia igualitaria de la sociedad en la región.

Uno de los aspectos más importantes de la laya era que requería trabajo comunal. Dos o más familias, que incluían varias generaciones de hombres, mujeres y niños, trabajaban juntas, primero en la tierra de una de ellas, luego en la de la otra. Este acuerdo comunal premiaba la cooperación interfamiliar y ayudaba a mantener juntas a las comunidades como ningún otro factor podía hacerlo [63]. Un atributo todavía más importante de la laya era la forma en que ayudaba a dar poder a las mujeres. Desde tiempos de los romanos, los visitantes de la región vasca destacaron, a la vez con satisfacción y horror, que sus mujeres parecían tener un gran poder. Algunos antropólogos e historiadores incluso han calificado a la sociedad vasca de «matrialcal», si bien esto supera la realidad [64]. Sin embargo, es razonable suponer que la laya eliminaba algunos de los obstáculos que para las mujeres

[63] Una buena descripción de la laya y su uso, puede verse en L. Louis-Lande, *Basques et Navarrais*, p. 7.

[64] Para una interesante discusión sobre el mito del matriarcado, véase Celia Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, pp. 273-88, y Teresa del Valle, *Mujer vasca. imagen y realidad.* Un trabajo reciente que defiende la idea de la existencia de un matriarcado vasco es la de Andrés Ortiz Osés, *El matriarcalismo vasco.*

tenía la agricultura. Aunque el uso de la laya era extremadamente duro, no requería el mismo tipo de fuerza o el mismo dominio de los animales que el arado. El control de animales de tiro y de la labranza es, según los antropólogos, un factor importante para la dominación masculina sobre la mujer en las sociedades agrarias. Las mujeres de la Montaña no se enfrentaban a esta desventaja laboral y esto puede haber contribuido a confirmar su igualdad en otras esferas, como por ejemplo, en las costumbres hereditarias.

Los campesinos de la Montaña practicaban una estricta primogenitura. Esto significaba que el hijo mayor, fuera éste mujer u hombre, heredaba, lo que daba a las mujeres igual acceso a la tierra[65]. Además, incluso después del matrimonio, la mujer conservaba el control sobre su propiedad. A su muerte, sus posesiones territoriales, menos los gastos funerarios y cualquier dote que hubiera entregado a la familia de su marido, revertía en sus padres, hermanas, hermanos y otros parientes[66]. Desde el punto de vista de la guerra de guerrillas, el aspecto más importante de la laya y del lugar que la mujer ocupaba en la sociedad vasca era que las mujeres de la Montaña estaban acostumbradas a heredar tierras y a tomar parte activa en todos los procesos de producción, incluyendo la labranza. Por tanto, la ausencia de un numero considerable de hombres —ya fuera por estar trabajando en la Ribera o por estar luchando contra los franceses— no implicaba la destrucción de la producción agrícola: las mujeres de la Montaña podían continuar alimentando a sus familias mientras sus hombres combatían. La situación de la Ribera era muy diferente. En las ciudades agrarias de la Ribera casi no había trabajo asalariado para las mujeres y los niños. Si de repente los jóvenes de es-

[65] Véase la exposición sobre el «matriarcado» vasco y sobre la laya en Caro Baroja, *Los pueblos de España*, y por el mismo autor, *Vecindad, familia y técnica*.
[66] APN, Pamplona, Velaz. En el caso del matrimonio de la hermana propietaria de Espoz, fue su marido —que evidentemente no era el mayor de su familia— quien trajo al matrimonio la dote en dinero. «Contratos matrimoniales de Miguel Ramón de Irure y Vicenta Espoz», 8 de julio de 1800, APN, Pamplona, Peralta, legajo 50, núm. 90.

as comunidades se veían obligados a echarse al monte, podía ignificar la quiebra económica y conducir al desastre a aquellos que se quedaban atrás[67]. En otras palabras, el sistema de trabajo le la Montaña favorecía la guerra de guerrillas, mientras que el le la Ribera lo desalentaba.

La primogenitura tenía otros efectos favorables sobre la Montaña. Aquellas regiones que no practicaban la primogenitura experimentaron con frecuencia un extremo minifundismo, al y como ocurría en Galicia, donde la tierra se dividía, arrendaba y subarrendaba entre tantos herederos que la mayoría de os campesinos de la zona apenas alcanzaba el nivel de subsistencia. En Navarra la primogenitura preservó un campesinado elativamente próspero con explotaciones de dimensiones adecuadas. La familia Mina, por ejemplo, poseía una casa y otras lependencias con un poco más de 35 hectáreas de tierra[68]. Desde luego, los hijos más jóvenes, a menos que no se casasen on un heredero o con una heredera, quedaban desheredados or este sistema y se veían obligados a emigrar, a ingresar en el lero, o a buscarse otro empleo ajeno a la agricultura, incluyendo la guerra.

Todos estos factores crearon en la Montaña un próspero campesinado que producía ricas cosechas de cereal y ganado, y vino aceite suficientes para satisfacer sus propias necesidades. Aunque la región podía haber exportado cierta parte de las cosechas, ealmente lo hacía en pequeñas cantidades. El extenso reparto de a propiedad lo aseguraba. Ni los mecanismos feudales ni los le mercado, cuyo fin era extraer la producción excedentaria en orma de rentas o trabajo mal remunerado respectivamente, no habían penetrado en realidad en la Montaña. Con una distribución que repartía los productos de la agricultura entre cientos de miles de productores independientes y entre miles de núcleos le producción, la mayoría de la riqueza agrícola de Navarra se

[67] García Sanz, *La respuesta*, pp. 122, 136.
[68] «Contratos matrimoniales de Miguel Ramón de Irure y Vicenta Espoz», 8 de julio le 1800. APN, Pamplona, Peralta, legajo 50, núm. 90.

consumía en o cerca del lugar de producción[69]. Por tanto, poc eran los medios para extraer riqueza de los campesinos de Montaña[70].

Esta característica de la Montaña fue uno de los grandes ob táculos del régimen francés y una enorme fuente de poder pa el movimiento guerrillero. En la Ribera y en la mayoría de Esp ña, los franceses consiguieron imponer impuestos y requisicion sobre unos pocos grandes propietarios de la tierra. Estas recaud ciones afectaron a los beneficios, aunque no amenazaron la su pervivencia de la elite propietaria, ni tampoco afectaron direct mente a las más limitadas rentas de la masa asalariada. En Montaña, por el contrario, el control campesino sobre la pr ducción le colocaba en conflicto directo con el aparato de fiscal zación y requisición del gobierno galo. Los franceses tuviero que enviar agentes protegidos con escoltas armadas a cientos c villas para imponer contribuciones que afectaban directamente la subsistencia de los propietarios individuales. Cada uno de l miles de pequeños explotadores se veía obligado a tomar una d cisión política cada vez que se enfrentaba a los recaudadores c impuestos y a las partidas enemigas que salían en busca de sum nistros. Al empuñar las armas contra los franceses, se protegían sí mismos y a sus casas, tierras y modo de vida ancestrales de familia. Por tanto, no resulta sorprendente que en las villas de Montaña el punto de partida del ataque guerrillero fuera cont las partidas de requisición francesas ya que, al proteger aquell

[69] Lo que Navarra exportaba rara vez iba a Castilla. Más del 62 por ciento del c mercio navarro se realizaba con las provincias vascas, el 37 con Francia y menos d 1 por ciento con Castilla y Aragón. Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarr* p. 177. La red viaria de Navarra pone de manifiesto una orientación hacia el come cio interno y con Francia, ya que, si bien los navarros tenían los mejores caminos toda España, los de la frontera de Castilla y Aragón se habían convertido en miser bles sendas, un reflejo del aislamiento económico de Navarra del resto de la Peníns la. José Canga Argüelles, *Diccionario de hacienda*, artículo titulado «Caminos».

[70] En un año normal podía haberse exportado un tercio de la cosecha de cereal; p el contrario, los campesinos consumían lo que producían. Éstas fueron las conclusi nes de la Diputación de Navarra en el informe escrito en 1778 a la Sociedad Vasco gada de Amigos del País, citado en Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra*, p. 10

lugares de la explotación francesa, las guerrillas se ganaban la lealtad del campesinado.

Los campesinos de la Montaña no sólo tenían motivos para resistir a los franceses, sino que también tenían los medios. Dado que la Montaña quedó fuera del sistema feudal y de los sistemas de extracción mercantiles, el coste de la vida era más bajo que en cualquier otro lugar de España [71]. Los limitados beneficios que podían obtenerse de la agricultura disminuían asimismo el precio de la propiedad inmueble. La tierra de cereal que se situaba alrededor de Pamplona podía pagarse con la renta de dos cosechas. Y el precio de 0,40 hectáreas de tierra blanca (tierra de secano, sin cultivar y abierta) podía ser tan baja como 20-30 reales, unas pocas semanas asalariadas de un jornalero. La mayoría de los montañeros poseía sus propias casas, y aquellos que las arrendaban, no pagaban demasiado [72].

En esta situación, los campesinos podían conservar su propiedad inmueble y acumular propiedad mueble a un considerable nivel. El 30 de enero de 1800, los oficiales municipales de Echauri entraron con un auto del Consejo Real de Pamplona en casa de un propietario local, Francisco Azanza, con objeto de embargar la propiedad que le quedaba en pago de una deuda que debía a otro propietario. Azanza poseía una impresionante colección de muebles: 14 sillas y dos pequeños bancos, dos mesas largas, cuatro cofres y un espejo, entre otros objetos de la casa. Tenía incluso cinco cuadros, objetos de lujo imposibles para los

[71] El vino, por ejemplo, costaba a cuatro reales el cántaro, el precio más bajo de todo el país, en donde el coste medio era de 13 reales. El precio del trigo en Navarra osciló entre la década de 1780 al año de 1807 entre 7 y 25 reales por robo, de nuevo el más bajo de España, donde el promedio (en 1799) era de 48 reales. APN, Pamplona, Velaz. He transformado las medidas expresadas en fanegas en robos navarros. Una fanega equivale a 19,65 kilogramos, un robo a 22, una relación de 1 a 1,1. De este modo, he convertido el precio de una fanega de trigo en España, registrado en 1799 a 44 reales, en el de 48 reales por robo.

[72] En la valle de Echauri, la renta media de una casa era de 88 reales, comparada con los 170 reales de Corella y los 253 de Tudela. Los precios se han calculado a partir de un registro de ventas y arrendamientos de tierra efectuado entre 1798 y 1817 en APN, Pamplona, Velaz, Echauri y en APN, Tudela, Guesca y Alfaro.

campesinos de la mayoría de España (los bienes de mayor precio en la casa). En la cocina había un gran número de cazuelas y ollas, cacerolas de cerámica, cántaros, platos, tazas, utensilios y un mantel [73].

En casa de campesinos más prósperos, junto a aperos de valor (layas, palas, arados, yugos, etc.) y ganado, el número de los bienes domésticos era más grande y la calidad más elevada. Por ejemplo, el propietario de Ansorena, un caserío de Echauri, tenía un largo surtido de linos, mantas de lana, almohadas de lana y algodón y alfombrillas; en la cocina había manteles damasquinados y servilletas, cortinas y utensilios sorprendentemente ricos, incluyendo una vajilla de plata, vinagreras y aceiteras de plata, una gran cantidad de platos, tazones y otros platos de latón; el mobiliario incluía ocho mesas, una librería con libros cuyos títulos, desafortunadamente, no fueron inventariados, cuatro cómodas, siete sillas normales y siete sillas moscovitas y un escritorio [74]. Estas propiedades no estaban al alcance de los medios de lo mayoría de los campesinos europeos, y evidentemente muy lejos de las posibilidades de los jornaleros. Generaron en el campesino propietario de la Montaña el interés de defender su sociedad y le proporcionaron recursos adicionales para sobrevivir a la desorganización de la producción provocada por la ausencia de hombres en las campañas guerrilleras.

De este modo, la economía de la Montaña no sólo estaba orientada en esencia hacia la subsistencia, sino que también era ancestralmente rica. Industrialmente, la Montaña estaba sin duda retrasada, con artesanos a tiempo parcial que producían bienes de baja calidad para la venta local y el trueque. Por otro lado, la Montaña producía excedentes agrícolas que, aunque no fueran espectaculares, al menos permanecían en manos de los campesinos que, por tanto, podían acumular propiedades raíces y bienes mueble. Los observadores tenían en alta consideración a los campesinos de la Montaña por su laboriosidad, independen-

[73] APN, Pamplona, Velaz, legajo 84.
[74] APN, Pamplona, Velaz, legajos 78, 84.

cia y relativa riqueza material [75]. La suya no era una autarquía miserable, sino un espléndido aislamiento. A pesar de las dificultades que la vida pudiera tener en tierra de caseríos, sus cultivos eran más productivos, su alojamiento superior, y su gente estaba mejor alimentada. Algunos observadores extranjeros llegaron incluso a creer que en la Montaña podía encontrarse la mítica clase media rural tan deseada por los reformadores agrarios de la Ilustración [76].

El propósito aquí no es representar la vida de los campesinos de la Montaña como si ésta hubiera sido fácil. Por el contrario, sólo una diligencia y una aplicación inusuales les permitieron sustentarse bajo las condiciones naturales y tecnológicas que entonces prevalecían. Es más, si sus existencias fueron tan difíciles y cortas como las de los campesinos de la mayor parte de Europa, también fueron menos despiadadas. Los montañeros conservaron un margen de subsistencia bastante mejor que el de los campesinos de la mayoría europea. Fue en este margen en donde las guerrillas sobrevivieron y florecieron. Así pues, no fue la pobreza de España la que mató de hambre a los ejércitos franceses. Los franceses sufrieron hambrunas en medio de un rico agro porque la naturaleza de la sociedad y la guerra de guerrillas les impidieron recaudar impuestos y efectuar requisiciones. El mundo campesino de la Montaña fue, tomando prestada una frase de Mao, el «mar conveniente» en el que las guerrillas hallaron su sustento mientras los franceses se agotaban.

[75] Laborde, entre otros, estaba maravillado con los emprendedores campesinos de Navarra. Laborde, *Itinéraire descriptif*, vol. 2, p. 92.
[76] Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Regime*, vol. 1, pp. xxx, 260-68.

CAPÍTULO 6

LA ECONOMÍA FORAL DE NAVARRA

1. *Los fueros*

La peculiar constitución política de Navarra dio una enorme fuerza al movimiento guerrillero de la provincia. Navarra —junto a Álava, Guipúzcoa y Vizcaya— había conservado sus fueros, incluyendo la preservación de sus Cortes, el órgano gubernativo más representativo de España antes de 1808. En efecto, los fueros otorgaban a Navarra el poder para negociar un pacto social con cada uno de los monarcas españoles, los cuales debían jurar fidelidad a los fueros como contraprestación a la contribución fiscal de la provincia. Esta autonomía dio a Navarra cierto control sobre la fiscalidad, los aranceles, el gasto público y las levas militares, y permitió a los navarros preservar sus leyes consuetudinarias, menos rígidas y paternalistas y más orientadas hacia la comunidad que el Derecho Romano o el Germánico que habían sido adoptados en Castilla y en Aragón [1].

[1] Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, vol. 12, p. 112.

Navarra estaba gobernada por un virrey, el Consejo Real, las Cortes y la Diputación. El virrey era nombrado por el rey y ejercía en Navarra funciones ejecutivas regias [2]. El Consejo Real era el tribunal de justicia de Navarra. Los siete miembros del Consejo mantenían, en consulta con las Cortes o la Diputación, el derecho de sobrecarta, una forma de poder de veto sobre las medidas reales que se consideraban contrafueros, esto es, violaciones de las leyes fundamentales de Navarra. Dado que, por ley, cuatro de los siete consejeros tenían que ser navarros, el Consejo, aunque fuera un órgano cubierto por nombramiento, podía defender los intereses de Navarra frente a Madrid.

Las Cortes estaban divididas en tres estados: el clero, los nobles y los pecheros. Los tres se reunían para debatir, aunque votaban en cámaras separadas. Sus resoluciones requerían la aprobación de mayoría de cada cámara, lo que prácticamente aseguraba el veto de cualquier resolución que pusiera en peligro el equilibrio de poder establecido. Su brazo popular estaba formado por 38 municipios (que nominalmente representaban al 36 por ciento de la población de Navarra) cuya posición en las Cortes dependía de su tamaño, riqueza e importancia. El número de miembros del clero y de la nobleza con escaño en las Cortes sobrepasaba con mucho el del estado pechero a fin de que el equilibrio de poder nunca se inclinase del lado de las ciudades, sino del de los dos primeros estados. Dado que los nobles y el clero de la Montaña contaban con una elevada representación en las Cortes, los delegados de la Montaña, por lo general, se salían con la suya.

La mayor parte del tiempo los poderes de las Cortes se delegaban en la Diputación, una asamblea permanente elegida en cada reunión de Cortes antes de su disolución. La Diputación estaba presidida por el obispo de Pamplona e incluía a otros seis

[2] La siguiente discusión sobre las instituciones y atributos del gobierno de Navarra procede de María Huici Goñi, *Las Cortes de Navarra durante la edad moderna*; María Cruz Mina Apat, *Fueros y revolución liberal en Navarra*; y de discusiones con Demetrio Lloperena, cuando estuvo en la Universidad de Nevada, Reno.

representantes: dos del estado nobiliario, dos de la ciudad de Pamplona, con un voto para cada dos, y dos más procedentes de otros municipios, igualmente con un voto. Esta estructura aseguraba que los intereses urbanos estuvieran representados, al tiempo que reservaba el poder final a los nobles y el obispo de Pamplona, siempre que éstos desearan actuar de acuerdo. También en la Diputación, por tanto, los representantes de la Montaña tenían la última palabra.

Uno de los derechos forales más valorados era el control sobre la fiscalidad. La Diputación recaudaba impuestos y empleaba la mayoría de los ingresos localmente, lo que contribuyó a crear la relativa prosperidad y orden por los que Navarra era famosa[3]. Madrid recibía ingresos procedentes de Navarra en forma de una donación anual. Sin embargo, antes de conceder el tributo, los navarros podían elevar sus agravios relativos a los contrafueros. Una vez rectificados, la Diputación ponía en funcionamiento la maquinaria recaudadora. Los monarcas españoles, mientras no se amenazase el ya de por sí escaso flujo de dinero procedente de Navarra, se cuidaban de no contravenir los fueros navarros. La excepción prueba la resistencia de constitución foral. En 1796 el gobierno español inició una ofensiva contra los poderes fiscales de Navarra, si bien los resultados fueron tan ineficaces que durante la primera década del siglo XIX la Corona realmente gastó en Navarra más de lo que consiguió extraer. Por consiguiente, Navarra estaba eximida de sus deberes fiscales hacia el gobierno central cuando se produjo la invasión francesa.

Los fueros dispensaban a los navarros del alistamiento militar, salvo si éste se destinaba a la defensa de Navarra. En 1803 y, de nuevo, en 1806, tras arduos enfrentamientos con Madrid, Navarra fue obligada a acceder finalmente a las levas militares. No obstante, en Navarra nunca se consiguió imponer la leva

[3] Navarra estaba entre las provincias con mejores caminos y servicios públicos de España. La buena administración de las comunidades navarras contrastaba con «la negligencia y el abandono en que vivían las poblaciones castellanas». Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 20.

total, según la cual se suponía que el gobierno podía reclutar uno de cada cinco hombres en edad militar. En 1803 la provincia contribuyó con 800 hombres, y en 1806-07 con otros 1.498, la única «contribución de sangre» hecha por Navarra al esfuerzo militar español en el período de preguerra. Una vez más, cualquier amenaza de sus fueros, viniese ésta de Madrid o de París, encontraba, casi con toda probabilidad, una enconada resistencia.

Uno de los privilegios más valorados de Navarra era su frontera aduanera separada. En el resto de España los Borbones habían creado un mercado único y nacional, y habían restringido la importación de bienes manufacturados acabados y la exportación de materias primas en un intento de incentivar el desarrollo industrial. Sin embargo, Navarra controlaba sus propias aduanas y estaba exenta de tales restricciones. Miles de navarros dependían de la venta a Francia de materias primas, especialmente lana. Muchísimos más hicieron fortuna importando productos acabados de Francia y reexportándolos (ilegalmente) a Castilla y Aragón. La exportación de lana era particularmente importante para los monasterios de la Montaña que disfrutaban de un poder enorme en las Cortes y en la Diputación, y que podían vetar cualquier propuesta de cambio constitucional. Los transportistas dependían del comercio terrestre, mientras que los consumidores en general se beneficiaban de las manufacturas francesas más baratas. La ciudad de Pamplona, bien representada en las Cortes y en la Diputación, era uno de los mayores centros comerciales de bienes franceses en España y se oponía a toda reforma que afectase a la frontera aduanera. En definitiva, todo el gobierno foral creció engordado por sus ingresos arancelarios, por lo que no deseaba perderlos[4]. En resumen, en Navarra existían poderosos intereses preparados para defenderse de cualquier amenaza contra

[4] Incluso durante la guerra, el gobierno de ocupación recibía 3.000.000 de reales al año en concepto de tarifas aduaneras y esperaba aumentar la cantidad a 6.000.000 de reales cuando se lograse establecer la paz. «Estado de la totalidad de rentas fijas del Govierno del Reino de Navarra», AGN, Estadística, legajo 49, car. 19.

el derecho foral a un sistema aduanero separado. Por lo tanto, los Borbones evitaron amenazar este aspecto de la constitución foral[5].

Los que más se beneficiaron del sistema aduanero separado fueron los navarros que se dedicaban al tránsito ilegal de productos franceses a España. Aunque resulte imposible contabilizar con exactitud el número de personas que se ganaba la vida con el contrabando debido a la falta de documentación, éste era probablemente más elevado que el de cualquier otra provincia española, a juzgar por los registros policiales y las observaciones de los contemporáneos. Uno de los efectos del contrabando era la extensa disponibilidad de armas, aunque ésta también estuviera relacionada con la persistente importancia económica de la caza en la Montaña. A principios del siglo XIX, Navarra tenía más fusiles per cápita que cualquier otra provincia. La disponibilidad de armas también tenía efectos sobre la ratio de crímenes, la cual era más alta en Navarra que en cualquier otra provincia a excepción de Madrid y Logroño. En efecto, en las regiones fronterizas de Navarra, tales como Roncal y Salazar, dominaba un clima de frontera en donde una gran parte de la población llevaba armas de fuego y vivía fuera de la ley, contrabandeando o estableciendo relaciones económicas con contrabandistas. La posesión de armas ligeras y el hábito de estar fue-

[5] La excepción demuestra una vez más lo importante que para los navarros era el sistema de aduanas separado. En 1717 los Borbones habían intentado extender las aduanas españolas hasta los Pirineos. Sin embargo, en muy pocos años, a medida que el acoso de los oficiales aduaneros del rey alcanzaba proporciones de guerra y el contrabando absorbía el comercio antes legítimo, la defensa de las oficinas aduaneras a lo largo de la frontera pirenaica de Navarra comenzó a costar más dinero de lo que aquéllas podían recabar. En 1722 Madrid admitió la derrota y devolvió la dirección a los navarros, haciendo retroceder la frontera aduanera española hasta el río Ebro. Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. 24. La seducción de comercio ilegal era tan fuerte que ni la guerra pudo destruirla. En 1793 el gobierno español, en guerra contra Francia, no fue capaz de impedir que los navarros comerciasen con el enemigo. APN, Tudela, Guesca y Alfaro. Tampoco el régimen napoleónico pudo suprimir en Navarra el comercio ilegal con Francia. Los guerrilleros conseguían incluso plomo y azufre a través de la frontera. Antonio Pérez Goyena, *Ensayo de bibliografía navarra*, vol. 6, pp. 226, 251. Sobre las adquisiciones de la guerrilla en tiempo de guerra a través de mercaderes franceses, véase Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 204-05.

ra de la ley fueron recursos importantes de la resistencia guerrillera tras 1808, cuando se comenzó a identificar el estar al margen de la ley con ser un patriota. Sin embargo, la presencia de «ilegales» en una partida no tenía por qué acabar en bandolerismo. En el ejército guerrillero de Navarra, los contrabandistas actuaron como soldados, guías e, irónicamente, como oficiales de aduanas al servicio de Mina [6].

Así pues, la constitución foral no sólo daba poder a los navarros, sino que también les aportaba algo digno de ser defendido. Además, el gobierno foral se aseguró su propia popularidad mediante una legislación específica para controlar los precios y el comercio. Entre otras cosas, Pamplona limitaba la extracción de granos y otros productos de primera necesidad de Navarra. Cuando en España caían las cosechas, los productores navarros se veían muy presionados para exportar cereales a Castilla y Aragón, donde la escasez era generalmente más dura, lo que provocaba una alza de precios superior a la de Navarra. Sin embargo, la Diputación prohibía la exportación de granos durante los años de malas cosechas, favoreciendo consecuentemente a los consumidores frente a los grandes productores de la Ribera [7]. En este sentido, el gobierno actuó cerrando la puerta al espíritu adquisitivo de los propietarios de la tierra y de los mercaderes que

[6] Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra*, pp. 73, 93-94; Madoz, *Diccionario geográfico*, vol. 12, pp. 68-70; Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 15-16. En segunda posición, detrás de Navarra, en importancia del contrabando y disponibilidad de armas estaba Málaga, asimismo una región montañosa «fronteriza» (cuya frontera era la línea costera mediterránea, estrechamente controlada). No fue una coincidencia que Málaga se convirtiera en una de las pocas áreas meridionales que produjo una fuerza guerrillera efectiva. Logroño fue también un centro de contrabando, ya que los bienes conducidos a través de Navarra entraban en Castilla generalmente por allí.

[7] En el período 1803-1805, la escasez y los altos precios de Castilla tentaron a muchos productores navarros a contravenir la ley sobre exportación de granos. Cuando se descubrió a los mercaderes de granos culpables, la situación se convirtió en un problema nacional que requirió la redacción de un decreto real que obligase al gobierno de Navarra a perdonar a los culpables y permitiese el comercio de grano en momentos de escasez. Sin embargo, los navarros tardaron dos años en admitir la autoridad del rey en este asunto y en cumplir el decreto. Pérez Goyena, *Ensayo de bibliografía*, vol. 6, pp. 138-39.

podían haber exprimido en tiempos de escasez a los consumidores, tanto de Navarra como del resto de España.

Los gobiernos locales también podían controlar el precio de los productos de primera necesidad. En momentos de escasez fijaban los precios localmente. Utilizaban los fondos públicos para adquirir cereales del exterior y prohibían a los productores locales que hubieran tenido buenas cosechas la venta de grano fuera de la Comunidad [8]. Tales controles sobre la industria y el comercio fueron una constante fuente de irritación para los grandes propietarios y mercaderes de la Ribera, los cuales consideraban que el futuro de Navarra estaba en la agricultura de exportación [9]. Sin embargo, tales medidas también garantizaban la posición económica de los pequeños cultivadores y trabajadores sin tierra, lo que aseguraba la popularidad del gobierno foral entre la mayoría del pueblo.

Además de las ventajas materiales que ofrecían, los fueros también contaban en Navarra con un fuerte atractivo emocional. En teoría tenían pocos detractores. Incluso aquellos ribereños a quienes les hubiera gustado contar con un mercado de granos liberalizado y con la apertura del comercio con Castilla y Aragón, coincidían con el pequeño cultivador de la Montaña en el valor de las exenciones de los impuestos regios. Igualmente importante, los navarros creían que la constitución de Navarra, según la cual el rey gobernaba por contrato con el pueblo navarro, era un modelo para toda España. Los navarros estaban orgullosos de este hecho. En 1811 un representante navarro en Cádiz ensalzó la constitución de Navarra como la encarnación de la soberanía popular perdida en el resto de España desde los tiempos de los Habsburgos. Todo lo que Castilla y Aragón tenían que hacer era reclamar lo que los navarros nunca habían perdido, su derecho natural y legítimo al autogobierno [10]. En realidad, la alardeada

[8] APN, Tudela, Guesca y Alfaro, 1789.

[9] Véase, por ejemplo, el informe del marqués de San Adrián, uno de los mayores y más descontentos propietarios del valle del Ebro. Rodríguez Garraiza, *Tensiones de Navarra*, pp. 109-11.

[10] Informe de Ramón Giraldo y Arquellada, en Rodríguez Garraiza, ibíd., p. 41.

soberanía del pueblo navarro no iba muy lejos. A pesar de todo, lo que ocurría era que el pueblo creía en la idea de una soberanía navarra. En la guerra contra Francia, los navarros tenían más que defender que otros españoles ya que, entre otras cosas, estaban combatiendo por un antiguo y practicado gobierno constitucional.

La intensidad de la cuestión foral de Navarra nunca fue completamente comprendida por Francia. El impulso centralizador de la Ilustración francesa, que los historiadores solían considerar progresista, creó una gran presión en el imperio a favor de la abolición de todos los privilegios y diferencias regionales. Cuando en la primavera de 1808 corrió la noticia de que los franceses habían hecho planes para Navarra y que iban a abolir con toda seguridad el sistema foral, la reacción de los líderes navarros fue inmediata. Miguel Izquierdo escribió a Madrid en la primavera de 1808 describiendo el horror que sentirían los navarros si llegaban a perder sus libertades tradicionales [11]. Los consejeros de José Bonaparte le advirtieron de que Navarra se alzaría en armas si sus fueros resultaban amenazados. En 1810 Miguel Azanza, navarro y miembro más importante del séquito de José, llegó incluso a realizar un viaje especial a París, en parte para advertir a Napoleón contra la consumación de su plan para hacer de Navarra otro departamento francés. En la guerra con Francia, donde los combatientes lucharon impulsados por una serie de complejas razones personales, religiosas y políticas, es difícil separar y asignar valores a los diferentes factores de motivación. La turbación que mostraron los «colaboracionistas» españoles ante el plan francés para abolir los fueros pone de manifiesto, sin embargo, la influencia que la cuestión foral y regional tenía entre los navarros [12].

[11] Escoiquiz, *Idea sencilla*, p. 25.

[12] La trayectoria posterior de Navarra durante las Guerras Carlistas, una vez que la defensa del foralismo se hubo convertido en trasfondo del movimiento junto a los objetivos religiosos y dinásticos, también puede considerarse como una muestra de la fuerza del sentimiento regional. Véase Evarist Olcina, *El carlismo y las autonomías regionales*.

2. *Gobierno municipal y economía moral*

Al amparo de la constitución foral, los municipios de la Montaña fueron sorprendentemente democráticos y poderosos. Lo que también resultó ser una fuente de enorme fuerza para las guerrillas. En la Montaña era el concejo comunitario, abierto a todas las cabezas de familia, el que ejercía el gobierno municipal. Los cargos municipales rotaban entre los miembros del concejo, de tal forma que a la larga todas las cabezas de familia participaban directamente en el gobierno. En Echauri, donde se elegían un tesorero y tres regidores cada año, 28 hombres cubrieron las 32 cargos posibles entre 1793 y 1800, lo que ejemplifica el principio rotativo de gobierno de la Montaña [13]. Entre estos 28 individuos se incluían hombres relativamente ricos, como Francisco Jauregui, propietario de uno de los mayores rebaños de ovejas del valle, y el rico labrador Bavil Armendáriz, quien poseía doce casas en la villa de Echauri; sin embargo, también se encontraban campesinos con medios más humildes, como Gabriel Irujo que poseía una pequeña casa y cuya cabaña ganadera se reducía a dos cabras [14].

Madrid, en un intento de conseguir mayor control sobre Navarra, había pretendido echar abajo este sistema, presionando por la abolición de las elecciones abiertas en favor de una selección azarosa entre un grupo selecto de hombres cualificados por su propiedad para poder acceder al cargo [15]. Con esta reforma Madrid pretendía crear oligarquías municipales que pudieran ser manejadas con mayor facilidad. El sistema ya había sido adoptado en la mayoría de Castilla y Aragón; sin embargo, en Navarra la tenaz resistencia del gobierno foral redujo la insaculación a las grandes ciudades. Así, la mayor parte de la Ribera siguió el nue-

[13] APN, Pamplona, Velaz, legajos 81-84.

[14] APN, Pamplona, Velaz, legajo 89, núms. 10, 51.

[15] Anes, *El antiguo régimen*, pp. 321-23. Bajo el sistema de insaculación, sólo los hombres de más de veinticinco años con 1.650 reales de renta anual podían ser elegidos para el cargo de alcalde, y para ser candidatos a regidor debían tener 660. Los nombres de los candidatos se introducían en un sombrero y se extraían al azar.

vo procedimiento, lo que hizo que los gobiernos por la veintena o concejos de 20 oligarcas se convirtiesen en norma en lugares como Tudela y Corella. Las elites locales, por tanto, dominaban el proceso político de la Ribera. La Montaña, por el contrario, preservó la totalidad de sus gobiernos locales democráticos a excepción de las ciudades más grandes [16].

Los gobiernos municipales tuvieron un gran poder bajo el régimen virreinal vigente hasta 1808. Los municipios fijaban los salarios y los precios. Eran responsables de los servicios más esenciales, que incluían la molienda de harina y el abasto de bienes básicos, así como de los caminos, las escuelas y del cumplimiento de las ordenanzas locales. La forma de gestión de los servicios por parte del gobierno local pone de manifiesto la supervivencia de una «economía moral» en la Montaña. Los contratos efectuados con los panaderos, molineros, taberneros o cualquiera de los otros artesanos locales eran documentos legales extensos y detallados que demuestran cómo las ciudades y villas podían constreñir los impulsos adquisitivos de sus vecinos.

A los taberneros, por ejemplo, solo se les permitía por contrato un nivel de beneficios fijado por la costumbre. Pagaban a la comunidad por el derecho de comerciar, y no podían abandonar sus deberes durante el período de vigencia del contrato a no ser que satisfacieran fuertes multas. El privilegio y el deber eran partes integrales de cualquier negocio. En los días de fiesta y de vacaciones, la comunidad debía poder comprar vino sin que éste estuviera cargado con ningún beneficio. La calidad del producto estaba fuertemente controlada y el uso de uvas o vino de fuera de la comunidad estaba prohibido mientras no se hubiera consumido la producción local. Al mismo tiempo, al tabernero se le ase-

[16] El objetivo borbónico al promocionar estos cambios era conseguir controlar las enormes propiedades que todavía estaban en posesión de comunidades. En el siglo XIX, a esta seria ofensiva gubernamental contra la autonomía municipal se sumaría el embargo de tierras municipales y comunales en toda España. No obstante, Navarra resistió a tales confiscaciones. Por consiguiente, la mitad de la tierra en Navarra sigue siendo hoy en día propiedad de las comunidades. Gómez Chaparro, *La desamortización civil.*

guraba que ningún competidor pudiera vender vino en la comunidad. De este modo, se consideraba que el tabernero era proveedor de servicios a la comunidad más que un mercader. Su esfera de iniciativa individual estaba extremadamente limitada, pero al menos se le aseguraba una buena posición. En efecto, la sociedad cerrada de la Montaña proporcionaba a los individuos seguridad en lugar de oportunidad.

El conjunto de poderes que tenían los municipios era verdaderamente sorprendente. Los gobiernos locales elegían a sus sacerdotes y acordaban sus salarios. Controlaban el asentamiento y la residencia dentro de las fronteras municipales, denegaban privilegios comunales a quienes consideraban que podían alterar la comunidad. Asignaban el presupuesto fiscal comunicado por la Diputación y gestionaban el reclutamiento militar localmente. Regulaban los cultivos y las cosechas, se ocupaban de los conflictos locales, y controlaban celosamente las posibilidades de libre entrada en la villa de los viajeros, especialmente de vagabundos, gitanos u otros forasteros [17].

Estos amplios poderes eran posibles gracias a los voluminosos recursos financieros disponibles por los municipios. El primer grupo de ingresos lo constituía las rentas del concejo. Los gobiernos locales subastaban algunos servicios y propiedades comunitarias mediante un procedimiento que había cambiado muy poco durante generaciones. En Echauri éstos incluían el molino, la panadería, la pescadería, la carnicería, la posada, la taberna y una concesión de pesca en el río Arga. Cuando llegaba el momento de renovar la licencia, el municipio lo comunicaba a todas las villas del valle de Echauri. La subasta duraba el tiempo que tardasen en consumirse tres velas. En cada nueva puja, el precio de los servicios aumentaba un ducado (once reales). Como resultado, el ingreso por rentas de la villa podía variar ampliamente de un año para otro. En la primera década del siglo XIX, Echauri consiguió un mínimo de entre 1.000 y 1.200 reales anuales procedentes de

[17] Las pruebas de todas estas prácticas abundan en los archivos notariales de Echauri y Ibargoiti. APN, Pamplona, Velaz y Peralta.

estas rentas [18]. Las ciudades más grandes proporcionaban muchos más servicios. Corella arrendaba concesiones de venta de aceite de oliva, sal, judías, licor y embutidos. La ciudad consiguió casi 24.000 reales anuales procedentes de tales recursos durante la década anterior a la invasión francesa, y otros 1.500 a 2.000 reales del valor del trigo procedente de la renta en especie de tres molinos harineros [19].

El segundo tipo de recursos lo constituían las tierras del municipio. Echauri arrendaba tierra para pagar el salario del sacerdote, apartaba ciertos pastos para que el carnicero alimentase a su ganado, y arrendaba otras propiedades para sufragar sus gastos ordinarios. Un último recurso eran las extensas tierras comunales. En la Montaña era todavía la comunidad la que normalmente explotaba estas tierras, por lo general para pastos o leña, aunque los gobiernos municipales a veces arrendaban temporalmente trozos a individuos como medio para conseguir fondos extra [20]. Los extensos comunales de la Montaña ayudaban a preservar a los miembros más pobres de la comunidad de la indigencia, ya que podían mantener unos pocos animales sin tener pastos propios. En la Ribera, por el contrario, los municipios habitualmente arrendaban los comunales, por lo que su explotación comunitaria había caído en desuso. Los pobres de la Ribera, por tanto, dependían completamente de sus salarios [21].

La estructura democrática del gobierno municipal de la Montaña afectaba naturalmente a las decisiones sobre la extracción y la asignación de fondos, y sobre asuntos tan cruciales como el reclutamiento y el uso de los comunales. En 1807 la Diputación

[18] APN, Pamplona, Velaz.

[19] APN, Tudela, Guesca y Alfaro, Laquidáin, Renault.

[20] En algunas ciudades de los Pirineos toda la tierra era considerada comunal y tenía que ser dividida anualmente o binualmente en lotes entre todos los vecinos.

[21] Corella arrendaba 253 propiedades separadas en sus comunales en 1819, generalmente por una cantidad de trigo. Sin embargo, estas cantidades eran tan pequeñas que la renta total casi sólo alcanzaba los 2.000 reales. En la Ribera el valor de los comunales era por lo general bajo, porque el clima seco hacía que la mayoría de esas tierras no fueran más que un secarral. «Razón de los sugetos que han renovado Censos perpetuos», AMC, 28 de junio de 1819.

accedió finalmente a reclutar soldados en Navarra tras un prolongado conflicto con Madrid sobre el asunto. Las comunidades se reservaron el derecho de pagar por la exención de este requerimiento, y generalmente consiguieron el dinero a través de un impuesto de capitación. Al valle de Echauri le correspondió un cupo de 30 individuos [22]. Todas las villas de Echauri acordaron que tal leva estaba fuera de lugar, puesto que allí no había vagabundos que incorporar en el servicio [23]. En cambio, Echauri consiguió los 15.000 reales necesarios para comprar la exención del servicio militar. El gobierno obtuvo el dinero fiscalizando a la población masculina adulta, tomando un anticipo de la parroquia y utilizando los excedentes de sus fondos municipales [24]. Finalmente, el valle no consiguió reunir la cantidad requerida, por lo que se supone que debieron escoger dos jóvenes al azar para su alistamiento en el ejército (si bien no existe prueba alguna de que esto se realizara) [25]. Por contra, la ciudad de Corella, gobernada por un grupo cerrado de familias nobles, no consideró apropiado pagar por la exención del alistamiento militar. La alegación más común de la ciudad fue que en los límites de la ciudad existía un excedente de trabajadores y un gran número de vagabundos indigentes. Corella incentivó incluso a sus jóvenes para que se alistasen: más del 10 por ciento de las fuerzas armadas extraídas de Navarra procedió de Corella, la cual contribuyó a la defensa de España con mucho más de la quinta parte de su población en edad militar [26].

En tiempos de crisis de subsistencia, la estructura democrática del gobierno local de la Montaña contenía los impulsos codiciosos y limitaba la severidad de aquellas crisis. En 1789 hubo una carestía de cereales en el valle de Echauri, como en toda España.

[22] Este procedimiento fue seguido en Monreal, en el valle de Elorz y en el valle de Ibargoiti, hogar de Mina. APN, Pamplona, Peralta, legajo 54, núms. 54, 57, 90.
[23] APN, Pamplona, Velaz, legajo 87, núm. 88.
[24] La villa de Echauri tenía 1.400 reales propios. Los fondos de otras villas debían ser menores, aunque se desconocen las cantidades con las que contribuyeron.
[25] APN, Pamplona, Velaz, legajo 87, núm. 55.
[26] «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3.

Se reunió una junta formada por todos los regidores del valle a fin de resolver el problema comprando trigo y maíz con recursos locales e incluso foráneos, a través del puerto de San Sebastián. La compra y el transporte del grano desde el puerto fue gestionada por un residente en Pamplona al que se ordenó que ofreciera 17 reales por robo de trigo, precio muy por encima del de un año normal. El precio del grano subió todavía más como consecuencia del coste de transporte y los salarios que hubieron de pagarse al agente de compra. Finalmente, el coste por robo llego a sobrepasar los 22 reales, de los cuales el municipio pagó el 47 por ciento con las rentas de la ciudad. El precio final para la población de Echauri fue sólo de 12 reales, un poco más elevado que el alcanzado en un año normal[27].

Por el contrario, en la Ribera los mercaderes, en contra de los deseos del gobierno foral, a menudo conseguían exportar grano a Castilla, aun cuando en Navarra las cosechas hubieran sido malas[28]. Aunque se pudiera reservar cierta cantidad de grano con fines asistenciales, la mayoría del tiempo la migración estacional de trabajadores desde la Ribera a las ciudades de Aragón y Castilla mitigaba las responsabilidades del gobierno municipal hacia los desempleados[29]. Los franceses consiguieron acceder al trigo de la Ribera simplemente dominando las elites comerciales y políticas que con frecuencia estaban dispuestas a cooperar. Los ribereños pobres y sin tierra, por el contrario, no tenían ninguna razón para defender una constitución que no hacía nada por ellos. Existían pocas probabilidades para que los ribereños, desmovilizados y privados del derecho al voto a nivel municipal y provincial bajo el régimen foral, se levantasen en apoyo de tal sistema. Aunque, como veremos, hubo algunos jóvenes de la Ribera que se unieron al movimiento de resistencia, especialmente en el verano de 1808 y tras mayo de 1812, fue la Montaña la que con-

[27] APN, Pamplona, Velaz, legajo 79, núm. 21.
[28] Pérez Goyena, *Ensayo de bibliografía*, pp. 138-39.
[29] APN, Tudela, Guesca y Alfaro, 1793; «Interrogatorio político», AMC, legajo 81, núm. 3.

tribuyó con la vasta mayoría de los hombres y pertrechos al ejército guerrillero.

En la Montaña los fueros fueron de gran utilidad y motivaron al pueblo para defender Navarra contra Francia. Al mismo tiempo, las instituciones democráticas forales y municipales dieron poder y movilizaron a los montañeros, y se convirtieron en un nuevo obstáculo para la ocupación francesa. La presión de las imposiciones francesas, más que a dividir, tendió a unir a la gente de la Montaña, la cual consiguió satisfacer los impuestos consensuadamente, antes que por la fuerza, y retrasar la extracción de granos y animales a través de su control sobre la administración local. De este modo, los fueros motivaron y movilizaron a la población de la Montaña. Además, bajo la ley foral, la Montaña había desarrollado algunos arbitrios especiales con los que combatir al francés. Los montañeros estaban muy bien armados, no sólo porque la caza siguiera siendo un derecho común y no un privilegio nobiliario, sino también porque los contrabandistas utilizaban las armas contra los agentes fiscales del Estado. Conocían los pasos secretos para escapar de los soldados y policías del rey, y sabían construir barcas y balsas para cruzar el río Ebro. Todos estos recursos de la Montaña estarían dispuestos contra los franceses una vez que el ejército español fue destruido por Napoleón en el otoño e invierno de 1808-1809.

CAPÍTULO 7

EL RENACIMIENTO DE LA GUERRA DE GUERRILLAS EN NAVARRA

1. *Javier Mina*

La guerra de guerrillas reapareció en Navarra en 1809, una vez que la resistencia en Aragón se hubo derrumbado y se permitiese que las fuerzas navarras que combatían allí regresaran a Navarra. Zaragoza capituló el 23 de febrero y el 21 de marzo los franceses tomaron la fortaleza de Jaca, eliminando a la última fuerza regular que quedaba a kilómetros de distancia de Navarra. La noche anterior a la caída de Jaca, un grupo de voluntarios navarros escapó saltando sus murallas. Entre los huidos se encontraba un soldado recién reclutado llamado Francisco Espoz e Ilundáin, el futuro Espoz y Mina. En Jaca y en Zaragoza hombres como Mina habían aprendido a utilizar las armas, a cargar y a disparar con sólo contar hasta doce, y a hacer frente al enemigo. Ahora regresaban a Navarra para convertirse en la base de un nuevo movimiento guerrillero [1].

[1] A menos que se indique lo contrario, se ha reconstruido la historia de este período a partir del «Resumen histórico del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; la «Relación de las operaciones militares del tercer regimiento», AGN, Gue-

Pronto surgieron docenas de pequeñas bandas que vagaban por el campo, una veces atacando a los franceses rezagados y otras a los correos, aunque la mayoría del tiempo mostraron escasa resistencia a la ocupación. En el extremo norte, el cura de Valcarlos tenía una pequeña cuadrilla de seguidores. En Baztán, Antonio Zabaleta operaba con una banda que vagaba tan al sur como Estella. Las bandas a las órdenes de Sarto, Fidalgo, Marcaláin, Juan Ochotorena, Manuel Gurrea, Félix Sarasa, Juan de Villanueva, Vicente Carrasco, Pascual Echeverría y del sacerdote Hermenegildo Garcés de los Fayos eran sólo algunas de las otras guerrillas que acosaban a los franceses. A pesar de todo, ninguna de estas bandas fue lo suficientemente numerosa como para tener gran efectividad. Y algunas estaban incurriendo en el error de Eguaguirre, perdiendo adeptos antes que ganarlos. Otras empezaron a actuar como los hombres de Temprano, eludiendo el enfrentamiento con los franceses y dedicándose, por el contrario, a robar a civiles españoles.

Lo que Navarra necesitaba era un mando unificado que impusiese disciplina entre los guerrilleros. La Junta Central intentó conseguirlo nombrando al cura de Ujué, Casimiro Javier de Miguel e Irujo, para que organizase Navarra. Miguel había salvado Ujué de las tropas francesas en junio de 1808 y había ayudado a Gil en julio. En 1809, con la ayuda del cura de Alaiz y el de Lárraga, estableció una red de agentes de inteligencia (que con frecuencia también eran sacerdotes) en Pamplona, Zaragoza, París, Bayona y en villas situadas a ambos lado de la frontera estatal. El sistema de espionaje de Miguel contaba con la ventaja de la lengua vasca, común a los campesinos de ambos lados de los Pirineos. Se decía que Miguel sabía a la medianoche de cada día todo lo que se había dicho la noche anterior en la mesa del general D'Agoult, gobernador militar francés de Pamplona.

rra, legajo 17, car. 51; la «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21; la «Relación de Ujué», AGN, Guerra, legajo 21, car. 22; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*; y Espoz y Mina, *Memorias*.

Miguel no era, sin embargo, una buena alternativa para dirigir la resistencia. No consiguió inspirar a otros a combatir, porque él mismo no participó en la lucha. Por algún tiempo, dio la impresión de que los roncaleses podían proporcionar el liderato militar que Miguel no tenía. A finales de 1808, los hermanos Gambra ya tenían formada en el valle del Roncal una banda de casi 50 hombres que se enfrentó a los franceses en algunas ocasiones y que incluso puso en fuga a una pequeña guarnición emplazada en Aoiz. En marzo de 1809, los roncaleses atacaron un convoy francés con prisioneros procedente de Zaragoza con destino a su internamiento en Francia. Entre los hombres que liberaron había navarros capturados en Aragón, y entre ellos el recientemente nombrado brigadier general, Mariano Renovales. Renovales tomó a su cargo la banda de Gambra, que experimentó un espectacular crecimiento en Roncal. Su ejército de campesinos aisló el valle del resto de Navarra, rechazando sucesivas invasiones francesas e infligiéndoles más de 1.000 bajas. En julio los franceses situados en Pamplona hicieron una tregua con Roncal, prometiendo abandonar el valle a cambio de una contribución de ovejas y un juramento de no beligerancia[2]. Tras defender con éxito su valle, los roncaleses perdieron su interés en extender la guerra contra los franceses en el resto de Navarra, de la misma forma que los guerrilleros de Galicia, los cuales se negaron a luchar en otros lugares de España. La tarea de crear un amplio movimiento fue encomendada a Javier Mina, el joven pariente del más famoso Espoz y Mina.

Martín Javier Mina y Larrea era hijo de unos prósperos labradores que vivían en Otano, un pequeña villa situada a los pies de la Sierra de Alaiz, a medio camino entre Ujué y Pamplona. Cuando los franceses tomaron la ciudadela, Javier era un seminarista de dieciocho años de edad que acababa de trasladarse a estudiar de Pamplona a Zaragoza. Javier se había declarado, como otros estudiantes, en favor de Fernando cuando le llegó la noticia

[2] José Miranda Rubio, *La Guerra de la Independencia en Navarra*, p. 84; Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 34-41.

del golpe de Aranjuez. Tras participar en el levantamiento de Zaragoza, Javier regresó a Navarra y comenzó a trabajar como espía para Miguel. En el otoño e invierno de 1808, Javier se unió a la resistencia de Aragón, y en febrero de 1809 asistió a la tragedia final de Zaragoza desde los cerros situados a las afueras de la ciudad. De regreso a Navarra, Javier se unió a un pequeño grupo de buenos amigos en Pamplona y decidió intentar unificar, bajo su autoridad, algunas de las bandas guerrilleras existentes. En agosto ya estaba a la cabeza de su propio corso terrestre[3].

Entre los seguidores iniciales de Javier Mina se encontraba Félix Sarasa, un campesino hidalgo procedente de una villa situada a las afueras de Pamplona y «el vascongado más cerrado que había existido en Navarra». Sarasa no sabía ni escribir ni leer ni hablar castellano, pero en las villas vascas alrededor de la capital era conocido por ser un astuto mercader que nunca perdía la oportunidad de vender los productos de su extensa explotación agrícola en cualquier mercado y feria. Sarasa asumió con el tiempo el control de las operaciones aduaneras establecido por Espoz y Mina en 1810[4].

Junto a Javier Mina se encontraba también Lucas Górriz, que sería comandante de regimiento bajo las órdenes de Espoz y Mina, y su hermano José, a la cabeza del erario de la División de Navarra, una vez más a pesar de su incapacidad para leer. El mismo Espoz y Mina, cuyo lugar de origen, Idocín, estaba a pocos kilómetros al este de Otano y que, por tanto, estaba en estrecho contacto con su sobrino en el verano de 1809, también fue seguidor de Javier desde el primer día. Espoz y Mina recordaría posteriormente a este grupo con cierta nostalgia: Lucas Górriz

[3] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 67. El padre de Javier Mina era un hombre de cierta consideración a nivel local, a juzgar por su prominencia política (fue diputado por Otano en las asambleas del valle) y su riqueza. En 1802 el viejo Mina decidió asumir la considerable deuda de María Teresa de Ilundáin, madre de Espoz y Mina; en 1807 compró una obra pía confiscada y vendida por el Estado; y durante la guerra, el viejo Mina prestó grano a diferentes individuos y comunidades. En efecto, el padre de Javier parece haber sido uno de los beneficiarios de la guerra. APN, Pamplona, Peralta, legajo 51, núm. 11, 143; legajo 54, núm. 53, 54, 63.

[4] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 20.

murió en acción durante la guerra; José Górriz fue fusilado por las fuerzas de la Restauración por defender la Constitución de 1812; Sarasa fue encarcelado por la Restauración entre 1816 y 1820, perdió su fortuna y vio a sus hijos reducidos a la pobreza. Mina fue capturado por los franceses en 1810, encarcelado en Francia hasta el final de la guerra, exiliado por la Restauración y, finalmente, asesinado mientras combatía en México. Espoz y Mina fue condenado por la Restauración a pasar un tercio de su vida en el exilio, aunque su reputación, a diferencia de las de los otros cuatro, fue finalmente rehabilitada. En el verano de 1809, estos hombres, tres de los cuales no conocían más que el uso del arado, la laya o la podadera, se embarcaron en una aventura que durante cierto tiempo les daría un poder casi absoluto sobre Navarra.

Javier Mina prometió ocho reales diarios a cada voluntario en concepto de salario, mucho más que el real que Gil o Eguaguirre habían ofrecido en años anteriores. Estos sueldos se sufragaban con los diezmos que el corso se apropiaba donde quiera que fuere, lo que demuestra lo poco que los guerrilleros estaban motivados por el deseo de defender la propiedad de la Iglesia contra los «ateos» franceses. A los soldados también se les prometieron raciones diarias de pan, carne y vino y el derecho de beneficiarse del botín y del rescate de prisioneros. En cada pueblo y ciudad de Navarra, Javier y el cura de Ujué elegían espías, con frecuencia el párroco o el alcalde, que recibían salarios regulares, de igual forma que los mismos voluntarios.

El 7 de agosto de 1809, con sólo doce hombres, el corso emprendió su primera acción al capturar diez artilleros franceses lo suficientemente ingenuos para viajar solos por el camino que iba de Tafalla a Pamplona. Con las armas capturadas, Javier dobló el número de seguidores. A finales de mes, tras incorporar a algunas de las bandas más pequeñas de Monreal, a mitad de camino entre Idocín y Otano, Javier ya estaba a la cabeza de casi 200 voluntarios.

Al principio, las actividades de Javier se centraron en capturar convoyes y pequeños destacamentos. Los guerrilleros se desplaza-

ban de un extremo a otro de Navarra a fin de conseguir armas, municiones, caballos y dinero. A principios de septiembre, el corso se apropió de sesenta mulas procedentes del acuartelamiento de Puente la Reina, situado al suroeste de la capital. A mitad de mes, ahora con 300 hombres, Javier dirigió sus operaciones a la región de Irún, donde capturó un convoy que transportaba prisioneros de guerra españoles hacia Francia. Algunos de estos prisioneros se unieron al corso y, con este mayor número de fuerzas, Javier regresó a su tierra en el este de Pamplona. Allí algunos de los hombres de Roncal rompieron su armisticio con los franceses, y se unieron al corso. Entre estos nuevos reclutas se encontraba Gregorio Cruchaga, quien se convertiría en el segundo en el mando después de Javier.

La mayoría de las armas y los uniformes utilizados por los voluntarios en estos primeros meses fueron capturados a los franceses, aunque también Pamplona suministró ropa manufacturada en la ciudad y contrabandeada por el propietario de una funeraria, Miguel Iriarte, y el vicario del hospital, Clemente Espoz, hermano mayor de Francisco Espoz y Mina. Estos dos ocultaban los uniformes bajo los cadáveres que eran acarreados desde el hospital al cementerio, situado fuera de las murallas de la ciudad. Luego llevaban la ropa a Badostáin, una villa ubicada al este de Pamplona, donde su párroco, Andrés Martín, que se convertiría en el primer historiador de la División de Navarra, se aseguraba de que fuera repartida entre los guerrilleros. Estos detalles son relevantes porque con frecuencia las fuentes inglesas y francesas asumen que las guerrillas fueron creadas y mantenidas con el dinero y pertrechos ingleses. En Navarra, el mayor centro de la guerra de guerrillas, nunca se dio el caso.

Las monturas eran más difíciles de conseguir. Las reglas no escritas de la guerra de guerrillas sostenían que cualquier soldado a pie que pudiera procurarse un caballo entraba automáticamente en la caballería. Los guerrilleros se convirtieron en ladrones consumados de los caballos que robaban a los franceses, entre sí o a ciudadanos privados. Tras penetrar en el valle de Aézcoa en octu-

bre, el corso «liberó» 85 caballos [5]. Esta nueva aportación de bestias aumentó la fuerza de caballería a casi 100 hombres que se sumaron a los 300 infantes que estaban a las órdenes de Javier. A finales de octubre el corso regresó a las regiones del sur y este de Pamplona. Allí, los guerrilleros se apoderaron de un convoy de municiones, capturaron a un agente de correos y hicieron 37 prisioneros franceses. Éstos fueron conducidos, como siempre, por caminos secretos a Lérida, y desde allí a Valencia, bastión de la resistencia de la España sudoriental.

La vieja Diputación, ahora escondida fuera de Navarra, reaccionó con horror ante los logros de Javier. Los diputados se quejaron de que bandas de campesinos armados, que se denominaban a sí mismas guerrillas, habían entrado en Navarra y habían violado e insultado a gente distinguida. Las así llamadas guerrillas comprometían a las ciudades navarras y a sus oficiales, y esto provocaba la represalia francesa y la desmoralización de los líderes locales. Peor aún, a los ojos de los antiguos gobernadores de Navarra, estas bandas guerrilleras habían comenzado a requisitar bienes, algo intolerable en un campesino. Los diputados consideraban que los guerrilleros no eran más que bandidos, y pronosticaron su destrucción en manos francesas [6].

La actitud de la Diputación hacia los insurgentes pone de manifiesto los límites del ardor y de la imaginación revolucionaria de los diputados. Sus principales preocupaciones seguían siendo el mantenimiento del orden social y la protección de la propiedad privada. El gobierno depuesto, incapaz de movilizar Navarra, no comprendía con claridad la naturaleza de la guerra de guerrillas. En esto no estaban solos. Con las excepciones de Soult, Ney y otros hombres que estaban al corriente de lo que se había conseguido en Galicia, eran pocas las personas que comprendían en su totalidad la importancia de las guerrillas.

[5] Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, p. 20.

[6] Correspondencia entre la Diputación y los generales Blake y Areizaga, AGN, Guerra, legajo 17, cars. 3, 4. Petición de los delegados navarros a la Junta Central, AHN, Estado, legajo 41, núm. 78.

La mentalidad militar todavía no había aceptado que una de las condiciones esenciales del éxito de la guerra de guerrillas —en tanto que se combinase con victorias sobre las fuerzas de ocupación— era comprometer a las autoridades y elites municipales y exponerlas a la posibilidad de ser represaliadas por los franceses.

En noviembre, Javier se unió a una banda guerrillera procedente de La Rioja al mando de Cuevillas, un contrabandista y guerrillero de cierta fama en la región, con objeto de atacar a los 800 soldados franceses que estaban estacionados en Los Arcos. Ésta fue la primera acción a gran escala de las fuerzas guerrilleras en Navarra fuera de Roncal. En total, Javier comandaba casi 700 hombres reforzados por cientos de campesinos locales que utilizó para hacer retroceder a los franceses hacia Estella, tras un enconado enfrentamiento en las montañas de Sansol el 20 de noviembre. Las pérdidas francesas fueron de 50 muertos y 100 heridos, mientras que las de las guerrillas se limitaron a 8 muertos y 40 heridos, según Andrés Martín.

Las cifras de bajas procedentes de esta primera gran acción sirven para indicar la efectividad de las tácticas partisanas. Los franceses tenían dos grandes ventajas sobre las guerrillas. Contaban con una caballería efectiva y presentaban en la batalla una potencia de fuego superior, especialmente de artillería. Sin embargo, las guerrillas conseguían neutralizar estas ventajas evitando presentar batalla salvo en las circunstancias más idóneas. La primera condición para la victoria guerrillera era el propio terreno. En un campo de batalla llano, los ejércitos franceses, con su excelente caballería y artillería, eran capaces de derrotar incluso a una infantería experimentada. Sin respaldo suficiente de la caballería, sin artillería y sólo con unas pocas lanzas, fusiles y munición, si los inexpertos insurgentes resultaban atrapados en terreno abierto significaba su aniquilación instantánea. Las guerrillas, por lo tanto, atravesaban las llanuras por la noche, a la carrera y sólo cuando la situación era extrema. En las escasas ocasiones en las que guerrillas se vieron atrapadas en campo abierto, la victoria francesa fue, como veremos, inevitable.

El segundo requisito para los guerrilleros era contar en cualquier enfrentamiento con un número superior de hombres. El corso no tenía ni el entrenamiento ni las municiones suficientes para defenderse de una fuerza superior a la suya en el transcurso de una retirada prolongada y ordenada que hubiera resultado de una batalla desfavorable. Por tanto, cuando los franceses se aproximaban en grandes columnas, las guerrillas evitaban la batalla dispersándose u ocultándose en las montañas, utilizando para escapar su conocimiento del campo y la solidaridad del pueblo. Normalmente, se ordenaba el ataque sólo cuando se podía asegurar la ventaja numérica. La insurgencia tenía que contrarrestar su falta de municiones utilizando su excelente red de inteligencia y su movilidad para generar sorpresa. Se comunicaba a los insurgentes dispersos que descendieran por diferentes rutas para encontrarse en un punto acordado previamente, donde Javier esperaba que pasase algún convoy o algún destacamento francés. Los guerrilleros, superiores en número, se situaban para efectuar una emboscada, disparaban una única vez y cargaban inmediatamente sus bayonetas. Con frecuencia, se asocia el espíritu que había detrás de esta forma de lucha con el de los ejércitos franceses republicanos; no obstante, en el momento que Napoleón ocupaba Navarra, todo el ímpetu estaba del lado navarro. Por esta razón, siempre había un número desproporcionado de muertos entre las bajas francesas, y las guerrillas conseguían tomar un gran número de prisioneros al superar a sus oponentes en el combate mano a mano. Las bajas de la batalla en el lado navarro eran generalmente bajas, aunque los franceses compensaban este déficit ejecutando civiles y guerrilleros capturados, y llevando a cabo las terribles carnicerías que tenían lugar en las escasas ocasiones en las que las guerrillas eran sorprendidas por fuerzas muy superiores de enemigos a caballo en las llanuras del sur de Navarra y de Castilla.

El 28 de noviembre, poco después de la batalla de Sansol, Javier se unió de nuevo con su corso a Cuevillas y, reforzado por uno de los escuadrones de caballería de Porlier, invadió Tudela. La guarnición se refugió tras las fortificaciones, pero los tudela-

nos no fueron tan afortunados. Las indisciplinadas tropas de Javier se dedicaron a saquear la población antes de ocuparse de los franceses. Los guerrilleros se apropiaron de caballos y de un gran número de ovejas. Llenaron sus bolsillos y mochilas de dinero, plata y de cualquier cosa de valor que pudieron encontrar en las casas y se retiraron a la cercana Corella, donde se pelearon por los despojos, y, finalmente, se disolvieron. El 29 de noviembre, el general Buget —comandante de la guarnición de Tudela— asaltó Corella con su caballería y acabó con la vida de doce hombres de Javier que se habían quedado allí.

En diciembre de 1809, Javier estableció su cuartel de mando en Los Arcos, una zona montañosa al suroeste de Navarra poco frecuentada por las tropas francesas. Esta tregua dio a sus hombres el respiro necesario. El corso ascendía a casi 500 soldados de infantería y 150 de caballería, pero muchos eran nuevos reclutas que carecían de entrenamiento militar. En Los Arcos, Javier se aseguró de que recibieran una instrucción rudimentaria, organizó el corso en compañías, eligió a sus oficiales e ideó la bandera que estaría en vigor durante los siguientes cinco años. Gregorio Cruchaga fue nombrado segundo en el mando. Lorenzo Calvo, antiguo sargento de caballería, fue puesto a cargo de la infantería, y Severino Iriarte, anteriormente soldado de caballería, tomó el mando de la caballería. La fuerza de Javier pasó rápidamente de ser una pequeña e irregular formación que luchaba por sobrevivir a convertirse en un cuerpo ordenado y disciplinado, compuesto en parte de soldados dispersos y retirados, que operó, al menos parte del tiempo, bajo las órdenes de un comandante regular, el general Areizaga[7].

El descanso en Los Arcos sólo duró hasta finales de diciembre, momento en el que se inició una nueva ronda de persecuciones contra el corso. Por entonces, las fuerzas enemigas que ocupaban Navarra se habían incrementado sustancialmente. Los

[7] Areizaga era un coronel retirado que vivía en Goizueta (situada al noroeste de Navarra) cuando se produjo la invasión francesa. Se reintegró al ejército y Mina estableció contacto con él en el otoño de 1808.

franceses habían reforzado las iglesias, conventos y caseríos con robustas construcciones de terraplenes, diques y empalizadas de madera, convirtiéndolos en pequeñas fortalezas bien abastecidas. Si en abril de 1809 D'Agoult contaba con menos de 2.500 soldados en Navarra, a mediados de verano el número total ascendía a casi 4.500 a fin de contrarrestar la creciente amenaza guerrillera, y en diciembre se les unieron muchos más. Algunas de estas tropas estaban, evidentemente, dispersas en guarniciones [8]. Sin embargo, su ausencia se compensaba con la presencia de los miles de soldados del mariscal Suchet que, procedentes del exterior de Navarra, se unieron para dar caza a Javier en diciembre de 1809. En total, en enero de 1810, casi 10.000 soldados franceses estaban intentando arrinconar al elusivo corso terrestre de Javier.

Con tales fuerzas persiguiéndolo, Javier Mina comenzó el nuevo año atravesando de un lado a otro de Navarra, desde Los Arcos a Lumbier, y, desde allí, a Roncal. En lo más intrincado de las montañas, Javier se enteró de que Suchet había traído tropas procedentes de Aragón y de las guarniciones del valle del Ebro para operar conjuntamente con Harispe y D'Agoult con el objetivo de cerrar el valle de Roncal [9]. Desde el inicio de la guerra para las guerrillas siempre fue de gran ayuda evitar la persecución con sólo cruzar a la provincia vecina. Las comunicaciones eran demasiado pobres y los comandantes franceses demasiado celosos de su autonomía para emprender operaciones conjuntas. La

[8] En el verano de 1809, había guarniciones en Alsasua, Burguete, Caparroso, Espinal, Huarte, Huarte-Araquil, Irurzún, Lecumberri, Lumbier, Monreal, Orbaiceta, Pamplona, Sangüesa, Zubiri, Tafalla, Tudela, Urroz y Valtierra. Otras guarniciones que se agregaron más tarde o que, en algunos casos, reemplazaron a aquéllas fueron las de Aoiz, Argüedas, Arriba, Biscarret, Bocal, Elizondo, Estella, Fuenterrabía, Irati, Irún, Lodosa, Los Arcos, Mendigorría, Olcoz, Peralta, Puente la Reina, Roncesvalles, Santistebán, Tiebas, Urdax y Villafranca. AAT, C8, 377, 387.

[9] El general Harispe se convirtió en uno de los oponentes más determinantes y exitosos de las guerrillas a lo largo de la guerra. Era nativo de la ciudad fronteriza de Baigorry, lo que prácticamente le convertía en navarro. Al hablar vasco, consiguió ganarse la confianza de algunas de las villas de la Montaña, algo que ningún otro comandante francés pudo lograr.

persecución concertada de enero de 1810 dejó a Mina perplejo. Era la primera vez que las fuerzas francesas al mando de distintos comandantes colaboraban contra el corso. Javier escapó por poco al cerco de Roncal y cruzó con rapidez al otro extremo de Navarra, a los montes de Dicastillo, perseguido de cerca por los franceses. Finalmente, rodeado de enemigos por todas partes, Javier dispersó sus fuerzas, ocultó su armamento en las montañas y envió a la mayor parte de sus tropas a sus hogares. Unos pocos permanecieron unidos en pequeñas bandas que se escondieron en las montañas al oeste de Estella. El mismo Javier Mina, con seis guardias personales, se refugió en los montes de Álava y de Navarra occidental. Así pues, al descubrir la futilidad de sus operaciones, las numerosas columnas francesas abandonaron la persecución. La gran ofensiva de D'Agoult para capturar a Mina había fracasado.

La incapacidad de D'Agoult para proteger Tudela y para capturar a Mina provocó que el comandante Suchet presionase para conseguir su dimisión. A finales de enero, el general Reynier tomó el mando de Navarra y de las tres provincias vascas. En febrero, Reynier fue reemplazado por Dufour quien, a su vez, fue relevado el 28 de julio por el general Reille, ayuda de campo de Napoleón. De este modo, durante un período de seis meses, la sucesión de cuatro generales dominó Navarra, mientras Napoleón buscaba en vano al comandante adecuado para pacificar la provincia. Dado que cada nuevo nombramiento alteraba y revocaba las políticas de sus predecesores, estos rápidos cambios servían además para dificultar los esfuerzos contrainsurgentes en la provincia.

Una vez que hubo cesado la persecución de Mina, los franceses intentaron implicar a los oficiales civiles en la destrucción de los insurgentes. El 10 de enero de 1810, el duque de Mahón, el cual había reemplazado a Vallesantoro como virrey de José el año anterior, ofreció recompensas por cualquier información que condujera al arresto de guerrilleros. Como esta estrategia no daba ningún resultado, el tribunal real de Pamplona unió su voz a la de Mahón en una circular más amenazadora fechada el 25

de enero. Se ordenó a los oficiales municipales que hiciesen listas de aquellas personas que hubieran abandonado sus hogares o que se hubieran ausentado de ellos recientemente, con los nombres de todos sus parientes. Las ciudades debían informar al gobierno sobre si su clero había predicado en favor del orden y la paz o habían intentado inflamar los ánimos de sus habitantes contra los franceses. Los que no cumpliesen esta orden o fueran hallados culpables de proteger a los insurgentes debían ser conducidos a Pamplona para ser ejecutados [10].

Éste era un momento muy crítico para la insurgencia en Navarra, y los franceses lo sabían. Intentaron explotar el desconcierto que el corso tenía para hacer que su presencia se volviera a sentir en las villas. Con todo, no podían combatir a brazo partido ni a la misma banda de Javier, y tampoco tenían fuerzas suficientes para mantener indefinidamente una presencia tan intensa en Navarra. Las tropas de Suchet volvieron a Aragón, los hombres de D'Agoult a Pamplona, y Javier aprovechó el respiro para reunir a una parte de sus seguidores.

Reynier ya era comandante de Álava poco antes de recibir el mando de Navarra. Acababa de felicitarse porque los navarros no habían conseguido destruir a sus tropas en Vitoria, cuando Javier decidió trasladar la guerra a la provincia. A mediados de enero, basándose en una información según la cual una columna de casi 300 hombres procedentes de Vitoria iba a buscar provisiones en las villas cercanas a la frontera navarra, Javier ordenó que sus tropas se reunieran en Santa Cruz de Campezo, en Álava. Allí obligo al enemigo a retroceder hacia Vitoria, matando a 50 de sus hombres e hiriendo a otros 100, antes de ordenar otra dispersión en previsión de una nueva persecución francesa.

Reynier envió 20.000 hombres tras el corso, pero lejos de capturarlos, acabaron malgastando todo el mes siguiente en una persecución vana, lo que impidió el cumplimiento de su verdadera misión: reforzar a las tropas francesas en España occi-

[10] Las circulares están editadas en Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 28-32.

dental [11]. Suchet se volvió a unir a Reynier, el cual entró en Pamplona el 20 de enero decidido a luchar a brazo partido con Javier tras la vergüenza de Santa Cruz. Los dos comandantes intentaron pacificar Navarra con una fuerza arrolladora. Javier respondió ordenando que algunas de sus tropas dispersas se dirigiesen, a través de pasos secretos, hacia Aibar, situada al otro lado de Navarra, donde se estaba volviendo a reunir una pequeña fuerza. En Aibar, Javier se enteró de que se le requería en Lérida para recibir instrucciones del gobierno español. A principios de febrero, por tanto, Javier partió para Cataluña, traspasando el mando de las guerrillas a Gregorio Cruchaga.

Debido a la fuerte presencia de tropas enemigas, Cruchaga no tuvo otra alternativa que ordenar una nueva dispersión total del corso. Durante las tres primeras semanas de febrero, por tanto, el corso permaneció inactivo. Sin embargo, a finales del mes, Cruchaga reunió a 300 hombres y atacó la guarnición de 100 soldados de Burguete, ocasionando 28 bajas, tomado 30 prisioneros y obligando a los restantes a huir a Roncesvalles. El 6 de marzo, Cruchaga regresó de nuevo al sur y atacó la guarnición de Lumbier, obligando a la totalidad de sus 70 soldados a rendirse. Los prisioneros fueron enviados a Lérida justo antes de que Mina regresara.

La reaparición de Javier provocó la excitación general de sus hombres. Desafortunadamente, el regreso del líder, ahora como capitán del ejército, coincidió con la marcha de Miguel, el párroco y espía de Ujué, el poder secreto que estaba detrás del corso. La posición de Miguel como cabeza del espionaje y del sistema de abastecimiento del corso había llegado a conocimiento de los franceses. Comprometida su identidad, Miguel consideró necesario abandonar Navarra. Se presentó y consiguió ser elegido para representar a la provincia en las Cortes nacionales cuya reunión estaba prevista en Cádiz. El 2 de marzo, Miguel dejó Navarra. En menos de un mes, y como resultado del fracaso del servicio de inteligencia, algo que nunca había ocurrido mientras Miguel estuvo cerca, Javier cayó en manos francesas.

[11] Correspondencia de Reynier, AAT, C8, 252.

En el poco tiempo que le quedó, Javier continuó operando en la región de Aibar y al noroeste de Aragón. El corso reunió 600 soldados de infantería y 100 de caballería, plantó batalla a las guarniciones de Ejea y Zuera, y atacó las columnas francesas que marchaban entre Pamplona y Aragón antes de que se le agotasen las municiones y de tener que buscar nuevamente refugio en la región situada al este de la capital. En el transcurso de estos últimos enfrentamientos, las tropas de Javier mataron 80 enemigos, según las registros del segundo regimiento. En Labiano y Aranguren, Javier permitió descansar a sus tropas.

En la mañana del 20 de marzo Javier recibió la noticia de que las tropas francesas habían descubierto su posición y se acercaban rápidamente desde Pamplona. Ya fuera porque se había llegado a creer en demasía en su propia leyenda de invulnerabilidad, o porque juzgó erróneamente la capacidad de su nuevo adversario, Dufour, Javier permaneció en Labiano hasta el último momento. Sin saber que los franceses ya habían ocupado los cerros situados detrás de Labiano antes de entrar en la villa, Mina intentó escapar al monte con unos cuantos hombres montado a caballo. Allí fue sorprendido, su caballo derribado de un disparo y, tras recibir una herida de sable, fue hecho prisionero.

La trayectoria seguida por Javier Mina puede analizarse desde diferentes perspectivas. Por un lado, el número de bajas infligido a las tropas francesas no fue tan elevado. Según los archivos del segundo regimiento, durante la vida del corso las guerrillas mataron a 211 soldados franceses, hirieron a 280 y capturaron a 114. Durante el mismo período las guerrillas perdieron 34 muertos y 129 heridos [12]. Aunque estos datos no resulten impresionantes, resulta sorprendente que los franceses siguieran considerando Navarra como un territorio todavía sin pacificar en marzo de

[12] Estos datos no están completos. Las bajas francesas en tres enfrentamientos están registradas simplemente como «algunos» o «número desconocido» de muertos y heridos. Además, hubo sin duda escaramuzas de las que el escritor del diario del regimiento no estuvo al tanto. Sin embargo, la falta de estos datos probablemente pueda compensarse con la tendencia a exagerar las pérdidas del enemigo que los insurgentes posiblemente no pudieron conocer con precisión, dado que, tras numerosos enfren-

1810 y que sus hombres sintieran pavor al enfrentarse a los guerrilleros navarros [13]. Además, las guerrillas había desviado tropas del frente occidental, contribuyendo a generar una situación de parálisis militar en Portugal y España occidental. En diciembre de 1809 y enero de 1810, cerca de 10.000 soldados estaban ocupados persiguiendo a los guerrilleros desde la región de Estella a Sangüesa y en los Pirineos orientales. Durante algún tiempo, entre finales de enero y principios de febrero de 1810, había quizás 20.000 soldados emplazados en Navarra que no se habían encontrado con soldados regulares españoles desde octubre de 1808. En marzo fueron destinadas permanentemente en Navarra unidades complementarias de gendarmes franceses (otras compañías fueron enviadas a las vecinas provincias vascas y al Alto Aragón, fuertemente afectadas por la presencia de Mina y de otros guerrilleros). Y mientras tanto, los franceses no contaban con suficientes hombres para tomar Valencia, y se malgastaba todo un ejército en Portugal por falta de refuerzos.

Finalmente, la resistencia guerrillera hizo que los franceses tuvieran que gastar copiosas sumas de dinero en Navarra. Hasta la primavera de 1810, París sufragó el coste de la ocupación, pero a medida que la guerra de guerrillas se iba calentando, la creciente pérdida de ingresos hacía enfadar a Napoleón, por lo que éste mandó a sus tenientes a Navarra con el fin de hacer todo lo necesario para que la guerra se financiase a sí misma. Esta directiva terminó acarreando nuevos impuestos punitivos en marzo de 1810, como se verá más adelante. Estos impuestos resultaron tan elevados que los habitantes de las villas sencillamente se negaron a cumplir con sus asignaciones. Para evitar el encarcelamiento,

tamientos, se vieron obligados a retirarse con rapidez como consecuencia del acercamiento de columnas francesas de refresco. Finalmente, por ambos lados existía la tendencia a minimizar las propias pérdidas. Las bajas entre los guerrilleros fueron, sin duda, más altas que las admitidas por el cronista del segundo regimiento y las de los franceses más bajas. Desafortunadamente, las cifras francesas que bien podrían haberse utilizado para comprobar o corregir las aportadas por las guerrillas no estuvieron disponibles hasta la primavera de 1810, tras la destrucción del corso. AAT, C8, 387. El primer informe completo fue dado por Dufour el 1 de abril de 1810.

[13] Correspondencia de enero y febrero de 1810, AAT, C8, 252.

huyeron y se unieron a las guerrillas, lo que los convirtió en «patriotas» por defecto. De este modo, las guerrillas, al hacer que la ocupación de Navarra resultase muy costosa, se aseguraron indirectamente de que un número cada vez mayor de navarros se uniese a la resistencia ante la exasperación hacia la política fiscal del régimen francés.

Si se trazan los movimientos y batallas del corso, puede conseguirse un buen cuadro de la «base doméstica» que los guerrilleros mantenían y, por el contrario, de las áreas que consideraban demasiado peligrosas para establecerse durante mucho tiempo. Los lugares más frecuentados por las tropas de Javier se encontraban en tres regiones. La más importante era el área entre Sangüesa y Pamplona. Cuando se veían acosados por los franceses, esta base se desplazaba hacia el norte, en los Pirineos, especialmente en el valle del Roncal, aunque a veces llegaba tan al oeste como Burguete y Roncesvalles. Ésta era la región mejor conocida por Javier, Espoz y Mina, Cruchaga y todos los reclutas, desde Ujué a Roncal. La segunda región más frecuentada era Estella y su territorio occidental, escenarios ambos de importantes operaciones y una de las regiones que más apoyaron al corso. Las guerrillas se salvaron en más de una ocasión tras ocultarse en las montañas de Lóquiez y Andía. El tercer territorio era menos una base que un punto estratégico para efectuar ataques. La región de Carrascal, un lugar angosto en el camino de Pamplona, al sur de la guarnición francesa de Tiebas, fue lugar de frecuentes emboscadas guerrilleras, y continuó siendo un tramo peligroso del camino durante toda la guerra. En una sola ocasión el corso penetró en el corazón de la Ribera, pero la incursión de Tudela en el otoño de 1809 sólo tuvo un éxito parcial y los guerrilleros realmente sufrieron más pérdidas que las que pudieron infligir en la acción.

Esta orientación hacia la Montaña se ejemplifica mejor si consideramos el origen geográfico de los guerrilleros. En el último capítulo se desarrollará un detallado estudio sobre el personal del ejército guerrillero de Navarra. Sin embargo, por el momento es conveniente poner de relieve que los cronistas de la División

de Navarra identificaron Ujué, Roncal, la cuenca de Lumbier, Estella, Los Arcos y la cuenca de Pamplona como las regiones que más contribuyeron con hombres al corso. Lo que confirma el cuadro de los guerrilleros como hombres de la Montaña.

2. *El terror francés*

A pesar de la captura de Javier Mina en marzo de 1810, para los franceses era claro que la ocupación de Navarra no estaba marchando bien. Navarra había sido obligada durante los dos primeros años de la guerra a contribuir fiscalmente por encima de 12 millones de reales [14]. A pesar de todo, el gobierno de Pamplona todavía precisaba de los subsidios de París y el gobernador militar se veía obligado a recurrir a requisiciones *ad hoc*, que encendían todavía más la resistencia. El fracaso de la ocupación era señal del éxito de Javier y de la imposibilidad de gobernar Navarra desde París o desde Madrid. Por tanto, Napoleón estableció un gobierno autónomo en Navarra a través de la normativa de 8 de febrero de 1810 (al mismo tiempo los franceses crearon distritos militares independientes en Álava, Cataluña, Guipúzcoa y Vizcaya). Un mes más tarde, Napoleón envió a Navarra un nuevo gobernador general, Georges Dufour [15].

Napoleón pidió a Dufour que cumpliese dos objetivos interrelacionados en su nueva satrapía: terminar con la resistencia y generar más rentas. Aunque a largo plazo estuviese destinado a fracasar en ambas empresas, Dufour desmanteló la insurgencia

[14] Existen dos trabajos sobre los impuestos franceses y otras exacciones en Navarra. Joseba de la Torre, *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica: financiación bélica y desamortización civil*; Miranda Rubio, *La Guerra de la Independencia en Navarra*. La cantidad total del impuesto puede apreciarse si se compara con los 6.821.000 reales extraordinarios que Godoy quiso imponer en 1799. En aquel momento el impuesto de Godoy fue considerado tan elevado y generó tanta resistencia que nunca pudo recaudarse por completo.

[15] Dufour fue uno de los mejores oponentes, y ciertamente el más afortunado, al que los navarros hubieron de enfrentarse: tan sólo bastaron tres semanas en su cargo de comandante de Navarra para que Javier Mina fuera capturado en Labiano.

mientras gobernó Navarra. Proclamaba que la resistencia civil era obra de unos pocos demagogos y criminales. Pensaba que, si se pudiera capturar a éstos, entonces los campesinos mal aconsejados que los habían seguido depondrían sus armas. Ya durante el verano anterior, D'Agoult había ofrecido recompensas por la captura de Javier Mina, con lo que esperaba conseguir, mediante la traición al jefe de la guerrilla, lo que no había logrado en la batalla [16]. D'Agoult no había conseguido nada con esta táctica, pero la captura de Javier en Labiano infundió en Dufour el optimismo de que Navarra podría ser finalmente pacificada.

En la administración francesa hubo ciertas personas, incluyendo a Napoleón, que demandaron la sangre de Javier Mina. Suchet anunció la captura del líder guerrillero con una mezcla despreocupada de inexactitudes, mentiras y barbarie imperial: «El Salteador Mina ha sido hecho preso en el Bosque del Carrascal», escribió Suchet, sin percatarse de que Labiano estaba muy al norte del Carrascal. «Bien creyó escaparse ofreciendo un bolsillo lleno de oro y un rico reloj, que había robado hacía tiempo; pero nada hizo efecto en nuestros valientes.» El pueblo, según Suchet, «ha manifestado su alegría al ver libre a esta Provincia de semejante malvado [...] Se va a formar causa, y todo indica que será ahorcado, hecho quartos y expuesto en los caminos públicos» [17].

Por fortuna para Javier, el deseo de venganza no estaba en consonancia con la estrategia de pacificación de Dufour. El nuevo gobernador se dio cuenta de que podía obtener grandes beneficios de la captura de Javier si lograba inducir a los guerrilleros a deponer las armas a cambio de la vida de su líder y de una amnistía general. El 2 de abril, Dufour ofreció la amnistía a todo

[16] La oferta adquirió forma de proclama. Una de sus copias fue publicada por el gobierno de Tudela anunciando que los franceses habían puesto precio (la cantidad no aparece) por la captura de «un tal Javier Mina, de origen judío». El antisemitismo popular siempre resultaba un recurso fácil. La resistencia también se aprovechó de él para calificar a Napoleón como un «protector de judíos», ya que las leyes aprobadas garantizaban a los judíos la igualdad civil. AGN, Guerra, legajo 19, car. 38.

[17] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 85.

aquel que dejara las armas o se uniese a la milicia francesa. Algunos de los voluntarios, de acuerdo con las memorias de Espoz y Mina, aceptaron la oferta, si bien la mayoría simplemente se dispersó (con sus armas) entre la población [18].

En la España meridional, los esfuerzos franceses para granjearse colaboradores tuvieron un gran éxito, pero no así en la Montaña de Navarra. Por ejemplo, cuando los franceses intentaron formar una guardia civil en Estella, el gobierno municipal sencillamente se dedicó a retrasar la elaboración de las listas de candidatos para tal obligación hasta que los guerrilleros liberaron la ciudad [19]. No había modo de proteger a los simpatizantes allí donde la población se dispersaba entre más de 700 villas. Y sin la promesa de protección francesa, muy pocos individuos deseaban trabajar junto a los franceses. En efecto, fuera de la Ribera, fracasó todo intento de formar en Navarra una milicia urbana.

Al no conseguir adeptos en Navarra, Dufour volvió al terror con objeto de imponer la obediencia. La verdad es que Dufour heredó un sistema de terror iniciado por su predecesor, el general D'Agoult. En julio de 1809, D'Agoult había requerido a los oficiales municipales que le procurasen los nombres de los que se ausentaran de sus hogares. Si los franceses capturaban algún «bandido» que no hubiera sido registrado como ausente, entonces se impondría una multa de 4.000 reales contra el municipio que no lo hubiera reseñado. D'Agoult había decretado además que cualquiera que tuviera un hijo combatiendo al lado de los insurgentes tendría que presentar a su costa un hombre que cumpliese servicio en el ejército francés, y a cual-

[18] La discusión que sigue sobre los esfuerzos pacificadores franceses se basa extensamente en Pérez Goyena, *Ensayo de bibliografía*, vol. 6, pp. 160-61, 166-169, 172-173, 182-185. Dufour anticipó el fracaso de la amnistía partiendo de la experiencia de su predecesor. La orden anterior de D'Agoult ofreció amnistía y un doblón para todo guerrillero que rindiese sus armas en veinte días. En aquella ocasión los navarros respondieron con un golpe atrevido, la invasión y saqueo de Tudela.

[19] «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21. El comandante del acuartelamiento de Estella abandonó su misión en la ciudad durante la última mitad del 1810. Nunca pudo restablecerse un cuartel permanente en Estella.

quiera que fuera descubierto fuera de su hogar por un período de tiempo no autorizado, sufriría la confiscación de sus bienes y propiedades [20].

La efectividad alcanzada por estas regulaciones puede comprobarse en la necesidad administrativa de Dufour de reiterar sustancialmente el mismo código en marzo de 1810. No obstante, bajo el mandato de Dufour, las penas por violar el reglamento fueron más severas. Se suponía que todo aquel que se ausentara de su hogar era un guerrillero y que debía ser ejecutado tras su captura. Los curas y alcaldes que no proporcionasen nombres serían entregados a tribunales militares, especialmente formados con tales fines, para ser sometidos a procesos de deportación. Los clérigos que fueran sospechosos de provocar la resistencia serían arrestados y deportados. Afortunadamente, Dufour sólo pudo reforzar estas medidas en regiones ya ocupadas por guarniciones o de fácil acceso a las mismas.

D'Agoult había aprobado reglamentos muy estrictos contra la actividad política y había creado una nueva fuerza de policía para defenderlos. Bajo su mandato, Pamplona y otras ciudades de Navarra se convirtieron en lugares desiertos y sombríos. A principios de 1809, los navarros fueron inscritos en registros gubernamentales y se les exigió jurar fidelidad al nuevo régimen. Los franceses prohibieron las reuniones que sobrepasaran un número reducido de personas y suspendieron las fiestas públicas. Se terminó con los partidos de frontón y las corridas de toros. Para los franceses estas ocasiones escondían, bajo el disfraz del deporte y el espectáculo, reuniones en donde se mezclaba esporádicamente gente de diferentes clases sociales y diversas inclinaciones políticas en una atmósfera patriótica. Bajo el ojo vigilante de la policía, el pueblo de Pamplona abandonó incluso sus paseos diarios. Un testigo francés consideró la deserción de las calles como una muestra del fanatismo y servilismo del pueblo, aunque aquélla sólo fuera indicativa de este último, ya que

[20] Algunos de estos decretos fueron publicados en la *Gaceta de Madrid*, el 22 y 23 de julio de 1809.

los franceses habían convertido la ciudad en una auténtica prisión [21]. A los que regentaban casas públicas o alquilaban habitaciones en Pamplona se les exigió registrar los nombres, profesiones, lugar de nacimiento y residencia y propósito y duración de la estancia de sus inquilinos. Cualquier viaje requería un pasaporte que debía ser presentado a los oficiales municipales y a los mesoneros. Todas estas prácticas, iniciadas por D'Agoult, fueron continuadas por Dufour.

Si D'Agoult había reservado un trato más severo para los insurgentes capturados, aquí también Dufour continuó las prácticas de su predecesor. Dado que los franceses consideraban a los guerrilleros como bandidos, no tuvieron ningún escrúpulo en negar a los cautivos españoles los derechos debidos a los prisioneros de guerra. Por ejemplo, en la lucha por Roncal en el verano de 1809, los roncaleses capturados fueron conducidos a Pamplona y ejecutados sin juicio alguno. Durante días sus cuerpos colgaron de los árboles situados fuera de la puerta oriental de la ciudad, frente al valle de Roncal, de forma que cualquiera que se acercara por aquella dirección pudiera recordar la suerte que esperaba a los prisioneros. Las respuesta de Roncal fue el simple «no importa» que se convertiría en lema de la resistencia española. En efecto, aquel otoño el pueblo de Roncal contribuyó al corso terrestre con el hombre que se convertiría en el segundo a las órdenes de Mina, Cruchaga, y además con uno de los más extensos y experimentados contingentes de tropas [22].

De este modo, los intentos franceses de aterrorizar a los civiles tuvieron el efecto contrario desde el principio. Incluso en Pamplona, la «justicia» francesa sólo sirvió para encender el fuego de

[21] Desbouefs, *Souvenirs*, p. 143.

[22] Durante un corto período en el otoño de 1809, Javier Mina tuvo el tiempo necesario para que sus tropas descansaran y para acordar un intercambio de prisioneros. Sin embargo, tales intercambios sólo sirvieron para legitimar a los guerrilleros y para alentar a los jóvenes a tomar las armas con el corso. Ninguno de los dos bandos mantuvo un comportamiento humanitario hacia los prisioneros durante mucho tiempo. Espoz y Mina, *Memorias*, p. 24.

la resistencia. En octubre de 1809, los franceses fusilaron a tres hombres que habían sido descubiertos elaborando cartuchos en una iglesia, y sus cuerpos fueron colgados públicamente en Pamplona. Con este acto se intentó humillar a la ciudad, aunque por el contrario, provocó un tumulto que rápidamente puso en peligro el control francés de Pamplona. En la noche de los ahorcamientos, tres granaderos no consiguieron regresar a sus puestos en la ciudadela. A la mañana siguiente fueron descubiertos colgados en el lugar de los tres patriotas ejecutados, y del pecho de uno de los soldados apareció colgado el siguiente cartel en francés: «Vosotros colgad a los nuestros. Nosotros colgamos a los vuestros». En respuesta, D'Agoult ordenó que 15 monjes, elegidos por su popularidad e influencia entre los 57 que por entonces estaban encarcelados en Pamplona, fueran ejecutados y colgados durante veinticuatro horas a la vista del público. El pueblo de Pamplona recaudó 20.000 francos para pedir el rescate de los hombres condenados, mientras que la multitud ingobernable rodeó la casa del gobernador francés a fin de presionarlo. Sin embargo, sus peticiones de clemencia fueron ignoradas y los 15 hombres murieron en el patíbulo después de que las tropas francesas se vieran obligadas a rechazar por dos veces a la enfadada multitud con sus bayonetas[23].

Dufour continuó la obra de D'Agoult, recabando datos de hombres ausentes de sus hogares y suprimiendo la disidencia política. Encarcelaba y multaba a los cabezas de familia que no pudieran dar cuenta de sus hijos y nietos ausentes. La pena mínima por cualquiera que se hallase ausente era de 200 reales al mes. El impago significaba la deportación. Cada sábado se exigía a los sacerdotes que leyesen estas normas desde sus púlpitos, y aquellos que se negaban sufrían también el arresto y la deportación. Tras recibir una respuesta poco entusiasta a su oferta de amnistía, Dufour dio órdenes a sus comandantes de ejecutar sin

[23] Estas escenas se describen en Ayuda de campo I, *Souvenirs de la Guerre*, pp. 1-12. Este autor anónimo fue uno de los encargados de escoltar a los monjes desde la prisión al lugar de la ejecución.

juicio alguno a todo guerrillero que fuese capturado, y de colgar sus cuerpos en los árboles de los principales caminos más cercanos[24].

Estas medidas, combinadas con la derrota militar del corso, situaron a los franceses en la primavera de 1810 más cerca que nunca de la pacificación de Navarra. Junto a los miles de soldados bajo sus órdenes, Dufour tenía a su disposición compañías de gendarmes franceses y podía reclamar la ayuda de las guarniciones de Suchet en el Alto Aragón y en el valle del bajo Ebro[25]. La derrota del corso permitió a Dufour enviar fuerzas a zonas que habían estado reservadas a las guerrillas durante el mandato de Javier Mina. Las villas que se habían mostrado demasiado leales a Javier o que habían continuado dando señales de resistencia fueron incendiadas con antorchas de resina[26].

Dufour se sintió además lo suficientemente fuerte como para emprender la segunda parte de su mandato: una mayor explotación de los recursos económicos de Navarra. En marzo y abril decretó una serie de nuevos impuestos que ascendía a más de 22 millones de reales, casi un cuarto de la producción bruta agraria de Navarra. Sin embargo, la ejecución de tales exacciones no fue automática y se desconoce la cantidad exacta de lo recaudado. Del primer impuesto de Dufour, de 3.300.00 reales, casi un tercio no pudo recaudarse en 1811[27]. A pesar de estas dificultades, las perspectivas de los franceses parecían claras en abril de 1810. Como resultado de la aplicación de terror, de la fuerza militar y de una dosis de buena suerte, el movimiento guerrillero en Navarra había sido reducido a un estado sin parangón desde la derrota de los «Escopeteros Móviles» de Eguaguirre en 1808.

[24] Emmanuel Martin, *La Gendarmerie Française*, p. 213.

[25] En abril se habían desplegado cuatro escuadrones de gendarmes entre la capital y otras once ciudades. Emmanuel Martin, *La Gendarmerie Française*, p. 50. Suchet tenía más de 11.000 hombres acuartelados en la zona en la primavera de 1810. Alexander, *Rod of Iron*, p. 33.

[26] Ayuda de campo I., *Souvenirs de la Guerre*, pp. 34-39. Las villas de San Gregorio y Santa Cruz de Campezo fueron incendiadas en esta época.

[27] Miranda Rubio, *La Guerra de la Independencia en Navarra*, pp. 167-68.

3. *La Idea*

En abril de 1810, Navarra entró en un período de anarquía y guerra civil. La provincia se llenó de docenas de bandas de merodeadores, difícilmente dignas del nombre de ejércitos guerrilleros, que luchaban unas contra otras y contra la población civil por el botín cada vez más escaso de la economía sobrefiscalizada de Navarra. En verdad, la anarquía de la guerra civil y el bandidaje siempre habían quedado ocultos bajo la superficie del movimiento, a pesar de los intentos de Javier Mina de imponer orden [28].

Tras la captura de Javier Mina, desapareció el control más importante contra la anarquía. Pequeños tiranos vagaban por la provincia arrebatando todo lo que podían de las iglesias, monasterios, edificios municipales y residencias privadas y, en algunos casos, compeliendo a los jóvenes a unirse a sus partidas, una práctica que nunca se vieron obligados a adoptar ni Javier Mina ni Espoz y Mina. Fue, tomando prestada una frase de Temprano, la era en la que cada hombre buscaba su propio interés [29].

Los jefes bandidos elevaron sus robos a la categoría de un sistema teórico (no muy elaborado): denominaron el nuevo modelo de «guerra» individualizada con el simple nombre de Idea. Andrés Martín, describió la descomposición del movimiento y el nacimiento de la Idea en la primavera de 1810. Había algunos hombres, escribía Martín,

> ... que querían conservar su libertad y su idea. De aquí tomaron su nombre los de la Idea. Éstos deseaban una cosa y la destruían

[28] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 11. Ni siquiera la disciplina de Javier fue muy rigurosa, como se evidencia en la transformación de la aventura de Tudela de noviembre de 1809 en una orgía de robos.

[29] Estella sufrió el robo de la plata de sus iglesias y sus armas fueron confiscadas. En Betelu fue saqueada la casa de un criollo, y en Urdax la casa de un maestro herrero fue víctima del pillaje. Tales acciones produjeron un torrente de quejas contra los guerrilleros. Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, pp. 102-104.

con otra. Querían pelear por su patria, pero sin sujeción; querían vencer, pero sin obediencia; querían finalmente una milicia perfecta sin disciplina. Esto era imposible y contradictorio [30].

Los hombres de la Idea creían que por naturaleza ninguna persona estaba subordinada a otra. En su opinión, todas las estructuras de poder que subvertían la igualdad natural de los hombres eran asimismo corruptas y despreciables. Así pues, los guerrilleros que creían en la Idea se oponían a la villa, a la provincia y a la nación casi tanto como al gobierno francés. En asuntos militares, los hombres de la Idea pensaban que la energía del pueblo se aprovecharía mejor si se daba a cada individuo la libertad para apropiarse de aquella porción de poder y de territorio que pudiera dominar con energía. Se debía combatir a los franceses con cientos de bandas separadas que se movieran en la sombra por Navarra y que se sustentaran totalmente con el botín de la batalla. Esta «guerrilla perfecta» se desperdigaría en las montañas cuando se aproximase el enemigo para surgir más tarde en operaciones de acoso contra los rezagados y contra las líneas de comunicación.

La derrota del ejército regular español en 1808-1809 significó que el camino hispánico hacia la victoria no iba a ser andado por fuerzas convencionales. A pesar de todo, la guerra de guerrillas anárquica sólo fue una pequeña molestia para la ocupación. Las partidas guerrilleras de cualquier parte de España sólo resultaban realmente efectivas en la medida en que impusieran disciplina y orden, y conservaran todavía el localismo y la flexibilidad requerida para el éxito de la guerra de guerrillas. En 1810, los hombres navarros de la Idea carecían de esta disciplina, por lo que su impacto militar fue pequeño.

La disciplina del corso de Javier radicó en el origen social de su personal. Entre sus filas hubo muchos estudiantes y «mucho

[30] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, p. 62. Evidentemente, la contradicción se resuelve si admitimos que los hombres de la Idea sólo pretendían enriquecerse.

honrado labrador» de la región de Pamplona, principal teatro de operaciones. Había pocos ribereños [31]. Los hombres de la Montaña obedecían las reglas porque eran propietarios que operaban en su propio territorio doméstico. No se les podía pedir que saqueasen sus propias posesiones y las casas de sus vecinos. Incluso así, Javier Mina tuvo que trabajar duro para establecer la disciplina militar entre sus tropas.

Por el contrario, los hombres de la Idea que sucedieron al corso carecían por completo de disciplina. La mayoría de los nuevos líderes procedía de la Ribera, como Pascual Echeverría, carnicero de Corella, o eran «forasteros» de Aragón y Castilla. Muchos habían desertado de sus formaciones regulares o escapaban de situaciones personales difíciles y estaban intentando, ante todo, enriquecerse a expensas del pueblo. La más infame de estas bandas estaba dirigida por Echeverría, un hombre que, según Mina, nunca buscó la batalla contra los franceses y que tenía todos los vicios imaginables [32]. Con su guardia pretoriana de desertores del ejército imperial, la presencia de Echeverría era tan temida como la de los franceses, incluso en Estella, región que ya había dado pruebas de sus lealtades [33]. Otras dos figuras importantes de este período fueron Miguel Sádaba, quien encabezaba una banda que dependía en parte de la de Echeverría, y Juan Hernández, al cual se había unido un gran segmento de la caballería del antiguo corso. Éstos eran los personajes más cercanos a la Idea en 1810, ya que ésta les permitía excusar su incapacidad para enfrentarse a los franceses en combate y justificar sus ataques contra civiles.

La indisciplina afectó a la mayoría de los ejércitos guerrilleros de España en un momento u otro. Ya hemos visto cómo a finales de 1810 y 1811, Juan Martín tuvo que hacer frente a serios problemas de deserción y desorden. La Junta Central tomó medidas para detener la formación de partidas guerrilleras inspiradas en la llamada Idea. Había descubierto que tales partidas no tenían

[31] Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 15-16.
[32] Espoz y Mina, ibíd., p. 14.
[33] AGN, legajo 21, car. 21.

otro fin que el de «amedrentar y saquear los Pueblos por un plan bien combinado». Los guerrilleros elegían un villa en el camino de las tropas francesas y, «disparando tiros, y corriendo con los caballos, aparentan ser una avanzada enemiga». Entonces establecían un cordón para evitar que los habitantes escaparan o alertaran a los franceses. Una vez tomadas estas medidas de seguridad, los guerrilleros procederían a atacar la villa. En un solo episodio, una banda saqueó en una noche al menos siete ciudades y villas según este modelo. Las guerrillas, «en vez de ser el apoyo y consuelo de los Pueblos, se aprovechan de su conflicto y situación apurada para ganar por la mano al enemigo en su barbarie y ferocidad» [34].

Como resultado de esta situación, el apoyo popular a la guerra estaba comenzando a desfallecer precisamente en las regiones que estaban dominadas por los hombres de la Idea [35]. Evidentemente, éste era el caso de Navarra en la primavera de 1810. Además de los crímenes cometidos por Echeverría y otros jefes locales de las guerrillas, la provincia estaba asimismo infiltrada por numerosas bandas que vagaban hacia el norte procedentes de Castilla y Aragón. El Empecinado, el Capuchino, Cuevillas y otros jefes guerrilleros llenaban, junto a sus fuerzas (que precisamente en aquella coyuntura también se estaban fragmentando por la indisciplina), el vacío dejado por la destrucción del corso. La provincia, en palabras de Mina, era un «cuadro de horrorosa desmoralización» y caos [36]. Los navarros comenzaron a aceptar con bastante naturalidad la idea francesa según la cual los partisanos eran bandidos y buscaron la ayuda francesa para combatir a guerrilleros como Echeverría [37].

Dos acontecimientos de este período muestran el grado de hundimiento al que había llegado la guerrilla. El marqués de Ayerbe, pariente de Palafox y patriota de irreprochable integri-

[34] AHN, Estado, legajo 42, núm. 38.
[35] *El semanario patriótico*, 9 de mayo de 1811.
[36] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 15.
[37] Espoz y Mina, ibíd., p. 14; Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 104.

dad, había planeado una malograda conspiración para rescatar a Fernando en Valençay en el verano de 1809. Después de recibir poco apoyo de la Junta, Ayerbe perdió el barco que supuestamente iba a depositarlo en secreto en la costa occidental de Francia. No tuvo otra elección que correr el riesgo de atravesar los Pirineos por Navarra.

A principios de verano de 1810 (la fecha exacta se desconoce), Ayerbe y un capitán del ejército español entraron en Navarra haciéndose pasar por dos campesinos, «Tío Lorenzo» y «José». Sin embargo, cerca de Tafalla fueron detenidos por un destacamento guerrillero de relaciones inciertas. Al llevar Ayerbe y su ayudante pasaportes franceses para facilitar su misión, se sospechó que eran traidores. Sus disfraces, que sólo pretendían ocultar de los franceses su alto nivel social, probablemente encolerizaron aún más a sus captores. El comportamiento y el acento de Ayerbe también sugirieron la posibilidad de obtener un botín fácil de las grandes alforjas. Y de hecho, el marqués portaba una gran suma de dinero con la que esperaba ayudar a liberar a Fernando. Este dinero fue su perdición. Ayerbe y su ayudante fueron conducidos a Andosilla, donde fueron apuñalados hasta la muerte y enterrados en una fosa poco profunda situada en un corral que fue cubierta con una pila de estiércol. Tras la guerra sus cuerpos fueron descubiertos y devueltos a Zaragoza. Así pues, la resistencia perdió a un líder capaz para los hombres de la Idea [38].

Un incidente todavía más horrible, acontecido algo más tar-

[38] Ayerbe, *Memorias*, pp. 220-250. Estos detalles proceden del testimonio ofrecido tras la guerra por el guía de Ayerbe, un tercer hombre de la partida a quien los asesinos permitieron escapar. Las pruebas aparecen en un apéndice de las memorias de Ayerbe. En una versión del asesinato de Ayerbe, escrita por Antoní Puigblanch, se cuenta que Espoz y Mina había ordenado la ejecución con el fin de eliminar a un rival. Antoni Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos*, vol. 1, pp. xxxv-xli. La versión de Puigblanch no corresponde, sin embargo, a las pruebas del testimonio oficial ni con las acciones siguientes de Mina, el cual emprendió su propia investigación sobre los rumores de los asesinatos. Ante todo, la historia de Puigblanch no está de acuerdo con la lógica de la situación, en la que Mina tenía muchos rivales más serios en la lucha por el liderato de Navarra.

de, demuestra el elevado grado de desmoralización al que habían llegado las guerrillas. Una banda guerrillera, posiblemente un destacamento de la partida del Empecinado, entró en Villafranca en agosto de 1810, período en el cual Mina estaba todavía lejos de haber constituido su ascendente en Navarra. Los guerrilleros capturaron a 15 granaderos acuartelados en la ciudad junto con una mujer de la localidad que había cometido el error de casarse con uno de los soldados franceses. La mujer fue desnudada, untada con brea y golpeada mientras era conducida, montada de espalda sobre una mula, por toda la ciudad con un cartel colgado a su espaldas que decía «Puta de los Franceses». Al día siguiente fue puesta en un jaula de madera en una plaza de la ciudad para que asistiera a la muerte de cinco de los quince granaderos. Un oficial francés describió la escena:

> Los cinco desafortunados designados por la vía de la suerte fueron conducidos a un terreno llano situado fuera de la villa. Allí fueron enterrados vivos en la tierra hasta el cuello, a distancia uno del otro, con sólo la cabeza fuera de la tierra alineadas como un juego de bolos. Y después, alejándose un tanto con una gran bola de madera dura en las manos, comenzaron la partida [...]. Cuando un jugador tocaba una cabeza era aplaudido por la multitud. Este juego infame continuó hasta que los desdichados franceses dieron su último suspiro y las cabezas se rompieron [39].

La pobre mujer, tras habérsele cortado una de las orejas —tortura practicada por ambos bandos—, fue llevada a Puente la Reina, donde fue clavada a la puerta de la iglesia, desangrándose hasta la muerte. Tras dos años viendo hombres fusilados, ahorcados y empalados en los árboles de las calles, se había producido una fractura total en las normas éticas de conducta. Y el terror se agravaría todavía mucho más y se haría más sistemático antes de que las cosas comenzasen a mejorar.

[39] Ayuda de campo I, *Souvenirs de la Guerre*, pp. 109-120.

4. *Espoz y Mina*

En abril de 1810, de los 900 hombres que habían servido en el corso, sólo Francisco Espoz y Mina (por entonces todavía conocido por su verdadero nombre, Francisco Espoz e Ilundáin) y otros seis continuaban considerándose como la «partida de Mina». El resto había regresado a sus hogares o se había unido a alguna de las otras bandas que combatían en Navarra y en las provincias vecinas [40]. En sus memorias Espoz y Mina identificó a cuatro de aquellos seguidores iniciales: Manuel Gurrea, natural de Olite, quien ya en 1809 había dirigido su propia partida surtida con hombres que no eran de Ujué; Tomás Ciriza, labrador de la villa de Azcárate, en la frontera con Guipúzcoa; Luis Gastón, un joven de Tafalla y buen amigo de Espoz y Mina durante y tras la guerra, y Pedro Miguel Sarasa, un rico labrador de Aibar, villa situada entre Ujué y Sangüesa. Estos hombres se encontraron cerca de Idocín y acordaron que fuera Francisco Espoz quien tomase el mando de un corso terrestre renovado y que adoptase el nombre de Mina como un símbolo en el que todo el mundo reconociese sus intenciones de seguir los pasos de su famoso «sobrino» [41]. Desde aquel momento, Espoz fue conocido como Espoz y Mina, o simplemente como Mina.

Lo que al principio necesitaba Mina era realistar soldados. El modo más rápido para llevarlo a cabo era asumir el mando de al-

[40] En abril de 1810 fracasó un nuevo intento, el de Francisco Glaría, clérigo del valle de Roncal, de crear un mando unificado en Navarra. Glaría solicitó y consiguió la aprobación de su liderato en las guerrillas de Navarra de una junta que todavía operaba en secreto en Lérida. No obstante, en lo que debe considerarse como un accidente trascendental, Glaría cayó en combate antes de enterarse de su reconocimiento. Su muerte facilitó el camino a Espoz y Mina. «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.

[41] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 14; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 61. Espoz y Mina era primo, y no hermano, de Juan Martín de Mina, padre de Javier, lo que hacía que la relación entre Javier Mina y Francisco Espoz y Mina fuera menos cercana de lo que normalmente se reconoce. APN, Pamplona, Peralta, legajo 50, núm. 90.

gunas de las bandas ya existentes que se habían formado una vez disuelto el corso terrestre. En primer lugar, Mina eligió como blanco una partida dirigida por Miguel Sádaba, a quien Mina había estado muy unido en el corso. Sádaba tenía veinte hombres en la región de Echarri-Aranaz, donde su nombre se había convertido en anatema, debido a su dependencia de la extorsión y de la violencia a la hora de conseguir suministros. Los oficiales municipales de Lacunza, villa cercana a Echarri-Aranaz, le informaron de la aproximación de Sádaba, y, con sólo seis compañeros, Mina consiguió tender una emboscada a Sádaba mientras éste cabalgaba a la cabeza de sus tropas. Con Sádaba bajo custodia, Mina arengó a las tropas de su rival, condenándolos por los crímenes que habían cometido contra los campesinos. Con engaños, ocultando que sus propios seguidores no eran más que unos pocos, Mina consiguió la lealtad de Sádaba y de toda su banda. Por vez primera, Mina se ponía a la cabeza de su propio, aunque pequeño, ejército[42].

Este logro constituye una prueba temprana de los dos factores que trabajaron a favor de Mina. Primero, Mina disfrutó de la colaboración de las autoridades municipales y de los párrocos frente a las pretensiones de otros rivales. A su favor jugaba el hecho de que los regidores de las villas le apoyaran porque rechazaba escrupulosamente la fiscalidad directa, en contraste con otros guerrilleros, y porque sólo requisaba bienes y servicios en áreas donde contaba con alguna posibilidad de defenderlas de los franceses. El segundo factor que operó en favor de Mina en Lacunza fue su habilidad para farolear. En el curso de la guerra, Mina se defendió echando bravatas en numerosas situaciones igualmente tensas, y su valentía personal, rayana en la fe ciega en su propia invulnerabilidad, convirtió a muchos de sus oponentes en fieles devotos[43].

[42] Espoz y Mina, p. 15. Estos acontecimientos tuvieron lugar el 10 y el 11 de abril.
[43] En abril de 1812, la bravura de Mina le salvó de uno de los momentos más peligrosos de su carrera. En Robres, Aragón, un destacamento de caballería francés, advertido por un traidor, sorprendió a Mina mientras se encontraba solo en sus aposentos. Mientras los franceses trataban de forzar la puerta, Mina apareció asiendo una

Tras Lacunza, Mina hizo circular la noticia de su «nombramiento» como jefe del renacido corso. De hecho, Mina no recibió el reconocimiento oficial de ninguna autoridad superior hasta el 13 de mayo, cuando la Junta de Aragón aceptó su preeminencia. Por entonces, sin embargo, su circular había conseguido el efecto deseado, provocando que varias partidas guerrilleras, superiores en tamaño a la suya propia, se sometieran al dominio de Mina. Entre aquellas partidas estaba la de Lucas Górriz, un labrador de Subiza (cerca de Otano) y el mayor de los tres hermanos Górriz que servirían a las órdenes de Mina. Górriz fue el primer líder importante del tercero de los tres batallones que se formaron más tarde, durante aquel año [44].

De importancia todavía mayor que la adhesión de Górriz fue la absorción por parte de Mina de la banda de Cruchaga procedente de Roncal y Salazar, que se habían convertido a mediados de abril en la más efectiva de las partidas que por entonces quedaban en Navarra. Cruchaga era el único hombre cuya destreza militar había rivalizado con Javier. Por su reputada equidad era además el único líder que había conseguido ser tan popular como Javier. A principios de mayo, Cruchaga, con más de cien seguidores, se encontró con Mina, escoltado por cincuenta soldados de infantería y su pequeña caballería, en la ciudad de Aoiz, lugar de la desintegración del corso en marzo. Allí decidieron que Mina debería continuar a la cabeza del corso, con Cruchaga como segundo en el mando. La integración de los hombres de Cruchaga aportó a la fuerza de Mina 500 solda-

vara de mando y, al tiempo que fanfarroneaba exigiendo la rendición de los enemigos que se encontraban más cerca de él, les gritó: «¡Lanceros, a mi retaguardia! ¡Mayor de caballería, con el primer escuadrón, sobre la izquierda!» Los franceses pensaron que eran víctimas de una trampa y se retiraron justo el tiempo suficiente para que su deseada víctima escapase a caballo. Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, pp. 53-54.

44 Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 17-18; «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51. Ni siquiera esta junta tenía legitimidad en Navarra, ya que ésta se encontraba bajo la jurisdicción de la recién instalada Regencia de Cádiz. Los guerrilleros no distinguían entre los términos «regimiento» y «batallón».

dos, la concentración de guerrilleros más grande de Navarra en aquellos momentos[45].

A primera vista, parece inexplicable el ascenso de Mina al mando de la partida guerrillera más numerosa de Navarra en un espacio de tiempo tan corto. Mina tan sólo tuvo un rango subalterno en la caballería de Javier y, tras la disolución del corso, sólo contó con seis partidarios en comparación con los cientos que permanecían fieles a Echeverría, Hernández, Sádaba y Cruchaga. ¿Qué es lo que hizo que Mina se convirtiera en centro de atención?

Mina sufrió ataques difamatorios desde el momento en que comenzó su carrera militar hasta el día de su muerte en la Navidad de 1836. Es difícil separar la verdad sobre Mina de las mentiras difundidas por sus detractores, así como por su propia propaganda. Los mayores enemigos escritores de Mina, Puigblanch y Saint Yon, pensaban que era un bruto, cuyas cualidades para el liderazgo se limitaban a la rudeza combinada con una buena parte de fortuna[46]. Había algo de verdad en esta afirmación, si bien estas dos cualidades no tienen por qué deducirse necesariamente de la reputación de un soldado. Mina promocionó una imagen de sí mismo que tendía a equipararlo a un simple campesino perseguido por la amenaza del hambre. También hay algo de verdad en esto. Pero a pesar de todo esto, la capacidad de Mina para convertir una multitud ingobernable de casi bandidos en un ejército disciplinado muestra que, bajo la apariencia del simple y

[45] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. En la villa de montaña de Ziriáin, en una de las últimas acciones independientes de abril, Cruchaga mató o capturó a todos los 104 hombres que viajaban en columna entre la frontera francesa y Pamplona. Muchos de los cautivos estaban mal heridos y, a pesar de las ejecuciones sumarias llevadas a cabo por los franceses cuando capturaban insurgentes, Cruchaga permitió que los soldados franceses heridos regresasen a Pamplona para que recibiesen atención médica. Este incidente fue recogido por Mina como muestra de la humanidad de Cruchaga.

[46] Como «experto» militar sobre España, se pidió a St. Yon que enjuiciase los rasgos de los principales militares españoles. Su idea de Mina estaba teñida por el impacto que St. Yon y los franceses recibieron en Navarra durante la guerra, aunque es interesante. Mina era «cruel hasta la ferocidad», según St. Yon, y no tenía amigos. Era «grosero, ingrato, falso, habitualmente pérfido» y tenía una reputación militar sobrevalorada. AAT, MR 1349, 10.

rústico campesino de Idocín, latía un individuo complejo y poderoso responsable de su propio destino.

Mina nació en 1781; era el más pequeño de cuatro hermanos. Pertenecía a una familia de campesinos acomodados que residían en Idocín, una pequeña villa de once casas amontonadas en la estrecha hendidura del río Ibargoiti, rodeada de montañas, y a mitad de camino entre Sangüesa y Pamplona. En 1800 la propiedad de la familia abarcaba 33,6 hectáreas de tierra cultivable de trigo, roble, maíz, alfalfa y judías, un jardín de 0,40 hectáreas, y poco más de 1,6 hectáreas de viñedo. La casa, a la que correspondían derechos comunales, incluía corrales, graneros, una amplia bodega y prensa para vino, así como un impresionante surtido de muebles: 8 bancos, 24 sillas, 7 mesas, 11 camas y un montón de linos y utensilios de cocina que incluían un antiguo juego de piezas de plata. Había cuadros y láminas en cada dormitorio y una escultura de Cristo en la habitación principal. Una de las pruebas más claras de la riqueza de la familia se encuentra en el ganado que poseía. La hacienda de Mina contaba con 6 bueyes, 6 mulas, 10 cerdos y 143 ovejas y cabras [47]. Así pues, Francisco y su familia se hallaban muy lejos de ser los simples rústicos que memorias y hagiografías retrataban.

No obstante, la vida de Francisco en Idocín fue dura. Su padre murió en 1796. Su hermano mayor, Clemente, se había marchado a Pamplona para seguir el sacerdocio cuando Francisco era un niño. Como único varón de la casa, Francisco tuvo que soportar una carga desproporcionada para ayudar a mantener a su madre, María Teresa Ilundáin, y a sus dos hermanas, Vicenta y Simona. En 1800 Vicenta se casó. Como primogénita de la familia, heredó la casa y las tierras. Simona, la pequeña, contrajo matrimonio poco después y se trasladó a Pamplona. Francisco tenía todavía dieciocho años cuando ocurrieron estos hechos y se quedó en el hogar trabajando para Vicenta, su nuevo hermano político y su madre, quien conservó los derechos de usufructo hasta su muerte. Ésta era la costumbre en Navarra. Para un hom-

[47] APN, Pamplona, Peralta, legajo 50, núm. 90.

bre joven como Francisco lo más probable era que la vida trascurriese trabajando en una posición subordinada en el hogar de su familia extensa. Por tanto, para Francisco la invasión francesa fue al mismo tiempo una oportunidad y una amenaza [48].

Los primeros años de la vida de Mina fueron también duros en otro sentido. En su niñez asistió a la dramática crisis de Idocín. En la década de 1790, la población de la villa disminuyó de 107 a 71 individuos. Idocín sufrió cruelmente la guerra contra la República Francesa, y se recuperaba lentamente. Idocín era una de las villas más prósperas de la región, pero en una economía de subsistencia, donde no había trabajo asalariado, las pérdidas demográficas eran difíciles de reemplazar [49].

A pesar de estas dificultades, Mina recordaba Idocín como un lugar feliz, donde vivió «en el seno de la más profunda paz y una tranquilidad perfecta» hasta la invasión francesa de 1808 [50]. Sin embargo, la suya no era añoranza por una falsa vida pastoral, ya que Mina se había curtido personalmente en el duro trabajo del campesino. Como más tarde recordaría, él y sus compañeros eran hombres «que no conocíamos más manejo que el de la laya, el azadón y podadera, ni más negocio que el de recoger el producto que nuestras pequeñas posesiones nos rendían» [51]. Es difícil saber con qué grado de seriedad puede tomarse la caracterización de Mina sobre sí mismo. Mina sabía cuál era el valor que la propaganda tenía para su propia leyenda. Como gobernador general de Galicia en 1821, se tomó su tiempo ayudando a los campesinos durante la cosecha o, al menos, se aseguró de que tales historias circulasen entre sus tropas. Y en sus últimos años se aseguró de que sus layas personales quedasen custodiadas en museos de Madrid y Pamplona [52]. Evidentemente, Mina promocionaba su propia imagen. Sin embargo, existe cierta verdad en la leyenda del layador, incluso

[48] APN, Pamplona, Peralta, legajo 50, núm. 90; Espoz y Mina, *Memorias*, p. 7.

[49] AGN, Estadística, legajo 25, car. 2; legajo 26, car. 2.

[50] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 9.

[51] Espoz y Mina, ibíd., p. 21.

[52] María Juana de la Vega, Condesa de Espoz y Mina, *Memorias íntimas*, p. 363; Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 34.

aunque la familia de Mina nunca hubiera padecido una pobreza real.

El mercado fue la unión de Mina con la vida más compleja de la ciudad y el reino. Los sábados, Mina vendía la producción en la capital. Sin embargo, a diferencia de su hermano o su pariente, Javier Mina, Francisco no estaba hecho para la universidad. De hecho, debía parecer el miembro menos aventurero de su familia, porque desde muy tierna edad estuvo entregado por completo a las labores del campo.

Mina no sabía leer ni escribir en castellano y sólo era verdaderamente fluido en vasco, la lengua que se hablaba en el hogar de Mina. Esto no suponía una desventaja. En efecto, los partidarios de Mina probablemente lo habrían considerado incluso una ventaja, dado que en su mayoría también eran campesinos vascos analfabetos. Francisco aprendió lo suficiente como para saber firmar durante la guerra, aunque en muchos aspectos tenía algo del patán que pintaban sus enemigos y partidarios[53].

Mina no fue un personaje destacado de la vida de Idocín antes de la guerra. Después de todo, acababa de cumplir la mayoría de edad en 1806, y no tenía herencia[54]. En efecto, el nombre de Mina sólo se registró una vez en los documentos generados por el notario local antes de la guerra. Por otro lado, esta única cita es extremadamente significativa. Mina, justo antes de la invasión francesa, dirigió un grupo de seis jóvenes en un ataque contra don Eusebio Garcés de los Fayos, señor de la cercana Lecáun. Desafortunadamente, los archivos no dan cuenta del resultado exacto de aquellos hechos. La banda de Mina fue detenida y con certeza pasó cierto tiempo en la cárcel de Monreal, aunque la duración del encarcelamiento y el tipo de juicio al que le sometieron sean desconocidos. Es posible que los acontecimientos den muestra de algunas cualidades de liderato que no aparecen en otros documentos históricos. La banda de los seis de Mina dirigida contra De los Fayos fue un antecedente de la del mismo número con la que Mina reconstituyó las guerrillas de Navarra, y

[53] Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, p. 51; Iribarren, ibíd., p. 35.
[54] *Galería militar contemporánea. Biografías*, vol. 2, p. 168.

es posible que ya ejerciera alguna atracción carismática entre sus compañeros. Esto puede ayudar a explicar la buena disposición a cooperar en 1810 de talentos militares superiores como Cruchaga y Lucas Górriz, a quien Mina conoció antes de la guerra, y a aceptar su liderato con tal prontitud [55].

Otro de los rasgos personales que ayudaron a Mina fue su integridad personal, que al parecer se extendió a sus seguidores. Es bien conocido que, a pesar de disfrutar de una autoridad absoluta para recaudar rentas de la Iglesia, derechos aduaneros, impuestos y requisiciones, Mina y sus lugartenientes acabaron la guerra con las mismas humildes pertenencias con las que entraron en ella [56]. En muchos sentidos, Mina fue incluso un puritano. Por ejemplo, ni durante la guerra ni durante su posterior carrera permitió que en torno a él se formara algo parecido a una camarilla de seguidores [57].

Otra cualidad que dio a Mina la capacidad para dirigir las guerrillas navarras fue su crueldad. La guerra partisana, como la que se practicó en Navarra, llevó a sacrificar muchas víctimas inocentes. Los franceses estaban bien curtidos en el uso del terror para intimidar a las poblaciones dominadas. Para sobrevivir, los guerrilleros tuvieron que superar a los franceses, ejecutando a los «renegados» españoles capturados y castigando a quien intentara permanecer neutral. En 1812, como veremos, Mina consiguió eliminar prácticamente el «colaboracionismo». Los hombres que entraban al servicio de los franceses llevando mensajes, carreteando alimentos, conduciendo animales o poniendo en vigor sus edictos eran asesinados, secuestrados, mutilados o despojados de sus propiedades. Los franceses descubrieron que nada de lo que

[55] APN, Pamplona, Peralta, legajo 55, núm. 91.

[56] A pesar de que el jefe de los servicios aduaneros de Mina manejaba constantemente inmensas sumas de dinero, después de la guerra su situación económica era peor que la de antes de ella; el tesorero de Mina murió en 1814 con sólo tres piezas de oro a su nombre. Espoz y Mina, *Memorias*, p. 21. Mina también vivió con modestia, incluso en sus momentos de triunfo bajo los gobiernos liberales posteriores a la guerra. Condesa de Espoz y Mina, *Memorias íntimas*, p. 363.

[57] Espoz y Mina, ibíd., pp. 367, 423-44.

pudieran hacer generaba tanto terror como el que inspiraba Mina. Incluso cuando los franceses amenazaban con la prisión y la muerte a los que cooperaban con Mina, los hombres obligados a llevar mensajes para la ocupación corrían inmediatamente al lado de las guerrillas, una vez que se encontraban fuera del alcance del enemigo. Este tipo de control sobre la población civil fue una de las claves del éxito de Mina. A pesar de todo, para dominar de este modo a la población se requería una persona que consiguiera imponer su voluntad de una manera firme y brutal. Lo que era muy fácil para Mina.

El general reveló más de lo que hubiera querido sobre este lado de su personalidad en una historia que relató en un apartado de sus memorias. Durante la guerra, pero especialmente durante el primer año, era práctica común entre los guerrilleros quedarse con cualquier pieza militar que fuera capturada al enemigo. La captura de una lanza significaba la calificación de lancero; el conseguir un buen mosquete incrementaba el estatus de cualquiera dentro de la infantería; la presa más ansiada era un caballo, dado que significaba la entrada inmediata en la caballería, el cuerpo más prestigioso, más seguro y que requería menos desgaste físico en la actividad militar. Mientras se encontraba a las órdenes de Javier como soldado raso, Mina capturó una montura francesa de mejor calidad que cualquiera de las que por entonces había en la caballería del corso. Uno de los superiores de Mina, haciendo caso omiso de la Idea que debió animar incluso a Mina en su primera época, decidió que aquel caballo tenía que ser suyo. A cambio, ofreció a Mina cualquier caballo del corso, pero éste deseaba tanto al animal que prefirió mutilarlo antes que verlo en posesión de otra persona [58]. Mina recordó este episodio con objeto de destacar que un comandante no debía codiciar la propiedad de sus subordinados, aunque no debemos limitarnos a esta interpretación. El caballo fue una víctima, como lo serían otros muchos, del cruel orgullo de Mina. Por otro lado, éste era el tipo de acción contundente, tomada sin remordimientos, que

[58] Espoz y Mina, ibíd., p. 22.

contribuyó a que Mina dejase de ser un oscuro seguidor de Javier para convertirse en pocos meses en jefe de todos los guerrilleros de Navarra.

La situación en abril de 1810 premió todos estos rasgos de su personalidad. Lo que las guerrillas necesitaban era orden, ya que algunos de los que podían imponer la disciplina sobre los hombres habían abandonado la guerra patriótica para dedicarse al robo. Los hombres de la Idea que Mina había incorporado constituían un grupo peligroso, lo que obligó a Mina a mantener un permanente anillo de guardias de corps en torno a su persona. Sin embargo, el temperamento de Mina resultaba idóneo para esta situación. Si alguien podía conseguir tener éxito con tales hombres, éste era el layador de Idocín.

Además, el mismo nombre de Mina, al que por entonces se añadió el de Espoz, traía a la memoria los logros del corso de Javier. Javier había traído orden a Navarra, y algunos navarros empezaban a desear únicamente orden, incluso aunque éste fuera impuesto por los franceses. Éste era el mayor peligro para la insurgencia. Era crucial que Mina eliminase a sus rivales menos idealistas a fin de evitar la desafección de la población. Los hombres que se sumaron a Mina en mayo comprendían la psicología del momento y la idoneidad de Mina para resolver la situación. Sin embargo, incluso con los hombres de Sádaba, Górriz y Cruchaga, Mina era todavía demasiado débil para proceder inmediatamente contra sus rivales más fuertes. Por el contrario, comenzó su primera campaña de prueba contra los franceses.

5. *La construcción de la División de Navarra*

A la cabeza de una pequeña pero cada vez más numerosa banda, Mina se enfrentó en tres ocasiones a los franceses desde abril a julio en la región situada entre Pamplona y la frontera guipuzcoana, una vez cerca de Sangüesa, y cuatro veces en la zona alrededor de Carrascal. De este modo, el teatro de operaciones de Mina coincidía con el de su predecesor, a excepción de la cre-

ciente actividad en el extremo nororeste. En estos encuentros los franceses perdieron 201 muertos o capturados según los registros conservados por Mina, mientras que las guerrillas perdieron 40 muertos y 93 heridos [59]. Los archivos franceses confirman la plausibilidad de estas cifras. En efecto, sugieren que las pérdidas de los franceses fueron mucho más elevadas de lo que Mina jamás sospechó. Dufour dio cuenta de 77 muertos, 235 prisioneros de guerra y 54 desertores en un período de tres meses, así como de un numero creciente de soldados hospitalizados [60].

Por entonces, el registro de combates de Mina ya competía con el del antiguo corso. A medida que se extendía la fama de la nueva banda, Mina comenzó a atraer reclutas. Partiendo de un número de casi 500 seguidores a principios de mayo, la partida de Mina se incrementó en casi 1.200 soldados de infantería y 200 de caballería a primeros de julio, sobrepasando la máxima fuerza jamás reunida por Javier. Los principales focos de reclutamiento, siguiendo el realistamiento de los roncaleses de Cruchaga y de los de la banda formada por los hermanos Górriz, fueron Lumbier y Echauri, lugares que las guerrillas utilizaron como bases durante la mayor parte de junio y julio [61].

La estrategia de Mina derivaba de la de Javier. Las emboscadas contra los convoyes representaron seis de las ocho batallas que tuvieron lugar durante estos tres meses. Tales encuentros, por su misma naturaleza, casi siempre fueron bien. Un convoy francés de 105 hombres se rindió sin ofrecer ninguna resistencia cerca de Carrascal. Otro, compuesto por 60 hombres, fue liquidado tras buscar refugio en una ermita situada en las montañas

[59] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.
[60] AAT, C8, 387. El informe del 1 de junio de 1810 se ha perdido, de forma que las cifras francesas deben ser todavía más altas. Los datos más elevados de los registros franceses pueden esconder otras pérdidas sufridas por otras bandas guerrilleras distintas de las de Mina.
[61] El mayor número de soldados reunido por Javier fue de 1.200 de infantería y 40 de caballería en diciembre de 1809, según el «Resumen del segundo regimiento». AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. No obstante, la misma fuente da cuenta de sólo 200 soldados de caballería y 800 de infantería a las órdenes de Javier en una fecha algo posterior.

del norte de Pamplona. Como ya habían aprendido los guerrilleros, la mayoría de estas escoltas francesas estaba demasiado cansada, mal preparada y sin el personal adecuado para resistir un ataque por sorpresa.

Por aquel tiempo, Mina descubrió, casi por accidente, una táctica idónea para este tipo de guerra y que casi siempre tuvo éxito. En sus primeras batallas, la escasez de munición obligaba a Mina a enfrentarse inmediatamente a los franceses en combate cuerpo a cuerpo. La primera vez que se utilizó esta táctica, en una de las emboscadas de junio de 1810 en el Carrascal, Mina tan sólo contó con un cartucho por hombre. Al dividir su fuerza por la mitad, dispuso de un grupo de fuego con las bayonetas caladas, mientras el otro permanecía en la retaguardia por si era necesario cubrir la retirada con otra descarga. Mucho tiempo después, incluso durante los momentos en que la División estuvo bien surtida, Mina continuaría utilizando este sistema en sus emboscadas a las columnas y convoyes franceses. Éste producía dos resultados deseados. Primero, las pérdidas contra fuerzas mejor armadas, pero menos entusiastas, podían mantenerse bajo mínimos recurriendo inmediatamente a la bayoneta. Segundo, los enfrentamientos podían acabar rápidamente, aspecto éste importante dado que la presencia de fuerzas enemigas adicionales en acuartelamientos cercanos significaba que los franceses siempre podían convertir la derrota en victoria o la desbandada en una retirada ordenada[62].

Para la estrategia guerrillera era importante eliminar las guarniciones enemigas. A principios del verano de 1810, sin embargo, ésta era una misión todavía muy alejada de las posibilidades del corso, que no poseía artillería. El único ataque sobre una guarnición en este período terminó en desastre. Cuando Mina rodeó la guarnición de Oyarzún, los franceses permanecieron en su interior dando muerte a 24 hombres e hiriendo a otros quince antes de que Mina se percatase de la futilidad de la aventura. Los

[62] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 22-23.

franceses contaban con muchos lugares fortificados. Habían ocupado conventos y caseríos en cada punto estratégico, y construido sus propios fuertes en los trechos de los caminos más remotos entre Pamplona y la frontera francesa o guipuzcoana. Una vez que las guerrillas consiguieron artillería, fue este último tipo de guarnición el primero en caer. No obstante, en 1810 los franceses no podían ser desafiados dentro de sus fuertes[63].

En julio, Mina ya era lo suficientemente fuerte como para embarcarse en la eliminación de sus últimos rivales. Pascual Echeverría fue la primera víctima. Echeverría, respaldado por 400 hombres, continuaba siendo el principal competidor del corso en el verano de 1810[64]. Sin embargo, Echeverría, como antes de él Eguaguirre y Sádaba, había cometido el error de enajenarse el apoyo civil sin ofrecer ninguna protección contra las tropas francesas. Su banda era particularmente odiosa para la población de Estella, que se había visto obligada no sólo a abastecer diariamente las raciones de los soldados de Echeverría, sino también a entregar recursos de las tiendas e industrias de la ciudad[65]. Por tanto, la entrada de Mina en Estella el 13 de julio para encontrarse con Echeverría, acantonado allí, fue recibida con entusiasmo. Tras un breve encuentro en los aposentos de Echeverría, Mina tomó prisionero a su rival antes de que ninguno de sus hombres pudiera intentar salvarlo. Junto a cinco de sus más cercanos seguidores, Echeverría fue escoltado al monasterio de Irache, donde los seis hombres murieron a manos de un escuadrón de fusilamiento. El pueblo de Estella se echó a las calles para celebrar la muerte de Echeverría, mientras sus tropas eran utilizadas para engrosar el número de los propios seguidores de Mina. Al mismo tiempo, llegaron 136 guerrilleros aragoneses, atraídos por la fama de Mina, para unirse al corso[66]. Otro rival, Juan Hernández, surgido de

[63] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.
[64] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.
[65] «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.
[66] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 26.

la ruptura del ejército de Javier con el grueso de la caballería, huyó a La Rioja para escapar a la misma suerte. Sin embargo, en pocos meses Mina arrestó y ejecutó a Hernández, el cual se había desplazado ingenuamente hacia el norte con la idea de hacer las paces con el despiadado layador. Los hombres de Hernández formaron, por consiguiente, el corazón de la caballería de Mina[67].

Tan pronto como Mina hubo eliminado a Echeverría apareció en escena un rival aún más peligroso. En la primera semana de agosto, Casimiro Javier de Miguel, antiguo cura de Ujué, regresó tras una prolongada ausencia portando órdenes del gobierno de Cádiz para tomar el poder de las guerrillas en Navarra[68]. Desde abril, cuando su hermano Clemente fue enviado como emisario a Cádiz, Mina había estado intentando conseguir la aprobación del gobierno. No obstante, durante el verano de 1810, Mina se encontraba totalmente aislado del resto de España. Su único contacto fuera de Navarra, en mayo, se había producido con la junta de Aragón, la cual le había nombrado para encabezar las guerrillas incluso aunque no tuviera el mando de Navarra. En relación a su hermano, Mina recibió noticias mucho más tarde de que había sido asesinado en Portugal sin llegar a completar su misión. Fue, por tanto, un duro golpe el que Miguel, ahora nombrado coronel, llegase para relevarlo de una posición que había consolidado tan recientemente. Con la presencia de Miguel, Mina perdía toda legítimidad para demandar autoridad.

En un principio, los partidarios de Mina se mostraron rebosantes de entusiasmo. El cura de Ujué tenía cierta reputación en la provincia; había conseguido el reconocimiento oficial de la guerrillas; y acababa de convencer al nuevo comandante francés, el general Honoré Charles Reille, de que paralizase las ejecuciones sumarias de guerrilleros capturados; finalmente, Miguel prometió conseguir ayuda económica del gobierno de Cádiz. Superado en el juego, Mina se vio obligado a reconocer la legitimidad

[67] Espoz y Mina, ibíd., p. 37.
[68] «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.

de las pretensiones de Miguel y a dejar el mando del corso [69]. El 4 de agosto, poco después de la llegada de Miguel, los guerrilleros acamparon en la región de Estella, mientras que las tropas francesas, cuyo número había aumentado recientemente a los niveles del invierno anterior, se aproximaban por diversas direcciones. En esta situación, la falta de experiencia militar del sacerdote se puso rápidamente de manifiesto. Miguel fue preso del terror y corrió a Estella con una docena de seguidores. Allí decretó un impuesto mensual sobre Navarra e intentó recaudar el primer pago de la ciudad [70]. En este contexto, Mina reasumió el mando y sacó a sus tropas del cerco. Más tarde arrestó a Miguel y lo deportó a Valencia, donde en 1812 cayó enfermó y murió [71].

En el mes de septiembre, Mina apareció como el «pequeño rey» de Navarra y recibió el reconocimiento formal de la Regencia de Cádiz. Irónicamente, éste llegó en uno de los momentos más difíciles para las guerrillas. Tras el éxito del verano, a principio de septiembre el corso se encontraba acosado desde un extremo al otro de Navarra. Los logros de Mina en el verano de 1810 habían llamado la atención de Napoleón en París. La capacidad de los guerrilleros para penetrar por la frontera francesa había obligado a Napoleón a reforzar sus tropas fronterizas y a aumentar el número de gendarmes en Vizcaya, Navarra y Aragón. Dufour, que había asumido con tales esperanzas el mando en marzo, comenzó a ocultarse en Pamplona, provocando así el descontento del emperador al no conseguir poner fin a los «banditti». De esta forma, Napoleón reemplazó a Dufour por su ayuda de campo, el general Reille. Éste llegó el 27 de julio con 8.000 hombres determinado a pacificar la provincia [72].

[69] Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 28-29.
[70] Espoz y Mina, ibíd., pp. 28-29. Estos detalles sólo existen en la narración dada por Mina.
[71] Puigblanch, *Opúsculos*, p. xli.
[72] Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, cartas de Napoleón a Berthier del 9 de abril, 29 de mayo y 10 de julio de 1810; *Gaceta de la Navarra*, 2 de agosto de 1810; y Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 59.

La primera acción de Reille fue evaluar la situación de Navarra. Su primer despacho desde Pamplona es digno de atención, ya que describe el sentimiento de pesar en el que había caído la ocupación francesa en aquel verano[73]. La situación, escribió, era peor de lo que había imaginado. Dos días antes de su llegada, fue aniquilado un convoy de 360 hombres en el Carrascal y casi 200 de ellos fueron capturados por Mina. Las guerrillas contaban con 2.500 soldados de infantería y entre 300 y 440 de caballería. Peor todavía, Mina había conseguido tantas armas de los desertores franceses y prisioneros que se esperaba que las dimensiones de su ejército aumentasen en los meses siguientes incluso a mayor velocidad.

Los éxitos insurgentes habían conseguido envalentonar a los guerrilleros y habían elevado el espíritu de la provincia. Por el contrario, las tropas francesas estaban tan desalentadas que a duras penas tenían ánimos para combatir.

Las guerrillas habían paralizado la recaudación de impuestos y habían destruido el sistema aduanero, de tal forma que «sólo a mano armada se [podía] [...] obtener algo». Esto indisponía todavía más a la población. Además ya no se podía persuadir a la gente que anhelaba la pacificación para que cooperase con los franceses, ya que los insurgentes habían «inspirado el terror por todas partes».

En combate, Mina tenía la ventaja de conocer perfectamente los movimientos de las tropas francesas a través de la información enviada por jóvenes de las villas. Cuando se los perseguían, los insurgentes podían dividirse y dirigirse a las montañas, de forma que sólo combatían cuando disfrutaban de ventaja. Cuando marchaban, los hombres de Mina recorrían doce leguas en el mismo tiempo que los franceses hacían seis. Las guerrillas eran «realmente los señores del país. Nosotros sólo lo somos de los puntos que ocupamos». En seis meses de lucha, a veces utilizando 12.000 soldados, los franceses sólo habían capturado cuatro

[73] «Informe sobre la situación de Navarra de 30 de julio de 1810» y Reille a Neuchatel, 30 de julio de 1810, AAT, C8, 268.

hombres y habían conseguido, ante todo, alimentar la rebelión mediante una violencia generalizada y sustentada en la frustración. Reille sostenía que para hacer algo necesitaba 12.000 soldados de infantería, preferentemente vascos y otras tropas acostumbradas a la lucha en las montañas, y 1.000 soldados de caballería.

Las recomendaciones de Reille no lograron actuar con la rapidez necesaria para salvarlo de dos derrotas humillantes durante la primera semana de mandato. El 31 de julio, cerca del paso de El Carrascal, los hombres del corso eliminaron una columna francesa de 2.560 soldados, obligándola a retirarse a Pamplona. En el encuentro, las guerrillas mataron a 40 hombres y capturaron a otros 30, mientras que ellos sólo perdieron siete vidas y 35 fueron heridos. De los cautivos, 19 eran navarros «renegados» que fueron ejecutados acto seguido [74]. Fue esta práctica la que movió al gobernador francés a continuar las ejecuciones rutinarias de guerrilleros capturados.

El siguiente encuentro fue todavía más gravoso para las fuerzas de Reille. El 3 de agosto, el corso atacó a los 300 hombres de la guarnición de Puente. Una vez más, la mayoría de las fuerzas de Reille se encontraba en el lugar equivocado. En esta oca-

[74] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. El informe de Reille sobre la batalla data del 1 de agosto de 1810 y registra 8 muertos y 70 heridos, aunque no dice nada sobre los renegados navarros capturados. AAT, C8, 268. Probablemente, la verdad esté en algún lugar entre estas dos relaciones partisanas. La fuente navarra señalaba que los guerrilleros hirieron a 400 soldados enemigos. Esto pone de manifiesto el grado de exageración de las guerrillas respecto a las pérdidas enemigas, especialmente en relación al número de heridos. Los combatientes siempre «redondeaban» o cambiaban los recuentos de cuerpos, pero las estimaciones navarras deben ser tomadas con especial escepticismo, dado que los guerrilleros casi nunca permanecían en el campo de batalla (hasta principios de 1812), aun cuando ganaban, y los franceses, por regla general, podían retirarse de manera ordenada con sus heridos. Estos datos sobre la batalla se enviaban a oficiales situados a cientos de kilómetros, en Valencia o en Cádiz, sin ningún medio de verificación, lo que constituye otra buena razón para no tener en cuenta las cifras dadas por los guerrilleros. En la mayoría de los casos, he preferido descartar simplemente los datos navarros relativos a franceses heridos. Por regla general, esto hace que se produzca una fiel correspondencia entre las estimaciones de bajas francesas y las españolas, y probablemente sea la estimación más precisa que podamos conseguir.

sión, estaba muy al oeste, limpiando las montañas de Urbasa y Andía, que los guerrilleros acaban de abandonar. Mina y sus hombres habían dejado las montañas durante la noche y marcharon hasta el amanecer para coger la guarnición de Puente de improviso. Sin contar todavía con artillería, pero con la información de que las tropas francesas más cercanas se encontraban a muchos kilómetros de distancia, las guerrillas recogieron con cuidado vides y ramas secas con objeto de incendiar la guarnición. El fuego acabó con la vida de 70 hombres antes de que los 230 restantes se rindieran [75]. El informe de Reille sobre el suceso difiere ligeramente: reconocía la pérdida de 50 muertos y 198 prisioneros [76]. En total, en agosto Mina causó casi 1.570 bajas a los franceses, al tiempo que evitó cuidadosamente sufrir serias pérdidas [77].

En aquellos momentos, el ejército de Mina alcanzaba los 3.000 hombres, una fuerza demasiado difícil de manejar para operar unida bajo las condiciones impuestas por la guerra de guerrillas. Por tanto, el 8 de agosto, Mina creó tres batallones, el primero bajo sus órdenes, el segundo a las de Cruchaga y el tercero a las de Lucas Górriz. Sin embargo, hasta entonces, estos comandantes no tuvieron ni reconocimiento oficial de su rango ni oficiales subordinados a través de los cuales dar órdenes. En

[75] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.
[76] AAT, C8, 387 y 268.
[77] Probablemente esta cifra sea moderada. Primero, excluye algunos de los encuentros para los que no existen datos. Además, las bandas que no pertenecían al corso todavía estaban en activo en Navarra durante este período y, a pesar de su desorganización, tuvieron que tener algún efecto. Finalmente, he descartado las cifras de la guerrilla sobre enemigos heridos, que en algunos casos alcanzaban la dudosa ratio de diez veces el número de los muertos. He preferido citar los datos más moderados posibles en todas partes a fin de anular la tendencia de los cronistas españoles a exagerar sus victorias y a minimizar sus derrotas. Las fuentes francesas son un correctivo, si bien tampoco existe razón para creer que tengan una exactitud total. En el período que va desde el 1 de abril al 30 de septiembre, las fuerzas francesas en Navarra perdieron 1.077 hombres, entre muertos, capturados, heridos y desertores, de acuerdo con los informes y correspondencia franceses, si bien durante el período que corre desde mediados de julio a octubre, Reille también registró un número duplicado de soldados hospitalizados.

vez de una cadena de mando, cada jefe de batallón dependía de su propio prestigio entre sus tropas para imponer su autoridad[78]. Esta organización casi tribal tenía desventajas terribles, sobre todo cuando alguno de los líderes resultaba herido. En mayo de 1812, Mina cayó víctima de una herida de bala en la pierna cuando regresaba de una expedición para conseguir avituallamientos en la costa cantábrica. Mina traía información vital, como los nombres de los espías y la localización de sus propios escondites de arsenales y suministros. Más importante, su influencia personal era crucial para mantener el espíritu combativo de sus tropas. Por tanto, como consecuencia de su ausencia, el corso quedó paralizado desde mayo a julio de 1812. Como más tarde comprobaremos, en el momento que alguno de los líderes de la guerrilla resultaba herido o muerto, se generaba la confusión o incluso la disolución.

Reille consiguió finalmente el apoyo de tropas que había solicitado, una vez que Pannetier se le unió en agosto y se desviaron algunos de los soldados del mariscal Masséna del Ejército de Portugal en septiembre. Reille contaba con casi 15.000 hombres preparados para presentar batalla a los 3.000 hombres del corso, casi el número de tropas regulares requeridas para hacer frente a las guerrillas con efectividad. Por consiguiente, los hombres de Mina comenzaron a verse tan presionados que rara vez se detuvieron desde finales de agosto hasta diciembre[79]. Si observamos sus movimientos, podemos apreciar, junto al extremo aguante de los hombres que estaban bajo las órdenes de Mina, las zonas que servían de refugio a las guerrillas cuando se veían obligadas a adoptar una postura defensiva.

Desde Puente, los insurgentes escaparon hacia su base favorita de operaciones, la región situada alrededor de Lumbier y Sangüesa. Allí se vieron obligados a separarse en batallones a fin de dividir a sus perseguidores. El primer batallón, al mando de Mina, se movió escasos kilómetros al oeste, hacia Monreal, una

[78] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.
[79] Informe de situación del 15 de septiembre de 1810, AAT, C8, 387.

villa que Mina conocía desde su niñez. El segundo batallón se dirigió hacia el sur, hacia Ujué, y el tercero retrocedió hacia las montañas de Andía, al norte de Estella, dos de las bases favoritas de los guerrilleros. El 28 de agosto, el corso se reunió en las montañas de Ulzama, al norte de Pamplona. Perseguido de cerca, huyó hacia el norte, a Baztán, y desde allí hacia al oeste, a la escabrosa región situada a lo largo de la frontera guipuzcoana [80]. Durante todo este tiempo, Mina consiguió evitar la batalla. Como se quejaba Reille, la gran dificultad no era combatirlos, sino encontrarlos [81].

6. *La destrucción de la División de Navarra*

Septiembre supuso el regreso del corso a las montañas de Andía, donde finalmente los hombres pudieron tomarse un descanso de cuatro días. Tras este breve intervalo, se dieron cuenta de que estaban cercados por 12.000 soldados enemigos. Las columnas francesas habían ocupado Estella y sus valles occidentales; Echauri y Puente, al este, estaban vigiladas; la región de Echarri-Aranaz, al norte, se encontraba bajo un firme control; y la llanura de Vitoria, al oeste, era una trampa mortal para una infantería sin apoyo. El comandante del tercer batallón recordaría más adelante que en aquel momento pensó que su carrera militar había llegado a su fin. Sin embargo, el mejor conocimiento de la región y la connivencia de la población permitieron que el corso escapase indemne incluso de esta trampa. Los franceses recibieron informaciones falsas de su inteligencia sobre que los guerrilleros estaban planeando escaparse en dirección a Estella, por lo que dejaron casi sin protección el estratégico puente sobre el Arga, en el valle de Echauri. El corso lo atravesó, tomando siete prisioneros en Belascoáin, antes de marchar durante toda la no-

[80] Éstos y los movimientos siguientes de las guerrillas se han reconstruido utilizando el «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; «Relación del tercer regimiento», legajo 17, car. 51.
[81] Reille a Neuchatel, 4 de septiembre de 1810, AAT, C8, 268.

che hacia el otro extremo de Navarra y hacia las montañas de Aláiz. Los franceses persiguieron y rodearon de nuevo a los guerrilleros tras ocupar Ujué, Monreal y Lumbier. Sin embargo, una vez más la información errónea hizo que los franceses de Monreal se dirigieran hacia el este mientras que el grueso del corso, a las órdenes de Cruchaga, pasaba hacia el norte, justo a través de Monreal, para refugiarse en el valle de Salazar y en el Alto Pirineo. Mientras tanto, la caballería y los 200 soldados de infantería conducidos por Mina fueron enviados a Soria con la esperanza de distraer la persecución de los franceses sobre Cruchaga.

No obstante, los franceses ignoraron a Mina y a la caballería y condujeron 13.000 soldados al valle de Salazar, donde pensaban embotellar a Cruchaga. Sin embargo, los valles que corren en dirección norte-sur hacia la frontera francesa y que, para el foráneo, parecen estar aislados unos de los otros, tenían salidas secretas sólo conocidas por los habitantes locales, y Cruchaga y sus roncaleses conocían muy bien esta parte de Navarra. Atravesando los altos pasos que, en palabras de Mina, casi nunca habían sido cruzados por el hombre, Cruchaga escapó del cerco y regresó a las montañas, al oeste de Sangüesa. Tras un breve descanso nocturno, las tropas se movieron de nuevo, marchando durante un día y una noche sin detenerse. Los guerrilleros habían viajado más de 185 kilómetros en dos días. Tras esta proeza de resistencia, Cruchaga consiguió abrir el espacio suficiente entre sus hombres y los franceses para cruzar las llanuras de Navarra meridional, vadear el Ebro y unirse a Mina en Soria. La caballería francesa les dio alcance justo cuando los últimos guerrilleros alcanzaban la otra orilla del río, donde Mina les estaba esperando. Aquí, los franceses, exhaustos, abandonaron la persecución. Durante el resto del mes de septiembre, el corso permaneció en las montañas de Soria antes de retirarse el 28 de septiembre hacia el sur, a Molina de Aragón.

Con todas las fuerzas que estaban situadas en Molina, Mina mejoró la estructura de mando del corso. Primero, lo renombró como la División de Navarra. Segundo, nombró oficiales subordinados para cada uno de los tres batallones en los que dividió su

ejército. Mina despachó mensajeros a Cádiz con noticias de sus hazañas y pidió el reconocimiento formal de su División. Durante casi un año no recibió respuesta alguna [82].

En la segunda semana de octubre de 1810, Mina decidió salir de su escondite para atacar la guarnición de Tarazona, a pocos kilómetros de Tudela. Aquí, el 11 de octubre, la División sufrió una derrota significativa que preparó el camino para su próxima destrucción en Belorado, un mes más tarde. Debido al terreno y la calidad de su caballería, los franceses de Tarazona obligaron a la División a que adoptara una línea regular. La pequeña caballería de Mina tuvo que soportar la carga de 1.200 húsares franceses en campo abierto, mientras la infantería buscaba terrenos elevados y una salida por la retaguardia. El resultado fue la masacre de los insurgentes. Entre los muchos heridos se encontraban Cruchaga y Mina, el primero con una herida de arma blanca en el cráneo, el segundo con una de fuego en la pierna. La lucha degeneró en un conflicto ilíaco de los navarros por salvar a sus líderes caídos. El desenlace fue una retirada confusa y precipitada, en la que la caballería francesa limpió el terreno de soldados rezagados. No iba a ser ésta la última vez que la mala suerte de un capitán destruía el orden y la resolución de la División [83].

Desde mediados de agosto a mediados de octubre, la División había quedado reducida a la mitad. Muchos hombres prefirieron quedarse atrás, en Navarra, con objeto de esperar una coyuntura más propicia. Tras Tarazona, Mina regresó a su hogar con los restos de la caballería. Su objetivo era reunir algunos de sus hombres dispersos y reiniciar la guerra en la Montaña de Navarra. El grueso de la infantería que había dejado atrás se escondió en las montañas de Aragón, Soria y La Rioja, intentando simplemente sobrevivir y evitar cualquier contacto con los miles de soldados que los perseguían y los aislaban de Navarra.

[82] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 35.

[83] Como complemento a los diarios del regimiento, véase Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, pp. 94-95; Espoz y Mina, *Memorias*, p. 36; y la narración de Reille en AAT, C8, 268.

A mediados de noviembre, cuando los guerrilleros intentaban volver a entrar en Navarra por Logroño, fueron divisados por una columna de 7.000 soldados franceses de infantería y 1.100 de caballería, que los persiguieron por el interior de Castilla la Vieja, donde los acorralaron. En los campos de Belorado, la División perdió casi 500 soldados, un tercio de las tropas que permanecían activas por aquellas fechas. Muchos fueron muertos a bayonetazos mientras yacían heridos o fueron hechos prisioneros y ejecutados más tarde. Fue la victoria francesa más importante hasta entonces conseguida sobre una fuerza guerrillera [84].

Uno podría preguntarse qué hacía Mina operando fuera de Navarra en aquel momento. Los ejércitos guerrilleros de Galicia y otros lugares habían demostrado ser notoriamente incompetentes y díscolos fuera de sus propias provincias, y la ribera meridional del Ebro no era bien conocida por Mina ni por ninguno de sus oficiales, ya que todos ellos eran hombres de la Montaña. Tarazona, objetivo de una operación ofensiva en mitad de los meses de retirada, contaba con un guarnición sólidamente fortificada, situada a escasa distancia de los miles de soldados estacionados en Tudela, y localizada en una llanura que ofrecía condiciones perfectas para la caballería y artillería francesas. A pesar de todo esto, Mina atacó.

Fueron las noticias recibidas por Mina cuando se encontraba en Molina las que le hicieron arriesgarse a atacar frontalmente Tarazona. Por el primer comunicado recibido en meses desde Cádiz, Mina se enteró de que se le había otorgado el rango de coronel, incluso aunque sus tropas no hubieran obtenido aún el estatus de regulares. Al mismo tiempo, se le informó de que las tropas que le estaban persiguiendo iban a socorrer a Massena en

[84] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. Sólo el segundo batallón perdió 200 hombres. Martín da la cifra de 350 muertos y 80 fusilados posteriormente para los tres batallones. Mina sostenía que había perdido 400 y que el número de los ejecutados fue de 70. Espoz y Mina, *Memorias*, p. 37. En todos los encuentros de octubre y noviembre, las fuerzas francesas a las órdenes de Reille perdieron sólo 60 hombres, entre muertos y prisioneros. AAT, C8, 387, informes de octubre y noviembre.

Portugal, por lo que, durante las próximas semanas iban a cruzar por Navarra nuevos refuerzos franceses. Al distraer estas fuerzas, Mina podía contribuir de forma espectacular, en su primera acción como coronel, a la más ambiciosa estrategia aliada. Tal expectativa resultó sin duda irresistible para Mina. Era un conflicto constante convencer a los políticos de Cádiz, la mayoría de los cuales se mostraba escépticos hacia o abiertamente opuestas a las operaciones guerrilleras, de que los voluntarios navarros debían ser reconocidos como una división regular. ¿Qué mejor camino para persuadirlos que reducir las filas de los oponentes de Wellington? Por tanto, por razones políticas, Mina intentó convertir sus guerrillas en una fuerza regular. Sus hombres eran capaces de llevar a cabo grandes acciones, pero no podían combatir en campañas abiertas en un terreno desconocido y abierto mejor de lo que lo habían hecho los voluntarios gallegos de 1809 y los hombres que habían luchado con Juan Martín en 1810 y 1811. Tarazona y Belorado fueron el resultado de la pérdida de fe de Mina en la estrategia guerrillera. Sólo tras volver a emprender una campaña guerrillera dentro de Navarra conseguiría reconstruir el movimiento.

CAPÍTULO 8

EL REINO DE LA GUERRILLA

1. *El terror de Reille*

El general Reille intentó aprovecharse al máximo de su victoria sobre la División en Belorado, difundiendo a bombo y platillo la noticia de la carnicería. «Navarros», proclamó Reille,

> Vuestros voluntarios fueron deshechos en Castilla: los campos de Belorado se hallan teñidos con su sangre, y sus tristes cadáveres yacen allí para pasto y sustento de las aves. Los jefes principales fueron heridos mortalmente en Tarazona, y las míseras reliquias de esas bandas errantes por esos montes solitarios se entregarán al fin o caerán por fuerza en nuestras manos. Desengañaos de vuestro error; poneos de nuestra parte, y prestad obediencia a las órdenes del gobierno [1].

Por una vez, una proclama francesa no estaba lejos de la verdad. De hecho, el desastre en Castilla completó el largo proceso de desintegración que había estado afectando a la División desde que Mina comenzó a utilizarla en operaciones fuera de Navarra. A fi-

[1] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 105.

nales de octubre, el ejército de Mina había dejado virtualmente de existir. Muchos de sus hombres habían quedado incapacitados tras el esfuerzo de tenerse que ocultar constantemente en las montañas. Muchos más simplemente habían abandonado la causa, algunos obedeciendo las instrucciones de Mina, para aguardar tiempos mejores. Mientras que los restos de la División se escabullían a través de las montañas de Aragón y Castilla, en el interior de Navarra el entusiasmo por la guerra decaía al tiempo que las autoridades civiles comenzaban a buscar un *modus vivendi* con los ocupantes.

Reille utilizó todos sus recursos políticos para hacer frente a las guerrillas. Uno de sus primeros actos, del 4 de agosto, había sido abolir el Consejo de Estado, órgano de inspiración francesa creado por Dufour y reemplazado por una «reimprovisada» Diputación. Reille, que evidentemente conocía la importancia que los navarros otorgaban a la preservación de sus instituciones autónomas tradicionales, hizo públicas estas nuevas disposiciones. Sin embargo, nombró a los miembros de su nueva Diputación, lo que mitigó considerablemente su afirmación de que había restablecido «una representación nacional» para Navarra. Había seis diputados, uno por cada merindad y uno por el comercio, si bien, de hecho, todos tenían importantes relaciones con el mundo del comercio. Los intereses mercantiles de los nuevos diputados correspondían bien con su función, que les era explicada en detalle en instrucciones recibidas de Reille. La Diputación simplemente tenía que fijar y recaudar impuestos, y cuatro días más tarde del establecimiento de la nueva corporación, Reille decretó un impuesto adicional de 8.621.000 reales. En los meses siguientes, los diputados se mostraron dignos de la confianza de Reille, ya que probaron ser infinitamente más capaces en distribuir y recaudar impuestos de lo que había sido el consejo de Dufour. De este modo, la nueva Diputación, al regularizar las recaudaciones impositivas, contribuyó a la relativa pacificación lograda durante los primeros meses de dominio de Reille[2].

[2] Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, p. 60; Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 149; Miranda Rubio, *La Guerra de la Independencia en Navarra*,

Junto a una administración más eficiente vino un uso más indiscriminado del terror. Reille ordenaba ahorcar rutinariamente a los prisioneros insurgentes junto a los caminos a fin de desmoralizar a la población. El 11 de octubre fueron ejecutados dos guerrilleros de esta forma. Dos días más tarde, los franceses hallaron a dos de los suyos colgados de los árboles a las afueras de Pamplona. Reille respondió a esta represalia con una de las suyas, reemplazando los cadáveres de los franceses con ocho insurgentes recién ejecutados. En su comentario sobre este episodio, Reille destacó que había declarado su intención de colgar a cuatro bandidos por cada soldado francés asesinado. Y cuando se le agotaron los guerrilleros, prometió que encontraría un nuevo surtido de víctimas entre los no combatientes, una promesa que pronto cumplió[3].

Para extender el terror a los civiles, Reille necesitaba una fuerza de policía y un tribunal militar más efectivos. Estableció ambos bajo la dirección de Jean Mendiry. El 18 de agosto fueron delineadas las competencias de Mendiry en un decreto publicado y anunciado por toda la provincia. Mendiry tendría autoridad sobre «todos los delitos contra el Estado», que cubrían un amplio abanico de actividades, incluyendo la expresión de opiniones o la publicación de obras contrarias al régimen. Cualquier forma de cooperación con los insurgentes o de comunicación con ellos caía también bajo la jurisdicción de la nueva policía, así como la «seducción» de los soldados imperiales y «todo hecho o dicho» que denotase «desafección, desaprobación, o desobediencia a las disposiciones de Gobierno». Mendiry dispuso agentes en iglesias, tabernas, frontones y en las esquinas de las calles. Se convirtió en el símbolo más detestado de la ocupación[4].

pp. 171-73; la Diputación presentó sus recomendaciones finales para regularizar los procedimientos de recaudación de impuestos el 26 de septiembre de 1810, mientras Mina se encontraba en el sur. AGN, Guerra, legajo 17, car. 8.

3 Carta del 13 de octubre de 1810, AAT, C8, 268.

4 Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, p. 78. Andrés Martín llamaba a Mendiry «aquel fétido aborto de los Bajos Pirineos». Décadas después de la guerra, los padres navarros todavía pronunciaban su nombre como si fuera el coco con el fin de asustar a sus hijos, diciéndoles que «el Mendiry» les iba a coger. Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 69.

Reille puso en funcionamiento inmediatamente su nueva maquinaria de represión en una serie de expediciones punitivas contra civiles. Contaba con dos fuentes de información para ayudarlo en este proyecto. Se benefició de las respuestas dadas a las encuestas demográficas y económicas iniciadas por sus predecesores. Como cabría esperar, estas encuestas nunca se completaron para todas las localidades, si bien constituyeron una herramienta poderosa en manos de la policía. Una fuente todavía más importante de información, proyecto propio de Reille, fue una encuesta elaborada a nivel de la comunidad relativa a los hombres que se habían ausentado de sus hogares sin dar explicaciones. Estas listas, perdidas una vez más en la mayoría de las comunidades, comenzaron a llegar a las manos de Reille a finales de 1810 y principios de 1811. Acto seguido empezó el arresto de civiles por parte de la policía francesa.

Existen dos fuentes de información que posibilitan, en cierta medida, la cuantificación de la represión policial. La primera es el registro de entradas en prisión conservado en el convento de Recoletas de Pamplona, convertido en cárcel durante la guerra. Este libro muestra que el 2 por ciento de la población de Navarra pasó por las Recoletas. Casi el 80 por ciento de los prisioneros fue finalmente liberado, el 17 deportado a Francia, y el 2 por ciento murió en prisión o fue ejecutado. El carcelero registró el lugar de origen del 48 por ciento de los internos. La mayoría (el 82 por ciento) de estos prisioneros procedía de la Montaña. Los franceses golpearon con especial intensidad en Estella, Falces, Huarte, Lárraga, Mendigorría, Olite, Pamplona, Puente la Reina y Sangüesa. Sólo el 2 por ciento de los prisioneros tenía su origen en la merindad de Tudela[5].

A pesar del elevado número total de los prisioneros de las Recoletas (3.323), sólo representa una fracción de detenidos por los franceses. Los sospechosos no sólo eran enviados a las Recoletas, sino también a prisiones situadas en Logroño y Zaragoza, y es

[5] «Relación auténtica que contiene las personas que fueron aprisionadas en Navarra por la policía francesa durante la guerra», AGN, Guerra, legajo 21, car. 19.

probable que algunos ribereños en particular hubieran sido encarcelados allí. Existían además algunas prisiones más pequeñas en lugares como Irurzún. Afortunadamente, los datos de Recoletas se pueden completar con una segunda fuente de información. En 1817 se pidió a las comunidades de Navarra que rellenasen una encuesta indicando, entre otras cosas, el número de civiles arrestados por los franceses durante la guerra. Las respuestas son alarmantes [6]. Sabemos, por ejemplo, que en el valle de Echauri, del que sólo aparecen ocho presos en las Recoletas, los franceses realmente encarcelaron, deportaron o asesinaron a 259 personas [7]. Del mismo modo, se supone que Erroz había perdido siete de sus residentes en las Recoletas, cuando los datos locales muestran que fueron 38 las personas realmente encarceladas, tanto en Pamplona como en Irurzún [8].

Si se mantuvieran tales proporciones para otras áreas no representadas en los datos de las Recoletas, entonces el número global de gente encarcelada o deportada por los franceses sería increíblemente elevado. Desafortunadamente, la exactitud de la encuesta resulta desigual. En la merindad de Pamplona, el 56 por ciento de las comunidades respondió, lo que representaba el 53 por ciento de la población. En Estella el 49 por ciento de la población estuvo representada en las respuestas, en Sangüesa el 44, en Tudela el 42 y en Olite sólo el 31 por ciento. A pesar de los defectos de la fuente, si se toman con cuidado los datos por sí solos podemos verificar ciertas tendencias y conclusiones sobre la naturaleza de la represión francesa.

El rasgo esencial de la represión, como el del servicio de inteligencia en el que se basaba, era su desigualdad. Algunas áreas, como la región de pequeñas villas a lo largo del río Araquil y sus afluentes, al noroeste de Pamplona, sufrió el apresamiento de casi un tercio de su población por parte de la policía militar. Sin embargo, en la mayoría de las ciudades y villas el número de

[6] Estos materiales se encuentran en AGN, Guerra, legajos 18-21.
[7] AGN, Guerra, legajo 21, car. 1.
[8] AGN, Guerra, legajo 20, car. 53.

detenidos fue pequeño. Si los franceses sospechaban que alguna villa estaba ayudando a la División, detenían por regla general al párroco, al regidor o algún otro líder comunitario. Incluso el que alguna región simplemente se retrasara en el pago de sus impuestos, era causa suficiente para arrestar al regidor, y la mayoría de las comunidades que registraron encarcelamientos de civiles destacó la pérdida de al menos un regidor. Como objetivo de la policía, los curas ocupaban el segundo lugar tras los regidores. Los franceses se llevaron a docenas de sacerdotes por haber leído las proclamas de Mina en sus feligresías o por haber protegido a guerrilleros heridos [9]. A pesar de todo, la constante amenaza del ataque guerrillero impidió que Mendiry mantuviese una presencia policial regular, a excepción de Pamplona y de otras pocas ciudades. Por consiguiente, la mayoría de la Navarra rural pudo escapar al terror francés.

No obstante, los regidores, y con menos frecuencia los sacerdotes, fueron también objeto de represalias por parte de las guerrillas, ya que Mina esperaba que los oficiales locales ayudasen a la División y estuviesen dispuestos a sacrificar sus personas y bienes por la causa. Cuando sus esperanzas se veían defraudadas, Mina no dudaba en marcar, cegar o cortar las orejas de o asesinar a los regidores que colaboraban. De este modo, las elites locales que escapaban al terror de Reille todavía podían ser presas del de Mina.

Aunque la mayoría de la población no fue, desde luego, objeto de encarcelamiento, hubo excepciones significativas. Las detenciones en masa sólo fueron emprendidas por Reille como último recurso contra aquellos municipios que se hubieran mostrado comprometidos con la insurgencia. Los arrestos masivos tuvieron lugar principalmente en la merindad de Pamplona, en cierto grado en Sangüesa, Estella y Olite, y a duras penas en Tudela. Asimismo las respuestas demuestran que fueron aquellas ciudades y pueblos que sufrieron la mayoría de los arrestos en masa las que continuamente daban información y suministros a los guerrilleros o las que eran conocidas por haber contribuido

[9] AGN, Guerra, legajos 18, 19, 20, 21.

con un gran número de voluntarios. Si alguna fuerza francesa sufría una emboscada en o cerca de un determinado pueblo o ciudad, todos sus habitantes debían responder por no haber avisado de la presencia de guerrilleros. Cáseda fue saqueada en diciembre de 1810 porque las guerrillas habían sorprendido a un destacamento cerca de la ciudad [10]. En Monreal, uno de los baluartes insurgentes situado cerca de Idocín, los franceses incendiaron los hogares de diecisiete patriotas en una ciudad que sólo tenía 84 casas [11]. En otros lugares, los franceses fueron más selectivos. Noáin, situada estratégicamente a mitad de camino entre Carrascal, Pamplona y Monreal, fue completamente destruida por los franceses en 1812 [12]. Y el valle del Roncal debió generar una fumarola casi constante. Los franceses incendiaron 311 casas en Roncal durante el curso de la guerra. Isaba, que perdió 153 casas, y Burguí, con 126 destrucciones, fueron en ocasiones prácticamente borradas del mapa [13].

Las detenciones también tendían a sucederse en oleadas, normalmente cuando los franceses capturaban una ciudad defendida por las guerrillas o cuando decidían actuar teniendo como referencia las listas de voluntarios y sus parientes que los oficiales municipales y colaboradores debían elaborar en cumplimiento de las órdenes francesas. Fue en las localidades más pequeñas, cerca de la capital, donde los franceses utilizaron estas listas para llevar a cabo su venganza. En la villa de Erroz, localizada en el principal camino que iba desde Pamplona a Guipúzcoa, los franceses asesinaron, deportaron o encarcelaron al 28 por ciento de su población, y la cercana Beasoáin perdió el 30 por ciento de sus habitantes [14]. Belascoáin, con casi 220 habitantes, vio cómo 80 personas fueron conducidas a prisión y dos más fueron deportadas, el equivalente al 37 por ciento de su población [15]. Estas

[10] AGN, Guerra, legajo 21, car. 9.
[11] AGN, Guerra, legajo 19, car. 26.
[12] AGN, Guerra, legajo 19, car. 25.
[13] AGN, Guerra, legajo 21, car. 11.
[14] AGN, Guerra, legajo 20, car. 53.
[15] AGN, Guerra, legajo 21, car. 1.

villas, situadas en una región estratégica y vulnerable al oeste de Pamplona, horquillaban las rutas que los guerrilleros tomaban entre Andía (o las provincias vascas) y la llanura de Pamplona. Por consiguiente, suministraron recursos, información y, como veremos, un gran número de voluntarios a la División. Sin embargo, tuvieron que pagar un elevado precio en forma de terrorismo francés. De manera similar, Lorca, situada en el camino real entre Puente y Estella, presenció el envío a prisión de casi el 20 por ciento de su población [16]. En general, estas tendencias refuerzan las que conocemos a través de los datos de las Recoletas y lo que sabemos sobre las preferencias de Mina por ciertos campos de batalla y sobre las regiones en las que la División buscaba refugio. El territorio de las guerrillas se situaba en la Navarra centroseptentrional y fue en esta región donde los civiles sufrieron la mayor parte de las acciones de la policía francesa.

El escrutinio de los datos refuerza en otro sentido esta conclusión. Llama la atención que en la merindad de Tudela, Fitero fuera la única ciudad que registró el encarcelamiento o deportación de un número significativo de civiles. Aunque parezca un hecho improbable, está apoyado por la escasez de prisioneros de Tudela registrados en las Recoletas [17]. Además, incluso las pérdidas de Fitero se quedan en nada si las comparamos con cualquiera de los datos consignados para las pequeñas villas de Echauri, Olza u otros valles de montaña. Una vez más, de las muertes registradas en la merindad de Tudela, la mayoría tuvo lugar en la ciudad de Tudela como resultado de las batallas libradas el 8 de junio y el 23 de noviembre de 1808. En realidad, no estuvieron relacionadas con el terrorismo de la contrainsurgencia [18]. Por ello estamos seguros de que la resistencia, al menos a juzgar por la evidencia tangible de la represión policial emprendida contra ella, difícilmente se dejó sentir en el valle del Ebro.

[16] AGN, Guerra, legajo 21, car. 5.
[17] AGN, Guerra, legajo 21, car. 15.
[18] AGN, Guerra, legajo 18, car. 19.

En la merindad de Olite, las ciudades más afectadas por las medidas policiales de los franceses fueron Mendigorría, Olite, Santacara y Ujué. Este último municipio debería agruparse, desde un punto de vista geográfico, social y económico, con otras villas de la Montaña. El primero, situado en el extremo norte de la Ribera, se convirtió en un lugar de parada muy frecuentado por los guerrilleros en sus viajes desde las montañas de Estella a las de Sangüesa. Sólo Olite y Santacara resultan algo sorprendentes. Esta tendencia se duplica en los datos de Recoletas, donde la mayoría de los encarcelados de la merindad de Olite procedía de la zona de combate situada entre Ujué y Estella.

Sin duda, los datos completos que incluyen las respuestas de Tafalla, Corella y de algunas de las otras grandes ciudades de la Ribera mostrarían que un gran número de ribereños sufrió las consecuencias del terror francés. Sabemos, por los datos de las Recoletas, que al menos 46 personas de Tafalla fueron enviadas a prisión en Pamplona y fueron registradas en la encuesta de 1817. A pesar de todo, la ausencia de datos de ciudades como Corella y Tafalla, que no estuvieron implicadas de forma destacada en la lucha en ningún momento de la guerra, es mayor que la falta de información sobre lugares como Batzán, Salazar y Valcarlos, siendo este último uno de los primeros centros de la resistencia. Así pues, aunque las respuestas completas habrían mostrado un número mucho mayor de pérdidas y encarcelamientos civiles en toda Navarra, no es probable que las proporciones entre merindades o entre la Montaña y la Ribera hubieran cambiado sustancialmente.

El efecto de la represión de Reille, combinada con la ausencia de la División mientras ésta se desplazaba desde las regiones más remotas de Navarra a las montañas de Castilla y Aragón, fue que el ardor de la población civil se enfrió en el otoño de 1810. La perorata dirigida por Reille a los civiles tras Belorado para que se unieran a la causa francesa produjo varias defecciones en la resistencia. El cronista del tercer batallón recordaba el ánimo de aquel tiempo. La derrota militar de la División y la constante persecución de civiles habían acobardado el espíritu de Navarra.

Los oficiales municipales habían sucumbido a los franceses entregando sus armas e informando sobre los jóvenes que las habían tomado. Aparentemente, muchos creían que los guerrilleros nunca más regresarían [19].

2. *La reconstrucción de la División*

No obstante, a mediados de octubre de 1810 Mina ya estaba de regreso en Navarra recuperándose de las heridas que había recibido en Tarazona. Pronto se percató de que su ausencia en Castilla había provocado una seria disminución de la confianza de la población civil en las guerrillas. Mina encargó a uno de sus oficiales, Ramón Ulzurrún, la tarea de localizar y realistar a las tropas desmovilizadas y descorazonadas para hacer ver a la población civil que el movimiento guerrillero no había sido destruido por completo. A finales de octubre, Ulzurrún consiguió proporcionar a Mina una pequeña banda de hombres reconstituida a partir de voluntarios dispersos. Con aquellos hombres Mina regresó a su táctica original de golpear y huir [20].

A finales de octubre, un destacamento francés penetró en Monreal para arrestar a voluntarios desmovilizados y a sus familias. Mina recibió noticias sobre esta acción francesa a tiempo de avisar a Monreal, y el resultado fue que los guerrilleros desmovilizados de la ciudad se vieron obligados, ante la anticipación de la campaña francesa, a realistarse en la División. En este sentido, el terrorismo de Reille tuvo el efecto contrario al pretendido y acabó impulsando el alistamiento de las nuevas tropas insurgentes que Mina utilizó para defender Monreal. El destacamento francés fue rechazado con facilidad. Otra fuerza francesa con una misión similar en Aibar había conseguido realizar algunos arres-

[19] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.

[20] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 105, sostiene que el 17 de noviembre eran 60 los hombres bajo las órdenes de Mina.

tos. Mina atacó este destacamento a su regreso a Pamplona y liberó a todos los prisioneros, incorporándolos de nuevo en su División. Estas acciones dieron nuevos ánimos a la resistencia y provocaron que muchos renunciaran a colaborar con los franceses [21].

El 17 de noviembre, Mina atacó a un grupo de 33 gendarmes que escoltaba un cargamento de municiones a través del paso del Carrascal. La captura de este convoy de municiones fue, en muchos sentidos, el logro más importante de este período, ya que los guerrilleros casi no contaban con municiones. De hecho, la magnitud de la derrota de Belorado tuvo que ver, en cierta medida, con la falta de balas y pólvora. A medida que los restos desarmados y desincentivados de la División se infiltraban en Navarra y se volvían a unir a ella, se iba haciendo necesario encontrar nuevas armas y municiones para equiparlos. La emboscada del Carrascal tuvo lugar en el momento preciso y permitió a Mina volver a equipar a sus hombres [22].

Mina pasó el final de noviembre y diciembre reconstruyendo su destrozada fuerza. Las tropas enemigas que habían hostigado a la División desde agosto partieron finalmente hacia Portugal, demasiado tarde, empero, para tener algún impacto sobre los acontecimientos que allí estaban sucediendo. Las propias fuerzas de Reille estaban tan fatigadas como las guerrillas y eran incapaces de continuar su ofensiva. Por consiguiente, entre septiembre y octubre, Mina consiguió establecer un cuartel general en Lumbier y atraer a cientos de nuevos reclutas y voluntarios dispersos. Este patrón se repitiría en otras veces durante los próximos dos años: intensos períodos de persecución francesa a los que seguían otros de inactividad en los que la insurgencia podía reponerse.

Mina utilizó la tregua para eliminar a sus rivales y para castigar a sus soldados más rebeldes. Ejecutó a Juan Hernández, su antiguo comandante de caballería en el corso terrestre, el cual (según Mina) había continuado enemistándose con la población

[21] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.
[22] Ibíd.

civil con «su feroz brutalidad» [23]. También se desembarazó de «Belza», uno de los primeros guerrilleros que operó en el extremo noroeste [24]. A pesar del cruel e injusto asesinato de Belza, el suceso permitió a Mina comenzar a reclutar con intensidad en Baztán, Cinco Villas y las tierras fronterizas de Guipúzcoa. En un mes creó un cuarto batallón con 800 hombres de la región.

Mina se ganó además la confianza de sus seguidores más díscolos por medios menos violentos que los utilizados contra Belza y Hernández. En aquel tiempo era usual que los hombres que querían independencia y autoridad llevaran el pelo largo. Una cabeza rasurada era signo de subordinación. Los reclutas llevaban el pelo corto; los oficiales lo llevaban largo. Naturalmente, para los hombres de la Idea sólo era posible llevar el pelo largo, trenzado o recogido tras las orejas y a veces complementado con grandes patillas. Por confesión propia, Mina era tan devoto como cualquiera del corso a esta moda, que debía hacer de los sucios voluntarios un grupo pintoresco y piojoso. A principios de diciembre de 1810, cuando la moral de las guerrillas estaba en su punto más bajo, Mina utilizó buenas dosis de autoridad para cambiar la apariencia de sus hombres, reimponiendo sumisión e inculcando confianza. Contra las protestas de sus subalternos, preocupados de no poder controlar a sus tropas, Mina ordenó que a todos los que estuvieran bajo sus órdenes se les cortara el pelo. Una vez que sus rebeldes soldados fueron rasurados y se aseguró su sumisión, Mina permitió que se le afeitara el cabello en pública ceremonia. Más tarde se repartieron nuevas ropas entre sus hombres y se embarcaron en una de las campañas más exitosas de la guerra [25]. El resultado de los esfuerzos de Mina fue que, a finales de diciembre, la División contaba otra vez con 3.000 hombres, por lo que en enero Mina creaba dos batallones

[23] Espoz y Mina, *Memorias*, p. 41.

[24] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, pp. 197-98. Resulta significativo que la ejecución de Belza no figure en las memorias de Mina, donde por lo general intentó justificar sus actuaciones más desagradables. Puede ser que esperase que el mundo no se enterara del asunto Belza.

[25] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 41.

más. A pesar de todos los sufrimientos de la guerra, los navarros se habían reunido una vez más en la resistencia.

A finales de diciembre, Mina volvió a llamar la atención del general Reille. Éste envió una columna de 700 soldados desde el oeste y una segunda de 1.700 hombres desde el sudeste, muchos de los cuales procedían de las guarniciones que Suchet tenía a lo largo del Ebro, con objeto de atrapar a Mina en Lumbier. Sin embargo, esta fuerza, que en noviembre podían haber arrollado a los hombres de Mina, era ya demasiado pequeña en diciembre para realizar esta misión. Mina emboscó a la primera columna en Idocín el día de Navidad, matando a 48 hombres y capturando a 70, 20 de los cuales fueron fusilados por ser españoles renegados. Un día después de Navidad, Mina tendió una nueva emboscada a la segunda columna en un barranco cercano a Lumbier. Los guerrilleros, ayudados por docenas de campesinos locales, dejaron caer una lluvia de piedras y disparos sobre el enemigo y los persiguieron durante su retirada a Caparroso, en el extremo septentrional de la llanura del Ebro. En el informe oficial del 1 de enero de 1811, los franceses dieron cuenta de la pérdida de 112 hombres, entre muertos y prisioneros, en aquellas dos batallas, a los que se sumaron otros 46 moribundos hospitalizados en Pamplona durante las siguientes dos semanas. Con estos dos encuentros, los guerrilleros anunciaban al mundo su total recuperación [26].

Durante casi dos semanas, Reille dejó una vez más que las guerrillas descansaran en Lumbier. Mina utilizó este tiempo para establecer hospitales en los valles del Roncal, Salazar y Aezcoa, en los Pirineos. Envió el cuarto batallón a Echarri-Aranaz y al valle de Araquil para entrenar y reclutar más hombres. Ya se ha señalado que el cuarto batallón dependía sobremanera de las poblacio-

[26] La correspondencia francesa data del 1 de enero de 1811, AAT, C8, 387; otra fuente francesa reclama 162 bajas, mientras que las españolas hablan de 225 hombres muertos y 200 más capturados. Emmanuel Martin, *La gendarmerie française*, p. 225; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, pp. 106, 109; véase también «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 42.

nes del noroeste. Los comandantes del batallón, Ramón Ulzurrún y Francisco de Asura, procedían de las villas de Asiáin y Amezqueta, respectivamente. Asiáin estaba situada a pocos kilómetros al norte de Echauri, y Amezqueta era la última villa guipuzcoana entre la frontera navarra y las montañas de Aralar. Fue en estas áreas donde el batallón buscó el personal necesario con el que llenar sus filas.

Los otros batallones habían sido reclutados de forma similar. El primer batallón, dirigido por Mina, se nutrió sobre todo en Monreal y en las aldeas situadas al oeste de Sangüesa, origen de Mina. El segundo batallón estuvo comandado por Cruchaga y más tarde por Antonio Barrena, el primero de Roncal y el segundo de Salazar, y sus hombres procedían de aquellas poblaciones. Finalmente, el tercer batallón estaba a las órdenes de los hermanos Górriz, de la aldea de Subiza, localizada al sur de la capital y no lejos del Carrascal. Este batallón incluía a muchos hombres procedentes de la llanura de Pamplona y de Estella. Mina creó, o mejor absorbió, un quinto batallón en el mes de enero de 1811. Este batallón estaba formado principalmente por alaveses que ya estaban integrados en la partida guerrillera dirigida por el patriota alavés Sebastián Fernández. Así pues, todos estos batallones fueron formados con hombres procedentes de la Montaña. Cuando se unían, lo que nunca ocurrió durante este período, el número total de hombres de la División bien podía aproximarse a la marca de los 5.000[27].

No obstante, a mediados de enero, comenzó de nuevo la persecución. Los franceses recientemente habían limpiado de guerrilleros el Alto Aragón, y Suchet, que acababa de presenciar cómo algunas de sus tropas eran masacradas en Lumbier, decidió intervenir de nuevo en Navarra. Mandó al general Harispe a dar caza a Mina. El 12 de enero, 5.000 franceses se aproximaron a Lumbier para encontrarse con que el puente de la ciudad había sido cortado y que se defendía la orilla opuesta del río Irati. Mina conservaba una posición ventajosa, y sus

[27] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 43; AGN, Guerra, legajo 21, car. 6.

hombres defendieron la ciudad hasta que se les hubo acabado la munición y se vieron obligados a huir hacia los Pirineos. Los navarros tan sólo sufrieron cuatro bajas, según Andrés Martín. Los franceses sufrieron 18 muertes, 31 capturas y cinco deserciones [28]. Tras perseguir a Mina a través de un corto trecho montañoso, los franceses regresaron a Lumbier, saquearon la ciudad y mataron a 16 civiles que se habían quedado atrás [29].

Desde el 24 de diciembre y durante todo enero, la División mató o capturó en total a 341 combatientes franceses e hirió a cientos, especialmente en las batallas del 24 y del 26 de diciembre. Los totales franceses no difieren significativamente, y muestran 338 muertos, capturados o desertores, sin estimar el número de heridos. En cambio, los franceses sólo fueron realmente efectivos con los desafortunados civiles de Lumbier. Esta mancha en el honor militar francés exigía venganza, por lo que, una vez más, decidieron situar en Navarra una fuerza arrolladora que comenzó a llegar a mediados de enero. Los generales Cafarelli y Chlopiski se unieron a Harispe y Reille en la persecución de Mina. Juntos contaban con casi 13.000 soldados, reforzados por otros 9.000 procedentes de Aragón y del valle del Ebro, lo que una vez más obligó a Mina a dispersar su División para ponerla a salvo [30]. Mina llevó el grueso de sus tropas a través de Navarra hacia las montañas de Andía a principios de febrero. Allí se dividieron todavía más. El primer y el segundo batallón se retiraron a la relativa seguridad de los Pirineos y se acantonaron en los valles del Roncal, Salazar y Aézcoa, al este, y en Baztán, al oeste. El tercero y el cuarto ocuparon las montañas de Estella y Santa Cruz de Campezo, en la frontera con Álava. Una vez más, estas disposiciones ilustran

[28] Informe de Reille del 15 de enero de 1811, AAT, C8, 387.
[29] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 1, p. 111; «Relación del tercer regimiento». AGN, Guerra, legajo 17, car. 51. Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 46. Un individuo, hallado escondido en un horno de pan, fue obligado a quedarse en su interior mientras prendían el horno, quemándolo vivo.
[30] Alexander, *Rod of Iron*, p. 51.

cómo la División sobrevivía en los períodos difíciles mezclándose con las poblaciones campesinas de la Montaña [31].

La División permaneció en esta situación de dispersión hasta finales de mayo, cuando, tras meses de inútil persecución sobre Mina, Harispe y sus hombres dejaron Navarra [32]. A pesar de todo, Reille todavía contaba con 4.700 hombres bajo su mando junto con los 2.400 que estaban a las órdenes del general Cafarelli. En aquel momento, el número total de hombres de la División de Mina casi llegaba a los 5.000, y cada uno de los cinco batallones contaba con aproximadamente 1.000 soldados y la caballería con alrededor de 150. Sin embargo, el quinto batallón «alavés» rara vez operaba junto a los cuatro primeros batallones navarros. Por tanto, los franceses gozaban de una significativa ventaja numérica sobre las guerrillas, si bien se encontraban lejos de alcanzar la superioridad de diez a uno, considerada necesaria para llevar a cabo una contrainsurgencia realmente efectiva. Además, la aparente ventaja francesa fue neutralizada por las necesidades de acuartelamiento en el campo. De las tropas de Reille, 2.700 cumplían obligaciones de guarnición permanentes, quedándole libre una fuerza móvil de 2.000 hombres. Por tanto, incluso cuando consiguió unirse a los 2.400 hombres de Cafarelli, Reille sólo logró igualar en número a los guerrilleros [33]. La dispersión de los recur-

[31] Las fuentes francesas confirman estas disposiciones. El 1 de marzo los espías de Reille situaban a las guerrillas en cuatro bases: Goñi, Lecumberri y Baztán, todas en el noroeste, y en Aoiz, en los Pirineos orientales. Carta del 1 de marzo de 1811, AAT, C8, 268.

[32] Hubo pocas acciones en estos tres meses. En el espacio de una semana, a finales de marzo, los guerrilleros se unieron para dar muerte o capturar a 46 hombres de la guarnición de Estella, rechazaron una columna de 3.300 estacionada en Los Arcos, y sorprendieron y capturaron una partida de requisición de 90 hombres en Aragón, dispersándose antes de que los franceses pudieran responder. En abril, Mina reunió de nuevo a una parte de su fuerza, capturó 98 fusiles y un convoy de municiones en Azagra, y sorprendió a los 150 hombres de la guarnición de Ejea de los Caballeros en Aragón, la cual tomó tras matar a 71 soldados franceses y capturar al resto. «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51; cartas del 21 y 28 de marzo de 1811, AAT, C8, 268; cartas del 4, 5 y 18 de abril de 1811, AAT, C8, 268.

[33] Alexander, *Rod of Iron*, p. 97.

sos enemigos en funciones de ocupación es, desde luego, uno de los resultados deseados de la guerra de guerrillas. En toda la Península fue este resultado el que permitió que los ejércitos regulares españoles y británicos supervivieran frente a los franceses. Dentro de Navarra dio a Mina la capacidad de reunir a sus tropas para realizar campañas sabiendo que Reille, sin Harispe o sin otra ayuda exterior, no podía vencer a la División.

Mina respondió a la retirada de Harispe reuniendo en Estella a sus cuatro batallones navarros a finales de mayo. En Álava se enteró por Fernández de que una columna formada por 100 carros de heridos y enfermos franceses, 1.070 prisioneros españoles y 58 ingleses, y un enorme botín, que incluía los efectos personales del mariscal Masséna y la posibilidad de que estuviera el mismo mariscal tuerto, iba a dejar Vitoria el 25 de mayo. Mina decidió combatir. En dos días marchó con sus hombres más de 84 kilómetros hacia el paso de Arlabán, en la frontera entre Álava y Guipúzcoa, por donde la columna francesa debía pasar. En Arlabán, Mina empleó su táctica habitual, disparando una sola vez y atacando con la bayoneta calada. Los resultados fueron los habituales. De los 1.650 hombres que formaban la escolta, 240 murieron y 160 fueron hechos prisioneros. El resto huyó a Vitoria, donde avisaron a Massena, que se había quedado rezagado en la ciudad. El dinero, las armas y los otros bienes capturados proporcionaron la mayor recompensa jamás disfrutada por las guerrillas. Arlabán fue el Bailén de Mina. Representaba la victoria más grande conseguida hasta el momento por un ejército guerrillero. Lo más importante fue el rescate de los 150 prisioneros aliados, ya que esto extendió la fama de Mina y la División de Navarra por toda España[34].

[34] Informe de 1 de junio de 1811, AAT, C8, 378. El informe dado por Cafarelli sobre esta acción está incompleto, dado que el general sólo comunicó las bajas (130) del Trigésimo Segundo Regimiento de Fusileros. Cafarelli aportó un breve relato de la batalla. El acontecimiento más interesante a destacar de este informe es que los prisioneros ingleses, en vez de aprovecharse del ataque para escapar, sin vergüenza alguna, recuperaron las armas francesas y dispararon sobre los guerrilleros. Para estimar las bajas me he basado en Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, pp. 128-132,

La sorpresa de Arlabán obligo a que Cádiz por fin cambiase su opinión sobre Mina. El gobierno había negado repetidas veces el reconocimiento de la División. Mina había enviado representantes a Cádiz, pero habían sido rechazados. El gobierno pensaba que las tropas navarras eran todavía medio bandidos, y Mina se vio obligado a mantener en secreto el contenido de las cartas de rechazo que recibía de Cádiz para no desmoralizar a sus hombres[35]. Es cierto que algunos miembros del gobierno estaban disconformes con el funcionamiento del ejército regular español y que habían comenzado a acoger con simpatía el caso de Mina. En el primer número del órgano oficial de la Junta de la Mancha se defendió a Mina, en aquel momento a escondidas, en los siguientes términos: «Este héroe navarro sabe el arte de vencer y no ser vencido», escribieron los editores de periódico de la junta, aludiendo al fracaso de los ejércitos españoles para proteger La Mancha. «Nada importa a la patria que ignore la táctica de las academias» [36]. Despúes de Arlabán, la Regencia se puso del lado de aquellos que sostenían que la guerra de guerrillas era el camino para la liberación, reconociendo finalmente a los hombres de la División como tropas regulares el 5 de junio de 1811 [37]. Tras Arlabán, Mina evacuó rápidamente sus tropas a fin de evitar que fueran perseguidas por una columna enviada desde Vitoria. El quinto batallón permaneció al este de Álava. Los batallones tercero y cuarto fueron enviados al norte, donde empujaron a la fuerza estacionada en Irún a través del Bidasoa hacia Hendaya, cerrando rápidamente la frontera francesa e incautándose de un valioso cargamento de ropa de algodón e indigo antes de retirarse hacia el sur por los Pirineos. El resto de la División atravesó Navarra hacia Carrascal[38].

cuyas cifras son mucho más bajas que las que aportan otras fuentes. Mina y los diarios del batallón sitúan las bajas francesas en 800 muertos y 600 capturados. Sólo se conocen las bajas navarras para el segundo y el tercer batallón, cuyas pérdidas fueron de 13 muertos y 49 heridos.

[35] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, pp. 52-53.

[36] *Gazeta de la Mancha*, 13 de abril de 1811.

[37] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 57.

[38] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.

Los franceses lo intentaron todo para controlar a las guerrillas. Levantaron un sistema de fortificaciones y torreones en Álava y Navarra para comunicar las ciudades del interior con la costa. Se erigieron diez torres entre Vitoria e Irún, y se edificaron otras en el camino Irún-Pamplona-Tudela. Las torres se comunicaban entre ellas a través de un sistema de luces «para notificar lo que estaba ocurriendo en las montañas» a las fuerzas de Vitoria, Irún y Pamplona antes de que éstas se aventurasen en territorio guerrillero. En teoría, los fuertes alertarían a las columnas de la presencia de guerrillas y servirían de refugio a los convoyes y destacamentos rezagados. Los fuertes nunca fueron efectivos en el cumplimiento de la primera tarea. Como islotes de desolación en un campo dominado por insurgentes, no recibían información y no eran de gran ayuda para las guarniciones de las ciudades. Sin embargo, fueron paraísos de seguridad para las tropas francesas aisladas en las montañas. En 1812 un fuerte construido en el fatídico paso de Arlabán salvó a cientos de soldados franceses, si bien no evitó que se repitiera otro ataque por sorpresa [39].

Tras la humillación de Álava, los franceses decidieron actuar de nuevo de común acuerdo. El general Bessiéres, comandante del distrito militar de Vizcaya, prestó miles de hombres para que actuaran en Navarra. En resumen, casi 20.000 hombres, a las órdenes de veteranos generales como Cafarelli, Harispe, Pannetier, Arnaud, Severolli, Abbé y Bertholet, entraron en Navarra [40]. El 13 de junio, el primero de los cuatro batallones de la División fue interceptado y rodeado en las llanuras al norte de Tafalla por dos columnas de una fuerza combinada de 7.000 soldados de infantería y 800 de caballería. Mina perdió 200 soldados entre muertos y heridos, y sus hombres tuvieron que tomar diversos caminos en dirección a sus hogares y tierras [41]. Otros encontraron refugio donde pudieron. El segundo batallón se dividió entre

[39] Napoleón a Berthier, 10 de junio de 1811 y 31 de julio de 1811, Napoleón Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, pp. 185-187.
[40] Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 59, 67.
[41] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 9.

Roncesvalles, Salazar, Ronzal y el Alto Aragón. El cuarto permaneció en el noroeste, cerca de Guipúzcoa, de donde era originaria la mayoría de sus hombres. El primero y el segundo batallón enviaron algunas tropas hacia el oeste, a la región de Echauri, y otras hacia el este, hacia Lumbier. La división no fue capaz de volver a reunirse otra vez hasta finales de julio[42].

Al no tener que enfrentarse al desafío de las guerrillas, la policía francesa podía ahora, en el verano de 1811, desahogar toda su rabia por la derrota de Arlabán. Mendiry envió a cientos de civiles a las prisiones de Pamplona y ejecutó a docenas de «espías» y parientes de guerrilleros. Reille describió estas medidas en una carta de 11 de julio «Hice [...] fusilar hace tres días a 40 de esos salteadores que están en la Ciudadela.» Además, mantuvo a otros 170 individuos como rehenes por si acaso era necesario dar más lecciones[43]. Andrés Martín describió la atmósfera de terror que reinaba en Pamplona en uno de los pasajes más conmovedores escritos por un superviviente de la guerra. «Si salen por las calles», escribió Martín,

> ... oyen los ayes lastimeros de sus amigos conducidos a las cárceles y al suplicio; si huyen de la ciudad, ven una horca elevada en que penden los inocentes españoles; si bajan a tierra los ojos compasivos, ven el suelo empapado en la sangre de sus hermanos y parientes; si claman contra el tirano, ven al furioso Mendiri que les amenaza con la muerte; no se oyen otras voces que la prisión, el destierro y el degüello de los hombres más honrados; y en tan terrible situación, no hay lugar ni licencia para el desahogo. Una simple queja, una ojeada de compasión, eran delitos suficientes para la prisión, para el destierro, para el suplicio. Las gentes de humor pierden su alegría, dejan las concurrencias, se privan de la amistad y se entregan al silencio y al dolor[44].

[42] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51; «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 62.

[43] Reille a Neuchatel, 11 de julio de 1811, AAT, C8, 268.

[44] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, pp. 91-92.

Uno de los resultados inesperados de la concentración de Reille en la represión de civiles fue que dio a Mina otro respiro necesario. Y Mina empleó este tiempo en extender su presencia con mayor intensidad por Navarra e incluso por Guipúzcoa y Vizcaya. Desde el 5 de junio, la División de Mina quedó nominalmente integrada en el séptimo ejército, a las órdenes de general Mendizábal. Como única fuerza armada efectiva en la región, se encomendó a Mina que dominase Álava (que ya estaba parcialmente controlada por el quinto batallón) y se le autorizó a apoyar al incipiente ejército guerrillero de Antonio Jaureguí, «el pastor», en Guipúzcoa. Se le ordenó además coordinar sus esfuerzos con los del guerrillero vizcaíno Longa, y por todas estas razones estuvo ausente en Vizcaya desde el 4 de julio al 21 o 22 de julio[45].

A su regreso, Mina reunió a todas sus tropas para llevar a cabo un ataque conjunto sobre una columna francesa que marchaba por Piedramillera, en las estribaciones occidentales de Estella. El 23 y 24 de julio, los 4.000 hombres de Mina hicieron retroceder a los 2.000 hombres de Pannetier hacia Estella, tras dar muerte a 150 y capturar a 16. Los españoles perdieron menos, si bien, según Mina, fueron muchos los heridos, incluyendo a Gregorio Cruchaga, que sufrió su tercera herida seria desde el inicio de la guerra[46]. Ahora, sin embargo, la coordinación y la resolución de los franceses tras las secuelas de Arlabán cogieron a los guerrilleros por sorpresa. Mina se había enterado de que una columna de 2.000 franceses estaba estacionada en la frontera alavesa, en Santa Cruz del Campezo, y salió en su persecución. No obstante, esta fuerza no era sino un cebo, y mientras Mina marchaba con sus hombres por el interior de Álava se dio cuenta de que Panne-

[45] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 63; Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, pp. 289-92.

[46] Sólo conocemos las bajas españolas del segundo batallón, con 16 muertos y 70 heridos. Sin embargo, el segundo batallón llegó tarde y sólo entró en acción al final. Las bajas de la División, por tanto, fueron probablemente casi tan altas como las que sufrieron los franceses. «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. Reille sólo admitió 70 bajas francesas. Carta del 26 de julio de 1811, AAT, C8, 268.

tier no se había quedado en Estella, sino que tras recibir refuerzos, había comenzado a aproximarse a la División por la retaguardia. Siguiendo sus métodos habituales, Mina intentó escapar al peligro volviendo sobre sus pasos con objeto de cruzar por la noche las llanuras del centro de Navarra y llegar a las montañas de Sangüesa.

No obstante, en esta ocasión la naturaleza frustró los planes de Mina. Durante la marcha nocturna, el tiempo empeoró tanto que sus hombres sólo podían ver con la luz de los relámpagos. El barro descalzaba las botas de sus pies y el chaparrón dejaba inservibles sus armas. La División, que había marcado registros prodigiosos de dureza marchando en una ocasión casi 128 kilómetros en veinticuatro horas, sólo pudo hacer unos pocos kilómetros en toda la noche, poniéndose a tiro de la columna de Reille, formada por 5.000 soldados de infantería y 500 de caballería en Los Arcos. Por razones quizás relacionadas con las heridas de Cruchaga, Mina, Cruchaga y una pequeña escolta abandonaron la División en aquel angustioso momento y huyeron hacia el norte. Dejaron al tercero en el mando, Barrena, para que cruzara las llanuras de Navarra con sus hombres descalzos y desarmados al alcance de un enemigo muy superior, bien cubierto con artillería y caballería. En las colinas cercanas a la ciudad de Lerín, los guerrilleros fueron rodeados y aniquilados. Los franceses mataron a 400 hombres y capturaron a 200, si bien sus pérdidas fueron escasas dada la indefensión de los navarros. Muchos de los que escaparon se deshicieron de sus armas inutilizadas y retornaron a la vida civil[47].

Tras Lerín, Reille intentó dividir las guerrillas renovando las ofertas de amnistía, poniendo precio a las cabezas de Mina, Cruchaga y otros comandantes, e incluso intentando sobornar a Mina. Este último esfuerzo dio lugar a un peculiar episodio en el que Mina, por un momento, pareció a punto de aceptar la oferta

[47] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 18. Reille situó las pérdidas navarras en 300 muertos y 204 capturados. Informe del 1 de agosto de 1811, AAT, C8, 268.

francesa de empleo a cambio de desmovilizar la División. Tras un intercambio de cartas con el gobierno, Mina acordó encontrarse con un grupo formado por dos mercaderes navarros y un agente francés en una aldea escogida por Mina por su seguridad. Sin embargo, una vez que las dos partes se hubieron juntado, Mina tomó a la parte contraria como rehén. Quizás sospechara de que se trataba de una trampa. No obstante, es más probable que Mina aceptara la farsa con objeto de conseguir una tregua como condición previa para llevar a cabo la negociación. Lo consiguió, y la División, o lo que quedaba de ella tras Lerín, obtuvo un más que necesario descanso tras la persecución. El hecho de que a los enviados, alguno de los cuales, según se supo más tarde, realizó operaciones secretas para Mina durante la guerra, se les permitiera «escapar» enseguida de sus captores, demuestra que Mina no sospechaba que su lealtad pudiera hacer fracasar el asunto[48].

Hasta mediados de octubre, lo que quedaba de la División fue enviado, en la última gran dispersión antes del final de la guerra, a los Pirineos y a las montañas al oeste de Estella, y a Álava y Guipúzcoa, donde comenzaron a hacer imposible la vida a Thouvenot, comandante de Álava. La recuperación comenzó casi de inmediato. A principios de octubre, la división sólo disponía de 950 hombres[49]. Sin embargo, los batallones fueron pronto recompuestos a partir de dos fuentes. Primero, la total destrucción de la resistencia organizada de Cataluña y la mayor parte de Aragón durante 1811 dio lugar a un flujo de hombres procedentes de aquellas regiones que se unieron a Mina en el otoño[50]. Segundo, Mina hizo circular una orden donde se requería que todos los voluntarios que hubieran regresado a sus hogares se uniesen a la División. Aquellas personas que hubieran

[48] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, pp. 69-71; Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 129-43. Mina temía por las vidas de los enviados, ya que sus hombres querían tratarlos como traidores. Formó una guardia especial a la que se encomendó que dispusiera la fuga.

[49] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.

[50] Jouffroy, «Operations de l'Armée d'Aragon», AAT, MR, 770.

aceptado la amnistía gala serían fusiladas junto a sus padres u otros tres parientes[51].

Pronto Mina pudo volver a tomar la ofensiva. En una barrida por todo el Alto Aragón, Mina suprimió y tomó la guarnición de Ejea y luego destruyó una columna enviada en su ayuda desde Zaragoza. De los 800 hombres de la columna, los guerrilleros mataron a 198 y capturaron al resto, a excepción de tres soldados de caballería franceses que escaparon para dar cuenta del desastre[52]. Los prisioneros fueron trasladados al tercer y cuarto batallón, que los llevaron al puerto vizcaíno de Motrico y los pusieron en manos de los ingleses, junto a 51 prisioneros más —la totalidad de la guarnición de Motrico— capturada en el camino. A cambio, las guerrillas consiguieron de los ingleses una valiosa carga de armas, que incluía su primera pieza de artillería[53]. A finales de octubre, Mina situó su cuartel en Santa Cruz de Campezo, en Álava, para dirigirse de nuevo hacia el este, a Sangüesa, a principios de noviembre donde pudo permanecer durante casi dos meses sin ser molestado por las fuerzas de Reille, situadas en Pamplona. Durante este tiempo, la División no emprendió ninguna acción en Navarra, aunque continuó haciendo sentir su presencia en el Alto Aragón, enfrentándose en dos ocasiones a los franceses y provocándoles 270 bajas, mientras que sólo sufrió unas pocas pérdidas[54].

Aún más que el año anterior, cuando la falta de actividad de Reille a finales del otoño e invierno de 1810-11 permitió que la División tuviera la oportunidad de recuperarse de Belorado, el respiro facilitado a las guerrillas a finales del otoño e invierno de 1811-12 se convirtió en la ruina de la ocupación. La campaña

[51] Thouvenot descubrió una copia de la orden e informó de su contenido en una carta del 6 de octubre de 1811, AAT, C8, 206.

[52] La información en Espoz y Mina, *Memorias*, p. 79, y en el «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20, presenta unas cifras algo más exageradas. He utilizado las que proporcionó Jouffroy, un oficial francés destinado en Aragón, en su relato sobre las operaciones, AAT, MR 770.

[53] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.

[54] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 27; «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.

del mariscal Suchet en el suroeste contribuyó a dar este respiro a Mina. Reille había prestado a Suchet muchas de las tropas estacionados en Aragón y Navarra para el sitio de Valencia. Por consiguiente, la región quedó poco guarnecida. En diciembre de 1811, sólo había 6.396 soldados para ocupar Navarra, más de la mitad destinados en guarniciones y casi 800 en el hospital [55]. Aragón era todavía más vulnerable: la guarnición de Zaragoza había quedado reducida a sólo 1.600 hombres. Una vez más, la simbiosis entre los ejércitos regulares y las guerrillas no pudo ser más clara. Mina sabía que se enfrentaba a una resistencia testimonial, especialmente en el Alto Aragón, de ahí que en este período se concentrase en esta región. Finalmente, Suchet obligó a Valencia a rendirse, con lo que pudo volver a dirigir sus tropas a Aragón y Navarra, pero por entonces Mina ya se había convertido en señor de la región.

Durante aquel invierno, Mina cortó las comunicaciones entre Francia y Aragón. Incluso obligó a Napoleón a movilizar a la guardia nacional a fin de evitar incursiones en Francia. Éste era un asunto especialmente sensible, dado que se había descubierto que ciertos asentamientos fronterizos de Francia estaban ayudando a Mina, suministrándole comida y proporcionándole guías que le ayudaban a pasar al lado francés de los Pirineos [56]. En diciembre se encomendó al general Louis Nicolas Abbé la misión de reducir el número de tropas francesas en Navarra. Como en ocasiones anteriores, el cambio de mando demostró ser ventajoso para Mina, dado que durante cierto tiempo Abbé se vio obligado a ocuparse de asuntos administrativos más que a buscar el combate. El resultado fue que las guerrillas experimentaron su reclutamiento de mayor éxito en el invierno de 1811-12. De este modo, a pesar de haber perdido casi 1.000 hombres durante la campaña de 1811, la División de Navarra podía, en enero

[55] Informe del 15 de diciembre de 1811, AAT, C8, 387.

[56] Alexander, *Rod of Iron*, pp. 126-27. Por ejemplo, en marzo de 1811, Mina había conseguido escapar del cerco de Baztán buscando refugio ¡en el interior de Francia! Allí, en la región de Alduides, se encontró con una amigable acogida. Carta de Reille del 8 de marzo de 1811, AAT, C8, 387.

de 1812, contar con más hombres que antes de Lerín. En el otro lado, los franceses, aunque mantuvieron la ofensiva durante 1811, habían perdido muy por encima de los 2.500 hombres [57]. Incluso durante el año más difícil de su existencia, por tanto, la insurgencia pudo continuar siendo efectiva contra los franceses. Y cuando comenzó el año de 1812, había menos fuerzas de ocupación que guerrillas, lo que despejaba el camino a la ofensiva navarra.

3. *La extensión de la guerra*

En diciembre de 1811, Mina no sólo había logrado reconstruir la División tras el desconcierto de Lerín, sino que incluso había comenzado a extender la guerra por el Alto Aragón. El mariscal Suchet acababa de eliminar del Alto Aragón a su principal fuerza guerrillera, tras la captura y ejecución del partisano Larrodé, conocido como «el Pesoduro». La tortura y muerte de Larrodé pusieron de relieve el tratamiento patológico que los franceses, y especialmente Suchet, aplicaban a los guerrilleros. Los galos cortaron las manos a Larrodé mientras todavía estaba con vida y las clavaron a la vista del público antes de arrastrarlo al patíbulo. El ahorcamiento de los franceses resultó sin embargo, desastroso, ya que la cuerda se rompió varias veces hasta que, al cuarto intento, Larrodé murió [58].

El sucesor de Larrodé, José Tris, apodado «el Malcarado», era ya en diciembre de 1811 una persona profundamente odiada por sus extorsiones [59]. Asimismo se detestaban sus conexiones con los

[57] El recuento de los muy incompletos registros conservados por Reille, Soulier, Cafarelli y Jouffroy de sus batallas con Mina da como resultado una cifra de 2.565 bajas, dejando fuera datos de muchos enfrentamientos.

[58] «Manifiesto de las acciones del Mariscal de Campo Don Francisco Espoz y Mina», AGN, Guerra, legajo 17, car. 53. Era costumbre entre los españoles enseñar las manos cortadas de los ladrones convictos, pero al menos los ejecutaban primero.

[59] Ibíd.; Espoz y Mina, *Memorias*, p. 111; y Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 52.

franceses, que sólo salieron a la luz en abril de 1812, cuando estuvo a punto de poner a Mina en manos enemigas[60]. Mina, sin embargo, no conocía todavía el alcance de la corrupción de Tris y cuando se trasladó a Aragón con tres batallones y la caballería a finales de diciembre de 1812 intentó actuar de acuerdo con él. Al igual que en el otoño anterior, el objetivo de Mina fueron las guarniciones que habían quedado mermadas por Suchet y sus campañas en Valencia y Almería. La guarnición de Zuera huyó tras recibir noticias sobre la presencia de Mina en la región, y el 7 de enero de 1812, tras cinco días de asedio, los 200 hombres de la guarnición de Huesca se rindieron[61]. Con estos éxitos, el espíritu de resistencia navarra se afianzó en el Alto Aragón, y se sentaron las bases para la formación de un batallón aragonés, el sexto de la División, configurado aquella primavera.

Durante su estancia en Aragón, Mina había dejado atrás únicamente al cuarto batallón para que protegiese Sangüesa y la ruta de regreso a Navarra. El general Abbé intentó sacar partido de esta situación mandando una fuerza de casi 2.000 hombres, que incluía una columna procedente de Aragón a las órdenes de Cafarelli, con el objetivo de eliminar el cuarto batallón. No obstante, Mina llegó con los tres primeros batallones y la caballería, casi 6.000 hombres en total, justo cuando Abbé se aproximaba. La presencia de la División unificada cogió a Abbé por sorpresa, y se vio obligado a adoptar una posición defensiva contra un ejército tres veces mayor que el suyo.

La batalla de Rocaforte, desarrollada el 11 de enero en un cerro a las afueras de Sangüesa, demostró ser la acción más impor-

[60] Ésta fue la sorpresa de Robres (relatada en un capítulo anterior) cuando Mina fanfanorreó para conseguir su libertad. Tris debía saber que Mina había regresado a Aragón en abril expresamente para relevarlo del mando. Lo que tuvo que ver con la traición. Mina mandó fusilar a Tris y a su asistente, a algunos regidores de las comunidades de los alrededores, a un sacerdote local y a un «espía» de Zaragoza por tomar parte en la conspiración.

[61] Informe de Cafarelli del 15 de enero de 1812, AAT, C8, 378; Andrés Martín, *Historia de los sucesos*, vol. 2, p. 29; en el «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20, se afirma que la guarnición estaba formada por 300 hombres, tal y como sostiene Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 87.

tante desde el ataque por sorpresa de Arlabán. No sólo fue una destacada victoria de las guerrillas, sino también la primera acción que era presenciada por un alto oficial del ejército español, ya que el general Gabriel Mendizábal, comandante del Séptimo Ejército e inmediato superior de Mina, había llegado para encontrarse con él justo antes de la batalla. Mendizábal había venido, en parte, para comunicar a Mina su ascenso a brigadier general, lo que tuvo lugar en el momento preciso para presenciar cómo la División destruía la columna de Abbé.

Por una vez, los franceses contaban con menos caballos, dado que Mina tenía a su disposición la caballería de Mendizábal, concertada con la suya propia. Los guerrilleros disfrutaban también de un margen de experiencia decisivo, puesto que la mayoría de los franceses eran nuevos reclutas. Sin embargo, Abbé había ocupado un cerro dominante y poseía piezas de artillería que inicialmente provocaron la confusión entre los guerrilleros. Tras casi cinco horas de fuego sin resultados definitivos, Mina, que no tenía munición suficiente para una batalla prolongada, ordenó un ataque con la bayoneta calada. Esta táctica, dada la posición de fuerza de los franceses, sorprendió tanto a Mendizábal que pensó que los navarros se estaban pasando al enemigo. Sin embargo, las tropas de Mina pusieron pronto de manifiesto su experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo y tomaron la posición francesa, capturando su artillería. Los guerrilleros infligieron 600 bajas, mientras que ellos sólo perdieron la mitad de ese número. Abbé escapó a Pamplona con el resto de su ejército y fue incapaz de salir de la ciudad durante algunas semanas[62]. La batalla de Rocaforte inició una nueva fase de la guerra de guerrillas. Por sí

[62] La batalla está narrada en el «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 34; y Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, pp. 88-89. El general Abbé dio pocos detalles de esta batalla, si bien registró 264 bajas y 110 heridos que fueron evacuados a Francia en el mes de enero. Estas cifras no incluyen las bajas de Cafarelli, y éste no aportó ningún dato en sus informes. Si sus pérdidas fueron similares a las de Abbé, puede que las bajas fueran 600. AAT, C8, 387 y 378.

mismas, las fuerzas francesas de Navarra ya no pudieron conservar por más tiempo la ofensiva. En efecto, a duras penas podían guarnecer Pamplona, Tafalla, Tudela y las otras cinco plazas que todavía mantenían tras abandonar las regiones de Estella y Sangüesa. Tras Rocaforte, los franceses pasaron a ser presas antes que cazadores, mientras que sus guardias se vieron obligados a permanecer en sus puestos en constante alerta, incluso en los alrededores de Pamplona, y los correos tuvieron que ser enviados con escoltas de 600 hombres[63].

Mendizábal no sólo fue testigo de una importante victoria, sino también de la mayor atrocidad jamás perpetrada contra los franceses por parte de Mina. No hubo prisioneros en Rocaforte, porque Mina los ejecutó en el mismo sitio. No está documentado el número de muertos provocado por este método, ni la reacción de Mendizábal, aunque, a juzgar por el ulterior entusiasmo mostrado hacia el comportamiento de Mina, no debió molestarle demasiado. Por tanto, como resultado de la batalla de Rocaforte y del apoyo de Mendizábal a Mina, el gobierno lo ascendió poco después al grado de mariscal de campo. La orden de asesinar a los cautivos fue dada por Mina el 14 de diciembre de 1811. Decía: «Los oficiales y soldados franceses que sean cogidos con armas o sin ellas, en acción de guerra o fuera de ella, serán ahorcados y colgados en los caminos públicos, conservándoles su uniforme y fijando en sus cadáveres una nota de su filiación»[64]. Rocaforte fue la primera oportunidad para aplicar esta nueva política. Entre los guerrilleros había sido práctica común ejecutar a los traidores españoles, y los franceses habían asesinado con frecuencia a los insurgentes capturados, pero la ejecución de galos cautivos no era habitual en Mina. Con anterioridad, los cautivos eran conducidos a las prisiones de Valencia. Sin embargo, la nue-

[63] Informe de Abbé, 1 de febrero de 1812, AAT, C8, 387.

[64] El decreto fue escrito por el ex capuchino Uriz, quien servía de escribano a Mina. En realidad, el decreto tenía 23 largos artículos e incluía otras medidas, como la imposición de la pena de muerte para cualquiera que murmurase contra su contenido. Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 86.

va política de rigor emprendida por Mina era respuesta a la escalada de ferocidad del régimen francés una vez que éste entró en su etapa agónica.

Tras el desastre de Lerín, los franceses actuaron con total impunidad contra los partisanos desmovilizados, sus parientes y simpatizantes. El 8 de julio, Reille ordenó ejecutar a 40 voluntarios encarcelados en Pamplona como represalia a las ejecuciones efectuadas por Mina de «chacones» capturados, como llamaban los guerrilleros a los españoles que servían bajo la bandera francesa. En agosto, Reille ejecutó a 22 «bandidos» y a su «feroz» capitán en Pamplona. Ya se ha hecho mención al destino padecido por Larrodé en Ejea, pero no así el de los 69 hombres capturados con él, que también fueron ejecutados. El 27 de octubre, 16 guerrilleros capturados en Araquil fueron fusilados al instante. Nunca sabremos el número real de voluntarios asesinados de esta forma por los franceses. Las fosas comunes representadas en los aguafuertes de Goya sugieren que muchos insurgentes debieron desaparecer sin dejar rastro[65].

Los no combatientes también sufrieron el terror. En Tafalla fueron fusilados durante aquel otoño 11 civiles, y en Pamplona 14 sacerdotes, monjes y otros «bandidos» se vieron obligados a hacer frente al escuadrón de fusilamiento el 2 de octubre. En Aibar el párroco y otros cinco hombres fueron fusilados, ocho murieron en Sangüesa en un solo día de octubre y el 22 del mismo mes, otros 22 fueron ahorcados o fusilados en Estella, atrocidades todas ellas registradas por Reille. Desde luego, se arrestaron a muchos más de los que fueron ejecutados. Ya en agosto, Reille se había quejado de que las cárceles estaban demasiado llenas, ya que a lo sumo necesitaba tener a mano 200 prisioneros para llevar a cabo ejecuciones públicas. Pero los arrestos continuaron. Desde principios de septiembre a mediados de octubre, Reille

[65] Los datos de estas ejecuciones, detenciones y deportaciones proceden de la correspondencia de Reille en AAT, C8, 268, 269. Reille dejó un relato detallado de su reinado de terror, ya que se veía constantemente obligado a responder a la acusación de que era ¡demasiado indulgente!

encarceló a casi 600 padres de guerrilleros, y planeó quemar sus hogares y fusilar a algunos de ellos con el fin de desalentar a los jóvenes para que no se unieran a Mina. Las cárceles empezaron a estar atestadas, por lo que Reille tuvo que comenzar a deportar en masa a sus prisioneros. En los meses siguientes, centenares de ellos fueron enviados a prisiones de Francia. En un solo día de octubre, Reille deportó a 300 civiles que, según él, debían acabar sus días en algún calabozo francés, dado que eran bandidos y siempre serían enemigos[66].

Abbé radicalizó el terror nada más tomar el mando en noviembre. El 3 de diciembre, anunció que 20 «bandidos» custodiados en Pamplona, junto con todos los parientes de los insurgentes que estuvieran encarcelados, serían ejecutados. El 4 de diciembre, 22 personas fueron colgadas en Pamplona, y al día siguiente 11 más en Estella por el único crimen de ser parientes de voluntarios. Cuatro días más tarde, Mendiry ejecutó a otros 17 soldados y 17 parientes de los insurgentes. Sus cuerpos fueron colgados a ambos lados del camino de Tafalla, en un lugar situado a pocos kilómetros al sur de Pamplona[67].

Fue en respuesta a todo esto por lo que Mina decidió imponer su propio estilo de terror. Antes de los asesinatos de Rocaforte, Mina había creado una prisión destinada a prisioneros franceses en el valle del Roncal. Estos hombres se convirtieron en chivos expiatorios del terror guerrillero. Cuando los franceses ejecutaban a un oficial navarro, morían cuatro oficiales franceses. Cuando asesinaban a un soldado, Mina mandaba ejecutar a 20 soldados franceses[68]. Se desconoce el número real de prisioneros franceses ejecutados de este modo, pero las atrocidades, según Mina, consiguieron su propósito: llamar la atención del general Abbé. Movido, sin duda, por el reconocimiento de que caerían muchos más hombres en manos de la resistencia que al contrario, Abbé finalmente dejó de tratar a los hombres de la División

[66] AAT, C8, 268, 269.
[67] AAT, C8, 268, 269; Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, pp. 355-57.
[68] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 360.

y a sus parientes como si fueran criminales. Mina volvió más tarde al sistema de dar cuartel a los enemigos capturados, disminuyendo el clima de barbarismo (al menos entre los combatientes) durante el último año de guerra[69].

Como resultado de la batalla de Rocaforte, Mendizábal se convirtió en un partidario de Mina y su División, consiguiendo para él el reconocimiento oficial de su creciente influencia en Álava y el Alto Aragón[70]. Con Abbé confinado en Pamplona, Mina pudo entonces acantonar sus tropas con seguridad en Estella, Lumbier y Puente la Reina, donde descansaron durante quince días y atrajeron nuevos reclutas. Mientras, sin embargo, los acontecimientos que estaban teniendo lugar en otros lugares amenazaban con acabar con todos estos logros.

El 9 de enero, Suchet tomó finalmente Valencia. Lo que potencialmente representó un duro golpe para las guerrillas, dado que en 1811 obtenían muchas de sus armas y municiones desde Valencia. En los primeros días del movimiento, en 1809 y 1810, las armas de fuego y municiones robadas a los franceses o contrabandeadas fuera de Pamplona habían sido suficientes. Se crearon tiendas de reparaciones para las armas, y Mina estableció «fábricas» en los Pirineos a fin de producir armas y pólvora extras, aunque la inseguridad de estas operaciones impidió que se expandieran lo suficiente para cubrir las necesidades de la División a medida que ésta iba creciendo a finales de 1810 y 1811. No obstante, las fuerzas españolas en Valencia se las habían ingeniado para satisfacer la sed de armas de Mina. En efecto, los contactos de Mina con Valencia fueron durante meses su única conexión con la guerra española. Ahora que Valencia estaba en manos enemigas, las líneas de suministro de armas e información quedaron cortadas[71].

[69] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 100.

[70] Mina también presionó, en vano, para que se reconociera su autoridad sobre La Rioja y Guipúzcoa. Ibíd., pp. 92-98.

[71] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20. «Fábricas» como las representadas por Goya en sus grabados «Fábrica de pólvora» y «Fábrica de balas» tuvieron que ser desplazadas constantemente a fin de evitar su detección.

Por fortuna, Mina logró encontrar una nueva fuente de municiones casi de inmediato. Ya en 1810 la Armada Real británica había convertido el golfo de Vizcaya en un dominio inglés, consiguiendo que el tráfico costero fuera casi imposible para los franceses [72]. Los ingleses efectuaban pequeños envíos ocasionales a los guerrilleros en Asturias, Santander y Vizcaya a cambio de prisioneros. Mina ya había probado esta fuente de recursos en 1811, y ahora estableció contactos regulares a lo largo de la costa de Vizcaya [73]. A través de los pequeños puertos de Motrico y Zumaya, la División comenzó a conseguir las armas y municiones que necesitaba, casi el doble del número tras 1812. En cuestión de ropa, la División se abasteció de sus propios pintorescos uniformes durante la mayor parte de la guerra. Los guerrilleros llevaban pantalones y chaquetas marrones y altos sombreros. Por entonces, en marzo de 1813, los ingleses comenzaron también a abastecerles de uniformes [74].

Mina no siempre conseguía cambiar prisioneros por suministros, aunque también podía efectuar pagos en metálico a los ingleses. Sin embargo, el dinero era abundante dado que en 1812 Mina tenía casi el control absoluto de los pasos y oficinas aduaneras de la frontera navarra, a excepción de Irún, muy protegida por los franceses. Mina estimó que fueron 200 los hombres que habían trabajado para él en aquellos puestos fronterizos [75]. Su objetivo inicial, mientras estuvieron a las órdenes de Félix Sarasa, un campesino bien relacionado procedente de Artica, fue eliminar el contrabando y el bandidaje [76]. Era fácil acabar con el contrabando, dado que algunos de los guerrilleros habían sido contrabandistas y conocían cómo y dónde intervenir el comercio ilegal. El bandolerismo fue eliminado tras la derrota perpetrada

[72] Carta del general Thouvenot a Berthier, 29 de abril de 1810, AHN, Estado, legajo 3003, núm. 42.

[73] El 29 de julio de 1811 Mina adquirió 6.000 fusiles a los ingleses en Santona. *Gaceta de la Mancha*, 10 de agosto de 1811.

[74] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car 20.

[75] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 69.

[76] Espoz y Mina, ibíd., p. 20.

por Mina sobre los hombres de la Idea en la primavera de 1810. En efecto, parece que Mina consiguió controlar las fronteras y los principales caminos de Navarra hasta un punto inimaginable para los gobiernos españoles de antes y después de la guerra. En 1811 el comercio con Navarra era más seguro que en ningún otro lugar de la Península, siempre que se pagasen los peajes de Mina. La División conseguía cerca de tres millones de reales anuales procedente de estos gravámenes, lo suficiente para pagar sus uniformes y municiones, así como los salarios de la tropa [77]. La caída de Valencia dejó libres las manos a Suchet, lo que se convirtió en una amenaza potencial más grave que la pérdida de suministros procedentes de la ciudad. Suchet envió de inmediato una columna de 1.800 soldados de infantería y 50 de caballería a las órdenes del general Soulier, el cual entró en Sangüesa a principios de febrero. La columna de Soulier, conocida como los «Infernales» para destacar su efectividad en la contrainsurgencia, ya había combatido en una campaña victoriosa contra el Empecinado. Soulier esperaba aislar a los insurgentes en Navarra tal y como había hecho en Castilla y en el sur de Aragón. Sin embargo, Mina podía contar con casi 7.000 hombres en febrero. Incluso descontando aquellos que operaban en Álava y Aragón, todavía podía llevar a 4.000 soldados contra Soulier. El 5 de febrero, la División atacó a los Infernales en Sangüesa, obligándolos a reorganizarse y retirarse a Sos, lugar fortificado donde nació Fernando el Católico, en la frontera de Aragón. Los franceses sufrieron 500 bajas antes de hallar refugio en el interior de la fortaleza [78].

Desde Sos, la División descendió sobre Tafalla, ocupada por una guarnición francesa de casi 500 hombres. Los guerrilleros

[77] «Estado de la totalidad de rentas fijas del Govierno del Reino de Navarra», AGN, Estadística, legajo 49, car. 34.

[78] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, pp. 99-100; Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 35-38. El 15 de febrero de 1812, Cafarelli registró la pérdida de 400 hombres, si bien en su siguiente informe anotó otros 180 muertos y 4 desertores, hombres quizás perdidos en la retirada a Sos. AAT, C8, 378.

todavía carecían de las armas necesarias para efectuar asedios y tomar el fuerte, y todo lo que pudieron hacer fue ocupar la ciudad durante unos pocos días, confiscando los depósitos franceses y compeliendo a los habitantes con contribuciones antes de marcharse. No obstante, Mina había logrado el control casi completo de Navarra.

Sin embargo, en marzo los franceses respondieron finalmente a Mina con una fuerza arrolladora. Napoleón reorganizó y consolidó el gobierno militar del norte de España bajo el mando unificado de Dorsenne, y trajo a Reille para que dirigiese un Ejército especial del Ebro con el objeto de limpiar Navarra y el Alto Aragón de insurgentes. Se asignaron a Reille quince regimientos de infantería, cuatro de caballería, un tren de artillería e ingenieros, y miles de gendarmes, que en total alcanzaron una cifra superior a los 36.000 hombres. Además, se supone que podía tener acceso a otras tropas de Cataluña y Aragón. La realidad, sin embargo, fue que las tropas de Cataluña nunca participaron en la aventura, y Suchet, lejos de contribuir al Ejército del Ebro, prestó casi un tercio de las tropas de Reille para llevar a cabo nuevas operaciones en el sur de Valencia. Incluso así Reille aportó a la persecución 25.000 hombres[79].

En una respuesta ya por entonces habitual, Mina envió la mitad de la División hacia el oeste, a la región de Estella, y la otra mitad a las montañas de Roncal y Alto Aragón. No obstante, durante este tiempo, incluso con su principal fuerza dividida y oculta, Mina continuó dominando Navarra. En la primavera de 1812 no había ninguna necesidad de desmovilizar ni existía muestra alguna de desafecto popular como las que tuvieron lugar en el verano de 1811. El pueblo se había dado cuenta de que la oleada de presión francesa remitiría, como en otras ocasiones, y sin embargo las guerrillas permanecerían. Mina se había convertido incluso en el «pequeño rey» de Navarra, dominando la pro-

[79] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51; Alexander, *Rod of Iron*, pp. 147-48.

vincia, estuvieran o no físicamente presentes los franceses. Su superior red de inteligencia hacía que para las guerrillas fuera fácil evitar los encuentros desfavorables y golpear rápidamente a las expuestas unidades francesas. Las pérdidas de este período, en especial para las guerrillas, resultan imposibles de calcular dado las vacíos existentes en los archivos. Al parecer, fueron probablemente poco numerosas, a pesar del número de soldados implicados, ya que no se produjeron grandes batallas[80]. No obstante, el número de bajas no es la única medida del éxito de las guerrillas. Fue precisamente durante la primavera de 1812 cuando la División estrechó el cerco económico de Navarra, al bloquear Pamplona y comenzar el más espectacular período de reclutamiento en áreas que anteriormente estaban fuera de su círculo de influencia.

4. *El pequeño rey*

En diciembre de 1811, Mina había declarado el bloqueo económico sobre Pamplona, y en los primeros meses de 1812, la ciudad estaba aislada del resto de Navarra. Mina prohibió el paso de dinero, alimentos y otras mercancías en algo más de un kilómetro y medio en torno a la capital. Los habitantes de Pamplona fueron declarados enemigos mientras durase la guerra. La población podía abandonar la capital para asentarse en territorio guerrillero, aunque nadie podía regresar a la ciudad. Se pusieron rocas alrededor de Pamplona que marcaban la línea del bloqueo, y Mina estableció una guardia de veinticuatro horas en todos los caminos que conducían a la ciudad. El artículo décimo del decreto de Mina decía: «Las partidas de voluntarios que se fijarán a observar la línea, si viesen que alguno llega a

[80] Uno se puede hacer una idea de las pérdidas francesas si considera que de los 2.800 soldados de refresco desviados para Suchet en Navarra en marzo, sólo 1.100 permanecían en activo en abril cuando fueron finalmente enviados a sus unidades. Alexander, *Rod of Iron*, p. 162. Por otro lado, los informes de situación de Pamplona registraron sólo 84 bajas en marzo, de forma que los hombres de Abbé tuvieron poca actividad. Informes de Abbé del 15 de marzo y 1 de abril de 1812, AAT, C8, 387.

tocarla, le harán fuego sin detención, consulta ni orden de nadie; y si sano o herido lo apresasen, lo colgarán inmediatamente en un árbol» [81].

Con esta medida Mina exigía la completa beligerancia de la población civil. Se pidió a los que vivían a una distancia de la capital accesible a pie y que dependían del mercado de Pamplona para conseguir ingresos que renunciasen a esta actividad. De este modo, el bloqueo amenazó con arruinar económicamente no sólo a franceses y pamploneses, sino también a todos los habitantes de la cuenca de Pamplona. Mina era consciente de las dificultades económicas que había creado, aunque no dudó en penalizar a aquellos que rompieran el bloqueo. Como señalaba en sus memorias, «yo no dictaba mis medidas para consentir que se eludieran» [82]. Según parece en la práctica fue más indulgente que en el decreto, ya que a veces permitió que sus hombres hicieran oídos sordos de algún transgresor, en vez de fusilarlo o colgarlo. Mina mandó asimismo cortar la nariz a los violadores o marcar sus frentes con el emblema «Viva Mina». Otra pena frecuente fue el embreado y emplumado [83].

Estas severas relaciones con la población civil no eran nada nuevas. Los navarros y otros españoles que de algún modo sirvieron a los franceses siempre eran ejecutados sumariamente tras su captura. Incluso las formas más pasivas de colaboración implicaban castigos severos. Los compradores de propiedades embargadas por el Estado francés, por ejemplo, eran obligados a recompensar a los insurgentes. Y los campesinos de Estella, que en 1811 fueron obligados a llevar el correo de la guarnición francesa, fueron golpeados, marcados, fusilados o linchados por una

[81] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 86.
[82] Ibíd., p. 100.
[83] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, pp. 367-74, comenta algunas ejemplos relacionados con estas penas. El castigo de cortar las orejas era común en Navarra, como también en otras regiones (en la Vendée, los republicanos victoriosos crearon trofeos macabros ensartando juntas las orejas que cortaban a los infortunados rebeldes). En Navarra este castigo se aplicó a un amplio espectro de delitos, incluso a la prostitución. Mina llegó a ser conocido como el «corteorejas», por emplear este castigo con frecuencia.

colaboración a la que se les había forzado [84]. La diferencia entre lo que estaba ocurriendo en la primavera de 1812 y la etapa precedente residía en que la anterior amenaza de represalia guerrillera se había convertido ahora en evidente realidad.

José Yanguas y Miranda, rico tudelano afrancesado, fue identificado en un control insurgente efectuado en la provincia. En enero de 1811, Mina había intentado imponer una contribución sobre Tudela; sin embargo, los regidores, Yanguas entre ellos, creían que todavía podían permitirse ignorar las demandas de Mina. El 20 de mayo de 1812, Yanguas pagó por este desafío. En el camino de Valtierra, al norte de Tudela, Yanguas y dos compañeros fueron capturados por los hombres de Mina. Como demostró el saqueo de Tudela en 1809, no existía ningún afecto entre los campesinos armados de la División y los burgueses de Tudela [85]. Mina mantuvo a Yanguas como rehén durante dos meses, creándose así un empedernido enemigo. Más adelante, Yanguas recordó que en 1812

> ... todo el país, fuera de las plazas fortificadas por los franceses, estaba bajo el absoluto dominio de las guerrillas de los navarros, las cuales habían prohibido toda comunicación con el enemigo, imponiendo pena de la vida [...]. La justicia se hacía en el campo del honor, sin la menor formalidad de proceso y no había [término] medio entre cortar una oreja, un fusilamiento o la libertad completa cuando el acusado tenía la fortuna de persuadir acerca de su inocencia [86].

Entre aquellos que sufrieron la pena de muerte se encontraron los alcaldes de Berriosuso y Orcoyen, villas situadas demasiado

[84] «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.
[85] Mayo de 1812 no fue un buen mes para Tudela. El día después de la captura de Yanguas, el general Durán y su partida guerrillera procedente de Aragón saquearon la ciudad durante una breve ausencia de la guarnición tudelana. Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 349-52.
[86] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 303. El secuestro de Yanguas no fue un caso aislado. Los guerrilleros secuestraron también a otros oficiales municipales. Alexander, *Rod of Iron*, p. 51.

cerca de Pamplona para escapar al embrollo francés, si bien fuera del círculo del asedio y por tanto sujetas a la ley de Mina. Los franceses ordenaron a estas villas que llevasen pienso a la ciudad, si bien fueron los mismos alcaldes lo que tuvieron que cumplir la orden porque nadie más quería hacerlo. Mina no pudo evitar que aquéllos cumpliesen el reparto y regresaran a sus hogares, aunque, más tarde y como recompensa, sus perros de presa apuñalaron hasta morir a los dos hombres mientras dormían [87].

Los hombres de Mina hicieron cumplir el bloqueo con celo. Uno de los guerrilleros encargados de detener la comunicación con Pamplona envió una nota a Mina sobre un acontecimiento del que Yanguas fue testigo durante su cautiverio: «Mi general —señalaba— he cogido a un pobre limonero (vendedor de limones) y lo he colgado de un árbol por ciertos motivos» [88]. No se necesitaban más justificaciones. La venta de limones a la debilitada población y a la guarnición de Pamplona era castigada con la muerte, porque sólo a través de la estricta observancia del bloqueo las guerrillas podían negar a los franceses el sustento en Navarra. En abril los alcaldes y regidores que antes se habían sometido a la fuerza francesa y habían llevado cartas para el enemigo, comenzaron a desertar al lado de Mina [89]. Evidentemente, era preferible arriesgarse y perder la propiedad y la familia en favor de una causa justa que enfrentarse a una muerte o mutilación certeras a manos de los insurgentes.

El bloqueo de Pamplona fue una de las jugadas más brillantes de Mina. A medida que el nudo corredizo se cerraba en torno a Pamplona, los franceses se veían obligados a enviar enormes fuerzas para conseguir suministros y cortar leña. Las necesidades francesas dieron la oportunidad a la División de sorprender a los galos mientras se exponían en misiones no militares. Sin duda, la población de Pamplona y de sus alrededores sufrieron enor-

[87] Puigblanch, *Opúsculos*, p. xxxv. Aunque esta historia fue relatada por uno de los enemigos de Mina, no era ajena al carácter de Mina o al de sus hombres.

[88] Iribarren, *Espoz y Mina, el guerrillero*, p. 304.

[89] «Relación de Estella», AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.

memente, en especial porque la cosecha de 1811 había sido de todos modos escasa. Sin embargo, el sufrimiento de la capital era un signo de que la División había impedido efectivamente el acceso de los franceses a los recursos del campo.

En abril de 1812, Mina dio lo que quizás fuera su golpe más importante. La División era con mucho muy numerosa y no había reunido todas sus fuerzas desde principios de marzo. Mina hizo correr entre los franceses la noticia de que la División estaba a punto de reunirse en Aragón, por lo que casi 15.000 soldados galos se desplazaron a la provincia vecina para impedirlo. Mientras tanto, Mina concentró a su primer, cuarto y quinto batallón en Arlabán, determinado a lanzar un ataque sorpresa contra los franceses, al igual que había hecho un año antes.

A primera hora de la mañana del 9 de abril, los guerrilleros se situaron en el paso, donde sorprendieron a un convoy procedente de Vitoria. Una vez más, las municiones escaseaban. En esta ocasión, a cada voluntario le correspondió dos cartuchos, aunque, al utilizar la habitual táctica de la bayoneta, en realidad sólo se efectuó un disparo. En menos de una hora de combate cuerpo a cuerpo, el convoy fue capturado. La división mató o capturó a 800 franceses y rescató a 405 prisioneros de guerra españoles, según fuentes navarras. Las fuentes francesas defendieron que el número de prisioneros rescatados fue de 300, aunque sólo 150 hombres del regimiento que escoltaba al convoy escaparon al fuerte de Mondragón y otros 55 heridos se arrastraron en retirada hacia Vitoria[90].

Más tarde, durante ese mismo mes, Mina se adentró incluso en Aragón. El 22 de abril, en concierto con José Tris, capturó un convoy que llevaba una nómina para Pamplona valorada en 80.000 reales. Poco después, descubrió en Robres la traición de Tris y mató a su rival, siendo quizás todo el incidente resultado

[90] Dado que ni el segundo ni el tercer regimiento estaban disponibles, la información sobre la segunda sorpresa de Arlabán debe proceder de Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, vol. 2, p. 49; Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 105; y cartas de Thouvenot del 10 y 13 de abril de 1812, AAT, C8, 206.

de la lucha por los restos del convoy. En cualquier caso, con la desaparición de Tris, Mina reorganizó el contingente aragonés o sexto batallón (primero de Aragón). Fue éste el objetivo real de todas las incursiones en el Alto Aragón durante los últimos seis meses: extender la influencia de la División hacia el este. En un año Mina tendría dos batallones funcionando en Aragón.

Tras el primer ataque sorpresa en Arlabán, los franceses habían tomado rápidamente represalias en Navarra con un incremento de las medidas policiales y las multas. Esta vez no pudieron hacer nada. De hecho, con Wellington efectuando finalmente movimientos amenazadores en Castilla, los franceses se vieron obligados a salir prácticamente de Navarra. Sólo mantuvieron las tropas al mando de Abbé, cada vez más encerrado en Pamplona, Tafalla, Tudela, y las guarniciones fronterizas. Por consiguiente, Mina logró en este tiempo el control total de la mayor parte de Navarra, e incluso llegó a presentarse a las afueras de Pamplona, por entonces aislada en un mar de insurgencia, para mofarse de la guarnición [91].

En mayo la División intentó una vez más contactar con los ingleses. Los hombres de Mina estaban cargados de prisioneros procedentes de Arlabán, y el flujo de nuevos reclutas les obligaba a conseguir rifles y municiones. Se acordó dejar un cargamento en Zumaya, pero cuando la División acudía al encuentro a través de Guipúzcoa, Mina se enteró de que una pieza de artillería —una presa demasiado valiosa para dejarla escapar— iba a pasar cerca de su posición en el camino a Vitoria. Antes de que la División se pudiera ocupar del convoy, sin embargo, los franceses utilizaron su cañón para abrir una brecha en la infantería, y una bala acertó en Gregorio Cruchaga, aplastándole ambas manos. Fue evacuado a una fundición de hierro escondida en la montañas de Aralar. Mina completó la misión de Zumaya, pero a su regresó, Cruchaga había muerto víctima de la gangrena [92].

[91] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.
[92] Ibíd.

Cruchaga, segundo al mando en la División, fue probablemente un oficial de campo más capacitado que Mina. Había sido herido algunas veces por su insistencia en liderar a sus hombres en las cargas de bayoneta. Su pérdida fue un duro golpe para la moral de los hombres y de Mina. Aún más importante que su talento militar era el prestigio de Cruchaga entre los voluntarios procedentes de Roncal, quienes formaban la mayoría del grueso veterano de la División. Fue Cruchaga quien mantuvo unidos a los voluntarios en los peores momentos. A su muerte, la desesperación dominante entre sus soldados hizo que algunos desertaran. Era imperioso encontrar lo más rápidamente posible a alguien comparable a Cruchaga a fin de reemplazarlo. Resulta muy significativo que Mina seleccionase a Juan José, hermano de Gregorio, para llenar este vacío.

Juan José Cruchaga sólo tenía veintiún años y ninguna experiencia previa en la resistencia. Hasta entonces había dedicado los años de la guerra al cuidado de las ovejas de su familia en Roncal [93]. Si Mina lo eligió fue porque, como admitió en sus memorias, Juan José se parecía a su hermano fallecido más que cualquier otro miembro del clan Cruchaga. Este incidente demuestra que el liderato en la División todavía se basaba en gran medida en la personalidad más que en el rango militar. La capacidad de Gregorio Cruchaga para dirigir a sus hombres procedía de sus conexiones con Roncal y de su propio halo personal. Se había convertido en un fetiche para los hombres del segundo batallón, que les aseguraba la victoria. Sólo otro Cruchaga podía reemplazarlo [94].

A finales de mayo, la División se enfrentó a los franceses en tres acciones menores alrededor de Santa Cruz del Campezo, en la frontera con Álava. En la última de éstas tuvo lugar un acontecimiento que demostró una vez más hasta qué punto dependía la

[93] Como Javier Mina, Juan José Cruchaga fue educado en Zaragoza, según los registros relacionados con una petición de su padre a favor del reconocimiento del estado noble de su hijo. APN, Pamplona, Ros, legajo 121, car. 114.

[94] Lo que tiene un paralelismo obvio con la sustitución en mando de Javier Mina por el propio Mina y la adopción del nombre de su sobrino. Como Mina, el joven Cruchaga se convirtió en un digno sucesor.

disciplina de la influencia personal y cómo esta dependencia podía dejar paralizada la insurgencia cuando alguno de sus líderes resultaba herido. En un combate con 2.000 soldados franceses procedentes de Álava, Mina recibió un disparo que le hirió en la pantorrilla. Tal y como ocurría cuando un comandante caía en combate, la batalla degeneró en otro conflicto ilíaco por el cuerpo del héroe caído. Crisis de este tipo ya habían tenido lugar en la batalla de Tarazona, cuando Cruchaga y Mina fueron heridos, así como en el conflicto militar en el que Cruchaga perdió su vida. Después de cada uno de estos incidentes, los guerrilleros parecían perder el rumbo, lo que abría el camino hacia la derrota. Los fracasos de Belorado y Lerín tuvieron lugar en el momento en el que ni Mina ni Cruchaga estaban presentes como consecuencia de las serias heridas que ambos recibieron. También esta vez, aunque la División pudo conservar sus posiciones y pudo continuar operando de forma limitada durante el mes de junio, la ofensiva guerrillera quedó paralizada[95].

Mientras Mina se recobraba en el monasterio de Irache, los guerrilleros efectuaron varias escaramuzas contra los franceses en numerosos frentes. Las fuerzas francesas en Pamplona casi alcanzaban, en este período, los 4.000 soldados de infantería y los 500 de caballería. Además se habían restablecido o reforzado guarniciones en Arriba, Caparroso, Irurzún, Lecumberri, Tafalla y Tudela, y se habían situado otras guarniciones a lo largo de la frontera francesa en Burguete, Elizondo, Fuenterrabía, Irún, Maya, Orbaiceta, Roncesvalles, Santistebán y Urdax. No obstante, Abbé difícilmente podía contar con las tropas emplazadas en aquellas guarniciones. Las que estaban acuarteladas en la Ribera eran particularmente importantes para la ocupación, dado que aseguraban las rutas de abastecimiento de Abbé a la rica agricultura del valle del Ebro. Además, las guarniciones de la Ribera a menudo fueron las únicas fuentes de información de Abbé con el resto de España. Como resultado de estas limitaciones, los fran-

[95] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20; Espoz y Mina, *Memorias*, p. 117.

ceses no pudieron situar más de 4.000 hombres sobre el terreno de una sola vez, y por regla general las columnas enviadas desde Pamplona no llegaron a los 2.000 hombres [96]. Así pues, incluso durante el período de convalecencia de Mina, los franceses fueron incapaces de retomar la ofensiva.

En comparación, la División contaba con alrededor de 8.000 hombres, todo ellos activos, dado que la inteligencia, el avituallamiento y los demás servicios esenciales eran por entonces proporcionados automáticamente por civiles. Con sus fuerzas al completo, cada batallón de infantería contaba con 1.200 hombres, y la caballería con casi 800. Esto significaba que un solo batallón de navarros curtidos en la guerra podía casi equipararse a las tropas menos experimentadas que Abbé normalmente emplazaba en el campo de batalla. Por consiguiente, aunque todavía no podían contar con Mina para que coordinase sus acciones, los batallones comenzaron a operar con independencia o en colaboración con compañías prestadas por otros batallones. Durante 1812 el primero, segundo, tercero y el quinto batallón se situaron en el extremo oeste, a veces en Álava, otras en Estella, o a lo largo de la frontera guipuzcoana. Para los franceses, estas regiones quedaron por entonces inaccesibles durante largos períodos. El tercer batallón, junto con algunos soldados de caballería, acabó con el intento de una columna de 2.000 franceses de efectuar requisiciones en el valle de Lana, un reducto de depósitos de suministros y de alojamiento seguro para las guerrillas, cercano a Estella. El cuarto batallón patrulló por el camino entre Pamplona y Roncesvalles, lo que dificultó la comunicación con Francia, aisló las guarniciones de Roncesvalles y Burgete durante días y estorbó, por lo general, las requisiciones en el centro-norte de Navarra. El sexto batallón, por entonces situado en suelo aragonés, obligó a las guarniciones francesas allí emplazadas a que permanecieran dentro de sus fuertes [97]. Por consiguiente, todo el

[96] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51.

[97] La guarnición de Huesca, que se rindió en enero de 1812, había sido por entonces reemplazada. Marc Desbouefs, nuevo comandante de Huesca, recordaba su sensa-

conjunto de ciudades aragonesas que previamente había estado dominado por los franceses escapó, por vez primera, de sus obligaciones impositivas. En junio, Benavarre, Barbastro, Tarazona, Borja y Jaca dejaron de estar fiscalizadas, y en el otoño la lista se amplió a Teruel, Daroca, Alcañiz y Calatayud[98].

Mina volvió a la acción en la primera semana de julio, llevando la mitad de sus fuerzas a Vitoria, donde puso asedio a la ciudad y encerró en su interior a la división de Cafarelli, mientras otras unidades guerrilleras recuperaban diferentes cargamentos de armas en la costa de Vizcaya. Los franceses de Vitoria eran en realidad algo superiores en número a los guerrilleros, por lo que intentaron presentar batalla en los llanos de las afueras de la ciudad. Sin embargo, por entonces, ya no eran equiparables a la División, incluso en una batalla regular. Los franceses perdieron 300 muertos en una «carnicería» que duró cinco horas, antes de que el comandante francés ordenase la retirada de sus tropas a la ciudad. Era la primera vez que el pueblo de Vitoria veía cómo una fuerza española derrotaba al enemigo, lo que impulsó a la población a encaramarse a las murallas para presenciar la acción[99].

Mina situó entonces a la mayor parte de sus hombres en y alrededor de Puente la Reina a fin de que sirviera de enlace entre Pamplona y la Ribera. Desde Puente podía dirigirse hacia el este,

ción de aislamiento. Los guerrilleros dominaban la ciudad, mientras él y sus hombres permanecían encerrados en la fortaleza que, sin embargo, no podía ser tomada por los aragoneses porque carecían de artillería. Los franceses se veían obligados a salir de noche a hurtadillas llevando alpargatas que amortiguaban el sonido de sus pasos con objeto de poder robar suministros. Desboeufs, *Souvenirs*, p. 184.

[98] Alexander, *Rod of Iron*, p. 193.

[99] En julio la División consiguió su propia imprenta, lo que permitió que cada batallón dejase relatos detallados de sus actividades. Estos registros se publicaron bajo el título *Colección de los trimestres de la División de Navarra*, y se encuentran en el AGN, Guerra, legajo 17, car. 53. Los «trimestres» casi siempre coincidieron con los relatos del segundo y el tercer batallón, y Andrés Martín los utilizó para reconstruir su historia. Además, dado que incluyen los despachos del primero y del cuarto batallón, así como del aragonés y del alavés, constituyen la mejor fuente narrativa del último año y medio de la guerra y se utilizarán, a partir de aquí, con preferencia a otras fuentes, excepto cuando existan discrepancias.

por el camino de Tafalla, o hacia el oeste, hacia Estella, si Abbé intentaba pasar por esta vía rumbo a Castilla. Durante el resto de julio, Mina, cuya herida se había vuelto abrir en la batalla fuera de Vitoria, no dirigió los batallones en ninguna acción. Sin embargo, el sexto batallón, en Aragón, y el cuarto, situado alrededor de Roncesvalles, continuaron en activo. En julio los aragoneses destruyeron un destacamento enviado para escoltar a un grupo de simpatizantes patriotas a la prisión de Huesca, y atacaron a otro procedente de Huesca y a otros dos de Zaragoza, dando muerte a 95 soldados enemigos y capturando a 60, mientras que sólo sufrieron 28 bajas. El cuarto batallón obligó a una columna que trataba de requerir ganado ovino en Valcarlos a dirigirse a la ciudad de Roncesvalles, matando a 58 soldados y capturando ocho prisioneros. El quinto batallón estuvo en activo alrededor de Vitoria y combatió en lugares tan distantes como Guipúzcoa. En septiembre apareció un nuevo núcleo de insurrección cuando los hombres de los servicios aduaneros de Mina comenzaron a realizar sus propias operaciones militares. En Baztán mataron a 60 franceses y capturaron a seis más en dos emboscadas diferentes.

No obstante, el núcleo real de insurgencia continuaba estando en el campamento de Mina en Puente. Desde agosto a diciembre de 1812, los franceses difícilmente consiguieron moverse de Pamplona sin atraer la atención de las guerrillas de Puente. El combate se aproximó todavía más a la capital, a medida que los insurgentes conseguían controlar todas las villas de la llanura de Pamplona. Para los franceses, incluso la búsqueda de alimentos y combustibles en un espacio situado a una hora de la ciudad se había convertido en una misión peligrosa.

El 10 de agosto, el primero y el segundo batallón pusieron asedio a la guarnición situada en el fuerte conocido como la «casa Colorada», localizada a casi un tiro de cañón de la muralla de la ciudad, y mataron a 49 de los soldados de su interior. El 13 de agosto, en una acción en Astráin, Mina recuperó 70 sacos de grano que fueron redistribuidos entre la población. Tres días más tarde, una columna francesa de 1.400 hombres fue obligada a re-

gresar a Pamplona antes de que pudiera comenzar a requisar. Y el 19 de agosto tuvo lugar lo que Mina denominó como el día de la humillación de Abbé, cuando el primero, segundo, tercero y el quinto batallón aplastaron a una columna de 3.200 hombres en el camino de Tafalla, cerca de Tiebas. Abbé había ordenado traer grano desde Tudela a Tafalla de forma que pudiera escoltarlo en persona a la capital. No sólo perdió la carga de grano y un cargamento de armas, sino que dejó 320 muertos en el campo de batalla. Cientos más fueron heridos, incluido Chacón, el más famoso de los chaqueteros. Chacón murió y fue enterrado en Pamplona poco después de la batalla [100].

El 29 de agosto, los franceses intentaban cortar leña en el Tajonar, un monte situado al sur de Pamplona. Abbé había dejado la capital sin sus mejores tropas a las que había enviado a esta misión; sin embargo, Mina, enterado del proyecto, atacó a Abbé con tres batallones y su caballería. Los guerrilleros hicieron retroceder a los franceses, a excepción de las cargas de leña y los carros que habían llevado para transportarlas, hacia Pamplona tras infligirles 45 bajas. Para demostrar el cambio de equilibrio de poder en Navarra, Mina formó a sus batallones en columnas, situándolos en las proximidades de las murallas de la ciudad durante algunas horas para burlarse de la guarnición. En esta y otras acciones durante julio, agosto y septiembre, las guerrillas mataron a 1.144 franceses y capturaron a otros 213.

Esta pauta continuó hasta finales de noviembre. Las guerrillas cogieron a Abbé cinco veces intentando extraer contribuciones en la llanura de Pamplona. En cada ocasión Abbé fue obligado a retirarse a la ciudad con enormes pérdidas. En octubre y noviembre, los franceses perdieron 887 hombres, entre muertos y capturados, y cientos más fueron hospitalizados en Pamplona. En el día después de una batalla particularmente sangrienta, empren-

[100] A principios de 1812, los informes de situación elaborados por el general Abbé en AAT, C8, 387 son más detallados. Por tanto, se pueden utilizar para complementar los *Trimestres*. Abbé registró 405 bajas, menos que las defendidas por las guerrillas, aunque desde cualquier perspectiva fue una gran derrota.

dida el 11 de octubre, los hospitales de Pamplona dieron entrada a 548 soldados franceses heridos. A pesar de todo, Abbé no tenía otra elección que continuar efectuando estas salidas, dado que la guarnición se había visto reducida a vivir prácticamente en los límites de la subsistencia como consecuencia del bloqueo. Desde el mes de diciembre anterior, el bloqueo guerrillero se había ido haciendo cada día más completo, de forma que los campesinos ya no se atrevían a traer provisiones a la ciudad. Al final, el único modo de conseguir alimentos fue enviar columnas de miles de soldados, que incluso así no estaban a salvo. Para estas columnas de requisición resultaba particularmente desmoralizador, se quejó Abbé, regresar con las manos vacías, como lo hacían a menudo, tras batallar todo el día con los guerrilleros [101]. Además, durante aquellos meses el sexto batallón aumentó su presencia en Aragón. En una serie de emboscadas contra los convoyes y las columnas que se movían entre las guarniciones del norte, los aragoneses mataron a 139 enemigos y capturaron a 39. Al mismo tiempo, el quinto batallón, que operaba ahora en Guipúzcoa, y algunos cuerpos de observación, situados a lo largo de la frontera francesa, informaron de haber matado a otros 227 soldados franceses y capturado a otros 14.

5. *El final de la guerra*

A finales de noviembre, Mina pasó a Aragón con efectivos de los primeros dos batallones y parte de la caballería, elevando el número de las tropas que allí se encontraban hasta casi 3.500 hombres [102]. En un solo mes de operaciones destruyó una columna procedente de Ayerbe, amenazó la guarnición de Huesca y atacó otra columna fuera de Jaca, dando muerte a 248 hombres y cap-

[101] Los apuntes de Abbé desde agosto en adelante están llenos de historias de partidas de requisición que sufrían emboscadas, perdían sus carros y caballos y regresaban sin nada que compensase sus desvelos. AAT, C8, 387.
[102] Alexander, *Rod of Iron*, p. 197.

turando a otros 72. Durante todo el año, desde la captura de Huesca en enero de 1812, los guerrilleros mataron y capturaron al menos a 5.500 soldados franceses, sin tener en cuenta a los que fueron incapacitados por heridas o por enfermedad.

1813 fue un año de asedios y operaciones llevadas a cabo en combinación con unidades regulares a las órdenes de Wellington o de algún otro comandante aliado. A medida que avanzaban los ejércitos aliados, los franceses se fueron retirando durante algunos meses a través del territorio controlado por la División de Navarra, lo que hizo que la presencia guerrillera fuera más importante que nunca, en tanto que los guerrilleros desbarataron la retirada, prendieron a miles de soldados que de otra manera habrían entrado en combate con Wellington, y limpiaron las últimas bolsas de resistencia de los Pirineos. Durante los pocos últimos meses de combates, el cambio de circunstancias obligó a Mina a abandonar las estrategias y tácticas de la fase «heroica» de la guerra de guerrillas a fin de cumplir, sin demasiada brillantez, los objetivos más ambiciosos de la ofensiva aliada.

El último año completo de la guerra en Navarra se inició con el regreso de Mina procedente de Aragón en enero de 1813. Con cinco batallones y la caballería, una vez más acampados en los alrededores de Puente la Reina, los insurgentes se situaron de tal forma que volvieron a imponer el bloqueo total sobre Pamplona. El mariscal Bessières enjuició, desde San Sebastián, la situación en una carta enviada al ministro francés de la Guerra. Los suministros se estaban agotando en Pamplona y Abbé debería abandonar pronto Navarra si no recibía un refuerzo de al menos 20.000 hombres. El ejército a las órdenes de Mina se había vuelto «tan numeroso, tan bien aguerrido que el general Abbé ya no está en condiciones de enfrentarlo con una división de las mejores tropas del emperador». La capacidad de Abbé para administrar la provincia era «absolutamente nula», según Bessières, y la decisión más prudente sería admitir la derrota en Navarra y retirarse[103].

[103] Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, pp. 367-69. Ésta es una de las piezas de la correspondencia capturada impresas por Olóriz en sus apéndices.

A pesar de todo, incluso tras el desastre ruso, cuando las tropas del ejército de España hubieron de ser llamadas a Francia, Napoleón se negó a abandonar Navarra. Por consiguiente, las tropas francesas que languidecían en Navarra, aunque no fueran equiparables a la División, pronto fueron obligadas a intentar romper el bloqueo a fin de evitar la congelación y el hambre. El 28 de enero, Mina cogió a Abbé (llamado, por entonces, el «leñador» por parte de los guerrilleros) entre Pamplona y Tafalla intentando conseguir combustibles y alimentos para la capital, y el 7 de febrero paralizó otra expedición en la ciudad de Tiebas. En estas acciones, las guerrillas infligieron casi 1.100 bajas.

El suceso más importante de este período fue, sin embargo, la adquisición por parte de Mina de armas para el asedio. Los ingleses desembarcaron dos grandes cañones en Zumaya, en la costa de Guipúzcoa, el 1 de enero. Un pequeño destacamento de hombres de Mina se dedicó durante la siguiente semana a transportar las preciadas armas por los pasos más difíciles y remotos que se pudieran imaginar, mientras el grueso de la División se diseminaba en todas direcciones a fin de proporcionar un respaldo seguro a la operación. El 9 de febrero, el cañón fue situado frente a las fortificaciones de Tafalla. Después de Pamplona, Tafalla era la plaza fortificada más importante de Navarra. Los franceses habían empleado años en reforzar el castillo y en transformar un convento en un fuerte con fosos y murallas exteriores. La guarnición, por lo general formada por 400 ó 500 hombres, era la clave de las comunicaciones francesas entre Pamplona y el resto de España. Los miles de vidas que Abbé había sacrificado en expediciones a Tafalla en busca de suministros e información eran prueba de la importancia del lugar. Ahora, recién derrotado en las llanuras meridionales de la ciudad y obligado a retirarse tras las murallas de Pamplona, Abbé reaccionaba con total pasividad ante el inicio del bombardeo de Tafalla.

Tras un día de bombardeos, se abrió un brecha en la muralla externa del recinto, y Mina intentó tomarlo por asalto. Al igual que Wellington, Mina se dio cuenta de que su particular talento y el de sus hombres no estaban preparados para operaciones de

asedio, y el foso pronto comenzó a llenarse de cadáveres navarros. Mina ordenó detener la acción y envió una embajada para proponer la rendición. Los franceses la rechazaron al principio, ya que pensaban que Abbé acudiría en su ayuda en cualquier momento. Sin embargo, al día siguiente, se dieron cuenta de que aquella vez no iban a ser rescatados, de modo que se rindieron. De los defensores, 330 salieron para dejar sus armas, 52 fueron hospitalizados y 30 murieron en el sitio. Los guerrilleros destruyeron las fortificaciones, incluyendo un castillo que había sido una de las joyas de la arquitectura medieval de Navarra.

Rápidamente, Mina trasladó estas nuevas armas y 1.400 hombres a Sos, que contaba con una de las ciudadelas más poderosas de Aragón. Los dos cañones de gran calibre y otros dos pequeños destruyeron parte de la vieja muralla de la ciudad, y los guerrilleros tomaron Sos por asalto. La fortaleza, sin embargo, era demasiado sólida para esta artillería. Aunque se hizo estallar una mina, esta acción tuvo un efecto limitado quizás porque la División aún no contaba con ingenieros que dirigiesen operaciones de asedio. Durante seis días Mina bombardeó cada una de las piedras de la fortaleza de Sos. Al séptimo, el general Paris llegó desde Zaragoza con 3.500 soldados de infantería y 250 de caballería. Extrañamente, en vez de enfrentarse a los guerrilleros, los cuales eran menores en número y se habían retirado a un cerro no lejano, Paris simplemente evacuó la guarnición. De este modo, se consiguió el objetivo de la expedición incluso aunque fracasara el asedio. De los 160 hombres de la guarnición de Sos, 32 murieron. Durante la evacuación Mina atacó la retaguardia de Paris, infligiéndole otras 150 bajas [104]. Por entonces corría el mes de marzo. Se estaba formando un segundo batallón aragonés —el séptimo de la División— y otro se estaba iniciando en Álava —el octavo de la División—, de manera que el ejército de Mina contaba con casi 10.000 hombres. Desde Aragón, Álava, Guipúzcoa y Navarra venían informes de los diferentes enfrentamientos, no todos gloriosos, pero

[104] Alexander, *Rod of Iron*, pp. 211-12.

todos demasiado costosos para una ocupación que estaba comenzando a dar señales de colapso.

La acción más valerosa de marzo no implicó a ninguno de los batallones, sino a un pequeño grupo de observación de 15 hombres estacionado en Vera de Bidasoa. El comandante de esta unidad, Fermín de Leguía, decidió que podía asaltar con unos pocos seguidores una importante fortaleza costera en Fuenterrabía, localizada a sólo unos pocos kilómetros de la frontera francesa. El 11 de marzo, utilizando una escala improvisada con cuerdas y clavos, Leguía y su compañeros escalaron las murallas de la fortaleza, capturaron a su único centinela, y dejaron que el resto de la partida entrara por la puerta delantera. Juntos desarmaron al resto de los soldados (la mayoría de la guarnición dormía en casas en la ciudad) y comenzaron a destruir el castillo. Los navarros inutilizaron tres grandes cañones, tiraron al mar 4.100 balas, y se llevaron todas las armas de fuego más pequeñas que pudieron para su propio uso antes de prender fuego al interior del castillo. Cuando las llamas y las explosiones comenzaron a despertar a los franceses en la ciudad de Fuenterrabía, ya era demasiado tarde para capturar a Leguía o para detener el fuego. La destrucción de la fortaleza de Fuenterrabía por 15 hombres fue uno de los sucesos más heroicos de la guerra. Incluso cuando Mina comenzó a utilizar las tácticas regulares de batalla y a sitiar fortalezas con artillería, la principal característica del combate guerrillero continuó estando en acciones espontáneas y aisladas, a menudo las más dramáticas. Durante los tres primeros meses de 1813, los guerrilleros habían dado muerte o capturado a 2.777 soldados franceses.

Las buenas noticias llegaron a España en enero de 1813. Napoleón había encontrado el desastre en Rusia. El 17 de marzo de 1813, José abandonaba Madrid por última vez. De allí salió una larga marcha de enormes y bien defendidas columnas formadas con los expolios de la guerra y arrastrando una multitud de francesados, un botín de guerra de talentos cuya pérdida constituyó una de las heridas más duraderas infligidas por Francia a España. Las columnas pasaron por Burgos y llegaron a Vitoria,

donde José planeó resistir por última vez a los aliados. Los bastiones guerrilleros de Aragón, Navarra y el País Vasco pronto comenzaron a llenarse de miles de soldados franceses en retirada. El general Clausel llevó 13.000 soldados de infantería y 1.200 de caballería a Navarra, donde se unieron a los 5.000 soldados de Abbé para perseguir a Mina. Las dimensiones de estas fuerzas parecerían ajustarse a los requerimientos planeados por Bessières para ocupar Navarra. A pesar de todo, incluso con más de 19.000 soldados, los franceses no consiguieron ocupar la provincia.

En contraste con la situación creada tras Bailén, momento en el cual la provincia también se vio inundada de tropas en retirada, no se produjo el colapso de la resistencia en abril de 1813. De hecho, la primera acción de los hombres de Clausel resultó un completo desastre. Clausel situó 5.000 soldados en Lodosa, una gran ciudad en el río Ebro. De éstos, 1.220 a las órdenes del coronel Gaudin fueron enviados a poca distancia, al norte de Lerín (lugar de la mayor derrota de las guerrillas) a fin de recaudar contribuciones. Mina, que independientemente había ordenado una reunión en Lerín para el mismo día, se encontró perfectamente situado para atacar por sorpresa el destacamento francés.

Mina atacó a Gaudin con el segundo batallón, efectivos del sexto y la caballería. Las tropas que permanecían en Lodosa fueron neutralizadas por un cordón establecido para que nadie pudiera escapar de Lerín en busca de auxilio. Por consiguiente, Mina aniquiló la columna de Gaudin, matando a 462 soldados y capturando a 635. Sólo tres hombres, incluyendo al mismo Gaudin, lograron escapar a caballo. Sin embargo, incluso después de llegar a Lodosa no hubo ningún intento de perseguir a la División y de rescatar a los cautivos. La cobardía del oficial al mando en este enfrentamiento, la incapacidad del resto de las fuerzas de Clausel en Lodosa para unirse a la lucha y el hecho de que el 60 por ciento de una larga columna se viera obligado a rendirse a las guerrillas eran signos de la decadencia de la capacidad militar francesa.

Wellington, que avanzaba rápidamente hacia el este a través de Castilla, había pedido a Mina que se ocupase de Clausel y que

le impidiese reforzar a José Bonaparte. No obstante, la División era todavía demasiado numerosa para mantenerse unida. Para cumplir la solicitud de Wellington, Mina mandó a sus batallones para que operasen por separado. El primero y el segundo combatieron en Álava, el tercero, cuarto, quinto y octavo en Navarra, y el sexto y el séptimo batallón en Aragón. Los franceses consiguieron de nuevo efectuar requisiciones en extenso. Incluso penetraron en Roncal con 14.000 hombres, incendiando y saqueando, obligando a Mina a evacuar sus hospitales. Durante todo este tiempo, empero, Clausel no consiguió ninguna victoria en la batalla. Los guerrilleros fueron maestros en evitar a la principal fuerza de Clausel, y resultaron mortíferos contra destacamentos y rezagados. La División dio muerte o capturó a 414 soldados enemigos a finales de abril y en mayo, y las pérdidas totales de Clausel en Navarra ascendieron a casi 2.500 hombres.

Clausel había soportado demasiado. Ya el 4 de mayo había escrito a José quejándose de que necesitaría como mínimo 20.000 hombres y quizás 25.000 —junto con los que tenía asignados en funciones de guarnición— para destruir a Mina. Cuando se percató de que en las condiciones presentes no recibiría este nivel de refuerzos, sugirió, como Bessières había hecho antes, que Navarra fuera evacuada. «Lo veo todo perdido en Navarra —escribió Clausel—. [No hay] ninguna esperanza en la empresa: voy a abandonar...» [105]. No pudo ver cumplidos sus deseos hasta meses más tarde, de tal manera que todavía se encontraba en Navarra cuando se produjo la batalla de Vitoria el 21 de junio. Mina había conseguido mantener ocupados a 19.000 soldados que podían haber cambiado la suerte de Wellington en la batalla. Igualmente, otros 35.000 hombres habían sido entretenidos en Aragón no sólo por los guerrilleros de la División, sino también por otros que luchaban a las órdenes de otros comandantes [106].

[105] Clausel a José Bonaparte, 4 de mayo de 1813. La carta fue interceptada por los guerrilleros e impresa en los *Trimestres*, AGN, Guerra, legajo 17, car. 53.
[106] Alexander, *Rod of Iron*, pp. 220-21.

Tras Vitoria los franceses abandonaron Tudela y Zaragoza, dejando tras de sí una fuerza testimonial de entre 500 y 600 hombres dentro de la fortaleza. Zaragoza tendría que enfrentarse a otro asedio. Mina dispuso sus tropas frente a las murallas el 4 de julio, aunque luego se vio obligado a esperar a la artillería durante casi un mes. Finalmente, a últimos de julio, comenzó el bombardeo. El 2 de agosto, su cañón acertó en el polvorín de la fortaleza y los 405 soldados franceses que seguían vivos se rindieron. El 23 de agosto, la guarnición de Mallén se rendía con pérdidas de 43 hombres. San Sebastián y Pamplona fueron asimismo sitiadas, rindiéndose la primera el 17 de octubre y la última el 31.

Durante aquel otoño, las guerrillas comenzaron los asedios de Jaca y Monzón, las acciones menos brillantes emprendidas por la División. Se formó el noveno batallón, tercero en Aragón, para ayudar a limpiar España de las últimas tropas francesas. Estos soldados fueron más efectivos que nunca a la hora de castigar a los franceses cuando éstos intentaban requerir o hacer pastar sus animales fuera de sus recintos; sin embargo, el asalto de las ciudadelas que quedaban estaba realmente fuera de su alcance [107]. Monzón no se rindió hasta el 15 de febrero de 1814, y la guarnición de Jaca abandonó dos días más tarde, tras soportar casi seis meses de bloqueo y una serie de apocados asaltos. En estos asedios y en otras acciones que se ordenaron emprender a Mina, los franceses perdieron 1.206 hombres, entre muertos y prisioneros.

Tras varias batallas en los alrededores de Baigorry y St. Jean de Pie de Port, el día 14 de abril se llevó a cabo la última batalla de la guerra en Bayona. Cuatro días más tarde, Wellington y Soult firmaron un armisticio que implicó el final de seis años y dos meses de hostilidades tras el ataque de la ciudadela de Pamplona. Sin embargo, el final de la guerra todavía estaba lejos para Mina y las guerrillas.

[107] «Operaciones militares del Séptimo Regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 5.

CAPÍTULO 9

POR QUÉ COMBATIÓ NAVARRA

1. *Exterminio e imperialismo francés*

Entre 1808 y 1814, los franceses destruyeron aparentemente el movimiento guerrillero de Navarra en cuatro ocasiones, para después comprobar cómo renacía con mayor fuerza que antes. Eguaguirre y Gil fueron expulsados de Navarra en el otoño de 1808; sin embargo, fueron reemplazados por Javier Mina a principios de 1809. El corso terrestre de Javier se disolvió tras la captura de su líder por parte de Dufour en marzo de 1810. A su vez, Francisco Espoz y Mina sustituyó a Javier en la primavera de 1810. Por dos veces en los siguientes dos años, en Belorado y Lerín, la División de Navarra de Mina fue prácticamente aniquilada, pero en cada ocasión las guerrillas se recuperaron con rapidez, y en 1812 llegaron a dominar Navarra, el Alto Aragón y ciertas partes de las provincias vascas. En este capítulo se analizan las razones de la resistencia y del éxito final de Mina, comparando la experiencia navarra con las de otras insurgencias de la era de la Revolución Francesa y la Napoleónica a fin de responder a la cuestión: ¿por qué combatió Navarra?

El fracaso de Francia en Navarra y en otras partes de Europa se debió en parte a la naturaleza del imperio. La expansión francesa en los años noventa del siglo XVIII se había guiado, al menos en parte, por ideales revolucionarios; sin embargo, los hombres de Napoleón enviados a España entre 1808 y 1814 se movían principalmente por la promesa del botín. La moral de la Grande Armée no dependía de la virtud revolucionaria de sus oficiales y soldados, sino de una lograda implantación de las nociones del honor y del *esprit de corps*[1]. A medida que la economía francesa bajo Napoleón se debilitaba y se iba estructurando sobre la base de la guerra y la extorsión, el sueño del pillaje desplazó casi por completo a los ideales de la revolución. El lenguaje de libertad, fraternidad e igualdad sobrevivieron en los pronunciamientos oficiales, pero lo que una vez había sido reflejo de genuinas convicciones era ahora un fino barniz que ocultaba deseos egoístas. La construcción del «imperio liberal» tenía poco significado para los hombres encargados de «reformar» Europa más allá del que ofrecían las oportunidades de amasar riqueza y poder[2].

El cinismo del imperio comenzaba en su misma cima. Napoleón obsequiaba a sus sirvientes con feudos y dotaciones emplazados en tierras conquistadas, y cuando tomó España tales recompensas constituyeron una parte esperada de un neofeudalismo sistemático que generó su propia dinámica agresiva. La reforma, tal como ha destacado Charles Esdaile, fue para los franceses, desde el principio al fin, un instrumento de explotación que siempre se sacrificaba cuando se ponía en el camino de las exigencias políticas y militares. En 1808 la retórica según la cual se debía dotar a los europeos de un gobierno más ilustrado ya no era convincente, dada la marca alcanzada por Napoleón en la

[1] En la primera década del siglo, la deserción de los ejércitos imperiales fue alta, la resistencia al reclutamiento universal, y las revueltas antifiscales comunes. Napoleón no resolvió estos problemas movilizando Francia con llamamientos ideológicos, sino creando mecanismos burocráticos efectivos para conseguir dinero y alistamientos. Isser Woloch, *The New Regime*, esp. 380-426.

[2] Harvey Mitchell, «Tocqueville's Mirage or Reality?» en *Journal of Modern History*, 60, marzo 1988, pp. 28-54.

subversión de las instituciones representativas, del derecho y de sectores económicos saneados en sus otros reinos satélites. En España, la modernización y la reforma apenas tuvieron importancia en comparación a la violencia destructora de vidas y propiedades perpetrada por la ocupación [3].

Los oficiales franceses se cuidaron de tener cabida en este sistema imperial. Las escuelas militares de St. Cyr y Fontainebleau instruyeron a buenos oficiales, no a idealistas ni liberales ni siquiera a patriotas [4]. Hombres como Soult y Victor estaban más preocupados por la gloria y el robo que por ganar una guerra y «modernizar» España. Su único objetivo era sacar en el menor tiempo posible todo lo que pudieran de los territorios que se encontraban bajo su mando en beneficio propio [5]. Esta orientación hacia la abierta explotación dañó evidentemente la causa francesa en España, poniendo de relieve la hipocresía que subyacía en la retórica modernizadora de Francia. En efecto, según la opinión del mariscal Masséna, fue la rapacidad de los generales franceses, acorde con la ética imperial, la que aseguró el fracaso de la ocupación. Cuando terminó la guerra, Napoleón, secundando la opinión de Masséna, expresó su pesar por no haber fusilado a alguno de sus oficiales, especialmente a Soult, el más «voraz» de todos los mariscales franceses y el que embarcó de regreso a Francia algunos de los tesoros artísticos más valiosos de España. La retrospectiva de Napoleón era correcta, aunque asombrosamente cínica, dado que el mismo emperador había sentado las bases para el saqueo de Europa [6].

[3] Louis Bergeron, *France under Napoleon*, pp. 52-79; Esdaile, *The Wars of Napoleon*, pp. 10-11, 71-113. El comentario de Esdaile de que los ejércitos de Napoleón «pusieron los cuernos a un continente» contiene más fuerza expresiva de cómo los europeos de entonces experimentaron el imperialismo francés que cualquier enfoque formalista de la modernización y la reforma.

[4] Maximilien Foy, *Histoire de la guerre de la peninsule*, vol. 1, pp. 77-78.

[5] Carta del 10 de agosto de 1810 de Masséna al rey José, AHN, Estado, legajo 3.003. Los lazos personales de Masséna con José y el hecho de que él mismo fuera un hombre de la Revolución puede que tengan que ver con su conducta relativamente inocente.

[6] Rodríguez-Solis, *Los Guerrilleros de 1808*, vol. II, p. 44.

Navarra no tenía Murillos que robar, pero los gobernadores franceses de Pamplona todavía consiguieron extraer cuantiosas sumas de la población, y resultaron ser muy creativos cuando se trataba de encontrar modos de acallar las fuentes del odio popular. Los oficiales de rango inferior destinados como comandantes de guarnición eran, si cabe, peores que los generales. Muchos habían entrado en servicio con la esperanza de hacer fortuna en tierras foráneas. Fueron estos hombres los que, al dedicarse al negocio del día a día de la ocupación de Navarra, «han contribuido a hacer el nombre francés odioso en el extranjero»[7].

La brutalidad imperial francesa no fue enteramente pragmática. También estaba arraigada en una parte de la ideología revolucionaria que prosperó bajo el imperio —en la creencia chovinista en la misión civilizadora de Francia, enraizada desde la Ilustración en las nociones de superioridad racial y cultural. Filósofos ilustrados como Buffon sostenían que algunos pueblos —lapones, africanos, corsos— eran irreversiblemente inferiores y quizás incapaces de ser civilizados. Como los niños de carne y hueso de Rousseau, ciertos pueblos podían ser debidamente marginados e incluso aniquilados en favor de un bien más elevado. Si algún pueblo no explotaba con eficiencia sus recursos naturales (como los amerindios), si se les juzgaba como tontos (como a los corsos y a los egipcios), o si se les consideraba insuficientemente sensibles al dolor y al sufrimiento de los demás (como los españoles, que asistían a las corridas de toros, y los melanesios, que eran caníbales), entonces se debía requerir la presencia civilizadora de Francia, incluso hasta el punto de reemplazar a la población nativa. Esta ideología había evolucionado simultáneamente dentro del imperialismo francés en Europa, América y en el Pacífico, y sirvió con eficacia a los propósitos de Napoleón[8]. En las guerras

[7] Foy, *Histoire de la guerre de la peninsule*, vol. 1, p. 129.

[8] Sobre las raíces de las ideologías coloniales (y el totalitarismo) en la Ilustración, véase, entre otros, J. L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*; Carol Blum, *Rousseau and the Republic of Virtue*; Peter Hulme y Ludmilla Jordanova, *The Enlightenment and Its Shadows*; y Jean de Viguerie, «La Vendée et les Lumières: Les Origines Intellectuelles de l'Extermination», en Alain Gérard y Thierry Heckmann, eds., *La Vendée dans l'Histoire*.

de ocupación se necesitan soldados que disparen sobre civiles, una situación que puede ser intolerable incluso para los militares más endurecidos. Inevitablemente, los colonizadores intentan resolver este problema definiendo a los civiles como «salvajes» o «monstruosos», criaturas infrahumanas. Sólo a través de este ejercicio pueden continuar las carnicerías de inocentes sin destruir por completo la moral de la tropa. En Córcega, en la Vendée, en Egipto, en Calabria y, finalmente, en España el ejército francés tuvo que, con diferentes niveles de éxito, aplicar esta ideología imperial. Por ejemplo, los soldados franceses estaban convencidos de que Calabria estaba «habitada por demonios» y que los egipcios eran tan bárbaros que se les hacía un gran favor ocupando su país [9].

Una de las estrategias más interesantes para defender el carácter infrahumano del enemigo era representar a las mujeres como criaturas sucias e innaturales, poco menos que fábricas de niños que producían más enemigos. Esto permitía que las tropas tratasen a las mujeres de forma inimaginable en circunstancias normales. Durante la conquista francesa de Córcega, a mediados del siglo XVIII, los soldados galos describieron a las mujeres como si fueran bestias [10]. Las mujeres de Egipto fueron descritas casi en el mismo sentido, y las mujeres kanak de Nueva Caledonia como «aterradoramente horribles» [11]. En Calabria, donde la guerra fue extraordinariamente bárbara en ambos lados, los franceses trataron a todos los civiles, incluidas las mujeres, como si fueran combatientes. El general Reynier, quien más tarde tendría un destacado papel en la ocupación de España, ordenó matar a los calabreses que capturó y alentó a sus hombres para que efectua-

[9] Milton Finley, *The Most Monstrous of Wars: The Napoleonic Guerrilla War in Southern Italy, 1806-1811*, p. 14; Edward Said, *Orientalism*, pp. 79-87.

[10] En Córcega los franceses describieron a las mujeres como «extremadamente feas» y como fábricas para la producción de niños que en el futuro serían enemigos. Viguerie, «La Vendée et les Lumières».

[11] Louis Antoine Fauvelet de Bourrienne, «Memoirs», en *Napoleon in Egypt*, p. 155. Alice Bullard, «The French Idea of Subjectivity and the Kanak of New Caledonia», *History and Anthropology*, p. 19 (en prensa).

ran pillajes, violaran y asesinaran en ciudades que, como Morano, se hubieran mostrado contrarias a la causa francesa. Como un terrorista cortado por el mismo rasero que Barras y Westermann, su receta para pacificar Calabria fue bien simple: el uso indiscriminado de la violencia contra civiles de ambos sexos. El general Verdier fue todavía peor. Masacró familias enteras cuando se encontraban pruebas de que simpatizaban con la resistencia francesa. Y Charles-Antoine Manhè, encargado de completar la pacificación de Calabria, inició una política de realojamiento de familias en «aldeas estratégicas», que prefiguró la «reconcentración» española en Cuba y las medidas tomadas por franceses y estadounidenses en Vietnam [12]. Naturalmente, el alcance de las «reformas» bonapartistas era limitado en este ambiente de terrorismo de Estado.

Merece la pena destacar que la lógica exterminadora inherente a este imperialismo cultural y racial llegó mucho más lejos en el interior de la misma Francia, en la Vendé, donde el ejército masacró a casi 117.000 civiles [13]. El discurso racista preparó el camino para esta extraordinaria «pacificación». Los republicanos describieron a los vendéens como «una raza abominable» caracterizada por su ferocidad, barbarismo y fanatismo, mientras que los campesinos bretones fueron considerados unos «salvajes» cuya existencia constituía una «enfermedad» en el cuerpo de Francia [14]. Tras derrotar al principal ejército vendéen en el otoño de 1793, el general Westermann describió su política al Comité de Salvación Pública en un párrafo famoso:

> Ya no existe la Vendée, ciudadanos republicanos. Ha muerto bajo nuestro sable libre con sus mujeres y sus hijos. Vengo de enterrarla

12 Finley, *The Most Monstrous of Wars*, pp. 20-28, 67-95.

13 Reynald Secher, *Le génocide franco-français. La Vendée-Vengé*. Este trabajo ha generado, desde su publicación en 1986, gran cantidad de controversias entre los historiadores de la Vendée sobre el número de bajas civiles y el uso del término genocidio. Una crítica interesante de las cifras de Secher en Charles Tilly, «State and Counterrevolution in France», en Ferenc Fehér, ed., *The French Revolution and the Birth of Modernity*.

14 Anthony James Joes, *Guerrilla Conflict before The Cold War*, p. 71.

en los pantanos y los bosques de Savenay. Siguiendo las órdenes que me habéis dado, he reventado a los niños bajo las patas de los caballos, masacrado a las mujeres que, por lo menos, ésas ya no darán a luz más salteadores. No tengo prisioneros que reprocharme. Todo lo he exterminado.

Incluso una vez terminada la amenaza militar de la Vendée, el general Turreau continuó la masacre en el invierno y primavera de 1794. El 24 de enero, Turreau aseguró al Comité de Salvación Pública que sus «columnas infernales» habían hecho «prodigios». Si el comité seguía sus consejos, escribió, «en quince días ya no habrá más en la Vendée ni casas ni subsistencias ni armas ni habitantes» [15]. El ansia de sangre de Turreau y Westermann, los estereotipos de género y raza, incluso el nombre de «columnas infernales», todo prefiguraba la contrainsurgencia francesa en España. La comparación efectuada por el general Hugo entre la guerra española y la Vendée no era espuria, y menos cuando se refería a la violencia retórica y real contra las mujeres [16].

En España los franceses convirtieron a las mujeres en símbolo del barbarismo que pensaban caracterizaba todo el país. Por ejemplo, Jean Albert Rocca, oficial que sirvió a las órdenes del general Soult, describió a las mujeres de Ronda como fieras «gigantes» y «luchadoras» que «sólo se distinguían de los hombres por sus ropas, su mayor estatura y sus maneras más burdas» [17]. Los franceses idealizaron la ocupación de España como si fuera de gran beneficio para los españoles. Napoleón estaba dando a sus vecinos del sur un gobierno moderno, políticas económicas más racionales, una cultura francesa superior y el Código Napoleónico, en el que se codificaban las fantasías misóginas del emperador. Desde la perspectiva de este proyecto y de los discursos imperiales sobre la modernización, las mujeres españolas que llevaban armas y «actuaban como hombres» eran un claro signo de

[15] Yves Gras, *La Guerre De Vendée (1793-1796)*, pp. 117, 128.
[16] Lovett, *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, p. 106.
[17] Jean Albert Rocca, *Memoirs of the War of the French in Spain*, London, 1815, pp. 263-302.

que España necesitaba de la presencia civilizadora de los hombres franceses a fin de corregir una situación de desorden. En otras palabras, los franceses utilizaron las descripciones de mujeres asesinas del campo para justificar la ocupación. Irónicamente, ésta sólo era la cara opuesta del mito español que glorificaba la resistencia de las mujeres como prueba de unanimidad nacional. Donde los hombres españoles veían amazonas heroicas, los franceses percibían gigantes no naturales. Y parte de la «misión civilizadora» de Francia sería remodelar a las gigantes y luchadoras de la España rural a imagen de las señoritas parisinas. Mientras tanto, su «inhumana» (es decir, no femenina) ferocidad justificaba cualquier crueldad perpetrada a manos de los soldados franceses[18].

El salvajismo de la ocupación —estuviera motivado por la esperanza de ganancias personales o por la ideología imperial racista— debe tenerse en cuenta si se pretende explicar por qué los franceses fracasaron en Navarra y otros lugares de Europa. Además, hubo ciertas reformas —aquellas que facilitaron la explotación del pueblo ocupado y que pudieron, por tanto, ser aplicadas incluso en mitad de la guerra— que estimularon una mayor resistencia. De este modo, los gobernadores militares de Pamplona atacaron el régimen señorial, a la Iglesia, y a los privilegios legales porque estas medidas podían proporcionarles dinero. Sin embargo, estas reformas no consiguieron producir mucho entusiasmo en Navarra o sirvieron para indisponerse con el pueblo. Por ejemplo, los señoríos no eran importantes, como se vio en un capítulo anterior, de tal manera que se consideró que los ataques contra el régimen señorial eran retrógrados. Las agresiones francesas contra la Iglesia, que era relativamente pobre en el norte de

[18] Los franceses consideraban las corridas de toros como otra muestra del retraso español, no por su carácter cruento (¿como podía molestar eso a un soldado imperial?), sino porque a principios del siglo XIX el gran espectáculo subversivo reunía a nobles, burgueses, trabajadores y campesinos, convirtiendo las plazas en lugares de potencial solidaridad contra Francia. A los galos les enfurecía particularmente que las mujeres españolas pareciesen disfrutar en las corridas de toros tanto como los hombres y pensaban que esto eliminaba su natural docilidad, preparándolas para el conflicto armado. J. J. E. Roy, *Les Français en Espagne, souvenirs des guerres de la péninsule, 1808-1814*, Tours, 1880, p. 96.

Navarra y en consecuencia popular, consiguieron indisponer al pueblo. Finalmente, el asalto a los privilegios regionales no hizo sino provocar la oposición en Navarra, donde el «feudalismo» en la forma de constitución foral era apreciado por todos y era digno de ser defendido. La «modernización» francesa sólo significó para Navarra la destrucción de sus instituciones democráticas, la abolición de sus valorados privilegios, ultrajes a la religión y explotación económica. Por lo tanto, no es sorprendente que muchos navarros se opusieran a su «modernización forzosa», porque, a pesar de algunos historiadores, se percataron de que lo más moderno del imperio eran sus tendencias totalitarias.

2. *La defensa de la Iglesia*

En Navarra, igual que en el resto de España, los franceses ejecutaron con enorme coherencia y vigor su ataque a la Iglesia. Desde luego, el saqueo por parte de soldados de iglesias y conventos no fue diferente del que la soldadesca de Europa venía practicando desde hacía mucho tiempo; no hay más que recordar los excesos cometidos en la Guerra de los Treinta Años y en el saqueo del Palatinado en 1688 por las tropas de Luis XIV. Lo que era nuevo en 1808 era la extensión de la furia anticlerical francesa herencia de la campaña de «descristianización» y terror contra la Iglesia en los años noventa del siglo XVIII, un terror que en muchos sentidos alcanzó su cima en la guerra de la Vendée.

La legislación anticlerical aprobada en julio y noviembre de 1790 en París desencadenó la rebelión del clero y sus seguidores en la Vendée y en otras partes de Francia occidental, que se prolongó durante el período 1791-1793 [19]. Sin embargo, en la revuelta militar de 1793 parece que los sentimientos religiosos sólo fueron uno de los factores que motivaron a los rebeldes. Como

[19] Entre los que destacan el papel de la religión, véase Yves Gras, *La Guerre De Vendée (1793-1796)*, París, 1994, y Louis Delhommeau, *Le Clergé Vendéen face à La Revolution*, La Roche-Sur-Yon, 1992.

en España, los curas y los monjes no se encontraron de forma evidente entre los vendéens, como los propagandistas afirmarían con posterioridad, y no existe correspondencia entre las pautas de piedad y las áreas más implicadas en la rebelión, a pesar de los intentos de probar lo opuesto. Por el contrario, la resistencia al alistamiento y a la creciente influencia de los foráneos en la vida económica y política de la región fueron factores motivadores más decisivos que la religión (o el regalismo)[20]. No obstante, los republicanos representaron a los rebeldes como fanáticos religiosos y realistas, y las tropas que devastaron la Vendée imaginaron así a sus oponentes. De este modo, la guerra de la Vendée, aunque sólo en parte se asentase en sentimientos realistas y religiosos, se convirtió en el imaginario republicano en una guerra iniciada por fanáticos que defendían el viejo orden. Como resultado de la Vendée y de otras guerras antirreligiosas de la década de 1790, el anticlericalismo francés se endureció convirtiéndose en una forma de fe entre muchos de los soldados que tomaron parte en la guerra. Se asumió que los curas y monjes eran enemigos empedernidos, lo que justificaba una mayor violencia contra la religión. La legislación anticlerical y el terrorismo se convirtieron casi en sinónimos durante el imperio, especialmente en los regímenes satélites de Francia, tales como Nápoles y Baviera, donde evidentemente estimularon el surgimiento de rebeliones[21].

[20] Ésta es la postura adoptada por Alain Gérard, *Pourquoi La Vendée?* Las explicaciones socioeconómicas clásicas de las rebeliones en Francia occidental son las de Charles Tilly, *The Vendée*, y Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*.

[21] Milton Finley destacó el papel de la religión —pisoteada por la legislación anticlerical de José en Nápoles— en la guerra de guerrillas napolitana. Finley, *The Most Monstrous of Wars*. Finley citó que el general Reynier había dicho: «Estos despreciables curas son el mayor foco de rebelión. Si es necesario, los eliminaré a todos» (p. 93). Evidentemente, esta cita no prueba tanto que fueran realmente los curas la fuente de rebelión, como que los oficiales franceses como Reynier pensaban que lo eran. Además, en el Tirol, la legislación anticlerical (esta vez establecida por los apoderados bávaros de Napoleón) parece haber provocado la resistencia. Uno de los líderes tiroleses escribió: «Los tiroleses han contemplado con amargo sentimiento cómo eran destruidas sus abadías y monasterios, cómo la propiedad de sus iglesias era robada y secuestrada, sus obispos y curas se exiliaban, sus iglesias eran profanadas, y sus

La propensión anticlerical de la generación de 1789 hizo que la persecución de la Iglesia pareciera razonable y progresista. Sin embargo, en un lugar como Navarra, donde los eclesiásticos habían conservado gran parte de su poder y su prestigio, tal persecución aseguraba la aparición de resistencia. En efecto, el anticlericalismo francés afectó dramáticamente el espíritu público de la mayor parte de España. En su insensato saqueo de Córdoba a principios de junio de 1808, los hombres de Dupont demostraron una furia especial contra monjes y monjas, y convirtieron los conventos de la ciudad en establos y cuadras para la tropa. Estos asaltos contra la Iglesia sólo podían servir para indisponer el pueblo contra el régimen [22]. En efecto, poco después de verse obligado a abandonar Madrid tras Bailén, José se quejó a Napoleón de que los ataques desenfrenados contra iglesias y conventos estaban haciendo ingobernable España [23]. Años más tarde, cuando Madrid se tuvo que enfrentar a carencias agobiantes, José se mostró menos delicado en su trato con la Iglesia. En junio de 1809, José acabó con muchas órdenes religiosas y exigió que la mayoría del clero regular restableciese su residencia en sus parroquias de origen, donde sus movimientos pudieran ser controlados. Las propiedades de las órdenes religiosas fueron expropiadas y vendidas en pública subasta. Los clérigos que fueron cogidos predicando

cálices eran vendidos a los judíos». Josef Hormayr, *History of Andrew Hofer*, p. 14. Como en España, sin embargo, en Calabria y el Tirol existieron otros factores que contribuyeron al levantamiento, además de la religión.

[22] Jean-Baptists Jourdan, *Mémoires militaires*, p. 45. Las atrocidades francesas contra la religión fueron condenadas desde los lugares más inesperados. Incluso Marruecos suplicó a los españoles que hicieran todo lo que estuviera en sus manos para destruir a las «ateas» hordas francesas. Valencina, *Los Capuchinos*, pp. 27, 232-45. La discusión de Oman sobre el saqueo de Córdoba continúa siendo interesante. Oman, *A History of the Peninsular War*, vol. 1, pp. 129-131.

[23] José se quejó a su hermano de que el pillaje efectuado por Culaincourt en las iglesias de Cuenca y la posterior venta pública de la plata saqueada allí en Madrid había destruido cualquier esperanza de pacificar su nuevo reino. «Toda persona sensible en el gobierno y en el ejército —escribió José— sostiene que una derrota debería ser menos injuriosa». La insensible respuesta de Napoleón a su hermano fue elogiar a Culaincourt por haber hecho lo que «era perfectamente correcto en Cuenca». Napoleón Bonaparte, *The Confidential Correspondence*, cartas del 22 y 31 de julio de 1808.

contra el gobierno o en cualquier otra actividad que incitase al pueblo a la desobediencia fueron llevados a Madrid para ser juzgados por tribunales militares [24].

La Iglesia española estuvo dividida en su respuesta a estas persecuciones. La mayoría de la jerarquía eclesiástica colaboró, e incluso muchos curas y monjes obedecieron al nuevo régimen. No obstante, el rigor de las políticas francesas contra la Iglesia obligó a muchos clérigos a adoptar una postura de resistencia activa. Por ejemplo, las tropas francesas incendiaron o destruyeron treinta conventos capuchinos en Andalucía, y en 1814 sólo una pequeña parte de su propiedad permanecía todavía en manos de la orden. No es sorprendente, por tanto, encontrar que muchos monjes capuchinos asistieran a las juntas en la España meridional. No tenían otra ocupación [25].

Los políticos de la Junta Central aceptaban con satisfacción cualquier ayuda que la Iglesia pudiera proporcionar, aunque no estaban dispuestos a que el clero se armase. En efecto, el gobierno hizo circular instrucciones que incidían en que los clérigos podían resistir mientras no llegaran a derramar sangre. Los obispos prohibieron a los clérigos la utilización de armas o dar muerte al enemigo [26]. Sin embargo, a pesar de esta desaprobación, al-

[24] AHN, Estado, legajo 3003. AGN, Guerra, legajo 17, car. 1. Gran parte de estos sucesos fueron anticipados en la Vendée, donde 28 iglesias fueron incendiadas, 28 vendidas a individuos privados y 43 abandonadas en ruinas, mientras que 105 parroquias fueron asimismo vendidas o declaradas inhabitables. Se obligó a cientos de sacerdotes a emigrar, siendo el número más elevado (234) el que lo hizo hacia España, donde muchos decidieron quedarse. Irónicamente, muchas de aquellas iglesias fueron reconstruidas por Napoleón, quién donó al clero de la Vendée 300.000 francos para este propósito cuando atravesó la región camino de España —donde sus hombres destruirían incluso un mayor número de iglesias y de edificios religiosos. Delhommeau, *Le Clergé Vendéen*, pp. 93, 122-123.

[25] En Sevilla dos conventos se convirtieron en centros para la fabricación de cartuchos hasta que la ciudad cayó en 1810. Desde mayo a junio de 1809, el convento capuchino de Sevilla produjo 500.000 cartuchos, así como numerosos uniformes. Los monjes también trabajaron en la fortificación de la ciudad. Valencina, *Los capuchinos*, pp. 78, 96.

[26] Ibíd., pp. 88-90. El gobierno solicitó al clero que le sugiriese la mejor forma para movilizar los recursos de la Iglesia contra Francia. Docenas de clérigos enviaron sus propuestas a la Junta Central. Juan Ferrer, un cura catalán, condenó a la Iglesia y al

gunos curas y monjes se unieron a las bandas guerrilleras en 1809. Finalmente, en diciembre de 1809, el gobierno español decidió reconocer este *fait accompli* y comenzó a regular el movimiento guerrillero clerical, o cruzada. Y una prueba del grado de desesperación al que había llegado el gobierno a finales de 1809 era que se dirigiera a «todos los eclesiásticos, aún los sacerdotes» para que tomasen las armas [27].

Irónicamente, justo cuando el gobierno aceptó que el clero se armase, la cruzada comenzó a perder importancia. Durante 1810, el gobierno continuó recibiendo informes de curas y monjes que formaban parte de pequeñas formaciones como «La Legión Exterminadora» en Aragón y «Los Voluntarios Defensores de la Fe y de la Patria» en Asturias. A finales de año, sin embargo, la mayoría de estos grupos había sido destruida por los franceses, desmovilizada o absorbida por partidas guerrilleras seculares más eficaces [28].

¿Qué es lo que explica la resistencia de algunos clérigos y no de otros? En Galicia el clero de las ciudades colaboró con los franceses, mientras que el clero rural fue partidario de la resistencia [29]. Esto sugiere que el hecho de pertenecer al clero no era por sí mismo lo que determinaba la probabilidad de que un clérigo se incorporara a la resistencia. Antes bien, fue el contexto general en el que un cura determinado operaba. En la mayor parte de los medios urbanos, por ejemplo Madrid, Granada y Málaga, la mayoría del clero apoyó al régimen francés. En las ciudades más

gobierno por desalentar a los curas y monjes para que tomasen las armas. Si se animaba a los clérigos para que combatiesen en las partidas guerrilleras, afirmaba Ferrer, el movimiento guerrillero sería reformado y reforzado desde dentro. Otro cura catalán, Juan Constans, se ofreció a conseguir 3.000 hombres, si la Junta aprobaba que los curas y monjes pudieran utilizar armas y a proporcionar apoyo financiero. «Plan sobre el modo de formar un Exército de Cruzados en la Provincia de Cataluña», AHN, Estado, legajo 41, C, 22 de junio de 1809. «Plan de Juan Pablo Constans, Canónigo de la Colegial Iglesia de Pons de Cataluña», AHN, Estado, legajo 41, C, 24 de septiembre de 1809.

[27] AHN, Estado, legajo 41, A, núm. 5.

[28] AHN, Estado, legajo. 41, C-D, nos. 24-75.

[29] Martínez Salazar, *De la Guerra de la Independencia en Galicia*, p. 13.

grandes, especialmente en el sur, la Iglesia había formado parte durante mucho tiempo de los intereses de los ricos y había renunciado al liderazgo popular, tal y como había ocurrido en el pasado, en favor de otras elites urbanas. En efecto, el clero de la mayor parte de Andalucía ya había perdido su ascendencia sobre las clases populares, que en pocas generaciones fue sustituido por la de los predicadores del anarquismo [30]. La principal relación de los jerarcas de la Iglesia con el pueblo era a menudo explotadora, ya que ellos mismos eran miembros de la elite terrateniente. Por lo tanto, es comprensible que el clero de estas áreas temiese menos a los franceses que a la población española. Resulta llamativo que la furia popular de la multitud en las revoluciones urbanas de 1808-1809 se desahogara indiscriminadamente contra el clero, al cual se consideraba parte de la misma clase opresora junto a los nobles y los simpatizantes de los franceses. En general, por consiguiente, el clero de las áreas urbanas, y por lo común de la España meridional, colaboró con los franceses más que el clero de las áreas rurales y del Norte; y esta colaboración no tenía nada que ver con el estatus del clero como tal, sino con el medio en que se movía.

En Navarra, como en el resto de España, las tropas francesas se comportaron como si se les hubiera encargado descristianizar la provincia. Los soldados franceses alojados en conventos se dieron cuenta de que al mismo tiempo podían expresar su odio hacia la Iglesia y recoger un valioso botín sin ningún temor a las represalias de sus superiores. En julio de 1808, 150 soldados franceses se alojaban y alimentaban en el Convento de San Francisco de Tafalla; pues bien, cuando lo abandonaron, todas las imágenes sagradas fueron hechas pedazos, y los valiosos objetos de plata que se utilizaban durante la misa desaparecieron [31]. Este tipo de episodios podía tener lugar

[30] En Madrid no hubo nada que destacar en los sentimientos anticlericales del pueblo ni antes ni durante la Guerra de Independencia. Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, p. 139.

[31] AGN, Guerra, legajo 15, car. 17.

por dondequiera que los soldados franceses pasasen en Navarra, dado que por regla general éstos trataban los edificios de las órdenes religiosas, incluso antes de su expropiación, como si ya pertenecieran al Estado habilitándolos como cuarteles. Por ejemplo, el convento carmelita de Sangüesa, utilizado como hospital y cuartel, fue destruido durante la guerra por las tropas francesas alojadas allí [32].

Las órdenes religiosas tuvieron que pagar elevados impuestos y multas a las fuerzas francesas, españolas e insurgentes, y solamente esto podía ser motivo suficiente para arruinar a muchas de ellas en Navarra. Por ejemplo, el monasterio de Fitero informó que había pagado 129.896 reales a las fuerzas españolas en 1808 y durante los últimos meses de la guerra, y 175.558 reales a los franceses. Además, debía 254.418 reales por la reparación de daños en sus edificios. Como resultado de estos costes, algunos conventos y monasterios vendieron voluntariamente algunas porciones de sus propiedades durante e inmediatamente después de la guerra a fin de satisfacer sus deudas, y de estas enajenaciones hubo órdenes que nunca se recuperarían del todo. La confiscación de capellanías, obras pías y tierras que pertenecían a hospitales, iniciadas bajo Godoy, continuaron bajo el dominio de los franceses. La ciudad de Tudela y los municipios de su alrededor sufrieron el desmantelamiento más que ningún otro sitio, aunque el impacto fue también grande en y alrededor de las ciudades de Pamplona y Estella. Algunos individuos enriquecidos reunieron enormes haciendas, pero también hubo muchos propietarios más pequeños que compraron una o dos parcelas incautadas a hospitales y organizaciones religiosas laicas. Las ventas que realmente procedían de la supresión de las órdenes religiosas fueron, en comparación, de menor importancia en Navarra. La legislación de 1809 preparó el terreno para la realización de precisos inventarios de monasterios y conventos, y se hicieron planes detallados para su enajenación. Sin embargo, la falta de confianza en la supervivencia del régimen francés fue tal que

[32] Mutiloa Poza, *La desamortización eclesiástica*, p. 269.

realmente sólo se vendieron 44 edificios y 60 hectáreas de tierra, principalmente en Pamplona[33].

Esta persecución religiosa destruyó profundamente la Iglesia de Navarra y generó hostilidad en una provincia que se enorgullecía de su histórica devoción al catolicismo. No obstante, la Cruzada en Navarra no consiguió un desarrollo similar al de otros lugares. Sólo unos pocos monjes procedentes de Pamplona y residentes en Sevilla proyectaron partidas de cruzada, aunque nunca se materializaron. Los clérigos nunca formaron una partida guerrillera en Navarra ni contribuyeron significativamente al corso ni a la División. Los únicos clérigos del ejército de Mina fueron los capellanes. Miguel, cura de Ujué, tuvo un papel independiente en la resistencia, si bien fracasó estrepitosamente durante su breve actuación como líder de las guerrillas. Además, su ejemplo fue contrarrestado por la colaboración de otros prominentes clérigos navarros en el gobierno josefino. De este modo, el ejército guerrillero que más éxito alcanzó en la Península, la División de Navarra, fue enteramente secular. El caso de Navarra advierte contra las afirmaciones que sostienen que fue el clero quien llenó las filas de los ejércitos guerrilleros, como algunos han sostenido basándose en extenso en los relatos anticlericales franceses sobre la insurrección.

Sin embargo, otra cuestión es considerar la influencia que los clérigos descontentos ejercieron desde sus púlpitos. El clero de algunas ciudades de la Ribera ayudó a los franceses a sofocar la rebelión, como se ha visto. Sin embargo, en la mayor parte de Navarra, curas y monjes apoyaron a las guerrillas, al menos en teoría, y sufrieron enormemente en manos de los franceses. Mientras no dispongamos de alguna forma segura de cuantificar el apoyo ideológico prestado por el clero a las guerrillas, las leyes aprobadas para evitar que los sacerdotes predicasen contra el régimen y el gran número de sacerdotes arrestados en Navarra apoyan la idea de que el clero tuvo un importante papel en el fomento de la resistencia. Tras los regidores y alcaldes, fueron los

[33] Ibíd., pp. 264-67, 270-71, 286, 294.

párrocos quienes más sufrieron a manos de la policía francesa. De una villa a otra, especialmente en la Montaña, los curas se encontraron entre los primeros en ser arrastrados a Pamplona o a Francia [34]. Un autor estima que fueron 300 los sacerdotes enviados al exilio o encarcelados durante la guerra [35].

El «patriotismo» del clero navarro se basaba en su fuerte integración en el ámbito rural. Los observadores estaban de acuerdo en que el clero de la Montaña era «menos aristocrático» que el del resto de España. En efecto, difícilmente se podía distinguir a la mayoría de los sacerdotes de los propietarios campesinos entre los que vivían. Los curas por lo común tenían relaciones con sus parroquias, entendían en los conflictos diarios de sus parroquianos y «sabían hablar su lengua [36]». En las villas pequeñas, no existía alternativa al liderato clerical, dado que, probablemente, el cura era uno de los dos individuos alfabetizados (el otro era el escribano). El párroco tenía más experiencia frente al mundo exterior que cualquiera de sus convecinos. Interpretaba las acciones y palabras del gobierno en el lenguaje de la gente y asumía con facilidad la dirección política en momentos de crisis. Aunque los curas guerrilleros como Merino fueran una excepción, el párroco medio estaba especialmente situado para fomentar la rebelión e inspirar a otros a tomar las armas. En la Guerra de Independencia, como en las guerras carlistas, los curas fueron líderes inspiradores que deseaban sacrificarse por sus profesiones y parroquias [37].

Los franceses se dejaron engañar por los voceros anticlericales españoles y llegaron a creer que la mayoría de los espa-

[34] AGN, Guerra, legajos 18-21. En los informes dados por las comunidades locales no se incluían los nombres de los que eran arrestados o ejecutados, si bien un gran número de comunidades afirmó que se habían llevado a sus curas.

[35] Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia*, p. 190.

[36] Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Regime*, vol. 1, p. xv.

[37] Por ejemplo, el longevo cura de Echauri, que sobrevivió a la Guerra de Independencia y a la Primera Guerra carlista, fue finalmente asesinado tras toda una vida al servicio del núcleo espiritual de una villa que, mientras él vivió, estuvo casi siempre en constante estado de guerra. En agosto de 1837, los soldados cristinos lo asesinaron. Archivo Parroquial de Echauri, Libro de Difuntos, núm. 5.

ñoles apoyaría la expropiación de la Iglesia. Sin embargo, una cosa era que los ilustrados españoles de Madrid escribiesen sobre tales proyectos, y otra ponerlos en práctica en un lugar como Navarra. Los franceses se dieron cuenta de que cuando cerraban conventos en Navarra, la gente respondía llevándose a los regulares apartados de la religión a sus hogares, un efecto muy diferente al esperado [38]. La legislación anticlerical de los liberales españoles produjo más adelante, en el mismo siglo XIX, resultados similares y creó la misma oposición popular. Los clérigos de Navarra eran «jefes espirituales» de la tierra, e incluso aunque no se convirtieran en «jefes políticos», como algunos observadores franceses afirmaban, sirvieron de todas formas para alentar el sentimiento popular contra los franceses [39].

A pesar de todas estas consideraciones, sigue siendo dudoso que la defensa de la religión, por sí misma, motivase al pueblo de Navarra para que se uniera a la resistencia, del mismo modo que no puede explicar completamente ni la rebelión de la Vendée ni la del Tirol. Tampoco es evidente que los navarros necesitasen mucho aliento espiritual de sus pastores para tomar las armas. Los franceses habían perjudicado materialmente a la mayor parte de la población, lo que permitió que la resistencia en Navarra pudiera prescindir de justificaciones religiosas. En el lenguaje utilizado por los periodistas y cronistas de la guerra en Navarra, el tema religioso tenía menos presencia que la que tenían los asuntos sobre la libertad personal y mucho menos que los que tenían que ver con la supervivencia económica. El prólogo a un informe dado por el tercer regimiento de la División de Navarra habla «[d]el pequeño, pero leal Reino de la Navarra, constante en las máximas de fidelidad debida a sus Reyes». Hace alarde de que «los privilegios y fueros» como «una prue-

[38] Los miembros de una de las casas clausuradas en Estella no tuvieron que dejar la ciudad ni aceptar ser integrados en cargos seculares pagados por el gobierno, tal fue la generosidad de la población de la ciudad. AGN, Guerra, legajo 21, car. 21.
[39] Desdevises du Dezert, *L'Espagne de l'Ancien Régime*, vol. 1, p. xv.

ba» de la bravura histórica de Navarra y la devoción a sus soberanos. Y se explaya con el sufrimiento físico y financiero de los individuos. Sin embargo, nunca menciona la defensa de la religión [40]. El texto dejado por el segundo regimiento habla más específicamente de lealtad a la persona de Fernando VII y por regla general de la defensa de la nación, aunque sólo menciona a la religión de forma tangencial [41]. De forma similar, el informe legado por Iribarren, comandante de la caballería de la División, se explaya con las cualidades de los navarros, si bien sólo menciona sus ambiciones personales, provinciales o nacionales, y nunca las religiosas [42].

La única persona que parece haber situado la defensa de la religión en el primer lugar de la lista de motivos para la resistencia fue Andrés Martín, aunque hay que tener en cuenta que éste era cura y capellán de la División, que incluso cuando expresó la idea de cruzada lo hizo de forma superficial y formularia, y que resultaba más sincero cuando escribía sobre la «sangre noble, guerrera y leal» de los navarros [43]. Según Mina, los franceses no consiguieron ganarse adeptos en Navarra porque insistían en extraer exorbitantes contribuciones utilizando la fuerza bruta. De este modo, Mina explicó los motivos de sus compatriotras en términos totalmente materiales: la resistencia creció en respuesta a las demandas fiscales de la ocupación, y no por ninguna predisposición ideológica contra Francia [44].

Aunque los curas y monjes tuvieran un papel militar menos importante en Navarra que en otras provincias y los ideales religiosos no estuvieran a la cabeza de la resistencia navarra, como quizás lo fueran para los políticos nacionales o los partidarios de la cruzada, esto no significa que los motivos religiosos estu-

[40] «Relación del tercer regimiento», AGN, Guerra, legajo 17, car. 51. Las escasas primeras páginas contienen las limitadas referencias a la teoría y la justificación.

[41] «Resumen del segundo regimiento», AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.

[42] «Manifiesto de las acciones del Mariscal de Campo Don Francisco Espoz y Mina», AGN, Guerra, legajo 17, car. 53.

[43] Andrés Martín, *Historia de los sucesos militares*, introducción y p. 20.

[44] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, p. 68.

vieran ausentes de Navarra ni que los curas y monjes no formaran parte de la resistencia. Sabemos, por los ejemplos específicos ya mencionados, que sí lo hicieron. Antes bien, lo que significa es que los ataques franceses contra la religión no fueron suficientes por sí mismos para dar cuenta del movimiento guerrillero. Se deben implicar otros factores. Teniendo en cuenta las pistas dejadas por Mina y las crónicas militares, debemos considerar otras formas por las que los franceses convirtieron a los civiles en enemigos.

3. *Los fueros y el nacionalismo*

Ya se ha visto cómo los contemporáneos (y más tarde muchos historiadores) entendieron la resistencia guerrillera como una defensa de la nación y de la monarquía. Ciertamente, las circunstancias de la deposición de Fernando y la traición de Napoleón fueron suficientes para ofender el amor propio y aglutinar la conciencia nacional de ciertas personas. No hay ninguna dificultad en adscribir cierto grado de nacionalismo a hombres como Palafox, Quintana, Argüelles y quizás incluso a algunos de los líderes del movimiento guerrillero, como Juan Martín. Sin embargo, si se considera la acepción de lucha nacional como una explicación de la resistencia, debe explicarse el grado de penetración del sentimiento nacionalista en un gran número de personas antes de que se produjera la era de la alfabetización en masa, la educación nacional, el reclutamiento universal y de los medios de comunicación. Asimismo se debe explicar por qué los navarros, gallegos y guadalajareños fueron más «nacionalistas» que el pueblo de Barcelona, Granada y otras localidades donde la resistencia fue más débil. Los navarros afirmaban ser, por naturaleza, los mayores patriotas de España. Sin embargo, para los historiadores tal posición no puede aceptarse a primera vista. Se podría mantener, empero, que las especiales circunstancias de Navarra o las peculiares acciones tomadas por los franceses en esta provincia generaron sentimientos inusualmente intensos de lealtad

a España, a la monarquía borbónica y, sobre todo, a la misma Navarra[45].

La situación de Navarra en la frontera con Francia puede haber dotado de cierta fuerza a los sentimientos prohispánicos de la provincia. Peter Sahlins ha afirmado, a partir de su estudio sobre Cerdaña, que a veces son las elites de regiones fronterizas las que inventan la identidad nacional antes de que ésta sea establecida en las metrópolis[46]. Siguiendo este modelo, puede ser que el pueblo de Navarra, debido a su situación geográfica, tuviera que definirse por referencia a los franceses y, por tanto, desarrollara una fuerte y precoz identidad como españoles. Esto quizás ayude a explicar por qué no hubo en Navarra nada similar a las revueltas separatistas de Cataluña en 1640, de Granada en 1648 y de toda Andalucía en 1651, y por qué el separatismo vasco había tenido poca resonancia en la mayoría de navarros.

Sin embargo, la lealtad de Navarra a España no constituyó ninguna forma de altruismo. Navarra se mantuvo fiel a la idea de España en parte porque Madrid siempre había defendido los fueros navarros. La importancia de estos privilegios locales en la vida económica y política de la provincia ya ha sido discutida en un capítulo anterior. Navarra tenía suficiente para sentirse satisfecha de su posición dentro del Estado español, de tal manera que la defensa del Estado implicaba asimismo la defensa de Navarra y de la merindad, el valle y las aldeas. Desde este punto de vista, se puede argumentar que la importancia del patriotismo y la identificación regional con la constitución foral de Navarra fueron las principales fuerzas motivadoras de la insurgencia. Aunque esto no sea comparable al nacionalismo español, al menos es un tipo de lealtad hacia el Estado español.

[45] Alguna de la literatura más interesante está dedicada al problema de nacionalismo. Entre las mejores obras se encuentran: Benedict Anderson, *Imagined Communities*; Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*; Eric Hobsbawm y Terence Ranger, eds., *The Invention of Tradition*; y por el mismo autor, *Nations and Nationalism since 1780*. Una excelente colección de documentos y ensayos sobre el tema es la de John Hutchinson y Anthony D. Smith, eds. *Nationalism*.

[46] Peter Sahlins, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees*.

Los navarros eran devotos de su autonomía dentro de la monarquía española al margen de sus intereses a corto plazo. Los intereses económicos de los navarros, especialmente en la Montaña, los vinculaba a la preservación de la monarquía borbónica descentralizada. Ya se ha discutido el enorme valor que para Navarra tuvieron la frontera aduanera separada, el control de la fiscalización y la exención de ciertos servicios y contribuciones. Los franceses, desde luego, pretendieron recortar tales privilegios. Tenían las mismas razones fiscales para hacerlo que Godoy, y consiguieron los mismos pobres resultados. En octubre de 1809, José abolió los 33 pasos aduaneros internos a lo largo de la frontera de Navarra, y al mismo tiempo prometió endurecer las penas contra el contrabando [47]. Esta medida prometía debilitar a un importante sector de la economía, y auguraba la pérdida de enormes sumas procedentes de las aduanas. Además, la feria de julio de Pamplona y su mercado semanal en gran medida se basaban en la reventa de mercancías francesas. Las economías de Roncal, Salazar y otros valles pirenaicos se sustentaban en las exportación de lana sin tratar y la importación y comercio de textiles franceses baratos y otras manufacturas. Finalmente, las nuevas leyes amenazaron con destruir el enorme negocio del contrabando de Navarra. Sin duda alguna, estos factores fortalecieron el foralismo y el patriotismo de los navarros en estas zonas.

En la Ribera, es verdad, la gente siempre se había mostrado ambivalente respecto al valor concedido a los fueros. Durante mucho tiempo se ha afirmado que la Ribera se benefició más de su acceso a los mercados castellanos que de su autonomía. Sin embargo, incluso los ribereños debieron reaccionar con terror ante la perspectiva de quedar convertidos, en una etapa de elevados costes de los transportes, en un apéndice meridional de una Francia más desarrollada. En nada contribuía el que los fueros fueran abolidos en la Ribera, si ésta quedaba aislada de los cercanos mercados castellanos.

[47] AHN, Estado, legajo 3003.

De igual modo, todos podían estar de acuerdo con las ventajas de las limitadas obligaciones de Navarra con Madrid. Aunque en teoría Navarra estuvo bajo el dominio francés sujeta al alistamiento militar al igual que otros distritos militares, los franceses reclutaron muy pocos soldados allí y nunca dieron el paso de alistar hombres que podrían ser guerrilleros o simpatizantes de los rebeldes. Los repetidos rumores del alistamiento francés, sin embargo, ponen de relieve la sensibilización que los navarros tenían hacia este asunto.

Evidentemente, la manía francesa de disolver identidades e instituciones regionales y de imponer el control central desde París era bien conocida en 1808. En efecto, un argumento convincente para explicar la guerra de la Vendée puede ser que ésta no representó tanto una contrarrevolución como una defensa de la libertad regional y un «combate de vanguardia contra una dictadura terrorista» que más tarde se trataría de imponer sobre el resto de Europa [48]. Enrique II había concedido a 85 pueblos y ciudades en la Vendée un destacado conjunto de «libertades» no diferente de los fueros de Navarra. Estos derechos y privilegios eran más comprensibles y valorados que la ominosa libertad de Rousseau según la cual el pueblo podía ser «obligado a ser libre» por el Estado [49]. La guerra en la Vendée, desde esta perspectiva, no fue una defensa del antiguo régimen como tal, sino un conflicto por la libertad real contra el impulso homogeneizador del terrorismo del Estado republicano [50].

La defensa de los privilegios regionales fue también factor clave del alzamiento de Calabria en 1806, una vez que se hizo

[48] Alain Gérard, *Pourquoi La Vendée?*, pp. 10, 106.

[49] Yves-Marie Bercé, «Geographie politique du soulèvement vendéene», en Alain Gérard y Thierry Heckmann, eds., *La Vendée dans l'histoire*, pp. 20-35.

[50] François Furet escribió que «no fue la caída del Antiguo Régimen la que levantó al pueblo de la región contra la Revolución, sino la reconstrucción del nuevo régimen», especialmente la imposición de la «dictadura administrativa» de París y otras ciudades sobre el campo y la exigencia de que el clero prestase juramento al Estado. François Furet y Mona Ozouf, eds., *A Critical Dictionary of the French Revolution*, p. 166.

evidente que la imposición de un gobierno más centralizado sólo ayudaría a los franceses y a sus Quislings [51]. En el Tirol la identidad regional representaba un papel todavía más importante. En 1805 Napoleón obligó a Austria a ceder el Tirol a Baviera, por entonces satélite francés. Durante los siguientes cuatro años, los bávaros destruyeron sistemáticamente los derechos y privilegios tiroleses que se remontaban a la *Freiheitsbrief* de 1342, un tipo de carta foral concedida por Ludwig de Brandeburgo al pueblo tirolés y renovada sucesivamente por cada monarca habsburgo. Estos derechos, como los derechos forales de Navarra, incluían la exención de muchos impuestos, un sistema aduanero separado y, quizás lo más importante de todo, la libertad de reclutamiento. Los campesinos tiroleses lucharon por estos privilegios locales y para mantener a los ejércitos bávaros alejados de sus alimentos y de sus jóvenes. Realmente la cuestión no era luchar por Austria o por cierta nación germana futura, sino por la defensa de sus valles y aldeas. Ésta es una verdad corroborada por ciertos hechos. Primero, se debe recordar que el principal enemigo de los tiroleses eran los bávaros, a quienes los campesinos del Tirol llegaron a detestar. Así pues, debe cuestionarse que los tiroleses luchasen a favor de un nacionalismo germánico. Segundo, la ayuda austríaca fue limitada, y los tiroleses aprendieron rápidamente que sus intereses y los de Viena no sólo eran diferentes, sino incluso antagónicos. Resulta difícil caracterizar la resistencia como proaustriaca, incluso aunque algunos de sus líderes (como Hormayr) puedan ser vistos desde esta perspectiva. Tercero, las pintorescas costumbres locales de la guerrilla, que variaban ampliamente incluso en los confines del Tirol, simbolizaban de modo convincente la misma naturaleza local de la organización militar, que tuvo lugar a nivel del valle o de la aldea. Finalmente, los motivos locales e incluso personales de los combatientes pueden apreciarse en la desintegración del ejército tirolés que seguía a cada victoria, cuando —como a menudo aconteció en España— los hombres

[51] Finley, *The Most Monstrous of Wars*, pp. 132-137.

simplemente retornaban a sus hogares una vez que se había combatido y derrotado el peligro inmediato contra su patria chica [52].

Dada la marca alcanzada por los franceses de destrucción de libertades y privilegios regionales, no resulta sorprendente que al menos algunos navarros mirasen a Francia con suspicacia y pusieran sus esperanzas en Fernando, a quien consideraban correctamente como un partidario de los fueros. El inexperto Fernando fue depuesto con tanta rapidez que no había tenido ocasión de defraudar las expectativas milenarias que se relacionaban con su nombre. No había duda de que las elites políticas de Navarra preferían la incógnita sobre Fernando a la certeza de la violencia imperial contra las instituciones locales y democráticas, el tardío absolutismo de un monarca del Antiguo Régimen a la fiscalización intensiva y otras formas de explotación estatal en manos de los Bonapartes. El régimen imperial había dejado claro desde el principio que Navarra no tendría nada que decir respecto a su futuro político y que la más mínima desobediencia sería severamente castigada. A partir de Bayona, se reconoció que Francia acabaría desnudando Navarra de sus tradiciones autonómicas y de sus privilegios. En efecto, Napoleón planeó anexionar Navarra y Cataluña, a partes de Aragón y a las provincias vascas. Algunos españoles ya se habían percatado de estos designios. Miguel Azanza, por ejemplo, ya advirtió a José en junio de 1808 de que cualquier cambio en la constitución foral de Navarra sería extremadamente peligroso [53].

De hecho, el ataque francés a los fueros ya había comenzado incluso mientras la asamblea de Bayona se ponía en marcha. El gobierno foral perdió primero sus funciones judiciales. En el mes de junio de 1808, los conflictos entre civiles y soldados franceses hicieron que el general D'Agoult usurpara las prerro-

[52] Véase F. Gunther Eyck, *Loyal Rebels: Andreas Hofer and the Tyrolean Uprising of 1809*. Puede encontrarse una perspectiva más antigua de la rebelión como guerra nacionalista en Walter Consuelo Langsam, *The Napoleonic Wars and German Nationalism in Austria*.

[53] Azanza and O'Farrill, *Memoria*, pp. 176-77, 279-84.

gativas del Consejo y Tribunal regios con objeto de juzgar en un tribunal militar a los sospechosos considerados peligrosos para el régimen francés. El gobierno representativo duró unos pocos meses más. La Diputación, tras un período de indecisión, huyó de Navarra ante la proximidad de los ejércitos españoles en agosto de 1808. D'Agoult nombró de inmediato nuevos diputados, pero nunca tomaron asiento. Algunos, como el diputado de Lumbier, emigraron, mientras que otros adujeron excusas personales para no responder. La Diputación dejó entonces de existir hasta que fue revivida por Reille como órgano no representativo y de designación. Evidentemente nunca se permitió que las Cortes se reuniesen [54]. Los franceses también recortaron los poderes del virrey. José protegió las prerrogativas de los virreyes en lo que pudo con objeto de contrapesar a los gobernadores militares. Cesó a ciertos individuos, pero protegió la institución. El marqués de Vallesantoro fue deportado a Francia por su deslealtad en septiembre de 1808, aunque de inmediato José envió como sustituto a Francisco Negrete, quien sirvió hasta abril de 1809, cuando le sucedió el duque de Mahón. Mahón, militar de carrera de origen francés, permaneció en el cargo hasta 1810, cuando Napoleón eliminó los últimos vestigios del régimen virreinal. El 8 de febrero de 1810, el emperador estableció un gobierno autónomo en Navarra (y en las otras provincias septentrionales de España) preparatorio para la total anexión. Desde entonces el poder real estuvo en Navarra en manos del gobernador militar. En efecto, siempre había sido así y las medidas del 8 de febrero no hicieron más que formalizar una situación ya existente. Ésta era la situación reinante en Navarra cuando la ciudad de Pamplona se rindió a las fuerzas españolas en octubre de 1813.

A través de estas difíciles relaciones con sus instituciones tradicionales, los navarros se dieron cuenta de que su patria estaba siendo preparada para la anexión a Francia. Ya en el verano de 1809, los franceses se vieron obligados a negar los rumores

[54] Miranda Rubio, *La Guerra de la Independencia en Navarra*, pp. 141-43.

de que Napoleón planeaba anexionar Navarra, prueba de la seriedad que habían alcanzado tales murmuraciones. Las historias continuaron, sin embargo, tal y como a menudo ocurre con las historias verdaderas. En octubre de 1810, Napoleón advirtió a Cafarelli en Vizcaya y a Reille en Navarra que mantuviesen en secreto sus planes para la anexión, aunque el propósito último de los franceses no pudo ocultarse por más tiempo [55]. En febrero de 1812, Cataluña se convirtió en un departamento francés. Por entonces ya era evidente que a Navarra le esperaba una suerte similar y que sólo las dificultades militares (en 1812 los franceses a duras penas podían mantener incluso la ciudad de Pamplona) retrasaban la anexión.

Incluso los «colaboracionistas» navarros se resistieron a los esfuerzos franceses por anexionar la provincia. En 1810 escribieron una carta a José pidiéndole que defendiera sus intereses en Navarra frente a los de su propio hermano. El pueblo navarro, sostenían, se había mostrado realmente leal a José, por lo que no debería ser castigado por los crímenes de unas pocas bandas armadas (como la de Mina). Además, los navarros demostrarían ser sus súbditos más leales y útiles una vez que la guerrilla fuera derrotada [56]. Esta «actitud inequívocamente hispanófila» de las elites navarras, incluso de quienes colaboraban, los distinguía de los oficiales municipales de, por ejemplo, Cataluña, donde la unión con Francia fue aceptada con mayor facilidad [57]. Para la ocupación francesa resultaba un signo amenazador que sus mejores colaboradores prefirieran sacrificar sus carreras escribiendo esta carta a José en un intento de preservar el espacio ocupado por Navarra en la monarquía española.

[55] Napoleón escribió a Berthier pidiéndole que «dejase (a Cafarelli) saber confidencialmente que yo intento anexionar Vizcaya a Francia; lo que no debe ser mencionado, aunque debe influir en su conducta. Imparta el mismo secreto al general Reille con respecto a Navarra». Napoleón Bonaparte, *Confidential Correspondence*, carta del 12 de octubre de 1810.

[56] «La Ciudad de Pamplona al Rey José», fechada el 26 de mayo de 1810, AHN, legajo 3003, núm. 1.

[57] Mercader Riba, *José Bonaparte, Rey de España*, p. 13.

Los afrancesados de Navarra reconocían el grado de impopularidad al que llegarían si Navarra era anexionada por Francia. Los decretos de febrero de 1810 y el consiguiente temor a la anexión les habían situado en una delicada posición [58]. José envió a Miguel Azanza a París para las bodas del emperador, aunque su presencia fue también pergeñada para darle, en nombre de José, la última oportunidad de convencer a Napoleón de que el reparto de España haría que sus partidarios cambiasen de bando [59]. Tanto José como Azanza reconocían que los sentimientos autonomistas de Navarra eran demasiado fuertes para eliminarlos por decreto y que si quería tener alguna esperanza de pacificación se tendrían que hacer concesiones al orgullo regional. Por el contrario, en Cataluña los decretos de febrero encontraron poca oposición armada, y fue por esta razón por la que Napoleón se sintió lo suficientemente seguro para ir adelante con la anexión de esa provincia en 1812.

Cada esfuerzo francés por reformar la sociedad de Navarra creó más enemigos que amigos. El embargo de las tierras de la Iglesia, por ejemplo, no trajo ninguna ventaja en una provincia donde los clérigos, lejos de monopolizar tierra y riqueza, eran considerados como buenos vecinos. De manera similar, la abolición de los señoríos no creó una buena base para el apoyo a los franceses. Sobre todo, la abolición del «feudalismo», que afectaba los derechos y privilegios forales de Navarra, provocó la desazón en un pueblo que había prosperado durante siglos en los intersticios dejados por el débil absolutismo procedente de Madrid. Sin embargo, quizás más que ninguno de estos factores, fue la explotación económica de Navarra, organizada por Francia para sustentar la ocupación, la que creó el clima favorable para la guerra de guerrillas.

58 Artola, *Los afrancesados*, p. 199.
59 Azanza y O'Farrill, *Memoria*, pp. 176-77, 279-84.

4. *Guerras personales*

Las exenciones de impuestos fueron probablemente el privilegio foral más valorado de Navarra, aunque, por supuesto, tales exenciones acabaron tan pronto como las tropas francesas ocuparon la provincia. Las requisiciones francesas de alimentos, trabajo, animales y transportes, que comenzaron en la primavera de 1808, generaron un malestar inmediato. En los años que siguieron, las requisiciones e impuestos crecieron y amenazaron con arruinar la economía. A veces la conexión entre la presión fiscal francesa y la resistencia fue obvia. La revuelta del Roncal se desencadenó por un intento de requisición de ovejas, y en ciudades como Ujué los franceses tuvieron que abandonar incluso los intentos de registrar los graneros, y mucho menos de recaudar grano, debido a la oposición encontrada. En efecto, es posible —dejando de lado cualquier consideración sobre la ofensa al sentimiento religioso, nacionalista o provincial— explicar el fervor de la resistencia en Navarra como respuesta, al menos en parte, a las insoportables exacciones de los franceses. Se podría dar el mismo argumento para Calabria y el Tirol. En Calabria, el suceso que realmente desencadenó el levantamiento fue una serie de requisiciones y violencias contra mujeres por parte de soldados franceses[60]. El principal líder de las guerrillas tirolesas, Andreas Hofer, fue un mesonero reducido a la pobreza por las imposiciones bávaras que habían arruinado la economía[61]. Para completar el cuadro del fracaso francés en Navarra, por tanto, es necesario observar más de cerca los efectos de los impuestos y las requisiciones.

Gracias al excelente trabajo de Joseba de la Torre, sabemos que el régimen francés recaudó más de 152 millones de reales en impuestos y requisiciones durante el período que va de 1808

[60] Finley, *The Most Monstrous of Wars*, pp. 26-28.

[61] El dominio bávaro resultó económicamente desastroso para el Tirol y afectó directamente a Hofer, que entre otras actividades se dedicaba al transporte de mercancías en caballos de carga. Los 16 caballos con los que contaba Hofer en 1805 se redujeron a dos en el momento en que estalló la lucha. Eyck, *Loyal Rebels*, pp. 27-28.

a 1814[62]. Esta cifra representa más del 40 por ciento de la producción quinquenal de la agricultura e industria navarra[63]. Y los tiempos que corrían no eran normales. Los efectos sobre la productividad de cinco años de ejecuciones, saqueos, quemas, pérdidas de ganado y otras depredaciones, aunque son imposibles de medir, debieron ser grandes. En una provincia acostumbrada a recibir más insumos de Madrid que a enviarlos, tal carga, en cualquier caso imposible de mantener a largo plazo, resultaba criminal.

No resulta sorprendente, por tanto, encontrar campesinos pasándose a la bandera de Mina en el invierno de 1811, tras comenzar a operar de nuevo después del desastre de Lerín. En primer lugar, porque Mina podía proporcionar protección contra los recaudadores fiscales franceses y las partidas de requisición, especialmente tras diciembre de 1811. Así, menos del 29 por ciento de la «Contribución Territorial» de 1811-12 nunca llegó a ser recaudada por los franceses, una cifra que cayó al 10 por ciento para la contribución de 1812-13[64].

No es posible obtener un cifra global del valor de las requisiciones recaudadas por la División de Mina y por otras partidas guerrilleras de Navarra. No obstante, los datos parciales, compilados por Joseba de la Torre, permiten comparar el peso de las exacciones francesas y de las guerrilleras en ciertas localidades[65]. La evidencia conduce a algunas conclusiones importantes. Primero, en las 116 ciudades y pueblos para los que poseemos datos exactos, los franceses recaudaron más de siete veces lo que consiguieron las guerrillas. Además, sólo el 7 por ciento del valor de las requisiciones guerrilleras fue recaudado coercitivamente, sin recibos, mientras que el 93 por ciento de las requisiciones de los franceses fue tomado a la fuerza.

[62] Torre, *Los campesinos navarros*, pp. 25-65.

[63] El promedio anual del producto agrícola, del comercio y de la industria en Navarra durante el período anterior a la guerra alcanzaba los 71.600.000 reales. «Estado general de los productos territoriales, comerciales, e industriales del Reino de Navarra», AGN, Estadística, legajo 49, car. 18.

[64] Torre, *Los campesinos navarros*, p. 29.

[65] Ibíd., pp. 87-91.

Una segunda conclusión es que los guerrilleros no estuvieron casi presentes en el valle del Ebro, que sólo contribuyó a las guerrillas con bienes por valor de 430.000 reales, mientras que suplió a los franceses con productos equivalentes a casi 9.000.000 de reales. De hecho, los guerrilleros nunca se llevaron bien con Tudela, que era considerada profrancesa. Mina la saqueó en 1809. Durán (guerrillero aragonés) la volvió a saquear en 1812. Mina incluso pidió rescate por tres oficiales municipales tudelanos en 1812 para castigar a la ciudad por haber pagado impuestos a los franceses [66]. Por el contrario, las guerrillas recaudaron casi 3.000.000 de reales en especie en la Montaña. Y el valor de las exacciones francesas en la Montaña alcanzó los 17.000.000 de reales.

En tercer lugar destaca la importancia que Estella tuvo para los insurgentes. El 8 por ciento de los recursos de la División se originó en la ciudad de Estella. Los franceses también extrajeron de Estella más de 7.000.000 de reales en especie.

Cuarto, los franceses requerían con mayor peso en regiones cercanas a Pamplona o a otras grandes ciudades, guarniciones o caminos principales. Por ejemplo, Villava, una pequeña ciudad en 1808 y todavía hoy prácticamente un suburbio de Pamplona, contribuyó con 57.000 reales a los franceses y con sólo 4.376 reales a las guerrillas. Los valles altos del Arga y Ebro, situados en el camino entre Pamplona y Roncesvalles, contribuyeron más a los franceses que a las guerrillas, y la pequeña villa de Iriberri, fuera del camino Pamplona-Irurzún, aportó más recursos *per cápita* a las partidas de requisición francesas que casi cualquier otra localidad para la que existen registros [67].

Quinto, por regla general las guerrillas tuvieron más éxito en la recaudación de raciones y alimentos en las pequeñas aldeas,

[66] AGN, Guerra, legajo 18, car. 19. Al no conseguir que esta acción tuviera los resultados deseados, Mina ordenó a su hombre de confianza que enviase cartas amenazadoras al gobierno de la ciudad exigiéndoles contribuciones que nunca llegaron. Tras la guerra, los tudelanos estuvieron entre los enemigos más implacables de Mina.

[67] AGN, Guerra, legajo 20. Iriberri aportó 478 reales por persona, dos tercios de los cuales en dinero.

mientras que los franceses dominaron en las ciudades grandes. Incluso Sangüesa, un ciudad insurgente de cierta importancia durante la mayor parte de la guerra, contribuyó 24 veces más a los franceses que a la División [68]. Las guerrillas expulsaron a la guarnición e intentaron en más de una ocasión defender la ciudad; sin embargo, debido a su tamaño, los franceses consideraron que merecía la pena enviar largas columnas periódicamente para extorsionar con contribuciones e impuestos. Sólo en las aldeas pequeñas y remotas tuvo realmente ventaja la guerrilla para fiscalizar a la población. Zugarramurdi aportó seis veces más raciones a la guerrilla que a los franceses y no fue requerida con dinero. Sada, en los montañas occidentales de Sangüesa, y los valles de Aézcoa, Ulzama y Atez también dieron mucho más a las guerrillas que a los franceses [69]. Evidentemente, el «mar conveniente» que suplía a las tropas de Mina se situaba principalmente en las remotas regiones de las merindades de Pamplona, Estella y Sangüesa. En tales áreas, la dispersión de la población hizo imposible que los franceses efectuaran requisiciones con efectividad, lo que permitió que las guerrillas ocupasen este vacío.

Algunas áreas contribuyeron excesivamente a ambas partes. El valle de Echauri, durante gran parte de la guerra base del cuarto batallón y refugio favorito de los insurgentes, conservó recibos por casi 836.000 reales contribuidos a los franceses [70]. A pesar de todo, durante 1810 y desde finales de 1811 en adelante, las guerrillas lograron aislar Echauri de Pamplona, y Mina recibió 587.000 reales en raciones procedentes de allí. En el transcurso de la guerra, Echauri contribuyó a los franceses con 466 reales *per cápita* y a las guerrillas con 327. Considerando la proximidad de la región a Pamplona, la diferencia

[68] AGN, Guerra, legajo 19, car. 44.

[69] AGN, Guerra, legajos 20, 21.

[70] «Razón de todo lo contribuido por este valle de Echauri desde el año de 1808 hasta el de 1813» APN, Pamplona, Velaz, 1815; y «Estado que manifiesta los granos, frutos, y ganados que hubo en toda la merindad de Pamplona en el año de 1807», AGN, Estadística, legajo 33, car. 1.

es pequeña, lo que evidencia el éxito de la insurgencia en la zona [71].

Finalmente, no existió una simple relación entre el nivel de miseria creado por las exacciones francesas y el entusiasmo de la población por la insurgencia. Por ejemplo, ninguna persona procedente de la duramente golpeada Iriberri se presentó voluntaria para servir en la División, y las excesivas requisiciones en Corella y Tudela no hicieron que la resistencia fuera allí especial [72]. Por el contrario, la persistente presencia de los franceses en dichos lugares hizo que la unión a la insurgencia fuera muy difícil para los jóvenes. A la inversa, las comunidades que contribuyeron con más hombres a la guerra de guerrillas —como Echauri, Lumbier, Roncal y Ujué— escaparon a la incursión de las partidas de requisición francesas, al menos durante parte del tiempo y sobre todo desde finales de 1811, ya que por entonces Mina había conseguido la fuerza necesaria para proteger lo que era suyo.

Evidentemente, la explicación del entusiasmo mostrado por una región particular depende de un conjunto de factores más complejo, de los cuales el impacto económico de la ocupación francesa es sólo uno. La presión y violencia francesas produjeron respuestas diferentes —incluyendo el alistamiento en el ejército guerrillero— que dependían de la estructura interna de la comunidad afectada. En el siguiente epígrafe de este capítulo se analiza el modo en que dos comunidades, el pueblo de Echauri en la Montaña y la ciudad de Corella en la Ribera, reaccionaron a las demandas fiscales del gobierno francés.

[71] Para Arraiza, villa media del valle, disponemos incluso de un cálculo más detallado. Arraiza contribuyó con 54.700 reales a los franceses, dos tercios de los cuales se extrajeron en el difícil año de 1811. Del total, el 43 por ciento fue en forma de dinero, lo que requirió que la comunidad extrajese repetidas veces impuestos de capitación y violase los recursos de riqueza comunales. Para las guerrillas, por otro lado, Arraiza no hizo ninguna contribución en dinero. Sin embargo, en raciones y bienes, la División consiguió 64.800 reales. Además, la aldea aportó 28.800 reales al ejército regular español y a las tropas aliadas tras 1813. Per cápita, Arraiza contribuyó con 237 reales a los franceses, 266 a la División y 118 a los aliados. «Razón de lo que ha suplido este lugar de Arraiza». APN, Pamplona, Velaz, legajo 91, 1815.

[72] AGN, Guerra, legajo 20, car. 5.

5. *Echauri y Corella responden a la ocupación*

Bajo los Borbones, la Diputación había tenido poder para recaudar dinero. La función real de distribuir y recaudar impuestos, empero, estaba descentralizada. La Hacienda de Pamplona asignaba la cantidad debida según las merindades, y entonces cada una de ellas determinaba la contribución que debía satisfacer cada municipio, si bien eran las comunidades las encargadas de conseguir el dinero por medio de una mezcla de arbitrios e impuestos municipales. Estos acuerdos dejaban el poder regio de fiscalizar en manos de antiguas estructuras corporativas: la merindad y el concejo. El régimen francés no tuvo tiempo o poder para alterar completamente este sistema. Aunque quiso llenar los cargos municipales con sus propias criaturas, la amenaza de las represalias guerrilleras lo hizo muy difícil. A excepción de las ciudades más grandes, por tanto, los antiguos concejos comunitarios conservaron la función de dividir los repartimientos impositivos entre el pueblo cuando lo estimaban conveniente.

El dinero podía obtenerse a través de impuestos proporcionales, encabezados, impuestos sobre el consumo, préstamos sobre individuos o sobre la parroquia o a través de la enajenación de activos comunitarios. Todo dependía de qué intereses estuvieran representados en el concejo comunitario. Como se describió en el capítulo dos, la estructura de tales concejos difería ampliamente entre la Montaña y la Ribera. Es tiempo ahora de ver cómo estos concejos conseguían impuestos en la práctica real.

Echauri, como la mayoría de las comunidades de la Montaña, intentó en un principio satisfacer las demandas francesas utilizando sus rentas normales, que eran considerables [73]. Sin embar-

[73] Los ingresos anuales de los servicios públicos, tales como el abastecimiento de vino, carne, pescado y pan, junto a las rentas de los pastos municipales y otras tierras, producían más que suficiente para cubrir los gastos ordinarios de los concejos de la Montaña. Sirva de ejemplo que en 1800 la aldea de Noáin elaboró un plan para reparar sus fuentes y caminos con un coste de 300 reales y manifestó que sus fondos tenían un excedente de 2.953 reales una vez que todos los gastos habían sido satisfechos. APN, Pamplona, Peralta, legajo 51, núm. 73, 20 de mayo de 1800.

go, éstos no eran ya tiempos normales, y en septiembre de 1808 Echauri estaba tomando medidas especiales. Una forma de conseguir dinero consistió en alterar el sistema por el que se arrendaban los servicios públicos. En vez de acuerdos anuales, las concesiones podían hacerse por dos o tres años, lo que aportó ingresos inmediatos a la comunidad. Echauri asimismo utilizó para pagar a los franceses el importe de una porción de tierra pública utilizada normalmente para remunerar al párroco. Se efectuaron cortas en los bosques de la sierra de Andía para conseguir dinero, y se arrendaron a ciertos individuos partes de la enorme extensión de tierras comunitarias, si bien relativamente infértiles, conocida como baldíos. De la explotación de estas tierras se podía esperar obtener unas pocas cosechas normales antes de que aquéllas comenzasen a perder su productividad; sin embargo, mientras tanto, la comunidad podía al menos recaudar renta para unos pocos años[74].

En conjunto, todas estas operaciones sólo dieron un mínimo respiro. Pronto Echauri tuvo que volver a los préstamos para obtener el dinero requerido. La comunidad consiguió imponer a la fuerza un censo de 20.000 reales a favor de su iglesia parroquial[75].

[74] Una alteración más fundamental tuvo lugar en relación al sistema por el cual Echauri molía su grano. Al ser la molienda una actividad tan sensible e importante, en Echauri se había desarrollado un sistema especial para gestionarla. El molino de agua no se arrendaba simplemente sobre la base de un contrato. Si así fuera, el molinero tendría que obtener sus beneficios quedándose con una parte del grano conducido para efectuar la molienda. Esta porción se podía haber incrementado adulterando la harina devuelta a los clientes o manipulando los recibos. Echauri evitó estos abusos, comunes y antiguos en la mayor parte de Europa, situando una persona asalariada en el molino. El molinero, en otras palabras, se había convertido en un empleado a tiempo completo. Sin embargo, este sistema tuvo que ser abandonado durante la guerra napoleónica a fin de conseguir fondos de emergencia. El molino fue arrendado una vez más. Además, para maximizar el valor de la renta, los controles tradicionales de los precios fueron abandonados. Se permitió que el molinero vendiese harina a elevados precios de guerra como remuneración por el pago de una renta anual superior que, de otra manera, hubiera sido imposible de satisfacer. La comunidad consiguió el dinero necesario a través de lo que equivalía a un impuesto oculto sobre el pan. Echauri no consiguió volver al sistema tradicional hasta la primavera de 1817. APN, Pamplona, Velaz.

[75] APN, Pamplona, Velaz, legajo 92, 1816. Echauri vendió también (ilegalmente) más de una hectárea de la tierra de su parroquia a particulares. La parroquia no recu-

Echauri además tomó prestado dinero y grano de las villas vecinas y de los propietarios ricos. Fueron muchos los años que tardó en recuperarse de estas deudas. Todavía en 1828 Echauri debía 8.500 reales procedentes de la guerra[76].

El impacto de todos estos préstamos e impuestos forzosos fue menos devastador para las personas de lo que pudiera suponerse. Solamente alrededor de veinte hectáreas en propiedad privada cambiaron de manos durante la guerra. Además, no existieron especiales ganadores ni perdedores en este intercambio menor, de modo que se puede afirmar con seguridad que los años de guerra no alteraron los modelos de propiedad de la tierra en Echauri[77]. Los individuos consiguieron conservar sus fortunas privadas en Echauri porque el gobierno encontró el medio para amortiguar el efecto de las contribuciones sobre sus habitantes, especialmente sobre los pobres. Primero, el valle comenzó a distribuir impuestos en relación proporcional con la renta, algo que no era una práctica normal. Esto limitaba las probabilidades de que los pobres tuvieran que deshacerse de sus tierras para cumplir con sus obligaciones, por lo que los mayores propietarios de la tierra se vieron obligados a vender más propiedad de lo que fueron capaces de comprar en los años de la guerra[78].

peró su tierra hasta después de la guerra, aunque la aldea acordó pagar a su cura una suma anual en compensación. Irónicamente, este resultado equivalía al cumplimiento parcial del programa francés y liberal de secularización de la Iglesia. APN, Pamplona, Velaz, legajo 96, 1829.

[76] APN, Pamplona, Velaz, legajo 96, 1829. Se puede apreciar la gravedad de esta deuda si uno se hace cargo de que los 8.500 reales equivalían a catorce veces la renta anual que Echauri recaudaba de todos los servicios municipales arrendables. El método utilizado por la aldea para satisfacer la deuda en 1828 permite comprender mejor la naturaleza igualitaria de Echauri. Echauri dividió proporcionalmente la deuda entre todos los vecinos, desde los 1.431 reales de don Melchor de Mendigaña a los cuatro reales de Simona Larimbe. Todos los individuos juntos pagaron 4.898 reales. La comunidad prometió pagar el resto, aunque no está claro de dónde se podían obtener estos nuevos fondos en las difíciles décadas de 1820 y 1830. APN, Pamplona, Velaz, legajo 96, 1828.

[77] APN, Pamplona, Velaz, legajos 83-96 (1798-1828). Había poco más de 2.462 hectáreas de tierra privada en el valle de Echauri.

[78] Los impuestos y las contribuciones se repartían en el valle en su conjunto, y a cada villa se le asignaba un porcentaje de la contribución que se basaba en el número de

Echauri, como otros municipios de Navarra, poseía también grandes propiedades corporativas que podían ser utilizadas para pagar impuestos. En circunstancias normales la propiedad municipal y comunal era intocable. En toda la década que va desde 1797 a 1807, Echauri vendió a dos propietarios dos parcelas de tierra municipal, cada una de menos de 0,3 hectáreas. Ésta fue la norma más común en la mayor parte de las comunidades de la Montaña [79]. Más tarde, desde 1807 a 1822, Echauri vendió poco más de 152 hectáreas de propiedad comunal y municipal. Con todo, esto sólo equivalía al 6 por ciento de la tierra privada del valle. Además, Echauri se aseguró de que la tierra fuera vendida en pequeñas parcelas, a precios asequibles y entre numerosas personas. En efecto, los registros muestran que 80 individuos hicieron 116 compras de 68 vendedores diferentes. De este modo, incluso la presión de la guerra no provocó una concentración significativa de la propiedad [80]. El concejo abierto de Echauri no podía vender bienes a los residentes más ricos o a los foráneos, ni aplicó impuestos personales regresivos o pesados. Cuando se enfrentaba a agresiones foráneas, Echauri, debido a la naturaleza relativamente democrática de su gobierno local, buscaba soluciones colectivas a sus problemas.

Por el contrario, los regidores de la ciudad de Corella pretendieron proteger sus propios intereses y colocar todo el peso de la ocupación sobre los pobres. A juzgar por el número de ventas de tierras, la guerra parece no haber provocado una mayor destrucción de las fortunas privadas en Corella que en Echauri [81]. Aunque no tenemos cifras locales sobre la cantidad de la tierra que cambió de manos en Corella debido a la mayor pobreza de sus

vecinos que poseyera. Sin embargo, las aldeas recaudaban impuestos basándose en la capacidad de los individuos para pagar. APN, Pamplona, Velaz, legajo 89, núm. 13, 11 de abril de 1811 y legajo 92, 1815.

[79] Estos y otros datos sobre la venta de comunales proceden del APN, Pamplona, Velaz, legajos 83-91. Mi examen de los registros de 1800 a 1808 para los valles de Elorz, Ibargoiti y Unciti, al este de Pamplona, confirma el mismo modelo. APN, Pamplona, Peralta, legajos 50-54.

[80] APN, Pamplona, Velaz, legajos 83-96.

[81] APN, Tudela, Laquidáin, Renault, Guesca y Alfaro, 1785-1818.

›rotocolos notariales, los ejemplos existentes de ventas de tierra ugieren que los grandes propietarios pusieron en venta peque-ias parcelas, probablemente el mínimo requerido para cubrir sus ›bligaciones fiscales. Parece, por tanto, que no hubo un gran :ambio en los patrones de propiedad de la tierra.

Esto no resulta sorprendente, dado que los ricos propietarios :onstituían el gobierno municipal en Corella, y estaban dispuestos ι hacer cualquier cosa para proteger sus fortunas. No había posibi-idad de que fiscalizaran según la riqueza, como ocurría en Echau-i. Por el contrario, el primer recurso que los regidores de la ciudad ırbitraron consistió en un impuesto indirecto sobre los productos le consumo más comunes, un procedimiento que Echauri nunca :mpleó. Tampoco era probable que el concejo urbano fiscalizase entas o ingresos contra los deseos de los hombres que lo habían :legido. Por contra, los oficiales municipales de Corella fiscaliza-on a todos los vecinos sin considerar su nivel de ingreso [82].

Corella, como otras corporaciones municipales de ciudades nás grandes, también prefirió utilizar con frecuencia fondos de ›ropiedades comunitarias, vendiéndolas en pública subasta a ualquiera que estuviera dispuesto a comprarlas. Ya en julio de 808, la ciudad decidió que estaba legitimada para enajenar sus ›ienes a fin de pagar a los franceses. En 1810 la ciudad comenzó vender sistemáticamente sus propiedades, tanto las que se asig-ıaban desde antaño al uso municipal como las que se daban en rrendamiento en los comunales [83].

En estos términos, la gestión del endeudamiento resultaba nuy injusta. Por ejemplo, los impuestos sobre bienes de consu-no hicieron que fueran los pobres sin tierra y los pequeños pro-ietarios los que pagaron la factura. En la mayor parte de Nava-ra las tierras comunales todavía se utilizaban colectivamente [84].

AMC, legajo 85.

AMC, legajo 85, núm. 5.

Por el contrario, en otras muchas regiones de Europa el uso de comunales había uedado limitado desde hacía mucho tiempo a los mayores propietarios de ganado, ›r lo que la enajenación de comunales podía dañar potencialmente sus intereses. éase, por ejemplo, Florence Gauthier, *La voie paysanne.*

Por consiguiente, fueron los pequeños propietarios y los trabajadores sin tierra, que utilizaban los comunales para obtener leña y forraje, los que salieron más perjudicados por la venta de las tierras comunales, al tiempo que los mismos hombres que con ansia se estaban apropiando de las tierras embargadas a la Iglesia se alegraban de ver las propiedades comunales a la venta. El descontento popular hacia las enajenaciones pudo ser contenido durante algunos años, hasta que comenzó a sentirse todo el impacto de la pérdida de los comunales y que el gobierno de la ciudad ya no iba a proporcionar más servicios. Además el débil proletariado de Corella ya no era capaz de amenazar el orden social.

Los hombres que diseñaron el plan para la enajenación de la propiedad municipal proyectada en Corella en 1810 alegaron estar actuando en beneficio de toda la comunidad. No es que sólo quisieran conseguir dinero rápido para pagar a los franceses ni que simplemente anduvieran detrás de las tierras comunales en beneficio propio. Según el modelo de los economistas políticos, sostenían también que sus nuevas propiedades llevarían a una agricultura comercial más próspera, lo que en último extremo enriquecería a toda la comunidad [85]. Este idilio fisiocrático no fue puesto a prueba de inmediato, dado que la venta de comunales fue detenida de forma brusca tras la derrota de los franceses pocos años más tarde. A pesar de todo, resulta significativo que el proyecto fuera intentado. Los ricos ciudadanos de Corella tenían intereses creados en el éxito francés, porque sabían que sólo bajo un gobierno galo podían continuar expoliando los bienes de la comunidad. ¿Resulta entonces sorprendente que Corella permaneciera leal a los franceses o, por lo menos, se mantuviera inactiva durante la guerra?

El plan de Corella fue más completo en otras ciudades. Dondequiera que las tierras comunales y municipales fueran enajenadas, el resultado era siempre el mismo: pobreza, despoblación y violencia social, como ejemplifica el caso de Olite. Al principio de la Guerra de Independencia, los regidores de la ciudad de Oli-

[85] «Plan para la enagenación de los enfiteusis de la Ciudad de Corella», AMC, legajo 85.

te vendieron prácticamente todas las tierras de la ciudad con objeto de pagar sus deudas de guerra. Unos pocos grandes propietarios, que pronto abandonaron la ciudad y se convirtieron en señores absentistas, llegaron a controlar la economía local, con el resultado de que Olite estuvo perdiendo población durante el siglo XIX. Sólo tras un prolongado y amargo conflicto, la comunidad recuperó algunos de sus bienes [86].

Comunidades como Echauri contaban con los medios adecuados para resistir a los franceses y con una configuración social propicia a la solidaridad contra el enemigo. Los concejos municipales que gobernaban las comunidades de la Montaña representaban a sus poblaciones. Eran pocas las posibilidades de que apareciera el descontento popular con un gobierno local en el que todas las cabezas de familia tenían algún papel. En efecto, uno de los regidores de Echauri trabajó para Mina y fue finalmente ejecutado por ello por los franceses. Comunidades como las del valle de Echauri produjeron el mayor número de guerrilleros, como ya hemos tenido oportunidad de comprobar, proporcionaron alimentos, ropas y otras demandas de la División, y se convirtieron en base de los regimientos de Mina. Y fueron capaces de cumplir estas funciones porque sus sólidas instituciones comunitarias siempre actuaron protegiendo a los individuos de las agresiones del régimen francés. Los paralelismos con la Vendée y el Tirol (si bien no con Calabria) son de nuevo aleccionadores. En ambas regiones los rebeldes no fueron campesinos desposeídos y proletarizados, sino propietarios acomodados con tradiciones de poder local, especialmente en El Tirol [87].

86 Montoro Sagasti, *La propiedad privada*.

87 La interpretación de la Vendée como rebelión de campesinos acomodados puede verse en Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*; Charles Tilly, *The Vendée*; y con algunos matices en Alain Gérard, *Pourquoi la Vendée?* Un punto de vista diferente en Marcel Faucheux, *L'insurrection vendéene de 1793*. Las similitudes entre la insurrección de Navarra y la del Tirol son demasiado numerosas para enumerarlas. Por ejemplo, los campesinos propietarios del Tirol utilizaban, como los navarros, la caza para conseguir gran parte de su sustento. En efecto, los tiroleses se armaban con «Stutzen», un arma similar a una carabina, mucho más precisa que cualquier mosquetón. Este fusil, que los campesinos apodaban «el señor», fue muy efectivo en la guerra de guerrillas. Eyck, *Loyal Rebels*, p. 8.

Por contra, la ciudad de Corella, con su gobierno municipal cerrado, colaboró abiertamente con los franceses. Los notables de Corella participaron con ansia en el saqueo de las tierras nacionalizadas de la Iglesia y de los municipios, y nada deseaban tanto como la supervivencia de un régimen favorable a sus intereses materiales [88]. Las enormes demandas fiscales exigidas por el gobierno en Pamplona sirvieron antes para dividir Corella que para unirla, al tiempo que la corporación de la ciudad traspasaba el coste de la ocupación al pueblo trabajador mediante impuestos sobre alimentos y necesidades básicas. Como resultado, el pueblo fue exprimido bajo el peso de la ocupación y de la colaboración de las elites locales. La resistencia en tales circunstancias, de todas maneras siempre difícil en un asentamiento urbano, se hizo casi imposible. El levantamiento en armas en Corella tuvo que ser, en efecto, una elección personal, rayano en el bandolerismo social, más que un asunto comunitario, respaldado por las autoridades municipales y las elites locales. Una vez más, resulta interesante destacar que en las ciudades del Tirol, especialmente en las italoparlantes del sur, fue donde los franceses y bávaros captaron a la mayor parte de sus colaboradores.

6. *¿Quiénes fueron los guerrilleros?*

Existen numerosas pruebas que sugieren que los guerrilleros fueron hombres de la Montaña. La mayoría de las batallas se combatieron en la Montaña. En momentos de dificultades, las guerrillas buscaron lugares seguros en los Pirineos o en las montañas de Sangüesa y Estella. Y los datos sobre requisiciones e impuestos indican que los franceses controlaron las ciudades de la Ribera y las comunidades situadas junto a las principales arterias, mien-

[88] Es interesante destacar, empero, que los nuevos propietarios de tierras nacionalizadas, desalentados por la tenacidad de los insurgentes y por la dirección que comenzaba a tomar el régimen, empezaron a no pagar sus hipotecas ya en agosto de 1810. ¿Habían previsto ya la pérdida inevitable de estas inversiones? AMC, legajo 85.

as que las guerrillas dominaron los espacios rurales de la Monña, donde los franceses sólo pudieron penetrar en incursiones :eves, sin conseguir jamás establecer un gobierno estable.

Existen además otras fuentes para comprobar esta hipótesis. rimero, las narraciones dejadas por los guerrilleros junto con alınas proclamas y cartas francesas revelan la identidad y origen ›cial de cierto número de voluntarios. Segundo, la policía fran:sa consiguió algunos datos someros sobre los voluntarios y sus milias. La tercera y más importante fuente de información sore los guerrilleros es el conjunto de relaciones dejado por las coıunidades acerca de su implicación en la guerra [89]. Consideraɔs en conjunto, estos testimonios apoyan con fuerza la idea de ıe los guerrilleros procedían principalmente de la Montaña.

Cuando terminó la guerra, la Diputación de Pamplona solici› a cada comunidad respuestas a las preguntas siguientes: Quiénes se habían unido a las guerrillas? ¿Quiénes habían ıuerto a manos de los franceses? ¿Quiénes habían sido encarcedos? Según los datos disponibles, 3.477 hombres procedentes : toda Navarra se alistaron voluntariamente para combatir jun› a Eguaguirre, Javier Mina, Francisco Espoz y Mina o en algura de las demás bandas. Evidentemente, en los seis años que ıró la guerra, el número de guerrilleros originarios de Navarra ıvo que ser mucho mayor. De hecho, dado que sólo el 40 por ento de las comunidades cuestionadas por la Diputación realente respondió, los datos son incompletos. No obstante, si se :ilizan con cuidado, podemos intentar crear un perfil de los vontarios.

Antes debemos hacer dos observaciones sobre la forma en que eron diseñadas las relaciones. Primero, las relaciones no nos din nada sobre los alaveses, aragoneses o guipuzcoanos que luıaron a las órdenes de Mina. Hubo cinco batallones «foráneos» -vascos y aragoneses— en la División a finales de la guerra. Ess batallones formaron casi la mitad de las fuerzas definitivas de

AGN, Guerra, legajos 18-21.

la División. Por otro lado, algunas de estas unidades sólo estuvieron activas al final de la guerra. De este modo, los registros dan buena cuenta de los principales batallones: el primero, segundo, tercero y el cuarto. Y son estas tropas navarras de veteranos las que más nos interesan.

Segundo, y lo que es más significativo, los datos no están completos ni siquiera para Navarra. En Pamplona, el 60 por ciento de los municipios respondió, lo que representa una proporción igual a la población. En Estella tenemos datos análogos del 46 y 62 por ciento. Sangüesa y Tudela se sitúan detrás, con el 22 por ciento de las comunidades (44 por ciento de la población) informando en Sangüesa, y el 30 por ciento de las comunas (42 por ciento de la población) en Tudela. Olite proporcionó la información más reducida de todas, ya que sólo el 19 por ciento de sus municipios (que sumaban el 31 por ciento de la población) rellenó los informes.

Es importante tener en consideración algunas de las razones por las que las respuestas fueron parciales. Aunque sólo el 40 por ciento de las comunidades de Navarra respondió, representaba el 52 por ciento de la población total. Esto indica que los datos están sistemáticamente desequilibrados en favor de las comunidades más grandes, que tendían a ser más fidedignas en completar y devolver los formularios.

Probablemente, algunas comunidades no pudieron ajustarse a la relación porque no tenían nada sobre lo que informar o porque la cifra completa habría demostrado que la comunidad no había podido contribuir significativamente a la resistencia. Esto puede explicar la falta de datos para Corella, Tafalla, Vera y de ciertas ciudades grandes que casi siempre estuvieron sujetas al control francés. Por el contrario, los épicos informes dejados por Estella, Ujué, Roncal y algunas de las otras ciudades implicadas en la guerra estuvieron claramente inspirados en el orgullo local.

Sin embargo, al mismo tiempo, los valles de Burunda y Ergoyena, entre otras regiones que según sabemos por fuentes narrativas estuvieron profundamente comprometidas con las guerrillas, tampoco informaron, lo que da lugar a una seria infravaloración

de la merindad de Pamplona. Y lo que es todavía más serio, el valle de Ibargoiti, que incluía Monreal y la propia villa de Mina, Idocín, junto con toda la mitad oriental de la llanura de Pamplona, incluyendo Otano y Badostáin, no dejaron ningún informe. Estas lagunas son evidentemente problemáticas, dado que sabemos que la región fue el corazón de la insurgencia. Esta región vio nacer a Javier, a Mina, a los hermanos Gorriz y a Andrés Martín, entre otros miembros de la División. Los totales para la merindad de Sangüesa serían mucho más elevados si dispusiéramos de un conjunto completo de datos para el área.

Puede ser que algunas comunidades no respondieran a las preguntas de la Diputación por temor. El gobierno de la Restauración no vio con agrado a los guerrilleros, especialmente a aquellos que se habían mostrado demasiado devotos con la Constitución de 1812. Esto bien podría explicar la falta de información sobre Ibargoiti, ya que es probable que muchos de los voluntarios del lugar de origen de Mina siguieran a su líder en su intento de derribar la Restauración y restablecer el gobierno constitucional en 1814. Incapaces de seguirlo en su exilio, puede que estos voluntarios desearan permanecer en el anonimato. Si esto fue lo que ocurrió, ayudaría a explicar la falta de información de regiones de las que sabemos que fueron bastiones guerrilleros.

Si tenemos presentes estas distorsiones, todavía es posible elaborar unas pocas conclusiones a partir de estos datos. En la merindad de Pamplona, el 3 por ciento de la población registrada combatió junto a Mina. Los porcentajes más elevados de implicación se dieron en las villas situadas al oeste y al norte de la ciudad de Pamplona, en la región de Echauri y Juslapeña. La merindad de Estella también contribuyó con el 3 por ciento de la población a favor de la insurgencia, con una aldea, Guirguillano, que informo que el 11 por ciento de sus vecinos combatió en la guerra. El 4 por ciento de la población registrada en la merindad de Sangüesa se unió a la insurgencia, y esto sin tener en cuenta los datos de Monreal o Ibargoiti, localidad de origen de Mina. Los datos son particularmente defectuosos para Olite, aunque

aproximadamente el 4 por ciento de la población registrada en esa merindad se unió también a la División, incluyendo el 7 por ciento de la población de Ujué. En Tudela el 3 por ciento de la población registrada combatió, aunque la mayor parte sólo acudió a la lucha al final de la guerra.

En conjunto, los datos vuelven a poner de relieve la importancia de la Montaña como suministradora de voluntarios al ejército guerrillero. La merindad de Pamplona suplió más de un tercio de los voluntarios, Sangüesa un cuarto. Además, más de dos tercios de los voluntarios registrados de Estella procedían de la región septentrional de la merindad, por lo que también deben ser contabilizados como hombres de la Montaña. Todos juntos, casi tres cuartos de los voluntarios procedían de la Montaña. Es posible identificar las tres áreas que suministraron el grueso de los voluntarios. En primer lugar, está la franja de territorio que va desde el norte de Estella a la llanura de Pamplona. En segundo lugar, se encuentran los distritos del este de Sangüesa, junto a la parte más oriental de Olite, incluyendo Ujué. Los datos perdidos para los límites orientales de la llanura de Pamplona, incluyendo Idocín, Monreal, Otano y otros centros insurgentes importantes encubren la importancia de esta región en la resistencia. Si dispusiéramos de datos completos, probablemente mostrarían una franja uniforme de territorio guerrillero que abarcaría toda la región de pequeñas aldeas que se extiende por Navarra centro-septentrional, con islotes de control francés en las ciudades de Pamplona y Tafalla. Una tercera fuente importante de voluntarios fue la ciudad de Tudela, aunque sea cierto que los insurgentes de esta región fueron los más activos tanto al principio de la guerra —antes de la caída de Zaragoza— como después, tras mayo de 1812. Además hubo importantes puestos avanzados de resistencia en Roncesvalles, Viana y otros lugares.

La información disponible sobre el número de civiles muertos y encarcelados ayuda a dar una idea de la implicación masiva de la Montaña. Las áreas de mayor represión policial se correspondieron casi exactamente con las que contribuyeron con un mayor número de voluntarios. Más del 50 por ciento de aquellos

que fueron muertos o encarcelados por la policía gala en Navarra procedía de la merindad de Pamplona, mientras que la mitad occidental de la llanura de Pamplona experimentó el grueso de esas víctimas. Sangüesa suministró el 15 por ciento y Estella el 21 de los civiles muertos y arrestados por los franceses. Sólo el 9 por ciento de las víctimas de la policía francesa procedió de la merindad de Olite, y justo por debajo del 4 por ciento fueron de Tudela.

De este modo, la vasta mayoría de las víctimas de la policía francesa, así como los voluntarios identificados en la encuesta de 1817, procedían de la tierra de caserío y aldeas del centro y norte de Navarra. Por sí mismo, esto sugiere que fue el labrador independiente de la Montaña quien formó la base de la resistencia. Los datos aislados obtenidos por los franceses en 1812 refuerzan esta impresión. Mendiry recogió información para cuatro aldeas en el valle de Echauri. Éstas eran Arraiza, Echarri, Echauri y Ubani. Todas registraron sólo 15 voluntarios en la División de Navarra, lo que representa una manifiesta subestimación [90]. De éstos, doce habían nacido en las villas registradas y los otros tres procedían del valle. No eran forasteros ni gente que estuviera al margen de la sociedad. Su edad media era de veintinueve años, por lo que podemos asumir que no eran jóvenes impulsivos que trabajaban como jornaleros mientras aguardaban sus herencias. Con mayor seguridad, 14 fueron registrados como propietarios independientes y uno fue designado como hacendado. Esto excluye la posibilidad, en Echauri al menos, de que los guerrilleros fueran campesinos sin tierra. Por desgracia sólo contamos con estas estadísticas para unas pocas localidades que además no fueron reunidas en los archivos. Serían útiles para reunir información sobre ciertas áreas, si bien los datos que podemos conseguir se-

[90] Uno se pregunta por qué incluso estos 15 fueron identificados. En unos pocos casos, los individuos ya habían muerto, y en un caso no existían parientes con vida a los que castigar. Sin embargo, la mayoría tenía parientes que podían ser (y probablemente fueron) llevados a prisión. Quizás, los individuos registrados eran ya conocidos por los franceses y ya no podían ser protegidos. AGN, Estadística, legajo 10, cars. 38, 43, 44, 45.

guirían siendo parciales, ya que pueblos y ciudades sólo dieron cuenta de algunos de los que se habían unido a los insurgentes. No obstante, estos retazos de información son sólo una pista adicional para identificar a los insurgentes. La mayoría vino de la Montaña. La mayor parte estuvo compuesta probablemente de pequeños propietarios, jóvenes pero no necesariamente dependientes, y no de recién llegados ni de foráneos.

Las indicaciones dejadas por los contemporáneos constituyen la última de las fuentes para analizar el origen de los voluntarios navarros. Mina identificó a sus seguidores como campesinos «respetables», y comparó a sus hombres con los hombres «indisciplinados» procedentes de la Ribera y de fuera de Navarra, los cuales lucharon en las filas de sus compatriotas de Echevarría y Tris. En el otro lado del espectro, Mina destacó la total ausencia entre sus seguidores de sujetos titulados o enriquecidos[91]. Sus colaboradores más cercanos eran pequeños campesinos, ni ricos ni pobres. Miguel Sarasa, el «corto de miras» y analfabeto mercader/labrador vasco procedente de Artica, dirigió las aduanas. Los Cruchagas eran una familia de hidalgos procedente del Roncal que llevaron hombres de ese valle a la resistencia. El mismo Mina era de una familia de campesinos acomodados. Su hermano era vicario en el hospital de Pamplona (hasta su muerte en Portugal en una misión para la División), y su hermana menor estaba casada con el administrador de la Casa de la Caridad de la ciudad. La familia de Javier había tenido los recursos necesarios para enviar a su hijo a un seminario.

Para completar el cuadro de los que combatieron con Mina en la medida de lo posible es necesario tener en cuenta a los hombres de fuera de Navarra que lucharon en la División. En 1811 y 1812, cientos de catalanes se unieron a Mina, y los aragoneses y vascos de la División ascendían a miles[92]. Hubo también voluntarios procedentes de tierras más lejanas. Una fuente importante de voluntarios fueron los convoyes de prisioneros

[91] Espoz y Mina, *Memorias*, vol. 1, pp. 9, 15-16.
[92] Ibíd., p. 201.

que atravesaban la región en su camino a Francia. En la primavera de 1811, los 600 hombres de la guarnición de Tortosa capturada por Suchet llegaron hasta Burdeos antes de que los prisioneros vencieran a su escolta de 300 hombres. Los refugiados emprendieron el camino de regreso por los Pirineos y algunos se unieron finalmente a las fuerzas de Mina[93].

La División atrajo también algunos desertores procedentes de las filas imperiales. Los alemanes e italianos fueron particularmente propensos. Los alemanes de la guarnición de Pamplona desertaron en 1809-10 en grupos de 10 y 15 con sus petates y armas. Las guerrillas situaban por regla general a estos desertores en las filas de vanguardia con objeto de asegurarse de que combatían, y según el testimonio de Andrés Martín su comportamiento fue intachable. Mina situó a Charles Hohenstein al mando de los voluntarios alemanes. En una carta formal, el barón Hohenstein afirmó que fue el impago y el hambre de los alemanes que combatían con los franceses lo que les obligó a desertar y unirse a él. «Hay muchos de vuestros camaradas en mi compañía —escribió—. Aquí hallará usted una mejor vida, recibirá diez céntimos de sueldo por día, pan, vino y carne en abundancia...» El llamamiento funcionó y aportó a Mina una fuerza adicional bien entrenada[94]. Las tropas italianas también se vieron atraídas por la paga elevada y por las generosas raciones ofrecidas por las guerrillas[95]. En agosto y septiembre de 1812, mientras atravesaban Navarra, la mitad del tercer batallón del Sexto Regimiento Italiano desertó a favor de Mina, sumándose a los 200 soldados a la División[96].

[93] *Gaceta de la Mancha*, 13 de abril de 1811.
[94] Emmanuel Martin, *La Gendarmerie Francaise*, pp. 209, 219, 223-24.
[95] Los voluntarios recibían un real al día en concepto de salario, más una ración de pan, vino y carne. Los oficiales recibían más. A un capitán, por ejemplo, se le asignaban 10 reales diarios, más el doble de raciones. Los comandantes obtenían raciones triples o cuádruples, aunque sin salarios regulares. Dado que los ejércitos imperiales destacaron por no pagar a sus tropas o por pagarles tarde, no es sorprendente que la deserción a las guerrillas fuese una decisión bastante frecuente. «Estado de los sueldos y raciones», carta del 28 de julio de 1818, AGN, Guerra, legajo 21, car. 20.
[96] Alexander, *Rod of Iron*, p. 121.

Cuando la División fue disuelta a finales de la guerra, contaba con cuatro batallones navarros de infantería, dos regimientos de caballería navarra y dos compañías de caballería ligera agregada al primer batallón. Además, había dos batallones de infantería alaveses y tres aragoneses. El número total de soldados que combatieron bajo las órdenes de Mina vino a ser de 11.000 hombres, sin incluir los cientos de hombres que trabajaron en servicios aduaneros y en fábricas de municiones y de uniformes. Sin embargo, los contingentes navarros fueron durante toda su existencia el corazón de la División. Eran hombres de la Montaña, probablemente propietarios que contaban con los recursos y los motivos materiales para resistir la ocupación. Vivían en pequeños pueblos y en ciudades que los franceses no consiguieron ocupar de modo continuo, y amaban a su clero y a sus fueros, ambos atacados por el gobierno francés. Fueron la base del movimiento guerrillero más poderoso de España, y el cabo más importante del «nudo fatal» que acabó con el Primer Imperio.

CAPÍTULO 10

EPÍLOGO

1. *El asalto a la Ciudadela*

Poco después del triunfo aliado sobre Vitoria, las guerrillas de Mina se deshicieron. Las ciudades y pueblos que habían abastecido a la División tenían ahora que suministrar contribuciones exorbitantes a los regulares ingleses, portugueses y españoles así como a las guerrillas. Por consiguiente, la provincia estaba tan explotada como en los peores momentos del dominio francés. El entusiasmo por la guerra se convirtió en desesperación en el invierno de 1813-1814. Después, una vez que la llegada de la paz y el retorno de Fernando VII al trono no generaron la inmediata desmovilización de las tropas estacionadas en Navarra, aquella desesperación se convirtió en resentida resistencia y abierta rebelión contra las guerrillas.

Estos problemas resultaron aún más agudos para Mina, ya que se vio desafiado en regiones recientemente reocupadas, como el valle del Ebro, por hombres que no habían hecho nada por liberar el país y que todavía reivindicaban su derecho a reasumir las posiciones consuetudinarias que ostentaban en la cumbre de la sociedad navarra. La lealtad que los hombres de la División espe-

aban encontrar en los pueblos y ciudades se había convertido en ostilidad, y fue canalizada y dirigida por el antiguo grupo de lites que tanto había hecho para que los franceses encontraran u espacio en Navarra [1]. Durante los años de guerra, las ciudades ecibieron a menudo un trato desconsiderado por parte de las uerrillas, por lo que en el período de posguerra quisieron hacer agar con la misma moneda a los campesinos armados de la División por su anterior insubordinación. Este conflicto se resolvió on rapidez en favor de las ciudades. Las repuestas autoridades nunicipales y provinciales consiguieron borrar todo recuerdo de as guerrillas y reimponer sus propia visión de la sociedad como n organismo ordenado y jerárquico.

Para empeorar aún más los problemas de Mina, sus mismas ropas habían comenzado a perder la esperanza. Durante siete neses habían luchado con escaso éxito en los asedios de Aragón y sur de Francia. No estaban acostumbrados a estas prolongadas ausencias de sus hogares ni a la movilización permanente durante los largos períodos que transcurrían entre las atallas de verdad. La guerra de guerrillas había permitido ue, entre una acción y otra, los insurgentes regresaran a sus ogares o, al menos, se dispersaran en acantonamientos seguos. Por el contrario, en las operaciones ofensivas encomendadas a los guerrilleros en 1813 y 1814, el aburrimiento y a dureza económica de la vida militar regular acabaron por er considerados una cruel recompensa después de años de ervicio.

Además, el sistema burocrático aplicado para conseguir contribuciones dejó de funcionar efectivamente, ya que se suponía ue iba a entrar en competencia con los aparatos de requisición e los ejércitos inglés y español. Mina suplicó al gobierno militar liado de Pamplona que le ayudase a obtener dinero y suministros, pero sin resultado. Al mismo tiempo, el sistema de oficinas

Espoz y Mina, *Memorias*, pp. 179-80; AGN, Guerra, legajo 17, contiene varias uejas contra Espoz, la División y otras tropas, especialmente por parte de las autoriades de la Ribera.

aduaneras fronterizas se derrumbó, eliminando la principal fuente de ingresos de Mina[2].

A medida que los soldados se desesperaban por no obtener alimentos, ropa y paga, crecía en ellos el desorden. En el verano de 1814, comenzaron a aparecer panfletos anónimos que animaban a los guerrilleros a regresar a sus hogares. Miles de hombres siguieron estas sugerencias, y la División comenzó a desintegrarse. Mientras tanto, Mina estaba en Madrid pidiendo al gobierno restaurado de Fernando VII que reconociera a su cuerpo como una división regular, tal y como había hecho el gobierno revolucionario de Cádiz. Mina consiguió una audiencia con el rey, aunque finalmente no pudo llevar a buen término su misión. La reacción de Fernando al «rey» campesino de Navarra fue despedirlo con arrogancia. A finales de julio, Mina regresó urgentemente por iniciativa propia para intentar acabar con las deserciones[3].

En julio la reinstalada Diputación y el gobernador militar de Pamplona, Antonio Roselló, provocaron otro conflicto con la División. Por una orden real de 25 de junio de 1814, se requirió que los cargos y organismos gubernativos que no existieran en 1808 cesasen en sus funciones. Basándose en esta orden, la Diputación pretendía recuperar todas sus prerrogativas, incluso contra los órganos administrativos todavía en funcionamiento establecidos por Mina. El primer ámbito de conflicto fue la administración de justicia.

A medida que las guerrillas habían extendido su influencia en 1812, los tribunales franceses habían dejado de funcionar en la mayor parte de Navarra. Mina, por tanto, había creado un tribunal especial con responsabilidades judiciales. La principal función del tribunal había sido reforzar el bloqueo de Pamplona, pero también se había encargado de todas las demás prerrogativas que normalmente tenían los tribunales reales en tiempo de paz. En julio de 1814, a pesar de la orden real del 25 de julio y

[2] AGN, Guerra, legajo 17, car. 30.
[3] AGN, Guerra, legajo 17, car. 36.

de las quejas de la Diputación, el tribunal seguía en funcionamiento. Esto molestó particularmente a las ciudades que habían estado bajo dominio francés, ya que allí la justicia administrada por la División tendía a ser rápida y cruel. La Diputación comenzó a recibir quejas contra el Tribunal y decidió ordenar a Mina que lo desmantelase. Para justificar la continuidad de su actividad, el Tribunal envió una larga carta a la Diputación y a Roselló el 28 de julio. «Todos los Pueblos de este Reyno, incluso la Ciudad de Tudela —afirmaba el autor de la carta— han reconocido a este Tribunal por superior y legítimo». Casi todas las que tenían representación en las Cortes, así como la mayoría de los alcaldes habían llevado al Tribunal sus disputas desde 1812. Seguramente, pensaron los jueces, estos hechos justificaban la persistencia del tribunal. No obstante, como la Diputación puso de manifiesto con rapidez, estas circunstancias ya no justificaban nada. Sólo el rey en Cortes podía legítimamente establecer un nuevo órgano judicial. Y el 2 de agosto de 1814, Fernando había expedido una orden directa que desmantelaba el Tribunal. De este modo, la Diputación se sintió justificada para rechazar la excusa «dilatada por débil» del Tribunal, y una vez más ordenó su disolución. La correspondencia deja claro que tanto los diputados como los hombres nombrados por Mina conocían bastante bien que lo que estaba en juego era quién o qué organismos podían reclamar la soberanía de Navarra [4].

A pesar de la hostilidad del rey y de las autoridades provinciales, el tribunal continuaba funcionando en agosto bajo las órdenes directas de Mina. Entre otros «crímenes», el Tribunal pretendía castigar a los oficiales municipales que se negaran a repartir requisiciones para la División y recaudar las deudas arrastradas desde la guerra [5]. Estas actividades acabaron por producir un lujo de cartas que demandaban al Tribunal por estar

[4] «Oficio de tribunal territorial de Navarra», AGN, Guerra, legajo 17, car. 41.
[5] Por ejemplo, el Tribunal intentó recaudar dinero de Tudela en nombre de dos mercaderes locales que habían aportado a la División recursos médicos. Carta de Tudela a la Diputación de 13 de agosto de 1814, AGN, Guerra, legajo 17, car. 42.

fuera de la ley. El 18 de agosto, la Diputación escribió una furiosa carta a Mina. «Con qué título» actúa su tribunal, preguntaban los diputados. «Con el lleno de facultades que le fueron conferidas por V.S. ¿Y cómo o por dónde se transfirió a V.S. este grande atributo de la Soberanía?»[6]. La cuestión había sido puesta sin tapujos frente de Mina, y se vio incapaz de responder a la Diputación. Frente a la oposición de Madrid, Pamplona y docenas de municipios, Mina ordenó finalmente la disolución del Tribunal el 22 de agosto.

La siguiente disputa tuvo que ver con el derecho de la División a recaudar contribuciones en Navarra y, finalmente, a continuar existiendo. El gobierno de Pamplona ya había rechazado toda responsabilidad de ayudar a las guerrillas a conseguir suministros. Ahora, basándose en órdenes de Madrid, requirió que los civiles que hubieran sido movilizados en formaciones irregulares durante la guerra fueran enviados a sus hogares[7]. Mina prefirió interpretar esta orden como si no tuviera aplicación sobre sí mismo ni sobre sus hombres, dado que el gobierno en tiempo de guerra había reconocido a la División de Navarra, como una formación regular. Esto suponía un desafío abierto contra el gobierno restaurado, que específicamente había negado a la División el estatus de regular. Mina envió oficiales para que volviesen a alistar a sus dispersas tropas, no sólo en Navarra sino también en Álava, Guipúzcoa y Aragón. Inesperadamente, los oficiales municipales de estos lugares vieron sus territorios «invadidos» por una fuerza procedente de Navarra, que comenzó a detener por la fuerza a los jóvenes. El gobierno foral de Álava escribió a la Diputación navarra quejándose de que «Mina, que no debe ignorar estas soveranas determinaciones [la orden regia de disolver las guerrillas], está decidido a eludirlas y trasgredirlas a fuerza armada». Continuaba insistiendo Mina en que los hombres de la División «no se comprehenden bajo la acepción de francos o de

[6] Carta de la Diputación a Mina de 18 de agosto de 1814, AGN, Guerra, legajo 17, car. 43.
[7] AGN, Guerra, legajo 17, car. 45.

;uerrillas y sí reputados por de Línea y de Infantería ligera». Esto lemostraba que «el Mariscal Mina conserva todavía el espíritu de lominación que observó durante la guerra»[8].

Con el ánimo de la provincia, y ahora incluso de las provin:ias vecinas, volviéndose contra Mina, cada vez más ciudades se ıegaron a acceder a las requisiciones de los agentes de la Diviión. Una vez desmantelado el tribunal, se impuso la justicia dra:oniana sobre estos líderes locales recalcitrantes. Un tudelano reató cómo los hombres de Pedro Antonio Barrena secuestraron a u hermana, a su prima y a su criado y los llevaron desnudos por as calles, golpeándolos todo el tiempo en represalia por negarse a .poyar las demandas de requisiciones. Posteriormente, su criado ' el alcalde de Caparroso fueron enviados a la prisión de Peralta. \simismo su hermano fue llevado a Peralta, donde sufrió tortuas. Evidentemente los hombres de la Montaña se estaban ven;ando de los individuos que habían colaborado con el régimen rancés, y además estaban intentando extraer contribuciones de ı rica Ribera[9]. En agosto y septiembre, de Milagro, Villafranca, ındosilla y Mendigorría —ciudades de la Ribera que habían esapado al control de las guerrillas durante la mayor parte de la uerra y que habían recibido un duro tratamiento de Mina tras ı guerra— surgieron en tropel quejas sobre las extorsiones geneadas por la División[10]. La situación estaba llegando al enfrenımiento.

En septiembre se expidió un decreto real que pretendía cal:ıar la situación, al ordenar a Mina que desplazase sus tropas a ıragón. Sin embargo, las correspondientes instrucciones proce.entes de Pamplona y dirigidas a los superiores de Mina nunca egaron a su destino. El correo de la Diputación fue detenido or los hombres de Mina a las afueras de Olite en la noche del 5 de septiembre. Esa misma noche Mina decidió atacar Pam-

AGN, Guerra, legajo 17, car. 45.
Carta de José Fermín La Puerta a la Diputación del 17 de septiembre de 1814, GN, legajo 17, car. 47.
AGN, Guerra, legajo 17, car. 46.

plona [11]. Una gran parte de la División había sido reunificada y la mayoría estaba situada en Puente la Reina. Desde allí marchó hacia el norte con el primer batallón y algunos elementos del cuarto. Esta vez, sin embargo, no todos sus soldados quisieron seguirlo. Los soldados a los que se ordenó llevar las escaleras que debían utilizarse para escalar las murallas de la ciudad fueron los primeros en enterarse de cuál era su objetivo. Los oficiales de estas unidades comenzaron a llamar a sus hombres a la deserción. Mina quiso evitar su rebelión apelando directamente a los desamparados soldados, prescindiendo de sus poco dispuestos comandantes de compañía. Les explicó que sus esfuerzos para conseguir recompensas habían fracasado con el virrey y el ministro de la Guerra. Tenían que conseguir por la fuerza lo que se les debía. «Ánimo, muchachos —declaró Mina—, que vamos a sacar dinero» [12].

Sin embargo, su argumento no fue suficiente para reanimar a la mayoría de los voluntarios. Hacia las seis de la mañana del 26 de septiembre, la mayor parte de sus soldados regresó a Puente. A las nueve llegó un correo a Pamplona procedente de Puente que advirtió al virrey, el conde de Ezpeleta, de los planes de Mina. Poco más tarde, Mina y los seguidores que le quedaban intentaron entrar en Puente con objeto de procurar, una vez más, ganarse la confianza de sus tropas rebeldes. Sólo cuando los hombres hicieron fuego contra él desde las ventanas, Mina se dio cuenta de que el juego había terminado. Huyó a Francia donde, irónicamente, estaban por entonces deseando acogerlo. En los días siguientes, los bienes que pertenecían a la División fueron embargados por el gobierno.

Los comandantes de Mina cayeron en manos de la policía o huyeron cruzando la frontera o se proclamaron partidarios de Fernando VII. El 3 de octubre, Cruchaga se rindió con la caba-

[11] AGN, Guerra, legajo 17, car. 48.

[12] «Relación dada a la Diputación del Reino por la oficialidad del primer regimiento de voluntarios de la división de Navarra», 12 de octubre de 1814, AGN, Guerra, legajo 17, car. 50.

llería, y Barrena con el segundo y el sexto batallón. En Aragón el tercer batallón se rindió pocos días más tarde [13]. La historia de la rebelión de Mina ayuda a aclarar un importante aspecto sobre aquellos guerrilleros que se hicieron liberales bajo la restauración. No hay nada inherentemente liberal en relación a las demandas efectuadas por Mina y sus oficiales, incluso en lo que respecta al Tribunal, el derecho de las guerrillas a continuar requiriendo o el estatus de la División como tropa regular. En la historia del conflicto guerrillero, los hombres de Navarra no habían demostrado tener conocimiento de ningún programa ideológico, a menos que la Idea de 1810 pueda considerarse como tal. A pesar de todo, las proclamas efectuadas por Mina en 1814 golpearon el mismo centro de la monarquía. Mina y otros guerrilleros habían representado un papel militar de importancia trascendental para la misma existencia del Estado español, y consideraban que era justo que fuesen recompensados en forma de pagos y honores. En el caso de la disputa sobre el Tribunal, esta compensación tenía que incluir incluso privilegios políticos. Quizás, tras años de influencia de propaganda liberal, los hombres de Mina pesasen que habían adquirido derechos políticos.

Tal actitud iba en contra de todo lo que Fernando VII representaba. Su gobierno se basaba en la soberanía absoluta del rey, sólo limitada por instituciones y leyes consuetudinarias que existían antes de la Guerra de Independencia. Los campesinos movilizados y armados de Navarra, con un tribunal y un sistema de recaudación de contribuciones, representaban una amenaza tan seria como los políticos liberales que estaban siendo purgados con extrema crueldad en este mismo período. Los guerrilleros fueron, por tanto, desdeñados como un peligro contra la cerrada sociedad que Fernando estaba intentando constituir. La mayoría de los guerrilleros se sentía feliz de regresar a sus ocupaciones de pregue-

[13] La participación de al menos parte del primer y del segundo batallón en intentona de Pamplona puede deberse a la falta de informes militares presentados por estos cuerpos después de la guerra, análogos a los redactados por el segundo y el tercer batallón.

rra, especialmente desde que la paga regular, el botín y las raciones de la época bélica dejaron de estar disponibles en tiempo de paz. Para Mina no había elección. Una vez probado el poder absoluto, era incapaz de retornar a su anterior vida de simple layador que trabajaba en la hacienda de su madre (más tarde de su hermana). Por consiguiente, se sentía por defecto en el lado liberal. Durante los veinte años siguientes, sus servicios a la causa liberal se mezclaron con su lucha por volver a conseguir el estatus que brevemente había disfrutado durante la Guerra de Independencia. Y la aceptación de la mayoría del programa liberal durante el reinado de la reina Cristina en la década de 1830 anunció su propio triunfo y la rehabilitación de la reputación de las guerrillas.

2. *Conclusiones*

Las guerrillas tuvieron un papel destacado en la derrota de Napoleón en España. Y la contribución de las guerrillas de Navarra por sí sola tuvo un impacto enorme sobre el curso de la guerra. Para aquellos que miden el éxito militar por el recuento de bajas, sólo el total de los soldados franceses muertos o capturados por los navarros resulta suficientemente impresionante. Los franceses perdieron cientos de hombres en manos de los primeros guerrilleros, especialmente en las de aquellos que procedían de Renoval y Roncal. Sólo estos últimos infligieron más de 1.000 bajas en el verano de 1809. El corso terrestre bajo el mando de Javier Mina liquidó al menos a 358 hombres, entre muertos o capturados. Y bajo Mina, las guerrillas dieron muerte o capturaron al menos a 16.745 enemigos. Si mantenemos una relación normal entre el número de heridos y el de los capturados o muertos, la cifra total de pérdidas francesas durante los seis años de conflicto puede haber sido cercana a los 50.000 [14]. Esta cifra representa casi 3/4 del

[14] Utilizando sólo los recuentos navarros, el número de bajas francesas sería mucho mayor. Mina hablaba de 40.000 sólo entre muertos y capturados, sin tener en cuenta el número de heridos. Al haberse perdido algunos de los informes y correspondencia

número de las bajas producidas por Wellington en todas sus batallas. Evidentemente, si el objeto de la guerra es infligir tantas bajas como sea posible sobre el enemigo, entonces las guerrillas en Navarra tuvieron un papel decisivo.

Las bajas en batalla, empero, no cuentan toda la historia de la contribución de los insurgentes. El principal objetivo de las guerrillas no era infligir bajas. Tampoco desarrollar tareas auxiliares para las unidades regulares, a pesar de lo indispensable que tales servicios pudieron haber sido en ciertas situaciones. La función de las guerrillas era tener ocupadas a las tropas francesas en misiones alejadas de los principales campos de batalla. Para conseguir tal objetivo, los guerrilleros no tuvieron que presentar necesariamente batalla. Por el contrario, impidieron que los franceses tuvieran acceso directo a los recursos del campo y obligaron a la mayoría de las fuerzas de ocupación a combatir por la mera subsistencia. En la región de las guerrillas, los franceses fueron distraídos luchando por extraer raciones y suministros de una población resentida y hostil. El objetivo de las guerrillas fue proteger a estos civiles, canalizar su hostilidad y requerir sus servicios como espías, correos y voluntarios. La acción de las guerrillas, en combinación con los esfuerzos de las tropas regulares españolas, inglesas y portuguesas, cambió notoriamente en el resultado de la guerra y, por tanto, el futuro de Europa [15].

de situación franceses, no es posible ofrecer una estimación global de las bajas partiendo de los informes franceses. Sin embargo, las cifras francesas utilizadas en este trabajo no difieren significativamente, a excepción de unos pocos casos, de las aportadas por las crónicas navarras. Dado el número de soldados que permanecieron constantemente en el hospital (más de 1.000 en casi todo momento) y de evacuados a Francia, la cifra de 50.000 para el total de bajas parece razonable.

[15] Es insostenible afirmar, como recientemente ha hecho Charles Esdaile, que la guerra de guerrillas «representó una pequeña amenaza» para Napoleón. Esta conclusión se basa en la confianza del autor en las fuentes inglesas y en un error fundamental sobre la guerra de guerrillas: no fue un fallo de las guerrillas el que sus esfuerzos continuasen siendo locales y sin coordinación. Fueron, por el contrario, su principal fuerte. Sus esfuerzos estuvieron inextricablemente interconectados con el éxito de los ejércitos regulares en el resto de España, e incluso en Europa. Por ejemplo, la guerra austríaca de 1809 es inconcebible sin Bailén y Zaragoza, y la retórica austríaca de 1809 fue modelada sobre la española. Véase Eyck, *Loyal Rebels*, esp. pp. 56-57.

El pueblo de Navarra tenía suficientes razones para detestar el gobierno francés. Los franceses fiscalizaron y requirieron de una forma que se aseguraba la hostilidad popular. Además, Francia amenazaba con destruir la Iglesia y el gobierno foral, instituciones que eran muy populares y, en el caso de la última, que daba beneficios económicos a la mayoría de la población. La protección de las aldeas contra las columnas francesas enviadas para conseguir suministros fue una parte importante de la estrategia guerrillera. Como parte de esta estrategia, los insurgentes tuvieron que disciplinar a los individuos y a las ciudades que fueran descubiertas colaborando, por lo que se aseguraron la beligerancia de la mayoría de la población. Al ejecutar tales funciones, las guerrillas funcionaron casi tanto como una fuerza policial y judicial que como un ejército.

El éxito de las guerrillas en Navarra no fue resultado del unánime impulso patriótico, nacional o religioso. Durante los primeros años de la guerra, Navarra fue una de las provincias más pacíficas de España, cuando la mayoría de los oficiales provinciales y municipales prefirió colaborar con los franceses. Sólo en el verano de 1809, una vez que las viejas elites hubieron sido eliminadas de la escena y la naturaleza predatoria del gobierno francés se hizo evidente, la insurgencia se generalizó realmente en Navarra. La resistencia creció en simbiosis con las tragedias económicas y personales provocadas por el régimen francés. Las guerrillas no fueron signos de una nación en armas, sino de la habilidad de las comunidades campesinas para defenderse bajo ciertas circunstancias. Los orígenes de la guerra de guerrillas no estaban en «carácter» español o navarro, sino en toda una vivencia: la ocupación engendraba terror y destrucción económicas, y éstos conducían a la resistencia y a más terror, en una espiral de violencia.

No obstante, no hubo nada que no pudiera evitarse en el resultado del conflicto. Bajo el corso y la División de Navarra, el movimiento guerrillero atravesó por varios ciclos de disolución y reconstrucción. Durante la primera fase de la campaña de Mina, que duró casi dos años desde su llegada al poder en la primavera

de 1810 a diciembre de 1811, las guerrillas sufrieron dos derrotas aplastantes en Belorado y en Lerín, y con frecuencia se mantuvieron a la defensiva perseguidos, en algunos momentos, por entre 10.000 y 20.000 soldados enemigos. En las peores circunstancias, los guerrilleros se ocultaban en las montañas del norte y este de Pamplona o en las elevadas llanuras del oeste de Estella. Cuando se aproximaban las tropas francesas para cercar las posiciones guerrilleras, los hombres de Mina rompían el cerco a través de pasos secretos, cruzaban las planicies de Navarra central en marchas forzadas, y se ocultaban de nuevo en las montañas del otro lado de la provincia.

Este modelo se repitió durante todo este período de extrema dificultad. Los momentos más peligrosos, desde mediados de agosto a principios de diciembre de 1810, desde febrero a finales de marzo, y desde junio a octubre de 1811 fueron empleados en combates y dispersiones. Esta fase se vio interrumpida por breves y limitadas operaciones ofensivas, cuando los guerrilleros se unían para golpear objetivos específicos, como en la primera emboscada en Arlabán. La mayor parte del tiempo, sin embargo, permanecían dispersos a fin de ofrecer a los franceses tantos objetivos esquivos como fuera posible.

Fragmentadas en compañías, las guerrillas se mezclaban con facilidad entre las poblaciones de los alrededores. Esto les permitía requerir sin sobrecargar a la población de un área específica. Como último recurso, incluso se disolvían las compañías, y cada individuo regresaba a su villa en espera de tiempos mejores. La mayoría de las bandas guerrilleras de España que había pasado a formar parte de ejércitos disciplinados perdió su capacidad para desaparecer entre la población civil y comenzó a depender gradualmente del apoyo del gobierno. En el caso del Empecinado, su intento de operar como si fuera una fuerza regular lejos de su hogar dio lugar a sublevaciones y tuvo que ser abandonado en favor de operaciones continuadas en Guadalajara. Uno de los fuertes del ejército de Mina estuvo en el hecho de que consiguió un elevadísimo grado de disciplina, lo que finalmente le procuró reconocimiento como división regular, si bien conservando su

originaria independencia, flexibilidad y estrechas relaciones con las villas que lo sustentaban. Este logro permitió que las fuerzas de Mina se recobrasen de golpes tan severos que habrían presagiado el final de aquellas partidas guerrilleras que se hubieran organizado de forma diferente.

La insurgencia no siempre pudo dispersarse para evitar batallas desfavorables. Cuando las columnas francesas lograban alcanzar y enfrentarse a un grupo del ejército guerrillero en campo abierto, los resultados eran desastrosos: Tarazona, Belorado, Lerín. No obstante, sobrevivían a estas carnicerías e incluso parecía que siempre surgían los mejores para aguantar tales baños de sangre, cuando las nuevas batidas de alistamiento reemplazaban rápidamente al personal perdido y engrosaban las filas de los insurgentes. La capacidad de las guerrillas para recobrarse con rapidez de los contratiempos es uno de los fenómenos más significativos de esta fase defensiva de la guerra.

En la segunda fase, desde diciembre de 1811 a la batalla de Vitoria de junio de 1813, las guerrillas consiguieron con frecuencia igualar o sobrepasar en número a sus enemigos, y Mina se puso a la ofensiva. Aunque todavía hubo momentos difíciles, a mediados de 1812 los franceses se habían convertido en rehenes dentro de las ciudades fortificadas de Pamplona, Tudela y uno pocos fuertes fronterizos, casi incapaces de aventurarse a salir para obtener suministros, cortar árboles en los comunales para hacer leña y conseguir muebles para quemar cuando los árboles se agotaban. Los insurgentes lograron aislar a los franceses del campo, por lo que minaron la base de la ocupación desde sus mismas fuentes, destruyendo la resolución de los franceses y acelerando el final de la guerra.

La fase última de la guerra comenzó con la irrupción en la provincia de los ejércitos español e inglés en julio de 1813. Tras esta fecha, los guerrilleros tuvieron que aprender a operar como ayudas de campo en operaciones ofensivas regulares, principalmente fuera de Navarra. Las guerrillas tuvieron un importante papel, si bien nada típico, en una serie de asedios en Zaragoza, Jaca y otros fuertes, y tuvieron una función menor en la campa-

ña al sudoeste de Francia, antes de ser desmanteladas por el ingrato gobierno de la Restauración.

Fue un conjunto complejo de factores estructurales y contingentes el que determinó el éxito de la insurgencia navarra. Primero, la posición geopolítica de Navarra la convirtió en nexo de comunicaciones entre Francia y la Península. Esto dio a los insurgentes objetivos obvios y una primera estrategia: atacar a las columnas de abastecimiento, los convoyes de prisioneros y a los rezagados. Hemos visto cómo las guerrillas tuvieron más éxito en la Montaña que en la Ribera. En la Montaña, la geografía proporcionó el lugar ideal para localizar una guerra irregular, lo que atenuó la superioridad numérica, material y tecnológica de los franceses. Sin embargo, hubo otras regiones montañosas en España que también tuvieron importancia geoestratégica y donde las guerrillas no consiguieron el nivel de logros alcanzado en Navarra. La diferencia de Navarra residió en la geografía humana y la estructura social de la Montaña navarra. Ésta fue su ventaja decisiva en la guerra de guerrillas.

Entre los factores que favorecieron a las guerrillas figuran vigorosamente la dispersión de la población en cientos de pequeños pueblos y ciudades. Esta dispersión limitaba la capacidad de los franceses para dominar a la población con guarniciones. Además, para fiscalizar a la población en la Montaña, los franceses tenían que mantener su presencia en cientos de aldeas. Y debido a la naturaleza democrática del gobierno local en la Montaña, los franceses fueron incapaces de dominar a los municipios controlando a unas pocas elites manipulables. La dispersión de la propiedad de la tierra en la Montaña fue otro factor clave. En primer lugar, era condición para la existencia del concejo democrático. Segundo, las herramientas, animales y productos de la economía agraria navarra se distribuían entre miles de propietarios. Esto hacía que la recaudación de impuestos fuera una guerra en sí misma, y dio a todos los campesinos el motivo que necesitaban para tomar las armas.

También era importante que los campesinos constituyeran el liderato y la soldadesca del movimiento guerrillero en Navarra.

Mina procedía de una familia de propietarios campesinos, como lo eran todos sus comandantes y la mayoría de sus tropas. La estrategia de defender a las villas de la extorsión francesa conducía naturalmente a tales hombres. Y fue esta estrategia la que acabó con la ocupación desde sus bases. Además, sólo un ejército popular podía conseguir las requisiciones y derechos aduaneros que fueron el sustento de la resistencia, y sólo un tribunal popular tenía el poder para reforzar el cumplimiento del bloqueo de Pamplona que finalmente puso de rodillas a las tropas de Abbé.

La «herida abierta» sufrida por Napoleón en España había sido infligida a través de una combinación de esfuerzos ingleses, portugueses y españoles, pero fueron los insurgentes, y entre ellos especialmente la División de Navarra, quienes se aseguraron de que nunca cicatrizara. La lucha contra la población insurgente de Navarra fue una aventura extremadamente sangrienta y desmoralizadora. Al obligar a toda una población a adoptar una actitud beligerante, especialmente con la declaración del bloqueo de Pamplona en diciembre de 1811, las guerrillas elevaron la violencia en Navarra a un grado que brutalizó a los ocupantes franceses. En España, como en otros tropiezos coloniales, las tropas de ocupación se vieron obligadas a atacar o despojar a los civiles hostiles aliviando sus conciencias y convenciéndose de que estaban en guerra con un oponente racial y moralmente inferior. La propaganda francesa consideraba que el enemigo era infrahumano, lo que autorizaba a los individuos a perpetrar barbaridades impensables en circunstancias normales. En una guerra de exterminio las normas militares quedaban olvidadas, y se sacrificaba la firmeza del raciocinio militar. De este modo, la violencia desenfrenada de los franceses alimentó el odio de la población, asegurando que la fuente de insurgencia no tuviese final.

La guerra de guerrillas de Navarra destruyó asimismo la moral francesa desde otros puntos de vista. Aquellos que fueron destinados a guarniciones en Navarra vivieron en una constante hambruna, temor y frustración. Fantín des Odoards, comandante de la guarnición de Puente del Arzobispo, describió la situación a la que se enfrentaban todas las guarniciones emplazadas en territo-

rio guerrillero. Según Odoards, sólo el hambre podía convencer a sus hombres para aventurarse a salir en busca de suministros. Cuando una guarnición aislada conseguía recibir finalmente la ayuda necesaria para identificar y enfrentarse a sus enemigos, los guerrilleros conseguían volver a asumir un existencia sin rostro, mezclándose entre la población local. Para los franceses no había entre aquella gente «ni cuarteles de invierno ni seguridad en ninguna parte» y «no podían encontrar allí reposo hasta que fueran exterminados o saliesen victoriosos» [16]. El resultado de estos factores fue que las bajas francesas provocadas por la enfermedad, el cansancio o la pura depresión se elevaron extremadamente en Navarra.

El uso del terror contra el enemigo se considera normalmente como parte integral de las tácticas guerrilleras. De hecho, sin embargo, pertenece tanto al repertorio táctico de las fuerzas contrainsurgentes como al de las guerrillas. Los insurgentes siempre desearon obtener el reconocimiento del enemigo como personal militar legítimo a fin de asegurarse el derecho al acuartelamiento. Por ejemplo, las probabilidades de facilitar tratamiento médico al enemigo herido y de coger prisioneros para luego intercambiarlos siempre fueron más elevadas en los guerrilleros que en los franceses. Sólo durante unos pocos meses, después de diciembre de 1811, Mina ejecutó sistemáticamente combatientes capturados, hasta que convenció a Abbé de que tratase a los guerrilleros capturados con consideración. Sin embargo, las guerrillas utilizaron el terror contra los «colaboracionistas». Los «chacones» que combatieron junto a los franceses fueron ejecutados sumariamente, e incluso los civiles que se vieron obligados a prestar servicios o dar información a los franceses se enfrentaron a la justicia draconiana. Desde este punto de vista, la guerra de guerrillas fue realmente una guerra civil dentro de la Guerra de Independencia.

Entre las innovaciones introducidas en el Ejército Francés bajo Napoleón estuvo su elevación de la idea «la guerra debe ali-

[16] Fantin des Odoards, *Journal*, pp. 275, 288.

mentar la guerra» a la dignidad de máxima sagrada. El principio según el cual un ejército debía vivir sobre el terreno por el que pasaba encajaba perfectamente con otras de las innovaciones militares de Napoleón: los cuerpos móviles, cada uno ellos constituido por una fuerza de combate completa con infantería, caballería y artillería, que supuestamente podían moverse con autonomía respecto a la intendencia y que fueron la punta de lanza de las ofensivas de Napoleón. Para reforzar este sistema, Napoleón había ordenado que las tropas imperiales fueran entrenadas para marchar a pie sin que ningún enemigo pudiera alcanzarles —hasta que los guerrilleros de Navarra enseñaron a su infantería el verdadero significado de una marcha forzosa. Estos cambios organizativos, bastante simples, apuntalaron muchas de las más brillantes victorias de Napoleón en Europa. En Navarra y en la mayor parte del norte de España, empero, se mostraron inapropiados. El caso de Navarra no fue el de una economía local demasiado pobre como para dificultar el acceso a los suministros por parte de los ejércitos, como fue el caso de algunas provincias españolas, tales como Extremadura. Bien al contrario, Navarra produjo enormes excedentes anuales de grano y otros productos agrícolas suficientes de hecho para abastecer a miles de insurgentes durante cinco años. Así pues, el sentido del adagio de Colbert según el cual los grandes ejércitos mueren de hambre en España y los pequeños son allí devorados habrá de ser modificado para describir la situación francesa en Navarra y, en este aspecto, en la mayor parte de la España septentrional. No es que hubiera escasez de alimentos y de otros suministros, sino porque los guerrilleros —Mina, Juan Martín, el cura Merino, Porlier, Villacampa, Longa y otros muchos— impidieron que los franceses pudieran conseguirlos. La División de Navarra y los otros insurgentes ganaron la batalla por las cosechas, el rasgo más característico de la guerra de guerrillas y el mayor golpe recibido por el régimen francés.

APÉNDICE

CUADROS Y MAPAS

Cuadro 1. Densidad demográfica en Navarra por merindades, 1787

Merindad	1786	Kms²	Pob./Km²
Pamplona	84.153	2.571	33
Sangüesa	40.848	3.089	13
Estella	46.754	1.805	26
Olite	25.736	1.332	19
Tudela	28.504	1.709	17
Total:	225.995	10.506	22

FUENTE: AGN, Estadística, legajos 6, 16, 20, 25, 31.

Cuadro 2. La nobleza en Navarra por merindades, 1787

Merindad	Población	Nobles	% de pob.	% del total
Pamplona	70.087	10.377	15	67
Sangüesa	40.848	2.784	7	18
Estella	46.754	1.372	3	9
Olite	25.736	416	2	2
Tudela	28.504	265	1	2
Ciudad de Pamplona	14.066	258	2	2
Total:	225.995	15.472	7	100

FUENTE: AGN, Estadística, legajos 6, 16, 20, 25, 31.

Cuadro 3. El clero en Navarra, 1787

lerindad	Curas	% de pob.	Otro Secular	% de pob.	Regular	% de pob.	Curas como % del Total
amplona	271	0,4	288	0,4	176	0,3	37
angüesa	256	0,6	200	0,5	154	0.4	42
stella	156	0,3	357	0,8	298	0,6	19
lite	43	0,2	201	0,8	109	0,4	12
udela	30	0,1	222	0,8	604	2,1	4
iudad de amplona	6	0,004	480	3,4	534	3,8	0,06
otal:	762	0,3	1.748	0,8	1.875	0,8	17

JENTE: AGN, Estadística, legajos 6, 16, 20, 25, 31.

Cuadro 4. Ocupaciones en Navarra por merindades, 1786

erindad	Total Activa	Labradores	%	Jornaleros	%	Artesanos	%	Otros*	%
mplona	19.432	14.145	73	1.394	7	3.776	19	117	1
ngüesa	12.108	7.275	60	804	7	3.664	30	365	3
tella	10.599	5.102	48	1.786	17	3.289	31	422	4
lite	4.753	1.545	33	1.999	42	1.058	22	151	3
udela	6.840	808	12	3.452	50	2.204	32	376	5
iudad de mplona	3.624	547	15	271	7	1.733	48	1.073	30
otal:	57.356	29.422	51	9.706	17	15.724	27	2.504	4

IENTE: AGN, Estadística, legajos 6, 16, 20, 25, 31.

«Otros» incluye estudiantes, abogados, empleados reales, mercaderes y artesa-s. No incluye criados y ciertos profesionales como doctores, porque los datos fueron incluidos con uniformidad en todas las merindades por estas profe-nes. Esto afecta a la cifra de «total activos» y en los porcentajes resultantes, ro no a las comparaciones por merindad.

Cuadro 5. La venta de tierras municipales y comunales en Echauri, 1798-1828

Años	Parcelas	Número total de hectáreas	% del total cultivable	Tamaño medio (hec.)
1798-1806	3	0,6	0,01	0,2
1807-1809	73	37,5	4	0,5
1810-1812	267	120,8	12	0,5
1814-1816*	156	112.6	11	0,7
1817-1819	123	47,7	5	0,4
1820-1822**	ND	62,1	6	ND
1823-1825	32	7,5	1	0,2
1826-1828	12	1,3	0,01	0,1

FUENTE: APN, Echauri, Velaz, legajos 83-96.

* No hay datos para 1813.
** Número de parcelas no registrado en 1822.

Cuadro 6. Origen de las guerrillas en Navarra

Merindad	Pobla-ción	Guerri-lleros	% de pobla-ción	% de pob. re-gistrada	% del Total
Pamplona	84.153	1.227	1,5	3	35
Sangüesa	40.848	731	1,8	4	21
Estella	46.754	832	1,7	3	24
Olite	25.736	338	1,3	4	10
Tudela	28.504	363	1,3	3	10
Total:	225.995	3.491	1,5	3,4	100

FUENTE: AGN, Guerra, legajos 18-21.

Cuadro 7. Civiles muertos y encarcelados por los franceses

Merindad	Población	Número muertos	Prisioneros	% de Pob.	% del Total
Pamplona	84.153	444	979	1,7	52
Sangüesa	40.848	261	145	0,9	15
Estella	46.754	218	361	1,2	21
Olite	25.736	95	141	0,9	9
Tudela	28.504	75	21	0,3	4
Total:	225.995	1.093	1.647	1,2	101*

FUENTE: AGN, Estadística, legajos 18-21.

* Los totales de la última columna superan el 100% debido a que los porcentajes están redondeados.



Mapa 1. Navarra, 1808-1815



Mapa 2. Teatro de operaciones, 1812-1814



Mapa 3. Batallas importantes. Centros insurgentes y guarniciones (1809-1812)



BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes manuscritas y archivísticas

Archives de l'Armee de Terre, París

C8, 351, 352, 377, 376, 378, 381, 387 - informes de situación.
C8, 3-7, 252, 267-68, 206 - correspondencia de generales franceses.
MR, 770, 774, 1777 - manuscritos de Jouffroy, Saint Yon, Presle.

Archivo General de Navarra, Pamplona
Sección Estadística

Legajos 6-11, 16-17, 20, 25-28, 31, 33, 49 - censos.
Legajos 33, 43, 49 - encuestas económicas.

Sección Guerra

Legajos 13-14 - documentos relativos a la guerra con Francia en 1794.
Legajos 15-16 - documentos de 1808 en Navarra.
Legajos 17-21 - documentos de la Guerra de Independencia.

Archivo Histórico Nacional, Madrid
Sección Estado

Legajos 13, 28 - documentos de la Junta Central.
Legajo 41 - papeles relativos a las guerrillas.
Legajo 42 - papeles de los generales españoles.
Legajo 81 - papeles de la Junta de Murcia.
Legajo 3003, 3096 - correo francés interceptado.

Archivo Municipal de Corella

Legajos 81-85 - correspondencia, encuestas para el período 1803-1814.

Archivo Parroquial de Echauri

Libro de difuntos.

Archivos de Protocolos Notariales, Pamplona y Tudela

A. Pamplona.
Manuel de Velaz, legajos 83-96, valle de Echauri, 1798-1828.
Andrés Peralta, legajos 50-55, valle de Ibargoiti, 1800-1814.
Javier Ros, legajos 120-21, valle de Roncal, 1800-02.
B. Tudela.
Miguel Guesca y Alfaro, Mariano Laquidáin, Juan Miguel Renault, sin numerar, Corella, 1783-1818.

2. Periódicos

El Robespierre español, amigo de las leyes ó questiones atrevidas sobre la España, 1811-12.
El Semanario Patriótico, 1808-12.
Gaceta de Madrid, 1808-12.
Gaceta de la Mancha, 1811.

3. *Libros y artículos de revistas*

ABELLÁN, José Luis (1984): *Liberalismo y romanticismo*, Madrid.

ADJUTANT, I. (1893): *Souvenirs de la Guerre d'Espagne par un Adjutant de Chausseurs*, París.

ALCAIDE IBIECA, Agustín (1830): *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleon*, Madrid.

ALCÁZAR, Cayetano (1952): «El Madrid del Dos de Mayo», en *Itinerarios de Madrid*, Madrid.

ALEXANDER, Don (1992): *Rod of Iron: French Counterinsurgency Policy in Aragon during the Peninsular War*, Wilmington, Del., 1985.

ALÍA y PLANA (1992): «El primer lunes de Mayo de 1808 en Madrid», en *Madrid, el 2 de Mayo de 1808*, pp. 105-38, Madrid.

ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities*, Londres.

ANES, Gonzalo (1975): *El antiguo régimen: los Borbones*, Madrid.

ANNA, Timothy E. (1983): *Spain and the Loss of America*, Lincoln, EE.UU.

ARAGÓ, Jacques (1841): *José Pujol (a) Boquica, jefe de bandidos*, Barcelona.

ARANGO, Rafael (1837): *El dos de Mayo de 1808, manifestación de los acontecimientos del parque de artillería de Madrid en dicho día*, Madrid.

ARMIÑO, Mauro (ed.) (1979): *Lucha de guerrillas según los clásicos de marxismo-leninismo*, Madrid.

ARTAZA MALVAREZ, Ramón (1909): *Reconquista de Santiago en 1809*, Madrid.

ARTOLA, Miguel (1946): *Los orígenes de la España contemporanea*, Madrid.

— (1964): «La guerra de guerrillas», *Revista de Occidente*, 10, (enero), pp. 12-43.

— (1973): *La burguesía revolucionaria*, Alianza Editorial, Madrid. Nueva ed. (1987): *La burguesía revolucionaria*, Madrid, Alianza Editorial.

— (1976): *Los afrancesados*, Madrid. Nueva ed. (1989): *Los afrancesados*, Madrid, Alianza Editorial.

Atlas de Navarra: geográfico, económico, histórico: Pamplona, 1977.

AYERBE, D. Pedro María de Urries, Marqués de (1893): *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la guerra de la independencia*, Zaragoza.

AYMES, Jean-René (1973): *La Guerre d'Independence Espagnole, 1808-1814*, París. [Existe edición española: *La Guerra de Independencia en España (1808-1814)*, Madrid, 1990, 4.ª ed.]

AZANZA, Miguel José de, y Gonzalo O'FÁRRILL (1815): *Memoria de Miguel José de Azanza y Gonzalo O'Fárrill sobre los hechos que justifican su conducta política, desde marzo de 1808 hasta abril de 1814*, París.

BARAHONA, Renato (1989): *Vizcaya on the Eve of Carlism: politics and society, 1800-1833*, Reno.

BARBERO, Abilio, y Marcelo VIGIL (1979): *La formación del feudalismo en la península ibérica*, Barcelona.

BAYOD PALLARES, Roberto (1979): *Suministros exigidos al pueblo aragonés para el ejército napoleónico-francés*, Zaragoza.

BERGERON, Louis (1981): *France under Napoleon*, Princeton.

BIGARRÉ, Auguste Julien (1898): *Mémoires du général Bigarré, aide de camp du roi Joseph, 1775-1813*, París.

BLAZE, Sébastien (1986): *Mémoire d'un aide-major sous le Premier Empire*, París.

BLUM, Jerome (1978): *The End of the Old Order in Rural Europe*, Princeton.

BOIS, Paul (1971): *Paysans de l'Ouest*, París.

BONAPARTE, Joseph (1854-55): *Mémoires et Correspondence Politique et Militaire du Roi Joseph*, 10 vols., París.

BONAPARTE, Napoleon (1856): *The Confidential Correspondence of Napoleon Bonaparte with His Brother Joseph*, 2 vols., Londres.

BOURGOING, Jean François, barón de (1789): *Nouveau Voyage en Espagne ou tableau de l'état actuel de cette monarchie*, París.

BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso (1992): *La primera guerra carlista*, Madrid.

CANGA ARGÜELLES, José (1827): *Diccionario de hacienda*, 5 vols., Londres.

— (1833-36): *Observaciones sobre la historia de la guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londresderry, y Napier*, 5 vols., Madrid.

CAPMANY Y DE MONTPALAU, Antonio (1808): *Centinela contra los franceses*, Madrid.

CARLES CLEMENTE, Josep (1982): *Las guerras carlistas*, Barcelona.

CARO BAROJA, Julio (1969): *La hora navarra del XVIII*, Pamplona.

— (1974): *Vecindad, familia y técnica*, San Sebastián.

— (1981): *Los pueblos de España*, Madrid.

CARR, Raymond (1975): *Spain, 1808-1975*, Londres [hay ed. cast.: *España, 1808-1975*, Barcelona, 1996, 7.ª ed.]

CARRIÓN, Pascual (1932): *Los latifundios en España*, Madrid.

CASSINELLO PÉREZ, Andrés (1995): *Juan Martín, «El Empecinado», o el amor a la libertad*, Madrid.

Censo español executado de orden del rey, comunicada por el excelentísimo señor conde de Floridablanca, primer secretario de Estado y del despacho, en el año de 1787, Madrid, 1787.

Censo de frutos y manufacturas de España é islas adyacentes, Madrid, 1803.

Censo de la población de el año de 1797, executado de orden del Rey en el de 1801, Madrid, 1801.

Censo de la riqueza territorial é industrial de España en el año de 1799, Madrid, 1803.

CEVALLOS, Pedro (1808): *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España y los medios que el Emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla*, Cádiz.

CLOPAS BATLLE, Isidro (1961): *El invicto Conde del Llobregat y los hombres de Cataluña en la Guerra de la Independencia*, Barcelona.

— (1966): «La lucha heroica del guerrillero en la Guerra de la Independencia». En *Estudios de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 2, Madrid.

CONARD, Pierre (1909): *La constitución de Bayonne*, Lyon.

— *Napoleon et la Catalogne*, París, 1909.

CONNELLY, Owen (1987): *Blundering to Glory: Napoleon's Military Campaigns*, Wilmington, Del.

CORONA, Carlos E. (1959): «Precedentes ideológicos de la Guerra de la Independencia». En *II Congreso histórico internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 1, pp. 5-24, Zaragoza.

COVERDALE, John (1984): *The Basque Phase of Spain's First Carlist War*, Princeton.

CIRIA Y NASARRE, Higinio (1908): *Dos de Mayo en 1808-1908. Noticias y apuntes*, Madrid.

DELHOMMEAU, Louis (1992): *Le Clergé Vendéen face à La Révolution*, La Roche-Sur-Yon.

DEROZIER, Claudette (1976): *La guerre d'independence espagnole à travers l'etampe (1808-1814)*, 3 vols., París.

DESBOEUFS, Marc (1901): *Souvenirs du Capitaine Desboeufs, les étapes d'un soldat de l'empire*, París.

DESDEVISES DU DEZERT, Georges (1897): *L'Espagne de l'Ancien Regime*, 3 vols., París [hay ed. cast.: *La España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1989.

Documentos inéditos que pertenecieron al general Castaños, Madrid, 1890.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1984): *La España de Goya*, Madrid.

ESCOIQUIZ, Juan (1814): *Idea sencilla de las razones que motivaron el viage del Rey Fernando VII a Bayona en el més de abril de 1808, dada al público de España y de Europa*, Madrid.

ESDAILE, Charles J. (1990): *The Duke of Wellington and the Command of the Spanish Army*, Londres.

— (1988): *The Spanish Army in the Peninsular War*, Manchester.

— (1988): «Spanish Guerrillas: Heroes or Villains?», *History Today* 38 (abril): 28-35.

— (1995): *The Wars of Napoleon*, Londres.

ESPOZ Y MINA, Francisco (1962): *Memorias*. En *Biblioteca de autores españoles*, vols. 146-47, Madrid.

ESPOZ Y MINA, María Juana de la Vega, condesa de (1962): *Memorias íntimas*. En *Biblioteca de autores españoles*, vols. 146-47, Madrid.

ESPRAECKMANS, Pedro (1909): *Diario del sitio de Gerona en el año de 1809 por el séptimo cuerpo del ejército francés*, Olot.

Estado general de los frutos, ganados, y primeras materias de las artes de todas las provincias de España é islas adyacentes en el año de 1799, Madrid, 1803.

EYCK, F. Gunther (1986): *Loyal Rebels: Andreas Hofer and the Tyrolean Uprising of 1809*, Lanham, Maryland.

EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín (1935): *Guerra de la Independencia, Retratos*, Madrid.

FANTIN DES ODOARDS, Louis Florimand (1895): *Journal du général Fantin des Odoards; étapes d'un officier de la grande armée, 1800-1830*, París.

FAUCHEUX, Marcel (1964): *L'insurrection vendéene de 1793*, París.

FEHÉR, Ferenc (ed.) (1990): *The French Revolution and the Birth of Modernity*, Berkeley.

FIGUEROA LALINDE, María Cruz (1993): *La Guerra de la Independencia en Galicia*, Vigo.

FINLEY, Milton (1994): *The Most Monstrous of Wars: The Napoleonic Guerrilla War in Southern Italy, 1806-1811*, Columbia, S.C.

FONTANA, Josep (1961): *Tudela durante la Guerra de la Independencia: prisión y muerte del Conde de Fuentes*, Pamplona.

FORCADA TORRES, Gonzalo (1962): *Tudela durante la Guerra de la Independencia*, Pamplona.

— (1971): *La quiebra de la monarquía absoluta*, Madrid.

— (1973): *Cambio económico y actitudes políticos en la España del siglo XIX*, Barcelona.

— (1982): «Guerra, revolución, y cambio social», en *La Guerra de la Independencia y su momento histórico*, vol. 1, Santander.

FOY, Maximilien Sébastien, conde (1827): *Histoire de la guerre de la péninsule*, 4 vols., París.

FUGIER, André (1930): *Napoleon et l'Espagne, 1799-1808*, París.

FURET, François, y Mona OZOUF (eds.) (1989): *A Critical Dictionary of the French Revolution*, Londres [ed. cast.: *Diccionario de la Revolución Francesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1989].

Galería militar contemporánea. Biografías, vol. 2, Madrid, 1846.

GALOBARDE, Miguel (1964): *El dominio francés en el Ampurdán durante la Guerra de la Independencia*, Zaragoza.

GALLEGO Y BURIN, Antonio (1923): *Granada en la Guerra de la Independencia*, Granada.

GAMBRA, Rafael (1959): «El Valle de Roncal en la Guerra de la Independencia.» *Principe de Viana* 20: núms. 76-77.

— (1972): *Guerra realista*, Pamplona.

GARCÍA NIETO, José (1983): *El Dos de Mayo en la poesía española del siglo XIX*, Madrid.

GARCÍA PRADO, Justiniano (1953): *Historia del alzamiento, guerra y revolución de Asturias*, Oviedo.

GARCÍA SANZ, Ángel (1983): *La respuesta a los interrogatorios de población, agricultura é indústria de 1802*, Pamplona.

GATES, David (1986): *The Spanish Ulcer: A History of the Peninsular War*, Londres [ed. cast.: *La úlcera de España (Historia de una guerra peninsular)*, Madrid, 1987.

GAUTHIER, Florence (1977): *La voie paysanne dans la Révolution française: l'exemple de la Picardie*, París.

GELLNER, Ernest (1983): *Nations and Nationalism*, Oxford [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, 1994].

GEOFFROY DE GRANDMAISON, Charles Alexandre (1909): «Le Gouverneur Français de Fuentes et de Huesca». En *La Guerra de la Independencia y su época*, pp. 5-23, Zaragoza.

— (1925-31): *L'Espagne et Napoleon*, 3 vols., París.

GÉRARD, Alain (1990): *Pourquoi La Vendée?*, París.

GÉRARD, Alain, y Thierry HECKMANN (eds.) (1994): *La Vendée dans l'histoire*, París.

GLEIG, George Robert (1825): *The Subaltern*, Londres.

GLOVER, Michael (1983): *Legacy of Glory: the Bonaparte Kingdom of Spain*, Nueva York.

GODOY, Manuel (1965): *Memorias*. En *Biblioteca de autores españoles*, vols. 88-89, Madrid.

GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José (1868): *La Guerra de la Independencia*, Madrid.

GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José (1886): «Juan Martín el Empecinado». En *La España del siglo XIX*, pp. 81-132, Madrid.
— (1903): *La mujer en la guerra de la independencia*, Madrid.
GÓMEZ CHAPARRO, Rafael (1967): *La desamortización civil en Navarra*, Pamplona.
GÓMEZ IMAZ, Miguel (1910): *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia*, Madrid.
GÓMEZ MARÍN, José Antonio (1972): *Bandolerismo, santidad y otros temas españoles*, Madrid.
GOODSPEED, D. J. (1958): *The British Campaigns in the Peninsula*, Ottawa.
GRAS, Yves (1994): *La Guerre De Vendée (1793-1796)*, París.
GRAS Y DE ESTEVA, Rafael (1913): *Zamora en tiempo de la Guerra de la Independencia*, Madrid.
— (1959): «Notas sobre la dominación francesa en Lérida». En *II Congreso de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 2, Zaragoza.
GRASSET, A. (1914): *La Guerre d'Espagne*, París.
— (1958): *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*, Zaragoza.
HERR, Richard (1958): *The Eighteenth Century Revolution in Spain*, Princeton [ed. cast.: *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1973].
— (1965): «Good, Evil, and Spain's Rising against Napoleon». En *Ideas in History: essays presented to Louis Gottschalk*, editado por Richard Herr and Harold T. Parker, pp. 157-81, Durham.
— (1989): *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, Berkeley.
HOBSBAWM, E. J. (1959): *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Nueva York [ed. cast.: *Rebeldes primitivos*, Barcelona, 1983].
— (1969): *Bandits*, Nueva York [ed. cast.: *Bandidos*, Barcelona, 1976].
— (1983): y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge.
— (1990): *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge.
HORMAYR, Josef (1817): *History of Andrew Hofer*, Traducción del alemán de *Geschichte Andreas Hofers Sandwirth aus Passeyr*, Leipzig.
HUGO, Joseph Leopold Sigisbert (1934): *Mémoires du général Hugo*, París.
HUICI GOÑI, María (1963): *Las Cortes de Navarra durante la edad moderna*, Pamplona.

HULME, Peter, y Ludmilla JORDANOVA (1990): *The Enlightenment and Its Shadows*, Londres.

HUTCHINSON, John, y Anthony D. SMITH (eds.) (1994): *Nationalism*, Oxford.

IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos (1963): *Episodios de la Guerra de la Independencia*, Madrid.

Instrucción para guerrillas de infantería, Isla de Leon, 1812.

IRIBARREN, José María (1965): *Espoz y Mina, el guerrillero*, Madrid.

— (1967): *Espoz y Mina, el Liberal*, Madrid.

IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel (1963): *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid.

JOES, Anthony James (1996): *Guerrilla Conflict before The Cold War*, Westport, EE.UU.

JOHNSTON, S. H. F. (1966): «The Contribution of British Historians to the Study of the Peninsular War». En *Estudios de la Guerra de la Independencia y su época*, vol. 2, pp. 133-38, Madrid.

JOMINI, Henri (1838): *Précis de l'art de la guerre*, París [ed. cast.: *Compendio del arte de la guerra*, Madrid, 1990, 1.ª ed.]

JOURDAN, Jean-Baptiste (s.f.): *Mémoires militaires du Maréchal Jourdan*, París.

JURETSCHKE, Hans (s.f.): *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, Madrid.

— (s.f.): *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid.

LABORDE, Alexandre Louis Joseph, conde de (1808): *Itinéraire Descriptif de l'Espagne et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*, París.

LANGSAM, Walter Consuelo (1930): *The Napoleonic Wars and German Nationalism in Austria*, Nueva York.

LAS CASES, Emmanuel, conde de (1961): *Mémorial de Sainte-Hélène*, 2 vols., París [ed. cast.: *Memorial de Santa Elena*, 3 vols., Barcelona, 1954, 2.ª ed.]

LLOPIS, Salvador (1963): *Un héroe inédito: páginas nuevas de los sitios de Ciudad Rodrigo y de la Guerra de la Independencia*, Salamanca.

LOVETT, Gabriel (1965): *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, 2 vols., Nueva York [ed. cast.: *La Guerra de Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, 2 vols., Barcelona, 1975.

LLORENTE, Juan Antonio (seud. Juan Nellerto) (1814): *Memoria para la historia de la revolución española*, París.

LOUIS-LANDE, L. (1878): *Basques et Navarrais*, París.

MADOZ, Pascual (1845-50): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, 16 vols., Madrid.

Madrid, el 2 de Mayo de 1808, viaje a un día en la historia de España, Madrid, 1992.

MARTÍN, Andrés (1953): *Historia de los sucesos militares de la División de Navarra, y demás acontecimientos de este Reyno durante la última guerra contra el Tirano Napoleón*, 2 vols., Pamplona.

MARTIN, Emmanuel (1898): *La Gendarmerie Française en Espagne, campagnes de 1807 à 1814*, París.

MARTÍNEZ RUIZ, Adolfo (1977): *El reino de Granada en la Guerra de la Independencia*, Granada.

MARTÍNEZ SALAZAR, Andrés (1908): *De la Guerra de la Independencia en Galicia*, Buenos Aires.

MARX, Karl (1975): *Revolution in Spain*, Westport, EE.UU. [ed. cast.: *España revolucionaria*, Madrid, 1990, 1.ª ed.]

MERCADER RIBA, Juan (1949): *Barcelona durante la ocupación francesa*, Madrid.

— (1971): *José Bonaparte, Rey de España*, Madrid.

MESONERO ROMANOS, Ramón de (1961): *Memorias de un setentón*, Madrid.

MINA APAT, María Cruz (1981): *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Madrid.

MIRANDA RUBIO, José (1977): *La Guerra de la Independencia en Navarra*, Pamplona.

MITCHELL, Harvey (1988): «Tocqueville's Mirage or Reality? Political Freedom from Old Regime to Revolution», *Journal of Modern History* 60 (marzo): pp. 28-54.

MONTORO SAGASTI, José (1929): *La propiedad privada y la comunal en la ciudad de Olite*, Pamplona.

MUTILOA POZA, José María (1972): *La desamortización eclesiástica en Navarra*, Pamplona.

NADAL, Jordi (1976): *La población española*, Barcelona.

NAPIER, William (1882): *History of the war in the peninsula and in the south of France*, 5 vols., Nueva York.

Napoleon in Egypt: Al Jabarti's Chronicle of the French Occupation, Princeton, 1993.

OLCINA, Evarist (1973): *El Carlismo y las autonomías regionales*, Madrid.

OLÓRIZ, Herminio (1910): *Navarra en la Guerra de la Independencia*, Pamplona.

OMAN, Charles (1903-30): *The History of the Peninsular War*, 7 vols., Londres.

— (1929): *Studies in Napoleonic Wars*, Londres.

ONTAÑÓN, Eduardo (1933): *El Cura Merino*, Madrid.

PALAFOX Y MELCI, José de Rebolledo (1966): *Autobiografía*, J. García Mercadal (ed.), Madrid.

PANO Y RUATA, Mariano (1908): *La Condesa de Bureta*, Zaragoza.

PARDO DE ANDRADE, Manuel (1892): *Los guerrilleros gallegos de 1809*, La Coruña.

PÉREZ GOYENA, Antonio (1953): *Ensayo de bibliografía navarra*, Pamplona.

PÉREZ DE GUZMÁN, Juan (1908): *El 2 de Mayo de 1808 en Madrid*, Madrid.

PÉREZ O., Eduardo (1982): *La guerra irregular en la independencia de la Nueva Granada y Venezuela, 1810-1830*, Tunja, Colombia.

PRIEGO LÓPEZ, Juan (1972): *La Guerra de la Independencia*, 4 vols., Madrid.

PRÍNCIPE, Miguel Agustín (1846): *Guerra de la Independencia. Narración histórica*, 3 vols., Madrid.

Proclama de Napoleon Bonaparte a los Españoles y la antiproclama o respuesta a dicha proclama por un patriota español, natural de Lucena, Málaga, 1809.

PUIG I OLIVER, María (1976): *Girona francesa, 1812-1814: L'anexió de Catalunya a Franca ì el domini napoleònic a Girona*, Girona.

PUIGBLANCH, Antoni (1976): *Opúsculos gramático satíricos*, 2 vols., Barcelona.

PUYOL, Julio (1932): *La conspiración de Espoz y Mina (1824-1830). Con noticias y documentos hasta ahora inéditos*, Madrid.

RAMOS OLIVEIRA, Antonio (1972): *Politics, Economics, and Men of Modern Spain*, Nueva York.

REYNAUD, Jean-Louis (1992): *Contre-guerilla en Espagne (1808-1814). Suchet pacifie l'Aragon*, París.

RICO, Juan (1811): *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, Cádiz.

RINGROSE, David R. (1970): *Transportation and Economic Stagnation in Spain, 1750-1850*, Durham, NC. [ed. cast.: *Transportes y el estancamiento económico de España, 1750-1850*, Madrid, 1972].

ROCCA, Albert Jean (1815): *Memoirs of the War of the French in Spain*, Londres.

RODRÍGUEZ GARRAIZA, Rodrigo (1974): *Tensiones de Navarra con la administración central*, Pamplona.

RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique (1887): *Los guerrilleros de 1808, historia popular de la guerra de la independencia*, Madrid.

ROMERO DE SOLÍS, Pedro (1973): *La población española en los siglos XVIII y XIX*, Madrid.

ROUX, Georges (1970): *Napoléon et le guêpier espagnole*, París.

ROY, Just Jean Etienne (1880): *Les Français en Espagne, souvenirs des guerres de la péninsule, 1808-1814*, Tours.

SAAVEDRA, Pegerto (1985): *Economía, política y sociedad en Galicia: la provincia de Mondoñedo, 1480-1830*, Madrid.

SAHLINS, Peter (1989): *Boundaries: the making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley [existe edición española: *Fronteres i identitats: formació d'Espanya i Franca a la Cendaya*, Vic, 1993].

SAID, Edward (1979): *Orientalism*, Nueva York [ed. cast.: *Orientalismo*, Madrid, 1990].

SAINT-YON, Alexandre (1835): *Les deux Mina*, 3 vols., París.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio (1984): *Orígenes y destino de Navarra*, Barcelona.

SÁNCHEZ GÓMEZ, Miguel Ángel (1982): «Aproximación a la demografía montañesa durante la Guerra de la Independencia». En *La Guerra de la Independencia y su momento histórico*, Santander.

SECHER, Reynald (1986): *Le génocide franco-français: la Vendée-Vengé*, París.

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (1972): *Guerra de la Independencia*, Madrid.

SIMÓN SEGURA, Francisco (1973): *La desamortización española del siglo XIX*, Madrid.

SOULT, Nicolas Jean (1955): *Mémoires du maréchal*, París.

SOUTHEY, Robert (1823): *History of the Peninsular War*, 3 vols., Londres.

SUÁREZ, Federico (1982): *El proceso de la convocatoria a cortes*, Pamplona.

SUCHET, Louis Gabriel (1829): *Memoirs of the War in Spain from 1808 to 1814*, 2 vols., Londres.

SUTHERLAND, Donald (1982): *The Chouans, The Social Origins of Popular Counter-Revolution in Upper Brittany, 1770-1796*, Oxford.

TALMON, J. L. (1960): *The Origins of Totalitarian Democracy*, Nueva York [existe versión española: *Los orígenes de la democracia totalitaria*, Madrid, 1976].

TAMARIT, Emilio (1851): *Memoria histórica de los principales acontecimientos del día Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, Madrid.

THIRY, Jean (1965): *La Guerre D'Espagne*, París.

TILLY, Charles (1964): *The Vendée*, Cambridge, Massachusetts.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco (1971): *El marco político de la desamortización*, Barcelona.

TOMKINSON, Henry (1895): *The Diary of a Cavalry Officer in the Peninsular War and Waterloo Campaign, 1809-1815*, Nueva York.

TORCAL, Norberto (s.f.): *Historia popular de los sitios de Zaragoza en 1808 y 1809*, Zaragoza.

TORENO, José María (1851): *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, 3 vols., París.

TORRE, Joseba de la (1991): *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica: financiación bélica y desamortización civil*, Madrid.

TOWNSEND, Charles (1791): *A Journey Through Spain in the Years 1786 and 1787*, Londres.

TULARD, Jean, y Patrick BUISOON (eds.) (1993): *Vendée: le livre de la mémoire (1793-1993)*, Poitiers.

Un Monge Benito del Monasterio de Arlanza (1815): *Memorias sobre la Reconquista de Zaragoza*, Madrid.

VALENCINA, Ambrosio de (1910): *Los capuchinos de Andalucía en la Guerra de la Independencia*, Sevilla.

VANDERWOOD, Paul J. (1981): *Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*, Lincoln, Neb.

VICENS VIVES, Jaime (1969): *An Economic History of Spain*, Princeton [ed. cast.: *Historia económica de España*, Barcelona, 1987, 9.ª ed.]

— (1956): «La Guerra del Francés». En *Moments crucials de la historia de Catalunya*, Barcelona.

VIDAL, Josef (1808): *Escrito que dirige a los eclesiásticos de Cataluña*, Lérida.

VILAR, Pierre (1973): «Patrie et Nation dans le Vocabulaire de la Guerre d'Independence Espagnole». En *Patriotisme et Nationalisme en Europe à l'époque de la Revolution française et de Napoleon*, París.

— (1969): «Quelques Aspects de l'Occupation et de la Résistance en Espagne en 1794 et au Temps de Napoléon». En *Occupants et Occupés*, pp. 225-247, Bruselas.

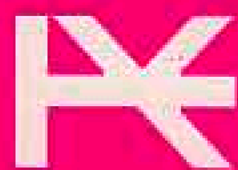
WELLER, Robert P., y Scott E. GUGGENHEIM (eds.) (1982): *Power and Protest in the Countryside: Studies of Rural Unrest in Asia, Europe, and Latin America*, Durham, N.C.

WOLOCH, Isser (1982): *The New Regime: Transformations of the French Civic Order, 1789-1820s*, Nueva York, 1982.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Alianza
Editorial
ensayo

Antropología
Arte
Biografías
Biología
Ciencia política
Crítica literaria
Economía
Educación
Filosofía
Física
Geografía
Historia
Lingüística
Matemáticas
Música
Psicoanálisis
Psicología
Química
Sociología
Otros



En esta obra, John L. Tone desmonta algunos de los mitos que han deformado la historia de la Guerra de la Independencia española (1808-1814) y que presentaban la movilización guerrillera como fruto del ardor patriótico o del simple bandidaje. Por el contrario, la guerra de guerrillas se explica aquí como una reacción de autodefensa de las comunidades campesinas contra el carácter predatorio del ejército de ocupación. Es por ello que la guerrilla se nutría de labradores propietarios que luchaban por sus propios intereses, ligados a la «economía moral» del Antiguo Régimen.

John L. Tone es profesor de Historia en la School of History, Technology and Society del Georgia Institute of Technology.

El libro universitario
Alianza Editorial